

AITANA SÁNCHEZ BLANCO



# SI LLEGAMOS A CUMPLIR CUARENTA

@aitanasanblanco

VIAJERAS DEL TIEMPO 4

AITANA SÁNCHEZ BLANCO

# SI LLEGAMOS A CUMPLIR CUARENTA

*@aitanasanblanco*

©Aitana Sánchez Blanco, 2024  
©Todos los derechos reservados.

Primera edición: diciembre 2024  
Diseño de cubierta: A. Sánchez  
Corrección: L. M. Mateo  
Maquetación: A. Sánchez  
Ilustración: @kamal\_must  
Imagen: @halayalex

Pág. 21 versos de *Para no olvidar*, de Los Rodríguez, del álbum *Palabras más, palabras menos* (1995); pág. 164: versos de *Despacito*, de Luis Fonsi, del álbum *Despacito* (2017); pág. 383: versos de *Súbeme la radio*, de Enrique Iglesias, del álbum *Súbeme la radio* (2017).

Depósito legal: A 685-2024  
ISBN: 978-84-09-64676-0

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

*A quienes siempre creímos en los finales felices*

Esta novela es la continuación de  
[\*Si volviera a tener dieciséis,\*](#)  
[\*Cuando vuelva a tener veintiocho\*](#) y  
[\*Aquel verano de 1997\*](#)  
disponibles en Amazon y KDP.

Este libro tiene música.  
Escucha su [playlist en Spotify](#).



# ÍNDICE

[SIETE AÑOS ANTES DE TODO](#)

[1. UN RECUERDO ENCONTRADO](#)

[2. NOCHE DE VIERNES EN EL SOFÁ](#)

[3. CAFÉ CON CANELA](#)

[4. LA BODA DE ROBER](#)

[5. LO SABÍA](#)

[6. EMBARAZADOS](#)

[7. NO ME DEJES SOLA](#)

[8. DESPACITO](#)

[9. CLAVADITA A MÍ](#)

[10. LA TEORÍA DE ROY](#)

[11. GLORIA](#)

[12. UN ASTROFÍSICO](#)

[13. CUATRO \*GIN TONICS\* Y TODO SU AMOR](#)

[14. LO QUE NUNCA PENSÉ QUE DIRÍA EN ESTA DIMENSIÓN](#)

[15. DAFNE](#)

[16. VIAJERAS](#)

[17. GUASAP](#)

[18. LA LIBRERÍA](#)

[19. SIGUE JUGANDO](#)

[20. UN AUTÉNTICO GILIPOLLAS](#)

[21. LA NOCHE DE LA TORMENTA](#)

[22. EL DÍA DESPUÉS](#)

[¿Y SI NUNCA HUBIÉRAMOS VIAJADO?](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

# SIETE AÑOS ANTES DE TODO

Miércoles, 6 de julio de 2005

MARTÍN

—¿Qué nos está pasando?

Cuando Blanca pronunció esa frase, el mundo se paró. Congelado. Como si lo hubiera detenido con un mando a distancia.

Habíamos vuelto a casa después de cenar con David y Vega. Faltaban solo unas semanas para su boda y, otra vez, nos habían preguntado que cuándo nos casábamos nosotros. Que llevábamos casi diez años de novios. Que ya nos tocaba. Que sería genial que tuviéramos hijos de la misma edad para que fueran al colegio juntos...

Como siempre, yo les había contestado que pronto, en cuanto ahorrásemos un poco, pero Blanca se había puesto muy tensa y no había dicho nada más en toda la noche.

Hasta ese instante, en el baño, mientras me lavaba los dientes antes de dormir.

La observé a través del espejo. Se apoyaba contra el marco de la puerta, con los brazos a la espalda y la mirada perdida en el suelo. Se mordió el labio. Le temblaba tras soltar aquella bomba.

—¿Qué quieres decir? —contesté, aunque sospechaba a qué se refería.

—Joder, Martín, ya sabes lo que quiero decir...

No era una cuestión sencilla. Aquella pregunta contenía meses de dudas. De darnos media vuelta en la cama sin abrazarnos. De besos que habían perdido la pasión. Mis latidos triplicaron su velocidad. Nada sería igual a partir de entonces. Algo se acababa de romper, había escuchado hasta el chasquido.

Dejé el cepillo en el vaso y me sequé con la toalla. Sabía que llevábamos meses en piloto automático, en una relación que parecía de dos amigos que compartían piso. Y a pesar de que dormíamos en la misma cama, nunca la había sentido tan lejos.

No estábamos en nuestro mejor momento, pero había dado por hecho que solo era una etapa. Una mala racha. Algo que les sucedía a las parejas que llevaban muchos años juntas. Nada grave. Lo superaríamos.

—¿Es por lo que ha dicho Vega? —Le acaricié la mejilla—. No hace falta que nos casemos, preciosa. Podemos seguir como hasta...

—¿Te acuerdas de cómo imaginábamos nuestro futuro? —Se echó hacia atrás para esquivar mi caricia—. Tú ibas a ser escritor y yo, actriz. Éramos ambiciosos, pero estábamos seguros de que lo conseguiríamos... —Sonrió con nostalgia. De inmediato, sacudió la cabeza y su sonrisa se desvaneció—. Ahora hablamos de hipotecas, de bodas e hijos cuando tendríamos que estar luchando por aquellas metas. Aún estamos a tiempo, quizá en un par de años sea demasiado tarde para descubrir qué habría pasado si...

Resoplé. Ni siquiera recordaba la última vez que me había sentado al teclado. Había abandonado por completo la idea de publicar. Nunca lo lograría, por mucho que ella insistiera. No era tan bueno.

—Voy a beber agua —murmuré—, se han pasado con la sal.

Enfilé el pasillo para escapar de aquella conversación. La conocía bien: empezaría con que no tirase la toalla y acabaríamos enfadados. Mi novia era tenaz y estaba empeñadísima en que no

renunciase a mis sueños.

Llegué a la cocina; saqué una botella de la nevera y bebí un buen trago. Blanca entró detrás.

—Martín, deberías terminar el manuscrito y enviarlo a esa editorial que busca nuevos talentos. Estoy convencida de...

—Ese no es un trabajo de verdad —la corté.

Puso los ojos en blanco.

—A veces me recuerdas a tu madre.

—Será porque mi madre tiene razón. Ya es difícil que te publiquen una vez. Vivir de escribir es prácticamente imposible. —Guardé la botella y cerré de un manotazo—. Tengo un buen empleo, no voy a dejarlo. Hay muchas facturas que pagar, además de la hipoteca. Y me gustaría ahorrar un poco para disfrutar de unas vacaciones de verdad, que llevamos tres veranos yendo al pueblo.

—Si con veintisiete hablas así, no quiero imaginarte a los cuarenta —respondió. Se sentó junto a la mesa.

Exhalé todo el aire por la boca para calmar los nervios. Hacía tanto que Blanca no sacaba ese tema que creía que lo había superado. Estaba claro que me equivocaba.

Un par de años antes, al acabar las prácticas de la carrera, a los dos nos habían ofrecido un contrato fijo en la misma agencia de publicidad. Yo lo había aceptado sin dudar, ella se lo había pensado un par de días antes de rechazarlo.

Nunca lo entendí. En aquella época, Blanca tenía muchísima prisa por comprar un piso. Insistía en que era el mejor momento, que no podíamos esperar mucho más. Y, cuando nos fuimos a vivir juntos, di por hecho que ya no quería marcharse a estudiar Arte Dramático.

Empezó a trabajar de azafata. Cubría eventos, hacía promociones... Siempre puestos temporales, como si no quisiera comprometerse con nada.

Ni con nadie.

Agarré un taburete y me senté frente a ella. Tenía los ojos cerrados, se masajeaba las sienes con los dedos.

—¿Qué quieres hacer tú? —Le acaricié la rodilla y esperé pacientemente hasta que me miró—. No soy imbécil, Blanca. Sé que esto no va de mí.

—Yo... —Tomó aire—. Hace mucho que sueño con ser actriz. Más de lo que te puedas imaginar. —Acarició con un dedo el círculo tatuado en mi muñeca—. Lo he ido postergando porque, si las cosas salían bien, habría tenido que mudarme a Madrid y éramos tan felices jun...

—¿Ya no lo eres?

Clavó sus ojos en los míos. Había sonado brusco y quise añadir algo más, pero un nudo en la garganta me lo impidió.

—Martín, te quiero muchísimo —me cogió la mano—, pero necesito comprobar ciertas cosas. Al menos, intentarlo —volvió a bajar la cabeza—, o no me lo perdonaré jamás.

Nos quedamos en silencio. Blanca contemplaba el suelo sin ni siquiera pestañear. Aún apretaba mi mano, pero su mente parecía estar muy lejos.

Me restregué los ojos. En el fondo, sabía que mi novia tenía razón. Me había conformado. Ya solo escribía los textos de publicidad de la agencia porque me acojonaba terminar el manuscrito y que lo leyera alguien más. Alguien que opinase que era una mierda, que se cargara mis ilusiones. Si nunca lo intentaba, nunca fracasaría. Era una lógica absurda.

Pero, aunque yo me hubiera resignado, no era justo que ella también tuviera que renunciar. Blanca tenía talento. La había visto actuar en varios cortometrajes y en un par de obras de teatro de la universidad. Brillaba. Y no era amor de novio ni algo que opinara solo yo. Lo confirmaban los aplausos del público al encenderse las luces. Podía llegar muy lejos. Y yo iba a hacer lo

posible para que lo consiguiera.

Mudarnos no resultaba tan descabellado. Podría pedir una excedencia o renunciar a mi empleo. Madrid estaba repleto de agencias. Alquilar nuestro piso para pagar la hipoteca y buscar un sitio para vivir en la capital. No sabía si volveríamos en dos meses o en diez años, pero esa era la edad de atrevernos a hacer locuras. Ya sentaríamos la cabeza más adelante.

—Vale, preciosa. —Le di unas palmaditas en el muslo—. Vámonos a Madrid.

Alzó las cejas sin retirar la vista del suelo. Desconcertado, aguardé su reacción.

—Tú no quieres irte —dijo al final.

—Sí que quie...

—Acabas de decirme que tienes un buen empleo y que no quieres dejarlo. ¿Por qué te irías si no es por mí? —Negó con la cabeza—. No, Martín, esto lo tengo que intentar yo sola.

—No sé por qué no puedo acompañarte. —Me puse en pie con brusquedad—. Me pides que hagamos locuras, pero, si propongo que nos mudemos, tampoco te parece bien. —Volví a apoyarme en la encimera y crucé los brazos—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Cortar conmigo y largarte?

Blanca levantó la mirada y me observó en silencio. No se lo había preguntado en serio, lo había soltado sin pensar. Eché hacia atrás la cabeza.

—No, esto no está pasando. —Negué con una risa incrédula.

—Todo lo hemos hecho juntos. —Le temblaba la voz—. La carrera, las prácticas, las vacaciones de verano o de Navidad... Cada decisión, crucial o irrelevante, la hemos tomado en pareja. Ya no sé quién soy sin ti.

Me froté la cara con las manos para despertar de aquella pesadilla. Siempre había creído que estar con ella desde tan joven era una suerte, porque teníamos un largo futuro por delante para compartirlo. Sin embargo, parecía que eso había jugado en mi contra. Conmigo ya lo había vivido todo.

—Sabes que hace meses que no estamos bien —continuó—. Nos hemos dejado llevar, supongo que por inercia, pero ¿es esto lo que nos espera a partir de ahora? ¿Y si un día nos damos cuenta de que nos hemos equivocado?

Me encogí de hombros. Nunca me había planteado que mi relación con Blanca pudiera ser un error. Ni siquiera en el último año. Con ella, lo quería todo. Hasta la rutina.

—Martín, ¿tú no sientes que te falta... algo más? —Se le quebró la voz.

Bajé la cabeza para contestarle que no, que tenía lo que necesitaba, y que era feliz. Aunque mi vida no fuera perfecta. Sin embargo, al ver sus ojos vidriosos, supe lo que debía decir. Por mucho que me doliese. Me lo estaba suplicando.

—Sí —mentí—. A mí me pasa lo mismo.

Fijó la vista en el suelo y empezó a llorar. Me acuclillé frente a ella. Aparté el pelo que le caía sobre la cara y la acaricié. Cubrió mi mano con la suya y me miró, expectante.

Nada parecía real. Me sentía en completa disonancia, como si aquello le sucediese a otra persona. Blanca necesitaba volar. Sola. Y yo la quería demasiado como para retenerla.

—¿Y si... lo dejamos por un tiempo? —me escuché preguntar. Me arrepentí enseguida, pero ya estaba hecho. No había marcha atrás.

No respondió. Apretó los labios para contener un sollozo y asintió muy despacio con la cabeza. La envolví entre mis brazos. No fui capaz de separarme de ella en toda la noche.

A la mañana siguiente, se marchó de casa. Durante muchos meses, ninguno de nuestros amigos entendió lo que había ocurrido. Insistían en que nos habíamos equivocado, que parecía solo una crisis, que lo podíamos superar. Y, aunque les repetíamos que dejarlo era lo mejor para ambos,

yo estaba roto por dentro.

Blanca era la mujer de mi vida.

Y nadie me había preparado para perderla.

# 1. UN RECUERDO ENCONTRADO

Sábado, 15 de septiembre de 2012

BLANCA

*De un tiempo perdido, a esta parte esta noche ha venido...*

Subida en la escalera plegable, con medio cuerpo dentro del altillo de nuestro dormitorio, trataba de alcanzar la caja de cartón que estaba al fondo. En los altavoces del portátil sonaba *Para no olvidar*, de Los Rodríguez, en una de mis *playlists* noventeras de Spotify.

—... *un recuerdo encontrado, para quedarse conmigo*... —canturreé, haciendo equilibrios sobre el último peldaño.

No tenía ni idea de lo que contenía y me moría de curiosidad. Esa caja llevaba allí guardada más de un año, desde que, tras mi repentina pedida de mano en La Posada, me había mudado con Jorge a su piso. Nuestro piso. El mismo piso en el que habíamos vivido juntos en la otra dimensión.

Empaquetábamos nuestras cosas para llevarlas a un guardamuebles antes de empezar la reforma. Durante ese primer año de convivencia, nos habíamos dado cuenta de que se nos quedaba pequeño: yo necesitaba un vestidor para mi ropa y una salita donde estudiar los guiones sin que me molestase la tele. Mi marido, un despacho más grande, con un escritorio en condiciones y sitio para sus ordenadores y demás máquinas, porque muchos días teletrabajaba. También nos hacía falta una habitación de invitados, para cuando alguien de mi familia o mis amigas venían de visita a Madrid.

A principios de verano, un poco antes de nuestra boda, habíamos contratado a una agente inmobiliaria que nos había enseñado varias casas. Sin embargo, ya fuera por la zona en la que estaban situadas o por la distribución de las estancias, ninguna nos acababa de convencer. A eso se le sumaba el apego que le tenía a nuestro piso. Guardaba buenos recuerdos de la otra dimensión y, en esa nueva etapa, quería revivirlos con Jorge.

Por eso, al enterarnos de que el vecino de arriba se mudaba a otra ciudad y había puesto el piso en venta, le hicimos una buena oferta para quedárnoslo. Después, acudimos al estudio de arquitectura de unos amigos de Álvaro, que nos presentaron un proyecto para convertirlos en el dúplex de nuestros sueños. Nos encantó, y enseguida firmamos el contrato.

Estiré el brazo hasta alcanzar la caja con los dedos. Agarré una de las solapas, que no estaba bien cerrada, y tiré con tanta fuerza que salió despedida desde lo alto del armario. El impacto contra el parqué resonó por la casa.

—¿Estás bien, cielo?! —Alarmado, Jorge entró a toda prisa en nuestra habitación.

Al descubrirme ilesa sobre la escalera, respiró con alivio. Paró la música y me tendió la mano para ayudarme a bajar.

Con el golpe, la caja se había abierto y el contenido se había desparramado. Por suerte, no se había roto nada. La mayoría eran recuerdos que me había llevado de casa de mis padres en Alicante: álbumes de fotos antiguas, un joyerito de madera, la estola de mi graduación, algunas de las notitas que mis amigas y yo nos pasábamos en clase...

Mi marido recogió un pedazo de metal que había rodado por el suelo hasta chocar con el zócalo.

—¿Para qué guardas esto? —preguntó.

—¡La pulsera que me regaló Rober! —exclamé, feliz, y se la quité de las manos para observarla con atención.

Se había ennegrecido por el paso del tiempo, pero aún se distinguían las ondas grabadas en la superficie. En una joyería podrían limpiarla para dejarla perfecta. Me parecía muy bonita, seguro que volvía a ponérmela en alguna ocasión. La coloqué en mi muñeca izquierda, donde llevaba el círculo tatuado, y me acerqué a Jorge, que ojeaba uno de los álbumes. Era el del verano que Santi nos había arrastrado a un *camping* de mala muerte. Me reí al ver a mi amigo en calzoncillos, dormido encima de las lonas de la tienda que se les cayó.

—Estos eran los baños —expliqué ante una foto en la que Vega y yo nos llevábamos las manos a la cabeza delante de las letrinas—. Y aquí creo que nos echaron agua fría, por eso tenemos esa cara de susto... —Señalé otra en la que Martín y yo mirábamos a la cámara, sorprendidos.

Jorge pasó la página y un pedacito de cartón se cayó al suelo. Al agacharme a cogerlo, me percaté de que era la tira del fotomatón de mi dieciocho cumpleaños, que Martín y yo habíamos dividido por la mitad. Yo me había quedado una parte, la otra media debía tenerla él.

Me senté en la cama y contemplé esas dos fotografías: en la de arriba posábamos formales; en la de abajo, él apretaba los ojos mientras yo sacaba la lengua. «Mis primeras fotos con dieciocho otra vez», sonreí con nostalgia. Hacía tanto tiempo que no las veía que pensaba que las había perdido.

Jorge se sentó a mi lado y me pasó un brazo por detrás de la cintura.

—Creo que esa chica jovencita me suena... —susurró en mi cuello, acariciándolo con los labios—. Hace muchos años, entró en mi sección de Informática para comprar un ordenador y me dejó completamente descolocado. Ahora creo que es una actriz famosa. —Me besó la piel y me hizo cosquillas. Me eché a reír—. Y tú, chatín, será mejor que no nos mires, porque voy a hacerle a mi mujer un montón de cosas que no son aptas para menores —le dijo al Martín adolescente de la foto.

Me quitó la tira de la mano, la colocó boca abajo sobre el colchón y me empujó hacia atrás con suavidad para que me tumbase. Volví a reírme cuando me empezó a desnudar.

—¿Otra vez, señor Cruz? —bromeé, juguetona, mientras Jorge tiraba de mis *leggings*—. Así no vamos a terminar nunca de empaquetar. No hace ni una hora que hemos salido de la cama.

—Es el momento perfecto para meternos otra vez. —Se colocó encima de mí.

Cerré los ojos al besarlo, deleitándome en cada una de sus caricias. Mi relación con Jorge era maravillosa, como la recordaba de la otra dimensión... O quizá incluso mejor. Desde que nuestro compromiso se había hecho público, habíamos dejado de escondernos y nos comportábamos como una pareja normal.

A mi marido le encantaba agarrarme de la mano en cuanto salíamos a la calle. También recogerme al acabar mi jornada de rodaje, o acompañarme a esas fiestas glamurosas a las que me invitaban. Yo ya las tenía un pelín aborrecidas; para él, eran una novedad.

Disfrutábamos de las cosas más triviales, desde hacer la compra juntos en el supermercado hasta salir a comprar churros los fines de semana para desayunar. Durante la jornada nos mandábamos mensajitos, contándonos cuánto nos echábamos de menos, y, al llegar a casa, Jorge preparaba la cena mientras yo me sentaba en la mesa de la cocina a darle conversación. Hablábamos de cómo nos había ido en el trabajo, de los últimos avances tecnológicos o de los nuevos proyectos que me proponía Elia, mi representante desde hacía casi dos años, con la que mi carrera había vuelto a despegar. No podía sentirme más afortunada.

«Saborea el presente, Blanca —dijo mi voz interior al mismo tiempo que la boca de Jorge recorría mi piel—. Te lo mereces después de lo que has tardado en llegar hasta aquí».

Gemí, con una sonrisa en los labios. Mi vida era perfecta. Por fin, después de mil contratiempos, había alcanzado el futuro al que tantas veces había soñado con volver.

Pasamos la mañana en la cama, no salimos hasta bien entrado el mediodía, cuando nuestros estómagos empezaron a rugir. Tras una ducha larga, Jorge fue a la cocina a preparar algo de comer y yo me dirigí a nuestra habitación para vestirme.

Caminé de puntillas hasta la cómoda, sorteando los álbumes de fotos y demás trastos, que seguían esparcidos por el suelo. Al ponerme la ropa interior, reparé en que la tira del fotomatón se había caído bajo la cama. La recogí con cuidado, la dejé sobre una de las mesillas y le hice una foto con mi móvil.

**Yo**

Mira lo que me acabo de encontrar.

Se la envié porque sabía que le haría ilusión. No tardó en contestarme con un emoji sonriente.

**Martín**

Ojalá supiera dónde guardé las mías.

Me puse los *leggings*, que Jorge había lanzado a la otra punta del dormitorio, y busqué mi sudadera. Había caído hecha un gurrúño sobre la silla. Después de sacudirla un par de veces en el aire, terminé de vestirme y le contesté.

**Yo**

Aparecerán cuando menos te lo esperes.

**Martín**

Si se las quedó mi madre, esas no vuelven a aparecer. A ti te quiere más que a mí.

Se me escapó una risita. Martín y yo habíamos estado juntos tantos años que su hermano y sus padres seguían considerándome parte de la familia. A veces, todavía nos preguntaban que por qué lo habíamos dejado, que no eran capaces de entenderlo. Siempre les contestábamos con evasivas: no era una pregunta sencilla de responder.

No lo dejé por Jorge. En realidad, no hubo una sola razón. Fue un cúmulo de circunstancias que estallaron a la vez.

Por aquel entonces, estaba a punto de cumplir otra vez veintiséis años y pasaba por una crisis existencial. Martín y yo acabábamos de terminar la carrera y de comprarnos un piso; trabajábamos para pagar las facturas, para irnos de vacaciones y, si quedaba algo a fin de mes, lo ahorrábamos para la boda. Éramos jóvenes haciendo lo que la sociedad esperaba de nosotros, no había espacio para nada más. Y, aunque quería mucho a mi novio, hacía varios meses que me preguntaba si toda mi vida iba a ser igual.

Mis amigas no me entendían. Supongo que yo tampoco era capaz de explicarles esa ansiedad que me invadía por las noches en la cama y que me hacía cuestionarme si era así como tenían que ocurrir las cosas. Siempre había soñado con dedicarme a una profesión que iba más allá de

pasarme ocho horas sentada en una oficina, y en la otra dimensión hacía muchos años que había renunciado a ella. «¿Has viajado atrás en el tiempo y ni siquiera vas a intentar ser actriz? Es ahora o nunca», me repetía mi vocecita interna, metiéndome más presión.

Era ahora o nunca, porque también había otra cita que tenía fecha de caducidad. Una que yo misma le había propuesto a Jorge antes de irse a Connecticut. No tenía ni idea de si él aparecería por La Posada, pero yo jamás me perdonaría no haber acudido a comprobarlo.

Y luego estaba Martín.

Cuando empezamos a salir en el instituto, ni siquiera me planteé que fuéramos a durar tanto. Me había dejado llevar, día tras día, hasta acabar enamorada como una adolescente de verdad. Durante esos nueve años, habíamos crecido juntos en muchísimos aspectos. Había sido tan feliz con él que postergué cada uno de mis planes... Hasta que llegamos a ese punto muerto que nos impedía avanzar. Si lo hubiéramos intentado, quizá habríamos superado aquella crisis, pero no dejaba de pensar que, al contrario que David y que Alba, que sabía que no eran felices en la otra dimensión, Martín tenía una familia en el futuro y yo se la estaba robando. Esa idea me atormentaba y ni siquiera se lo podía contar.

No fue nada fácil empezar aquella conversación que acabaría con todo. Me dolió muchísimo perderlo, aunque, en aquel momento, sentí que era lo que tenía que hacer. Decidí que lo mejor era que el destino se encargase de guiarnos y, cuando me presentó a Gloria, la que yo sabía que se convertiría en su mujer, supe que había hecho lo correcto.

—¡La comida estará en cinco minutos! —me gritó Jorge desde la cocina.

Me despedí de Martín y mandé algunas fotos del *camping* al grupo que compartía con mis amigas, el que Vega había llamado *Bienvenidas al futuro* en un arranque de originalidad.

**Sofía**

¡Dios! El *camping* de los horrores. ¿Dónde estaban esas fotos?

**Yo**

En una caja, en el altillo.

**Vega**

Joder, qué recuerdos...

**Sofía**

Unos buenos, otros peores, y alguno... Visto y no visto.

**Yo**

¿Cómo era la canción de *Speedy González*?

**Vega**

Sois unas cabronas.

Por cierto, quiero muchísimo a mi hija Ainhoa, pero echo de menos mi vientre plano y mis caderas sin estrías...

Vega cambió el nombre del grupo a *El futuro estaba sobrevalorado*.

**Sofía**

Por lo menos tú no tienes una cicatriz que te llega hasta el ombligo.

Puse los ojos en blanco. Desde que, el año anterior, mis dos amigas habían tenido a sus hijas con unos meses de diferencia, parecía que habían empezado un concurso sobre quién estaba más perjudicada por culpa de la maternidad.

**Yo**

Me está apeteciendo quedarme embarazada solo para poder competir con vosotras.

**Vega**

Uhhh, ¿alguien va a intentarlo a tope en Bali?

**Yo**

Ni de coña, ahora estoy centrada en mi carrera.

Aún tengo treinta y tres. Los bebés pueden esperar.

**Vega**

Vaaale. ¿No tienes más fotos de esas? Son mierda de la buena.

**Yo**

Luego os mando más, me esperan para comer.

Dejé el móvil en la cómoda y fui a la cocina con mi marido, que daba los últimos toques a un plato de pasta carbonara. Lo abracé por detrás, le di un beso en la espalda y me puse de puntillas para mirar por encima.

—Qué buena pinta...

—¿Tienes hambre, cielo? —preguntó. Asentí con la cabeza—. Esto ya está, comemos y nos echamos una siesta. —Apoyó la cuchara contra la sartén y se dio media vuelta para besarme de forma muy efusiva.

—No te van a quedar fuerzas para la luna de miel —susurré en cuanto se apartó un poco. Jorge soltó una carcajada.

—Qué flojita eres... Me parece que aún no sabes de lo que soy capaz.

Aunque habían pasado casi dos meses desde nuestra boda, habíamos tenido que retrasar el viaje por problemas con mi agenda. En la agencia donde lo habíamos reservado, nos habían asegurado que septiembre todavía era una buena época para viajar a Bali. La temporada húmeda no empezaba hasta principios de noviembre y estaría menos masificada por los turistas. Nos había parecido muy buena idea y, después de insistirle un poco, había convencido a Jorge para que se pillase el mes entero de vacaciones. Álvaro, que además de su mejor amigo era su jefe, se había llevado las manos a la cabeza, pero mi marido se había mantenido firme en su decisión.

Jorge me dio otro beso y se giró para servir los platos. Cogí vasos y cubiertos, y los llevé a la mesa.

Terminábamos de comer cuando mi móvil sonó en el dormitorio. Me giré hacia la puerta.

—Ve a contestar, cielo. —Jorge se puso de pie—. Ya recojo yo.

Caminé deprisa para llegar antes de que se cortase. Me sorprendió que fuera el hermano de Martín: después de haber encontrado la pulsera esa mañana, su llamada era una increíble casualidad.

—¡Rober! —dije en cuanto descolgué.

—¿Cómo estás, cuñadita? —me preguntó a modo de saludo.

—Muy bien —respondí con una sonrisa—. Empaquetando la casa para que comiencen las obras mientras estamos de luna de miel.

—¡Es verdad! ¿Qué día os vais?

—El lunes. —Avancé un par de pasos y me tumbé en la cama—. Estaremos en Bali hasta mediados de octubre y, al volver de viaje, nos iremos directamente al piso que hemos alquilado. Los del estudio de arquitectura nos han dicho que la reforma tardará unos tres o cuatro meses, así que, con suerte, estaremos de vuelta después de Navidad.

—No está nada mal. Tres meses fuera de casa, uno de ellos en Bali... ¿Dónde hay que firmar? —se rio. Lo notaba de muy buen humor.

—¿Y tú, qué me cuentas? No esperaba tu llamada.

—Me caso.

—¡¿En serio?! —Me incorporé, sorprendida—. ¡Enhorabuena! ¿Cuántos años lleváis juntos? ¿Diez? ¿Doce?

—El jueves hará quince.

—¡¿Quince?! Sí que te ha costado decidirte... ¿Te daba miedo que Eloy te dijera que no?

—Lo que me daba miedo era decírselo a mi madre. —Rober soltó una carcajada—. Todavía sueño algunas noches con la mantilla.

Me dejé caer de nuevo en la cama, sin parar de reír. Yo también recordaba aquella mantilla negra que se puso para la boda de su hijo con Ana... Boda que ni siquiera se llegó a celebrar porque el novio salió corriendo de la iglesia detrás de Eloy.

Fue la mejor decisión, aunque Rober eligió el momento menos apropiado. En el pueblo se montó un escándalo tremendo y su madre lo pasó fatal. No soportaba que su hijo fuera la comidilla de las vecinas. Y, aunque Eloy era un chico encantador y ella enseguida le cogió mucho aprecio, no volví a escucharla hablar de lo que ocurrió aquella tarde en la iglesia.

—Mantilla aparte, ¿cómo se ha tomado la noticia? —pregunté, curiosa, mientras jugaba con la pulsera, que seguía en mi muñeca.

—Está encantada. Mi hermano organizó su boda tan rápido que casi no le dejó meter mano en los preparativos. Me tocará darle manga ancha para compensar. —Suspiró de una forma tan dramática que me hizo soltar una carcajada—. Será el sábado once de mayo. ¿Tú y Jorge vendréis?

—¡Por supuesto! —exclamé—. No nos la perderíamos por nada del mundo.

—Más te vale, Blanca, porque quiero que seas una de mis testigos. —Y añadió con retintín—: Ya me dirás si te traes tus propios guardaespaldas o tengo que contratar un equipo de seguridad.

—Hay que joderse —bufé.

—Tómatelo a coña si quieres, pero mi madre ha vuelto a invitar al pueblo entero... Espero que te guste firmar autógrafos, porque te vas a hinchar.

Charlamos un rato más antes de despedirnos. Al volver a la cocina, Jorge ya lo tenía todo

recogido. Había fregado hasta la sartén.

—¿Buenas noticias? —preguntó al verme la cara. Asentí con la cabeza.

—¿Has estado en alguna boda gay?

El lunes por la mañana, después de desayunar, Álvaro nos llevó al aeropuerto. Habíamos quedado con él a primera hora para darle una copia de las llaves y, aunque teníamos previsto llamar a un taxi, se empeñó en que no era necesario. Entendí tanta insistencia durante el trayecto, cuando aprovechó esos veinte minutos de coche para repasar algunas cuestiones laborales que se iban a quedar pendientes.

—Todavía no me creo que te vayas de viaje un mes completo —le repitió por tercera vez al coger la salida hacia la terminal.

—Me quedaban días libres desde 2006, tengo derecho a disfrutar con mi mujer de unas buenas vacaciones —le contestó Jorge—. Ni se os ocurra llamarme, que Blanca y yo vamos a estar muy ocupados. La empresa puede funcionar sin mí.

Desconcertado, Álvaro me miró por el espejo retrovisor.

—No sé qué le has hecho, pero no lo reconozco.

Me reí. No lo reconocía ni yo.

En la otra dimensión, su trabajo había llegado a convertirse en un tema delicado. Si alguna vez discutíamos, casi siempre era por la cantidad de horas que pasaba frente al ordenador, intentando conseguir un ascenso que nunca llegaba porque no contaba con la experiencia que le exigían. Sabía que se sentía frustrado, estancado en una carrera que avanzaba mucho más lenta de lo que deseaba, pero, a veces, tenía la impresión de que su trabajo era su mayor prioridad, como si no existiera nada más.

Sin embargo, las circunstancias habían cambiado. Animarlo a marcharse a Connecticut resultó muy duro en su momento, pero el cariz que habían tomado las cosas me confirmaba que había sido la decisión correcta.

Había recuperado mi vida. El futuro no podía presentarse mejor.

## 2. NOCHE DE VIERNES EN EL SOFÁ

Viernes, 22 de marzo de 2013

MARTÍN

—¿Seguro que no quieres venir? —Gloria se asomó al salón.

Aparté la mirada de la tele y me giré hacia ella. Apoyada contra el marco de la puerta, mi mujer hacía equilibrios sobre un pie para calzarse los tacones. Llevaba un vestido negro, corto y ceñido, habría jurado que no se lo había visto nunca, y los aritos de plata que le había regalado en Navidad. Se había maquillado. Mucho. El carmín rojo resaltaba sus labios gruesos. Me sorprendió verla tan arreglada.

—Martín —insistió—, todavía estás a tiempo de cambiarte.

—No, chula. —Negué con la cabeza—. Te lo vas a pasar mejor si yo no estoy.

—Como quieras —contestó con indiferencia, aunque una sutil sonrisa le curvó las comisuras—. Mejor no me esperes despierto.

Me incorporé en el sofá, pensando que se acercaría a despedirse. Gloria guardó las llaves en el bolso y cerró con fuerza al salir.

—Joder, macho. Ni un besito... —Resoplé, y me estiré para alcanzar el mando.

Había quedado con la gente de su curro. Solían juntarse un par de viernes al mes para cenar o tomar unas copas. Los maridos éramos bienvenidos, o eso decían, pero la había acompañado varias veces y no me terminaba de integrar. No ayudaba mucho que Javier, su jefe, hiciera chistes corporativos que solo entendían ellos. Ni que mi mujer le riera todas las gracias por estúpidas que fueran.

—¿De qué va tu libro? —me había preguntado la última vez, al percatarse de que dejaba de escucharlo para consultar mi móvil—. Gloria me ha dicho que, en breve, te vuelven a publicar.

Era el típico madurito guaperas que adoraba ser el centro de atención. Debía rozar los cuarenta. Aunque, salvo por las canas, parecía de mi edad. Treinta y siete, como mucho. El tío se cuidaba, había que admitirlo. Sabía que estaba casado, por la alianza y porque, en alguna ocasión, nos había hablado de su mujer, pero no la había visto nunca en ninguna de esas quedadas. Supuse que ya tendría suficiente con aguantarlo en casa.

—La novela saldrá dentro de tres meses. —Guardé mi teléfono en el bolsillo—. Es ciencia ficción, trata de...

—¿Es de marcianitos?! —me interrumpió. Gloria se cubrió la boca para contener una carcajada.

—No —repliqué, algo molesto—. Trata sobre una sociedad postapocalíptica en la que la humanidad vive en ciudades subterráneas...

—Suena muy interesante —me volvió a cortar, fingiendo un bostezo—, aunque prefiero esperar a la película.

Esa vez los demás también se rieron. Bebí para disimular mi malestar.

—No te enfades, chulo. Javier siempre está de coña, no iba con mala intención —lo había disculpado Gloria al volver a casa—. Y reconoce que ha sido gracioso...

—La hostia de gracioso. Me descojono con él —contesté cerrando la puerta—. Me parece que, la próxima vez, me quedo en casa. No sé si puedo soportar tantísima diversión.

Y ahí estaba, un viernes por la noche, en el sofá mientras ella salía de fiesta. Con suerte,

pondrían algo bueno en la tele y no sería tan mal plan.

Cambié de canal varias veces, hasta que me topé con la cara de Blanca y me sobresalté. Hacía años que era actriz, pero aún se me hacía raro ver a mi exnovia en pantalla. Me sentía un poco *voyeur*.

Dejé el mando a un lado y me recosté. La peli estaba ambientada en la España de postguerra, y ella era una espía que intentaba sacar a su marido de la cárcel... Marido que no era otro que el capullo de Santander. Puse los ojos en blanco cuando apareció en escena y se empezaron a besar.

Roy nunca me cayó bien. Ni siquiera al principio, antes de que se convirtieran en la pareja de moda. Era un egocéntrico. Se notaba a la legua que no la haría feliz. Y no me hizo ni puta gracia que se casaran. Por muchos motivos que me diera Blanca. Me daba igual que fuese bueno para su trabajo o que al pedirle matrimonio en público no pudiera decirle que no. Al ver su cara en aquella foto, se me cayó el alma a los pies. Estaba aterrada frente a ese anillo. Horrorizada. Aunque la revista lo titulase algo como «Lágrimas de emoción en su noche más romántica».

Hablé con ella varias veces. Intenté que reconsiderase lo de la boda, estaba a punto de tomar una decisión nefasta. Veía claro que, tarde o temprano, Roy se la jugaría. Y me jodió muchísimo tener razón.

En la pantalla, la celda mugrienta dio paso a un lujoso salón de baile, donde la alta sociedad lucía sus mejores galas. Vestida con un traje largo de color dorado, Blanca descendía por la escalera de caracol.

—Te echo de menos, preciosa —le susurré.

Se dio media vuelta y sonrió. Como si me hubiera escuchado.

Hacía más de ocho años que habíamos roto y me jodía reconocer que todavía la extrañaba. Más de lo que me habría gustado. Por suerte, no con aquella intensidad.

Cuando se fue, su ausencia me dolía de una forma insoportable. Como si me hubieran arrancado un órgano vital. La primera noche soñé que todavía estaba en casa. Y cada una de las noches siguientes durante casi un mes. Mi cerebro no se resignaba a haberla perdido. Me despertaba sobresaltado. Abrazado a su almohada, intentaba entender por qué habíamos tomado aquella decisión.

Adelgacé casi diez kilos; me volví bastante antisocial. Rechazaba los planes que me proponían porque no soportaba estar con nuestros amigos. Todos tenían pareja y eran empalagosos a más no poder. En especial, David y Vega, que me recordaban demasiado a nosotros.

A los únicos que toleraba era a mi hermano y a Eloy, que reservaban las carantoñas para la intimidad. Ellos se comieron mis malas caras, mis visitas eternas a su casa para hablar de Blanca y mis lamentos cuando me bebía unas copas y me ponía a llorar por ser el gilipollas que la había perdido para siempre.

—No seas melodramático, chaval —me interrumpió una tarde Rober, harto de escuchar la misma cantinela—. La vida da muchas vueltas. Nunca sabes lo que va a pasar.

—Si está destinado a ocurrir, da igual lo complicado que parezca —añadió Eloy, apoyando una mano en mi hombro—. A veces solo puedes esperar.

Y esperé. Esperé durante meses. Me convencí a mí mismo de que Blanca volvería a casa. De que nos daríamos otra oportunidad. No era una idea descabellada: en aquel entonces, aunque ya no estábamos juntos, todavía vivíamos en la misma ciudad y manteníamos el contacto. Comencé a quedar de nuevo con ella y nuestros amigos; a llamarla casi a diario... Incluso retomé la novela. Me encantaba enviarle los nuevos capítulos a su *email* y que los comentáramos juntos frente a unas cañas.

Pero Blanca no volvió. Tras unos cuantos *castings*, consiguió un papel en una serie y se mudó

definitivamente a Madrid. Comprendí que ya nada sería igual entre nosotros. Me resigné y aprendí a quererla de lejos. La había esperado algo más de un año: era el momento de dejarla ir.

Los anuncios interrumpieron la emisión. Aproveché la pausa y fui a la cocina a por algo de cenar.

Gloria y yo solíamos hacer la compra los sábados, así que la nevera estaba casi vacía. Media docena de huevos, una bolsa de ensalada sin abrir, un tanto mustia, y, en un túper, sobras de un guiso. No tenía muy buena pinta. Mi mujer era inteligente, divertida y se le daba genial dibujar. Pero cocinar no era su fuerte. Vacíé el contenido en la basura y saqué el companaje para hacerme un sándwich.

La había conocido a finales del verano de 2006 a través de Ana, la exnovia de mi hermano. Hacía varios años que no sabíamos nada de ella, por eso nos hizo tanta ilusión encontrárnosla aquella tarde por casualidad.

Rober me había invitado a tomar algo en las terrazas del puerto. Llevaba varios días insistiendo en que saliera de casa porque no era sano volver del curro y tumbarme a escuchar en bucle *Vivir sin aire*, de Maná. Se puso tan pelmazo que, al final, claudiqué.

Acabábamos de sentarnos en una mesa cuando oímos una voz familiar.

—Mira a quién tenemos aquí: ¡los hermanos Giner! —exclamó Ana tras una carcajada.

Estaba radiante. Embarazadísima. Yo no tenía mucha idea, pero me dio la sensación de que podía ponerse de parto en cualquier segundo. La acompañaba su hermana, que llevaba a dos niños de la mano.

Rober se levantó corriendo para abrazarla.

—¡Pero qué guapísima estás! —afirmó con una sonrisa—. ¿Es el primero?

—La segunda. Este también es mío. —Acarició el pelo de uno de los niños; el más pequeño—. Jordi, dile hola a Rober. Es amigo de mamá.

—¿Jordi? —Mi hermano se rio y el niño se escondió detrás de su madre—. Al final te saliste con la tuya.

—Ya sabes lo cabezota que soy —contestó, sumándose a sus risas.

No entendí nada. Miré a uno y a la otra de manera alternativa.

—Ana estaba loca por Jordi Mollà —me explicó Rober—, y tenía muy claro cuál iba a ser el nombre de nuestro primer hijo.

—Tú sugeriste que lo llamásemos Eloy —replicó ella con retintín, y mi hermano se puso tan rojo que pensé que iba a explotar. Solté una carcajada que la hizo girarse hacia mí—. Por cierto, Martín, ¡he visto a Blanca en la tele! ¿Cómo llevas lo de salir con una famosa?

—Bueno... —Metí las manos en los bolsillos. Volví la cabeza hacia el mar—. Blanca y yo ya no estamos juntos.

—¿Cómo?! ¡Si estabais enamoradísimos! —exclamó, atónita.

Me encogí de hombros. No tenía ganas de seguir con esa conversación.

—A mí no me mires, yo todavía no entiendo por qué lo han dejado. —Rober levantó las manos y luego me señaló—. Y ahí lo tienes, la viva imagen de la desolación. No paro de decirle que pase página y salga con otras chicas, pero ya lo conoces, también es de ideas fijas.

Resoplé con fuerza. Cuando se ponía en plan capullo, no había quien lo aguantase. Ana me frotó el brazo de manera cariñosa. De repente, pareció tener una idea.

—Conozco a la chica perfecta para ti. —Abrió el bolso y se puso a rebuscar en él—. Se llama Gloria y va a cubrir mi baja de maternidad. Llevo una semana explicándole mis tareas. Es una chica guapísima y muy divertida, estoy segura de que congeniaríais enseguida. —Sacó su móvil, un Motorola plegable de color rosa, y lo abrió para desbloquearlo—. Dame tu número. Mañana

en el trabajo le pido que te dé un toque.

Se lo di. No me apetecía nada quedar con una desconocida, pero aún menos que mi hermano me echara un sermón. Era abogado, encontraría argumentos para recriminármelo durante meses.

Nos despedimos de Ana, que me hizo jurar que le daría una oportunidad a Gloria. En cuanto se marchó, creí que Rober insistiría. Sin embargo, se sentó en la silla, dio un trago a su cerveza y se echó a reír.

—Jordi... —Movió la cabeza hacia ambos lados—. Qué cabrona.

Un par de días más tarde, Gloria me llamó. Quedamos en el bar irlandés de la Rambla. Por teléfono me había parecido maja, aunque mi intención era tomarme un café, inventarme una excusa y marcharme pronto.

Llegué diez minutos antes. Abrí la puerta e inspeccioné el local. No había apenas gente: la pareja que se besaba en un rincón, un señor mayor que bebía cerveza en la barra, y una chica morena muy guapa que levantó la cabeza según entré. Ni rastro de la melena rubia que me había descrito por teléfono. Tampoco de la blusa roja que se iba a poner. Eché un último vistazo antes de dirigirme a la barra. La morenita me miraba con atención. Le devolví la sonrisa.

Acababa de pedirme un café cuando se levantó de su mesa y se acercó.

—Perdona, ¿eres Martín?

Enarqué las cejas. No recordaba haberla visto jamás. Era más joven que yo, de unos veintidós o veintitrés años. Alta y delgada, llevaba el pelo corto, a la altura de la barbilla. Sus ojos almendrados eran muy vivos a pesar de ser tan oscuros, aunque era su boca, con esos labios carnosos, lo que más llamaba mi atención.

—¿Nos conocemos? —contesté mientras el camarero dejaba la taza frente a mí.

—Sí... Bueno, en realidad, no. —Sonrió—. Soy Gloria, la compañera de Ana.

—Por teléfono dijiste que eras rubia.

—Una mentirijilla tonta, por si no me gustabas. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Así habría podido largarme sin que te dieras cuenta. —Al ver mi cara de estupefacción, trató de justificarse—. Entiéndeme, estaba un poco acojonada por si resultabas ser un *cranco*... En la única foto tuya que Ana encontró, tendrías unos quince años y estabas bailando sevillanas en las fiestas de tu pueblo. —Apretó los labios para contener la risa—. Por lo que me han contado, creo que esa noche te pillaste un buen pedal.

Supe enseguida de qué foto hablaba. Durante años, mi hermano y Ana se habían cachondeado de mi pose flamenca, por no mencionar mi careto después de tres cubatas. Noté que me subían los colores. Joder con mi excuñada. Ya le valía.

—He madurado desde entonces. —Rompí el sobre del azúcar y lo eché en mi café, evitando el contacto visual.

—Y has cambiado de estilista, gracias a Dios —ladeó la cabeza—, porque ese pelo a lo Nick Carter tenía tela...

—¿Nick Carter?

—El de los Backstreet Boys. El que los tíos fingís no conocer para que no pensemos que sois gais. —Soltó una risita y me hizo una seña para que la siguiera a su mesa—. Me has gustado, Martín. Puedes estar tranquilo.

Me descolocó tanto que tardé unos segundos en reaccionar. Gloria se giró hacia mí, extrañada de que aún estuviese en la barra. Agarré la taza y fui detrás.

—Eso es hacer trampa. —Tomé asiento frente a ella—. ¿Y si hubieras sido tú la que no me gustase a mí?

—¿Y por qué no iba a gustarte?

Lo dijo muy sorprendida, como si no contemplase otra opción. La chica venía sobradísima de autoestima.

—¿Nadie te ha dicho que eres un poquito chula?

—Continuamente —sonrió—, pero a todos os encanta.

La tarde se nos pasó volando. Ana tenía razón: Gloria era muy divertida. Tan espontánea que, cada vez que le preguntaba algo, no tenía ni idea de por dónde me podía salir. Y chula a rabiar. Aunque lejos de molestarme, eso también me hacía gracia.

Serían más de las once cuando la acompañé a casa y nos despedimos en el portal. Tras decirle lo bien que lo había pasado, no supe cómo seguir. Quería pedirle una cita, pero, a la vez, sentía que era traicionar a Blanca. Se creó un silencio incómodo entre los dos.

Fue Gloria quien lo rompió. Se acercó con decisión, me echó los brazos al cuello y me besó.

No era así como había pensado que acabaría la tarde. En mi cabeza no iba a ser más que un café rápido con una desconocida al salir de trabajar. En unas pocas horas, había cambiado todo.

—¿Mañana a las ocho aquí? —me preguntó al separarnos.

Asentí, algo desubicado todavía. Ella sonrió y metió la llave en la cerradura. Me estaba dando la vuelta para marcharme cuando pronunció mi nombre y me giré otra vez.

—¿Qué te había dicho? —Me guiñó un ojo—. Estaba claro que te iba a gustar.

Levanté la vista al cielo y suspiré, fingiendo desesperarme. Gloria soltó una carcajada y entró en el portal.

Los primeros meses juntos fueron fantásticos. Cada mínimo detalle era una gran novedad. Desde su risa, tan contagiosa, hasta su manera apasionada de besarme. Disfrutaba de empezar de cero después de tantos años en una relación. Por supuesto que todavía pensaba en Blanca, prácticamente a diario, pero ya no sentía esa opresión en el pecho que me impedía respirar. Había vuelto a ilusionarme. Y un día me sorprendí deseando que ella también encontrase a alguien y que fuera muy feliz.

No recuerdo en qué punto las cosas comenzaron a torcerse. Tal vez en cuanto dejamos de salir solos y empezamos a quedar con los demás. Aun sin estar presente, Blanca seguía ahí, en cada recuerdo, en cada conversación. Era una parte importante de nuestras vidas.

Durante mucho tiempo, justifiqué las meteduras de pata de mis amigos, las anécdotas que mi madre contaba en las comidas familiares y las comparaciones inevitables que nunca salían bien. Lo hacían sin maldad. La gente no se acostumbraba a verme con otra, como si les costara asumir que ya no estuviera con Blanca. Fue complicado y a Gloria y a mí nos terminó afectando.

Guardé en la nevera el companaje y saqué una cerveza. Al cerrar, uno de los imanes cayó al suelo. Era un pequeño DeLorean, como el de *Regreso al futuro*, que me había regalado Blanca un par de años atrás. Lo volví a colocar en la puerta y me acordé de aquella noche en Madrid, borrachos en mi habitación de hotel, en la que me confesó que había viajado en el tiempo.

—Hay que joderse, McFly. —Me reí con un resoplido y le di un mordisco al sándwich de vuelta al salón.

Cada vez que pensaba en esa historia de las viajeras, mi parte racional se descojonaba. No tenía ningún sentido. Era imposible irse a dormir en el futuro y despertarse al día siguiente en 1996.

Aun así, la creía. No solo porque eso explicara que supiera lo del accidente de Santi y otras cincuenta premoniciones más. Tenía grabada la mirada de Blanca al rogarme que no me subiera al coche. Su miedo era real, sabía que iba a ocurrir. Y eso me salvó la vida.

Lo que llevaba años sin entender era su insistencia en que debía estar con Gloria. Tras la discusión en la boda de Alba y Sofía, llegué a tener serias dudas de que fuera para mí. Lo habríamos dejado si Blanca no me hubiera contado nada sobre ese otro futuro.

Quería a mi mujer. Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos, nunca logramos encajar del todo. No conectaba con ella como lo hacía con Blanca. Gloria era pasional, en lo bueno y en lo malo, y a veces resultaba agotador. Una auténtica montaña rusa. En esos seis años, habíamos pasado por tantas subidas y bajadas que nuestra relación ya estaba resentida. Había tratado de hablarlo con Blanca en varias ocasiones, pero, cada vez que le sacaba el tema, ella repetía un «Tenéis que estar juntos» y daba por zanjada la conversación.

A lo mejor en su otra dimensión las cosas eran distintas. Tal vez uno se enamora tan fuerte de adolescente que luego ya no es capaz de sentir la misma intensidad. O quizá yo aún albergaba la esperanza de que, algún día, con Blanca, sucediera lo imposible, como estuvo a punto de pasar aquella vez en Madrid. Nunca le había contado a nadie lo mucho que me arrepentía de haberla parado esa noche, cuando nos besamos en mi habitación de hotel. Entonces creí que era lo correcto... Me equivoqué. Si yo también hubiera podido viajar en el tiempo, habría regresado a ese punto para cambiar la línea temporal. Lo tenía claro.

Me cansé de hacer *zapping*. Hacía rato que la peli se había acabado y no conseguía engancharme a ningún canal. Pensé en ponerme con la escaleta de la próxima novela, pero me daba pereza. Aún quedaban seis meses para el *deadline* de la editorial. Decidí irme a leer a la cama. Parecía que iba a ser una de esas noches en las que tardaría en conciliar el sueño.

Acababa de quedarme dormido cuando una mano fría me rozó el abdomen. Parpadeé, sobresaltado. Iba a incorporarme, pero Gloria susurró a mi espalda:

—Tranquilo, que soy yo...

Me di la vuelta despacio, hasta quedarme tumbado boca arriba. Alcé los brazos por encima de la cabeza y ella se acurrucó a mi lado. Estaba desnuda.

—¿Lo has pasado bien esta noche? —bostecé, atrayéndola hacia mi cuerpo.

—Esta noche aún no se ha terminado —respondió, juguetona, y estiró de los cordones de mi pantalón.

Me endurecí al instante, al verla tan decidida. Hacía varias semanas que parecía evitar mi contacto: cada vez que la abrazaba o me acercaba a darle un beso, se apartaba con alguna excusa.

Bajé los dedos por su espalda. Gloria lamió mi cuello y su mano envolvió mi erección. Sonreí cuando me empezó masturbar.

—Qué cariñosa estás, chulita. ¿Tanto me has echado de menos?

No contestó. Buscó mi boca con la suya y me besó con impaciencia. Metí la mano entre sus piernas. Estaba muy excitada. Se le escapó un gemido en cuanto la acaricié.

Subí la mano a su pecho, despacio, recreándome en su piel, pero Gloria tiró de mi pijama hacia abajo y se montó a horcajadas sobre mí. Sin más preliminares. Ahogué un gruñido al deslizarme en su interior.

Empezó a moverse despacio. La luz de la ventana dibujaba su silueta. Tenía la cabeza ladeada y gemía en cada vaivén. Era increíblemente sensual. Acaricié sus muslos, la abracé por la cintura y me incorporé a besarla.

—Joder —susurré—, ¿sabes lo mucho que...?

—No hables, por favor. —Colocó los dedos sobre mis labios. Aumentó la cadencia y empezó a jadear.

La habitación se llenó de nuestros gemidos, del sonido de nuestros cuerpos chocando. El ambiente era demasiado intenso. Le pedí que bajara el ritmo o acabaría enseguida. Gloria me tapó la boca con la mano, desoyendo mi petición. Intenté concentrarme en otra cosa, pero sentí brotar aquel cosquilleo y supe que no iba a aguantar.

Sujeté sus caderas con fuerza hasta que la detuve. Apreté los dientes. Tensé mi cuerpo, tratando

de contener el orgasmo.

No sirvió de nada. Me corrí sin poder evitarlo, como un puto adolescente.

Gloria abrió los ojos de golpe y echó la cabeza hacia atrás.

—Joder, Martín —se quejó, frustrada.

—Dame un minuto, chulita. —Le mordisqueé un pezón—. Enseguida estoy listo otra...

—Es igual, déjalo —resopló con rabia.

Y, sin darme tiempo a reaccionar, se levantó de la cama y desapareció en el baño.

### 3. CAFÉ CON CANELA

Sábado, 23 de marzo de 2013

BLANCA

Me desperté sin prisa en la enorme cama de nuestra nueva habitación. En el piso de abajo, Jorge trasteaba en la cocina. «Ya está preparando el desayuno», sonreí, y pensé en el café con leche y canela con el que solía amanecer cada fin de semana. Me tapé con el nórdico hasta el cuello y volví a cerrar los ojos mientras aguardaba a que mi marido regresara al dormitorio.

No debían ser ni las diez y teníamos la mañana entera para remolonear. Hacía unas tres semanas que nos habíamos mudado de vuelta tras la reforma y, después de convivir con un montón de cajas a medio deshacer, al fin estaba todo colocado.

Tenía muchísimas ganas de enseñarle el piso a mis amigas. Aprovechando las vacaciones de Semana Santa, vendrían el jueves siguiente a Madrid para pasar unos días con nosotros. Me había costado mucho convencerlas de que dejaran a las niñas y se permitiesen un poquito de diversión sin sentirse malas madres. Incluso había tenido que sobornarlas con unas entradas de platea para el musical de *El Rey León*. En la otra dimensión, lo habíamos visto las tres juntas y nos había encantado. Esa vez había comprado una entrada más para que Jorge se uniera a nosotras.

Saqué los brazos del edredón y bostecé, estirándome en la cama. «Qué raro que tarde tanto en venir». El ruido de cacharros había cesado hacía rato y me parecía escucharlo hablar. Aguardé unos minutos más hasta que decidí levantarme.

Bajé a la cocina. De pie, junto a los armarios de la encimera, Jorge hablaba por el móvil. Lo separó un momento de su cara y me saludó con un beso de buenos días. Le di unos golpecitos en el brazo, pidiéndole que me dejase sitio para coger unas tazas. Él avanzó unos pasos y se sentó a la mesa.

—Si quieren que sea el trece de mayo, vamos muy justos... —lo oí decir—. Ya, ya lo sé, Álvaro, pero no es suficiente tiempo para lo que queríamos hacer.

Saqué de la nevera el brik de leche y llené una taza hasta la mitad. Agarré otra y la moví en el aire para preguntarle a Jorge si también quería un café. Asintió con la cabeza. Cogí un par de cápsulas, coloqué una en la máquina y le preparé un expreso a la vez que la leche se calentaba en el microondas.

—Dame un segundo, que no te escucho bien con este ruido. —Mi marido se puso en pie y salió de la cocina, haciéndome una seña para indicarme que volvería enseguida.

Apoyé los codos sobre la encimera y suspiré. «¿Tan pronto se han acabado las buenas costumbres?», se quejó mi voz interior. Habría jurado que, en la otra dimensión, había tardado más tiempo en dejar de llevarme el café a la cama. Al menos, cuatro o cinco años desde que nos habíamos ido a vivir juntos, cuando empezó a levantarse temprano los fines de semana para adelantar trabajo. «No te pongas dramática, será una cosa puntual», me dije para justificarlo.

Coloqué la segunda cápsula y me preparé otro café para mí. Llevé las dos tazas a la mesa y consulté mi móvil mientras lo esperaba para desayunar.

Jorge volvió a la cocina casi cuarenta minutos después, vestido con unos vaqueros y con el pelo húmedo, como si se acabara de duchar. Agarró su taza y me dio un beso rápido en los labios.

—¿Dónde vas? —le pregunté, sorprendida.

—Voy a acercarme a la oficina un par de horitas. —Le dio un sorbo a su café—. La empresa quiere presentar la nueva herramienta a los accionistas en un mes y medio, y tengo que revisar con Álvaro un par de cosas urgentes para empezar a planificar.

—¿Ahora? Es sábado... —lloriqueé.

—Lo sé, cielo —Jorge dejó su taza en la mesa—, pero la semana que viene solo tiene tres días laborables y tenemos que organizar al equipo. No queremos perder tiempo, nos han dado muy poco margen. —Al verme algo disgustada, preguntó, confuso—: No teníamos nada previsto para hoy, ¿verdad?

—Bueno, yo tenía ciertos planes para nosotros —me puse en pie y me acerqué a mordisquear su cuello—, pero incluían mucha menos ropa de la que llevas ahora mismo.

Jorge soltó una carcajada.

—Te prometo que solo tardaré un rato. —Me agarró de la cintura y me separó despacio de su cuerpo—. Y esta tarde la vamos a pasar enterita en la cama, que esos planes tuyos tienen muy buena pinta. —Tomó mi cara entre sus manos y me besó.

—Vale, vete, anda —me reí. Lo empujé hacia atrás, intentando recuperar mi dignidad—. Dile a Álvaro que no te entretenga demasiado.

—Estaré aquí antes de que te des cuenta, cielo. —Me dio un último beso, cogió sus llaves y se marchó.

No regresó hasta pasadas las cinco y media. Tras colgar la chaqueta en el perchero, se fue directamente a su estudio, refunfuñando. Paré la película que había puesto en el DVD, me levanté del sofá y lo seguí hasta allí.

—¿Estás bien? —pregunté desde la puerta.

Jorge prendió el ordenador y se dejó caer sobre la silla.

—No, no mucho. —Se frotó los ojos con los dedos—. Lo que nos piden es una puta locura. —Me hizo una seña con la mano para que me acercase. Enarqué una ceja: lo había esperado todo el día en casa y ni siquiera me había dicho hola al entrar—. Lo siento, cielo, no te enfades —dijo al darse cuenta de que seguía parada en la puerta—, tengo la cabeza en otra parte.

—Pensaba que solo serían un par de horas.

—Ya, yo también... —resopló—, pero los fondos de nuestro departamento están a punto de agotarse, y mi empresa quiere hacer un evento para captar nuevos socios. —El monitor se encendió, Jorge introdujo la contraseña—. Pretenden que enseñemos la herramienta en la que estamos trabajando. El problema es que todavía no hemos entrenado a la máquina para reconocer determinados patrones complejos, y no tengo muy claro que lo vayamos a tener listo para mayo.

—¿Y por qué no les decís que no llegáis?

—Porque creo que aún existe una posibilidad. —Abrió un programa en su ordenador—. Si no te importa, me gustaría hacer una prueba rápida para ver si, al combinar ciertos parámetros, podemos elevar los resultados a...

Dejó la frase a medias y empezó a teclear con rapidez, absorto en lo que tenía entre manos. No parecía percatarse de que yo aún seguía en la habitación. Me invadió una sensación de invisibilidad muy familiar, una que hacía muchísimos años que no experimentaba.

—Había puesto una peli... ¿Quieres que la veamos juntos? —Intenté captar de nuevo su atención—. He hecho palomitas.

—Sí, ponla; en cuanto acabe, voy... —contestó, sin apartar la vista de la pantalla—. Esto es muy importante.

Asentí, con los labios fruncidos, y me marché al salón.

Jorge no salió de su estudio en toda la tarde. Acabó la película y todavía me dio tiempo de ver otras dos. Sobre las once y cuarto, me asomé a su puerta para darle las buenas noches. Murmuró un «Que descanses» y continuó tecleando, enfrascado en su trabajo.

Me costó dormir. Di vueltas en la cama durante un buen rato, con el incómodo presentimiento de que algo no iba

bien. En un par de ocasiones, incluso estuve tentada de coger el móvil para contárselo a mis amigas, pero deseché la idea. No era más que una sensación extraña, ni siquiera tenía claro qué decirles.

Al día siguiente, me despertó el olor del café con canela que Jorge me llevó a la cama.

—Buenos días, cielo... —susurró al apoyar la taza en la mesita de noche. Estiró del edredón y comenzó a cubrir de besos cada centímetro de mi piel.

—¿Te acostaste muy tarde? —Disimulé un bostezo—. No te oí llegar.

—Un poco. Lo siento, se me fue el santo al cielo —se disculpó.

No pude decir nada más. Su boca cubrió mis labios mientras las yemas de sus dedos trepaban entre mis muslos. Mi marido estaba tan cariñoso como siempre y preferí no darle importancia a lo que había sucedido el día anterior.

«Solo ha sido algo puntual que me ha traído malos recuerdos —me dije para justificarlo—. En esta dimensión, todo es distinto. Lo que pasó no nos volverá a ocurrir».

El jueves por la mañana esperaba a mis amigas frente a la puerta de llegadas, en la nueva terminal de la estación de Atocha. Llevaba puesta una gorra y las gafas de sol, como siempre que acudía a lugares muy concurridos, para evitar que la gente me reconociera. Me situé en una esquina, tratando de no llamar mucho la atención, pero, tras el grito que soltaron las dos al verme, la multitud se giró a mirarnos.

—¡Ya estamos todas! —exclamó Vega mientras corrían hacia mí.

Sofía se había cortado el pelo en una media melena y estaba muy guapa. Vega también había pasado por la peluquería antes del viaje: si se lo alisaba por su cuenta, nunca le quedaba tan bien.

Nos abrazamos con ganas y dimos saltos en círculos. Hacía mucho tiempo que no estábamos las tres solas, sin bebés ni parejas, y mis amigas parecían muy emocionadas ante el largo fin de semana que teníamos por delante.

—¡Cómo ha cambiado este sitio! —comentó Sofía después de que tomásemos las escaleras mecánicas hacia la salida.

—¡Tú sí que has cambiado! —respondí, pasándole la mano por el pelo—. Te queda genial, aunque voy a echar de menos tus rizos.

—Alba me ha dicho lo mismo —se rio Sofía—. Y yo también voy a echarlos de menos, pero, con dos niñas pequeñas, una melena como la que tenía era difícil de mantener.

—¿Y a mí no me dices nada? —protestó mi otra amiga.

Nos giramos hacia Vega, que no dejaba de observar a su alrededor.

—Yo ya te he dicho que estabas muy guapa... —contestó Sofía—. ¿Qué haces? ¿Buscas a alguien?

—A lo mejor podríamos pasarnos por la puerta del Sol para ver si nos encontramos con Hugo Silva. —Lo soltó tan seria que se nos escapó una carcajada—. ¡No os riais! Me encantaría saber qué tal le va la vida.

—No te preocupes. —La cogí del brazo—. La próxima vez que lo vea, le daré recuerdos de tu parte.

Pillamos un taxi que nos llevó hasta mi casa. Lo primero que les enseñé fue la habitación de invitados, que se encontraba pegada al estudio de Jorge, en el piso inferior, donde había estado nuestro antiguo dormitorio.

Vega soltó la maleta y se tiró sobre una de las dos enormes camas.

—¡Me pido la de la ventana! —gritó antes de aterrizar boca abajo en el colchón.

—Elige la que quieras, a mí me da igual. —Sofía abrió la puerta del baño y se asomó dentro—. Esto también es nuevo, ¿verdad?

—Sí, hemos redistribuido las dos plantas —expliqué—. Hay otro aseo en el pasillo y dos

cuartos de baño en el piso de arriba, nos podemos arreglar las tres a la vez. ¡Hoy no tenéis excusa para llegar tarde!

—¿A qué hora es el musical? —Vega se incorporó en la cama y miró su reloj.

—A las seis —contesté—. Deberíamos salir de aquí sobre las cinco.

—¿Se apunta Jorge al final? —preguntó Sofía, que había tumbado la maleta en el suelo y sacaba sus cosas.

—Sí, está con Álvaro, pero me ha dicho que vendrá sobre las cuatro y media, que no lo esperemos para comer. —Di un par de palmadas y señalé a Vega—. Son las doce; métete en la ducha, que luego no quiero prisas.

Mi amiga puso los ojos en blanco y se dejó caer de nuevo en la cama.

A las cuatro y cincuenta y cinco, nos había dado tiempo a comer, a arreglarnos para salir e incluso a ver fotos antiguas. Sentadas en la mesa de la cocina, esperábamos a mi marido para ir al musical.

—Como no llegue en cinco minutos, me voy a cagar en todo —amenazó Vega, que hacía repiquetear sus uñas contra la madera.

—No te preocupes, será puntual —respondí.

Por enésima vez, abrí WhatsApp en mi móvil para comprobar que no tenía ningún mensaje de Jorge. Estaba a punto de preguntarle si le faltaba mucho cuando escuchamos el ruido de la llave en la cerradura. Fuimos a recibirlo a la entrada.

—Y ahora que ya estamos todos, vámonos. —Vega se colgó el bolso y agarró su chaqueta.

—Chicas, si no os importa, esta noche preferiría quedarme en casa —nos pidió Jorge—. Tengo trabajo que adelantar para la presentación.

Por el rabillo del ojo, advertí que mis amigas se miraban. Sofía apretó los labios; Vega chascó la lengua.

—Cielo, vente con nosotras —lo animé, tirando de su mano—. Te va a encantar. La música, la puesta en escena, el vestuario... Es impresionante. Merece un montón la pena, de verdad. —Me percaté de que sonaba demasiado efusiva y traté de recular un poco—. Bueno, eso es lo que dicen en las reseñas.

—Vamos juntos otro día, ¿vale? —Jorge besó mi mano antes de soltarla—. Lo siento, Blanca, esta tarde tengo muchísimo que hacer.

No quise insistirle. Le pasé la chaqueta a Sofía y nos despedimos.

—Su empresa prepara un gran evento para dentro de dos meses y los avisaron hace menos de una semana —les comenté en el portal, después de llamar al taxi—. Qué rabia que no pueda venirse con noso...

No había terminado de decir la frase cuando mis amigas se volvieron a mirar.

—¿Qué pasa? —pregunté, mosqueada.

—Es exactamente lo mismo que ocurrió en la otra dimensión —contestó Sofía.

—No... —repliqué, sin entender a qué se referían—. Jorge no vino porque estaba fuera, creo que en algún viaje.

—No, Blanqui —me corrigió Vega—. Me acuerdo muy bien de que nos puso una excusa para no venir.

Me quedé callada, porque yo lo recordaba de otra manera. «¿Es posible que mi cerebro me haya vuelto a engañar?». Ya me había sucedido antes: durante años, en la otra dimensión, había olvidado mi espantosa primera vez con Nacho en el instituto. Como si hubiese bloqueado aquella experiencia traumática para protegerme. Quizá, esa vez, con Jorge, me había pasado lo mismo. Sin poder evitarlo, me puse a temblar.

—Sí, yo también estoy segura de que no quiso ir. —Sofía me frotó el brazo—. Nos dijo que prefería quedarse en casa porque estaba trabajando en no sé qué historia y tenía muchísimo que hacer.

Las miré fijamente mientras las dos asentían. Y, entonces, al igual que me había ocurrido muchos años atrás, regresaron de golpe los recuerdos de esos dos días en la otra dimensión.

Jorge no se había despegado del ordenador con la excusa de que tenía que terminar el proyecto en el que trabajaba. Me acordé de lo molesta que había estado con él ese fin de semana, de lo incómodas que se habían sentido mis amigas y de la bronca que habíamos tenido después de que ellas se marchasen en el tren.

—Aun así, ahora las cosas son muy diferentes entre nosotros —le expliqué a Sofía—. Todo ha cambiado. Que se haya vuelto a quedar en casa es solo casualidad.

—Claro, Blanca, tranquila. —Mi amiga sonrió, condescendiente.

El taxi paró frente a nosotras. Vega abrió la puerta y nos hizo una seña para que entrásemos.

—Vamos, que al final llegaremos tarde, ya verás —se quejó, y las tres nos subimos en el coche.

A pesar de que nuestras localidades eran mucho mejores que en la otra dimensión, el espectáculo no me impactó tanto como recordaba. Tal vez las cosas parecen más especiales al vivirse por primera vez y tenía las expectativas muy altas. O quizá todavía estuviera dándole vueltas a lo de Jorge. Me asustaba que mi mente también hubiera escondido esos recuerdos. Empecé a plantearme si no me habría engañado en algo más.

—¿Qué os ha parecido? —Sofía levantó la mano para pedir más vino.

Después de la función, habíamos ido a cenar a uno de mis restaurantes favoritos en el centro de Madrid, situado en una antigua capilla medieval. Era un sitio espectacular e inesperado, con sus columnas originales y su bóveda barroca. Me encantaba ver la cara de la gente cuando lo descubría. Desde la calle, era imposible imaginar lo que se escondía tras aquella puerta.

—No sé qué decirte... —Vega torció el gesto—. Creo que la otra vez me gustó mucho más.

—A mí se me ha hecho un poquito largo. —Acerqué mi copa al camarero para que la rellenase.

Al terminar, dejó la botella en la mesa y nos preguntó si tomaríamos postre. Las tres asentimos y pedimos una porción de tarta para compartir.

—¿Sabéis, chicas? —dijo Sofía en cuanto el camarero se retiró—. Llevo unos meses un poco preocupada por mi hija.

—¿Por cuál de las dos? —Vega agarró su copa.

—Por Sofi —respondió mi amiga—; con Albita no tengo ningún problema.

Las gemelas, que tenían poco más de dos años, se llamaban como sus madres y, a veces, era un poco complicado distinguir si se refería a su mujer o a su hija.

—¿Qué le pasa a la niña? —pregunté.

—Pues... —Mi amiga se removió en su asiento, como si no supiera por dónde empezar—. En la otra dimensión, la primera palabra que dijo Sofi fue «papá».

—¿Y? —La miré sin entenderlo.

—Ahora ha dicho «mamá».

—Bueno, más raro sería que le dijera papá a tu mujer. —Me encogí de hombros y le di un trago a mi copa de vino.

—La mía dijo «papá» —comentó Vega—. A mí me suenan las dos igual, pero David estaba tan emocionado que no he querido quitarle la ilusión.

—Ya, lo sé, las dos suenan muy parecidas, pero no es eso lo único que me preocupa. También está lo de la pelota. —Se inclinó un poco hacia delante y bajó la voz—: En la otra dimensión, Sofi tenía una pelota roja que le encantaba. Era su juguete favorito. Le gustaba tanto que, en esta,

fue lo primero que le compré... —Interrumpió la narración cuando el camarero trajo el postre.

—¿Y qué pasa con esa pelota? —pregunté, curiosa, después de que nos volviera a dejar solas.

—Pues que está muerta de risa en una esquina de la habitación, creo que no ha jugado con ella ni una sola vez.

Vega agarró su copa de vino y se echó hacia atrás. Parecía algo incómoda.

—Bueno, ya sabes como son las niñas. —Tomé un pedacito de tarta con el tenedor—. Hoy les da por una cosa y mañana, por otra. Seguro que en cualquier momento agarra la pelota y ya no la suelta. ¿Qué es lo que te preocupa exactamente?

—¿Y si..., y si mi hija no es la misma? —susurró Sofía.

—¿Cómo no va a ser la misma? ¡Si hasta tiene esa mancha de nacimiento en el hombro! —exclamé.

—Por fuera sí, pero... —Sofía tomó aire—. No sé, a veces creo que deberíamos contarles a los demás que hemos viajado en el tiempo. Hay algunas cosas, como esta, que necesito comentar con...

—Olvídate —la cortó Vega—. ¿Te imaginas lo que pasaría si llegaran a enterarse? Nos tomarían por locas. No creo que una relación pueda sobrevivir a una confesión tan increíble.

Al instante, pensé en Martín, a quien, unos años atrás, le había revelado que éramos viajeras que venían del futuro. Estuve a punto de decírselo a mis amigas, pero Vega sonaba tan tajante que me acojoné. «No lo lées más —me advirtió mi voz interior—. Como se enteren de que Martín lo sabe, se va a montar una muy gorda».

—¿Tú qué opinas, Blanca? —me preguntó Sofía.

—Yo no quiero contárselo a Jorge. —Negué con la cabeza—. Nunca me creería.

Vega me señaló sin dejar de mirarla y puso cara de «¿Ves cómo tengo razón?». Sofía se rascó la frente y dejó escapar un suspiro largo.

—Te estás preocupando de más, Sofi. —Le ofrecí el plato de tarta, pero la rechazó con la mano—. Tu hija es la misma niña. Esos argumentos son demasiado ambiguos como para sacar conclusiones precipitadas. —Me encogí de hombros—. Tienes mucho encima, con la empresa y las dos crías. Solo estás cansada...

—Sí, Blanca, creo que tienes razón. —Sofía se levantó—. Voy al baño. Ya no estoy acostumbrada a tomar vino y creo que se me ha subido a la cabeza.

Agarró el bolso y le preguntó al camarero dónde estaban los servicios. Vega y yo la observamos desde la mesa hasta que desapareció por una puerta lateral.

—¿Qué piensas tú? —Estiré el brazo y partí otro trocito de tarta. Al levantar la cabeza, Vega tenía la vista clavada en mí.

—No lo sé, Blanqui —susurró, con la voz temblorosa—. Acabo de caer en que mi hija tiene una pelota roja con la que siempre quiere jugar.

Levanté las cejas, impactada. No parecía una mera coincidencia.

—¿Insinúas que Ainhoa y Sofía...? —Moví los dedos, dando a entender que podían haberse intercambiado de alguna manera.

—Solo espero que no —concluyó Vega, y se bebió la copa de vino de un trago.

Mis amigas se marcharon el domingo. Quitando el incidente del primer día, el resto de la semana transcurrió sin contratiempos. Mi marido se sumó a la mayoría de nuestros planes y disfrutamos juntos de nuestros sitios favoritos en Madrid.

Sofía no volvió a mencionar el tema de su hija; tampoco hablamos del viaje en el tiempo, ni del Jorge de la otra dimensión. Supuse que las tres necesitábamos desconectar de nuestras preocupaciones durante unos días.

Cuando nos despedimos en la estación de Atocha, Vega me dio un fuerte abrazo y me dijo al oído:

—Me lo he pasado genial, Blanqui. Lo único que me jode es no haberme cruzado con Hugo Silva.

Nos echamos a reír. Les di un beso a cada una y nos dijimos adiós con la mano hasta que desaparecieron tras el control de equipajes.

## 4. LA BODA DE ROBER

Sábado, 11 de mayo de 2013

MARTÍN

No había terminado de vestirme cuando sonó el teléfono fijo. Resoplé. Sin duda, era mi madre. Otra vez. Con esa, llevaba cuatro llamadas desde el mediodía. Y, conociéndola, todavía caería otra más, porque aún quedaba una hora y media hasta que empezara la ceremonia.

—¡Chula, ¿puedes cogerlo tú?! —grité desde la habitación mientras me anudaba la corbata.

Aguardé unos segundos, pero Gloria no respondió. El teléfono sonaba sin parar. Salí hacia el salón, escopetado.

—Hijo, ¿cómo vais? ¿Os falta mucho? Ten en cuenta que hoy es sábado y seguro que hay tráfico por la nacio...

—Mamá —la interrumpí—, estamos prácticamente listos. En diez minutos, cogemos el taxi. Vamos a llegar los primeros.

—Ay, es que me subo por las paredes. Me acaba de llamar tu tía desde el coche y me ha dicho que había un accidente a la altura del pueblo y que estaban parados en la autovía. Y no quiero que salgáis tarde, que a lo mejor pilláis tráfico y...

—Tranquila, mamá —respondí, tajante—. Te dejo, que, si no, no nos da tiempo.

—Vale, cariño, ahora nos vemos.

Colgué el teléfono y lo coloqué en su base. Fui al espejo del recibidor para terminar de hacerme el nudo.

—¡¿Te queda mucho?! —Alcé la voz para que Gloria me escuchara—. ¡Mi madre nos está metiendo prisa!

Me extrañó que tampoco contestase. Me acerqué al baño y llamé con los nudillos.

—¿Estás bien, chulita?

Escuché un suspiro largo antes de que abriera.

—No me gusta nada este vestido, no sé en qué estaba pensando cuando me lo compré. —Se giró para mirarse en el espejo.

La observé con atención. Se había puesto un traje de noche largo y bastante ceñido que resaltaba su cuerpo. De un color verde agua. O azul mar. No tenía muy claro cómo llamaban a ese tono. Los tirantes se ataban al cuello y enmarcaban el escote. Le sentaba de miedo. No entendía qué había de malo en ese vestido.

—Estás guapísima. —Me coloqué detrás de ella. Rodeé su cintura con los brazos—. ¿Cuál es el problema?

—Pues que me siento embutida. —Hinchó las mejillas de aire y lo soltó de golpe—. Y que me hace unas tetas enormes. Parece que me he puesto un Wonderbra. —Se llevó las manos al pecho.

—Tienes unas tetas perfectas. —Cubrí sus manos con las mías—. Si no fuera porque mi madre es capaz de llamar a los bomberos como no lleguemos a tiempo, te demostraría ahora mismo lo impresionante que estás.

Me pegué a su espalda y la besé en el cuello. Gloria apartó mis manos con brusquedad.

—Vale, pues vámonos —bufó—. No quiero llegar tarde y tener que soportarla.

Se dio media vuelta y salió.

Coloqué mis manos en las caderas y miré al suelo. Mi mujer estaba cada vez más irritable.

Saltaba por cualquier cosa. Sobre todo cuando me acercaba a acariciarla. Desde aquella última noche que me había abordado en la cama, hacía casi dos meses, parecía que le molestase que hiciera la más mínima alusión sexual.

La escuché abrir la puerta de la entrada.

—¡Martín, ¿vamos o qué?! —gritó.

Apagué la luz del baño, cogí la chaqueta, que estaba sobre una silla, y fui tras ella. Antes o después, tendríamos que hablar. No podíamos seguir así.

La boda de mi hermano y Eloy se celebraba en una finca muy pija a las afueras de la ciudad. Era uno de esos sitios de cocina de autor con una estrella Michelin, de los que les gustaban tanto a ambos. A mi madre, los platos le parecían muy sofisticados y había vuelto encantada de la prueba del menú. Mi padre bromeaba con que más de uno llamaría al Telepizza, porque seguro que se quedaban con hambre.

Lo primero que hice al entrar fue avisarlos de que ya estábamos allí. Encontré a mi madre hablando con la de Eloy ante la puerta de una salita donde los novios terminaban de arreglarse.

—Ay, hijo, menos mal que habéis llegado a tiempo. —Me ajustó la corbata después de que le diera un beso—. Me estaba empezando a preocu...

—Mari, no seas exagerada —la interrumpió mi padre, que se acercó con una copa de cava en la mano—, todavía falta casi una hora para que empiece.

—Eso se pasa en un suspiro, parece mentira que no sepas cómo son estas cosas —le contestó ella. Estiró la mano hacia Gloria—: ¡Nena, qué guapa estás! Gírate, que veamos el vestido.

Mi mujer dio una vuelta, algo incómoda. Le rodeé la cintura y la atraje hacia mi cuerpo para confortarla. Al notar mi contacto, se tensó. Retiré mi brazo.

En el taxi habíamos hecho todo el trayecto en silencio: yo, mirando por la ventanilla; ella, enfrascada en su móvil, hasta que la escuché resoplar. Al darse cuenta de que la observaba, había bloqueado el teléfono y lo había guardado en su bolso.

—Están guapísimos los dos —añadió, con una sonrisa, la madre de Eloy—. Voy dentro, a ver cómo van los chicos.

—Voy contigo —se sumó mi madre—. Vosotros id a coger sitio, deprisa, antes de que lleguen los demás.

Mi padre levantó la vista al cielo y se rio, resignado. Terminó el culín de cava y nos hizo una seña para que lo acompañásemos al jardín.

De pie, junto a la primera fila, observamos entrar a los invitados. Blanca llegó de las últimas. Estaba preciosa, con un vestido largo de color rojo que dejaba sus hombros al descubierto. Palabra de *noséqué*, me parecía que se llamaba. Me extrañó que viniera sola, porque el nombre de su marido también aparecía en las tarjetas de las mesas. Mi hermano los había sentado con Gloria y conmigo, en la de los más allegados, junto con algunos de nuestros primos y los hermanos de Eloy.

Cruzamos la mirada y sonrió. Levanté los hombros, vocalizando el nombre de Jorge. Ella movió la mano para indicarme que luego me lo contaría. Empezó a sonar la música. Tomé asiento al lado de mi mujer.

La ceremonia fue breve y emotiva. El oficiante, amigo de mi hermano, incluso bromeó con que esperaba que, esa vez, ninguno de los novios se diera a la fuga. Mi madre fue la única que no se rio. Ni Gloria, que parecía tener la cabeza en otra parte.

Al empezar el cóctel, fui a saludar a Blanca. La rodeaba un grupito de gente del pueblo que se sacaba fotos con ella. Estaban encantados de conocer a una famosa. Sobre todo, Gema, nuestra

vecina, que había venido a la boda con su marido, Juanjo, y sus tres hijos:

—Giner, haznos una foto. —Me tendió su teléfono. Volvió a posar, acompañada de su tribu—. En el trabajo no se creen que soy amiga de Blanca Suárez y necesito enseñarles pruebas.

Puse los ojos en blanco. Aún recordaba esa vez en la que Gema le tiró un cubalitra por encima en las fiestas de mi pueblo. Blanca pareció leerme la mente, porque se echó a reír.

—Ten cuidado con el vino, Gemita —le dijo con retintín—. Ya me empapaste la ropa una vez. Como se te caiga una sola gota sobre este vestido, te juro que no te vas de rositas.

—Eso fue sin querer, tía, ya lo sabes. —Movi6 la mano para que Juanjo y los niños se retiraran—. Ahora una de las dos solas, que la voy a poner en el Facebook.

Hice varias fotos más, hasta que se quedó satisfecha con el resultado. Le devolví el teléfono. Me acerqué a darle dos besos a Blanca.

—¿No ha venido tu marido? —le pregunté mientras ella saludaba a Gloria.

—Lo han llamado del trabajo cuando nos estábamos vistiendo. Uno de los *softwares* daba error y no llegaban con las pruebas a la presentación del lunes. —Se encogió de hombros—. Ha tenido que volver a Madrid.

Un camarero nos ofreció unos canapés de langostinos con una salsa amarilla. Cogí uno y le pasé otro a mi mujer, que lo rechazó. La miré extrañado.

—Pero si te encanta el marisco...

—Joder, Martín, que te he dicho que no quiero —protestó.

Alcé las cejas, sorprendido. Gloria inspiró hondo. Parecía a punto de añadir algo más cuando llegó mi madre.

—Ay, Blanca, ¡qué preciosísima estás! —Le dio un abrazo. Al retirarse, la tomó de la mano y la observó, fascinada—. Qué elegante, hija; este vestido es una auténtica maravilla... Mira qué gasa más fina tiene la falda —le comentó a su consuegra, que la seguía un par de pasos por detrás. Se volvió de nuevo hacia nosotros—. ¿Os está gustando el cóctel? —Hizo una seña a otro camarero para que se acercara con la bandeja—. Probad estos, son unos bocaditos de *foie* con caramelo que están deliciosos.

Blanca y yo cogimos un par. Gloria arrugó la nariz.

—Voy un momento al baño —se excusó. Caminó deprisa hacia los servicios.

Miré a Blanca, que estaba tan desconcertada como yo. Señalé con la cabeza en la dirección por la que se había marchado Gloria.

—Vengo enseguida —les dije. Las tres asintieron.

La puerta del lavabo de señoras estaba cerrada. Golpeé un par de veces con los nudillos y llamé a mi mujer. Nadie contestó. Me apoyé en la pared y resoplé.

No tenía ni idea de lo que le pasaba. Los días anteriores no habíamos tenido ninguna discusión. De hecho, apenas habíamos cruzado palabra: Gloria había vuelto muy tarde a casa después de trabajar, y yo había estado escribiendo tan absorto que casi no había salido de mi despacho. Dudé si sería eso lo que le molestaba tanto, aunque su reacción me parecía desproporcionada.

Se abrió la puerta. Salió con los ojos algo hinchados, como si acabase de llorar. Al verme, se detuvo en seco. Me acerqué a ella con preocupación.

—¿Estás bien, chula? —Le acaricié la mejilla—. ¿Qué te pasa hoy?

—Nada. —Negó con la cabeza.

—¿Seguro? —insistí.

—¡Joder, no seas pesado! Que no me pasa naaada... —Hizo el ademán de irse, pero la detuve.

—Vamos, no me tomes por idiota. Llevas toda la tarde muy borde conmigo y aún no sé qué te he hecho.

Busqué su mirada. Levantó la vista al techo y resopló.

—Martín, no es el momento ni el lugar para tener esta conversación. Te he dicho que no me pasa nada. Volvamos a la fiesta.

—No si vas a estar así.

—¡Así, ¿cómo?! —Me miró desafiante.

—Así, quejándote por cada cosa que digo. Es la boda de mi hermano, me gustaría pasármelo bien.

—Pues, entonces, será mejor que me vaya. —Se liberó de mi brazo y echó a andar hacia la salida.

—¿En serio, Gloria? ¿Vuelves a dejarme tirado como hiciste en la boda de Sofía y Alba? —pregunté, incrédulo—. ¿Qué le digo a mi familia?

—Diles lo que quieras. —Sacó el móvil del bolso—. Yo voy a llamar a un taxi.

—Espera, me voy contigo. —La seguí.

—Ni se te ocurra —respondió, tajante—. Es la boda de tu hermano, quédate y pásatelo bien. Ya hablaremos en casa.

Abrió la puerta y se marchó.

—¡No me lo puedo creer! —Me pasé las manos por el pelo y me di la vuelta, sin entender qué acababa de ocurrir.

No era la primera vez que me montaba una escenita como esa, pero nunca habría imaginado que la repetiría en la boda de Rober. Decidía qué iba a contarle a mi madre cuando escuché que alguien entraba. Me giré. Esperaba que fuese Gloria, que se lo había pensado mejor.

Era Eloy.

—¿Todo bien, cuñado? —me preguntó—. Acabo de cruzarme con tu mujer y me ha dicho que se iba a casa.

Lo miré sin saber qué responder. Acabé por decirle la verdad. Al fin y al cabo, ya éramos oficialmente familia.

—Tranquilo. —Me dio unas palmaditas en el hombro—. Enseguida le digo al *maître* que retire la silla y el cubierto. El marido de Blanca tampoco ha venido, así que vais a estar más anchos en la mesa. Y por tu madre, ni te preocupes. Hoy no te va a dar mucho la brasa, está ocupada siendo la reina de la fiesta.

—Gracias, Eloy —sonreí.

—De nada. —Me pasó un brazo por los hombros—. Vamos, que ya están entrando en el comedor. —Abrió la puerta. Regresamos con los invitados.

Llegué a la mesa antes que Blanca, que estaba muy solicitada entre los asistentes. Cada cuatro o cinco pasos, se detenía para saludar a algún conocido del pueblo o a un miembro de mi familia. Nadie quería quedarse sin su foto de recuerdo. Ella se tomaba su tiempo con cada uno y aún no la había visto poner una mala cara. Todos parecían encantados. Además, estaba radiante con ese vesti...

Un trozo de pan me golpeó en la frente.

—Hostias, Martín, ¡estás alelado! —Mi primo se reía desde la otra punta de la mesa—. ¡Que te están hablando!

Parpadeé, confuso. A mi lado, el camarero preguntó si ese era el asiento que había que retirar.

—Sí, sí —confirmé. Me dirigí a los demás—: Gloria se encontraba mal y ha tenido que marcharse.

—Vaya, qué lástima —dijo la hermana de Eloy—. Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Ya, es una putada. —Volví a mirar a Blanca, que se despedía de mis tíos. Enfiló el tramo que

le quedaba hasta nuestra mesa.

—He posado más veces que en el último *photocall* —se rio mientras se sentaba junto a mí. Al darse cuenta de que faltaba una silla, preguntó, extrañada—: ¿Y Gloria?

Iba a responder, pero apareció mi madre. Por la cara que tenía, estaba a punto de darle un soponcio.

—Hijo, me ha dicho el *maître* que han retirado otro cubierto... —Miró alrededor—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está tu mujer?

—Se ha ido a casa.

—¿Por qué?! —Abrió mucho los ojos—. ¿Os habéis peleado?

—No, mamá. Se ha ido porque no se encontraba bien. —Traté de estar calmado para que se tranquilizase.

—¿Y se ha ido sola?

—Sí, no me ha dejado que la acompañara. Ha dicho que era la boda de mi hermano y que no quería que me la perdiese.

Mi madre soltó un suspiro largo, como si una gran tragedia acabara de ocurrir. Su consuegra la cogió del brazo y le dio unas palmaditas para que se relajara.

—Mari, no te preocupes. Igual es por algo que ha comido. Seguro que mañana ya se le ha pasado. —Nos sonrió y la guio hacia la mesa presidencial.

—No ha probado nada en el cóctel —escuché que le contestaba mi madre cuando se alejaban—. Y está muy delgada, a ver si va a tener anorexia de esa...

Blanca colocó la servilleta en su regazo. Me acercó su copa para que le sirviera un poco de vino. Mientras se la llenaba, se inclinó hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja. Me encogí de hombros para no tener que contestar. Acaricié mi brazo—. Venga, no te preocupes, disfrutemos de la cena. —Levantó su copa—. ¡Por los novios! —exclamó y todos brindamos.

Nos trajeron los entrantes. Era un plato muy elaborado, compuesto de un fondo de puré de verduras sobre el que descansaban unos muslitos con un rebozado crujiente. Mi primo lo miró con reparo.

—Perdone —le dijo al camarero—. ¿Esto que se supone que es?

—*Cuisses de grenouille* en tempura, crema de trigueros y salteado de setas.

—¿*Cuisedequé*? —Agarró un muslito con dos dedos.

—Ancas de rana —contestó Blanca, divertida.

—Su puta madre. —Lo dejó caer de golpe. Salpicó de crema el mantel.

—Te sacan de los macarrones con tomate, y cortocircuitas —le dijo su mujer—. Pruébalo, anda, que está muy rico.

—¿A qué sabe esta cosa? —preguntó mi primo con cara de asco. No se atrevía ni a tocarlo.

—A pollo —contesté.

Busqué con la mirada a Blanca, que se echó a reír.

—No entiendo el chiste —dijo la hermana de Eloy.

—¿No has visto Matrix? —pregunté.

—«Las máquinas no supieron concretar el sabor del pollo y por eso hay tantas cosas que saben a pollo...» —recitó Blanca, y los dos soltamos, a la vez, una carcajada—. Alguien me obligó a ver esa peli en el cine como veinte veces.

—¿Qué exagerada! —repliqué—. Fueron solo tres. Bueno, quizá otra más, en el cine de vera...

—Me aprendí los diálogos de memoria, Martín —me cortó Blanca, con cara de desesperación. Todos nos reímos.

—Debías quererlo mucho para acompañarlo a ver la misma peli tantas veces —dijo la hermana de Eloy.

—Bueno, él también hacía muchas cosas por mí. —Blanca se giró a mirarme. Le devolví la sonrisa.

Lo pasamos genial en la cena. Nos partimos con las caras de mi primo ante cada plato que nos servían. Llegó a sobornar al camarero con veinte euros para que le llevase unos huevos fritos. La hermana de Eloy le pidió a Blanca que nos contara anécdotas divertidas de los rodajes. Luego recordamos otras, más bochornosas, de nuestros veranos en el pueblo. No paramos de bromear.

Cuando los novios cortaron la tarta, dudé si mandarle un mensaje a Gloria. Me sabía fatal que se estuviera perdiendo la boda. Recordé que había sido ella la que se había querido marchar. Nadie la había obligado. En el fondo, incluso me aliviaba no tener que controlar cada palabra para que no se molestase.

Guardé el móvil en el bolsillo. Al día siguiente vería por dónde salía el sol. Esa noche, era la boda de Rober. Merecía pasármelo bien.

Después del baile nupcial, me escabullí hacia la barra en busca de un par de *gin tonics*. Me tocó esperar. Muchos de los invitados habían tenido la misma idea y los camareros no daban abasto.

A través de la cristalera, observé que Blanca se sentaba con mi hermano en uno de los bancos del patio. Jugueteó con su corbata y los dos se echaron a reír. En cuanto me sirvieron, salí fuera para unirme a ellos.

—¿Qué os hace tanta gracia? —Le pasé a Blanca una de las copas.

—¿No te has fijado? —Señaló la corbata de Rober—. Es la de su boda con Ana, la que eligió Eloy en la tienda. —Al ver mi cara de desconcierto, se volvieron a reír—. Por cierto... —agitó la muñeca y nos enseñó un brazalete plateado—, ¡yo también llevo algo que me puse en tu otra boda!

Ese sí que lo reconocí. Al instante. Aún recordaba lo mal que me sentó que mi hermano se me adelantase y se lo regalara por su dieciocho cumpleaños. Incluso llegué a pensar que ese verano se habían enrollado a mis espaldas.

—Y por detalles como este, sigues siendo mi cuñada favorita. —Rober le rodeó los hombros con el brazo y me miró—. ¿Qué pasa? ¿No hay un *gin tonic* para el novio?

—Que te lo traiga tu marido. —Di un trago.

—Ten hermanos para esto, qué poca consideración. —Besó a Blanca en la mejilla y se puso en pie—. Me voy a por un copazo. Os dejo solos, chavales.

En cuanto Rober se fue, Blanca me dedicó una sonrisa y dio unas palmaditas en el asiento. Me acomodé a su lado. Estiré mi brazo sobre el respaldo.

—Estás preciosa.

—Gracias. Tú también estás muy guapo con ese traje. —Puso una mano en mi pierna.

Bebimos, sentados el uno junto al otro, en un silencio cómodo, familiar. No necesitábamos llenarlo. Nos sentíamos a gusto.

Un par de críos pasaron corriendo. Casi chocaron con mi padre, que caminaba en la dirección contraria. Al vernos, nos guiñó un ojo. Le sonreímos.

—¿Qué tal te va con Gloria? —me preguntó Blanca.

—No demasiado bien, la verdad, pero no voy a contarte nada, porque otra vez me soltarás lo de que vienes del futuro y te empeñarás en que tenemos que arreglarlo. —Volví a beber—. Ya me conozco la cantinela, me la llevas repitiendo años, desde aquella noche en Madrid. —Exhalé, resignado—. Aunque todavía no entiendo por qué.

Blanca me observó con atención. Estaba a punto de cambiar de tema y preguntarle por Jorge

cuando inspiró hondo y llevó la vista al frente.

—¿Sabes, Martín? —arrastraba ligeramente las eses. Como a mí, el alcohol había empezado a hacerle efecto—, no sé tú, pero yo a veces pienso en lo que estuvo a punto de pasar en ese hotel. Si no me hubieras frenado, no sé qué habría sido de nosotros a partir de entonces.

Me volví hacia ella, desconcertado por lo que acababa de escuchar. Aunque solíamos aludir a la noche en la que me confesó que era una viajera del tiempo, nunca habíamos hablado de lo que casi ocurrió entre nosotros al llegar al hotel.

Aún recordaba la forma en la que nos devorábamos en el ascensor. Estábamos desatados. Como si el mundo fuera a acabarse en cualquier momento. Impacientes, ávidos, ansiosos, desnudándonos a trompicones al entrar en la habitación... Hasta que la imagen de Gloria irrumpió en mi cabeza y me bloqueé. Y la cara de confusión de Blanca al sujetarla, sin entender qué me había pasado.

Me había sentido un cabrón. Ni siquiera estaba seguro de si Gloria y yo habíamos cortado de verdad y preferí hacerlo bien. Paso a paso. Resolver mi situación personal antes de hacer nada que arriesgase nuestra relación. Si lo hubiésemos jodido todo por acostarnos borrachos, nunca me lo habría perdonado.

Pero entonces Blanca me contó aquella historia inverosímil del futuro, e insistió en que me reconciliase con mi novia. Y, antes de que pudiera procesarlo, empezó a salir con Roy. Entendí que no había sido más que un calentón. ¿Y si me había equivocado?

Blanca dio otro trago a su copa. Continuó hablando, sin mirarme.

—El último año que vivimos juntos..., no sabría decir por qué tú y yo perdimos las ganas. —Se quedó unos segundos en silencio, como si quisiera recordarlo—. Debió ser la rutina, porque aquella noche, cuando llegamos a tu hotel, me di cuenta de que la atracción seguía ahí, no había desaparecido. Como si lo nuestro aún no se hubiera terminado... —Se rascó la frente y suspiró—. No sé, Martín. Supongo que hiciste lo correcto, que fue mejor que no llegara a pasar nada. Las cosas estaban donde tenían que estar y lo hubiésemos complicado.

»Sé que no me crees con lo del viaje en el tiempo, y lo entiendo, porque a veces me cuesta creerlo hasta a mí, pero, si te digo que lo arregles con Gloria, no es por capricho. Te vi en el futuro y tengo mis razones para pensar que debes seguir con ella.

Resoplé. Después de los meses anteriores y de la bronca de esa tarde, veía complicado que Gloria y yo fuésemos a durar mucho más. Quizá solo nos quedaba pendiente una última conversación. Estiré las piernas y me apoyé contra el respaldo.

—¿Sabes, Blanca? —respondí—, no hay día en que no me arrepienta de haberte parado los pies aquella noche, en el hotel de Madrid. Hace años que me pregunto qué habría sucedido si no lo hubiera hecho...

Giró la cara hacia mí. Por su expresión, también la había pillado desprevenida. Me miraba atenta, como si esperase que imaginara ese hipotético futuro.

No me atreví. Blanca sonrió y dio unas palmaditas en mi pierna.

—Supongo que habríamos echado el polvo de nuestra vida y después nos hubiéramos lamentado durante meses —contestó, como si tratara de quitarle importancia.

Me encogí de hombros, no demasiado convencido. En mi mente, esa cuestión siempre había tenido una respuesta muy concreta, aunque nunca la hubiese verbalizado. Di otro trago a mi *gin tonic* con la vista fija en su mano, que todavía descansaba sobre mi muslo. Decidí jugármela:

—O, tal vez, tú y yo ahora estaríamos juntos.

Entrelacé mis dedos con los suyos. Blanca se quedó muy quieta, pero no apartó la mano. Lentamente, acarició la mía con el pulgar.

—Ahora estaríamos juntos —repitió en un susurro. Y levantó la cabeza para mirarme a los ojos. El corazón se me aceleró. Nos observamos en silencio mientras ese leve roce recorría mi cuerpo con lentitud. Lo sentía en cada poro de mi piel. Una corriente cálida, como un escalofrío abrasador. Apreté su mano con más fuerza. Blanca hizo lo mismo.

Comenzó a sonar *I Love It*, de Icona Pop, y se escuchó un grito colectivo. Nos soltamos de golpe, girándonos hacia el salón. Tras la cristalera, los invitados saltaban eufóricos. Habían lanzado hasta unos globos que la gente se pasaba a manotazos.

—¿Aún estáis ahí? —Mi hermano se asomó a la puerta y nos hizo una seña para que entrásemos—. ¡Venid con nosotros!

—¿Vamos? —Blanca se puso en pie y tiró de mi brazo—. Me muero por comprobar si todavía te mueves como Robocop —añadió, divertida.

Accedí a regañadientes. No me gustaba bailar, pero por ella habría hecho lo que fuera.

Compartimos un taxi de vuelta. Su apartamento estaba en la playa, al otro extremo de la ciudad, pero le aseguré que no me importaba tardar un poco más en llegar a mi casa. A pesar de que eran más de las siete y ya amanecía, no quería que esa noche terminase.

El vehículo se detuvo frente a la puerta de su urbanización. Tapada con mi chaqueta, Blanca se había quedado dormida sobre mi hombro. No me extrañaba: debía de estar cansadísima tras la cantidad de temas que me había obligado a bailar. Le di unos toquecitos en la pierna para que se despertara.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó, conteniendo un bostezo.

Asentí. Abrí mi puerta, la más cercana a la acera, y bajé del coche. Mientras le ofrecía mi mano para ayudarla a salir, le indiqué al conductor que solo iba a acompañarla. Activó los cuatro intermitentes.

Blanca se agarró a mi brazo y recorrimos los tres o cuatro metros hasta el portal. Se soltó para sacar las llaves.

—Me he divertido tanto... —Sonrió.

—Mi hermano nos lo debía, que en su última boda nos dejó sin fiesta.

—Me parece que esa vez ni siquiera hubo boda —miró de reojo al tatuaje de su muñeca—, aunque guardo muy buen recuerdo de lo que hicimos aquella tarde.

—Yo también, preciosa. Uno imborrable.

Me sostuvo la mirada. Nos quedamos de pie junto a la puerta, como si ninguno quisiera ser el primero en despedirse. Blanca colocó una mano en mi nuca y se acercó a besar mi mejilla. Cerré los ojos al notar sus labios sobre mi piel.

—Buenas noches, Martín —susurró cerca de mi oído.

Se retiró despacio. En un acto desesperado, la envolví con mis brazos y la atraje hacia mi cuerpo. La escuché soltar un suspiro al apretujarse contra mí.

Besé su pelo. Por un instante, olvidé mis problemas. Podría haber vivido en ese abrazo para siempre. En el mundo solo estábamos ella y yo.

El sonido de un claxon rompió la magia y Blanca se echó hacia atrás con brusquedad. El taxi interrumpía el paso de un camión de la basura. Por la ventanilla, el conductor me hacía señas para que me diera prisa. Blanca se quitó mi chaqueta y me la pasó.

—Creo que tienes que irte.

—¿Quedamos mañana? —le pregunté, ilusionado.

—Claro, llámame —sonrió. Abrió la cancela y entró en el portal.

Durante el trayecto a casa, pensé en ella. En lo preciosa que estaba con ese vestido rojo, imposible de olvidar. En el sonido de su risa al recordar viejas historias de hacía tantos años. Y

en aquella caricia sobre mi mano. Suave. Lenta. Susurrando ese «Ahora estaríamos juntos» con sus ojos clavados en los míos.

—Si es para ti, volverá —me había repetido Eloy al despedirnos.

Quizá no estaba todo perdido. No tenía ni idea de lo que ella habría visto en su otro futuro, pero era evidente que Gloria y yo no estábamos predestinados. Como decía mi hermano, yo seguía loco por Blanca. No podía engañar a nadie. Y eso no era justo para mi mujer.

Pagué la carrera y bajé del taxi. Mientras esperaba al ascensor, ensayé la conversación que tendría con Gloria al día siguiente. Hacía demasiado tiempo que no estábamos bien. Aunque nos queríamos mucho y lo habíamos intentado, era evidente que lo nuestro no terminaba de funcionar. Todavía éramos jóvenes, lo mejor sería que nos separásemos para rehacer nuestras vidas.

Abrí la puerta. La casa estaba a oscuras. Dejé la chaqueta en el perchero y me quité los zapatos para no hacer ruido. Me dirigía al baño cuando escuché unos sollozos que provenían del salón. Encendí la luz al entrar.

Gloria estaba en el sofá, con las piernas cruzadas sobre el asiento. Levantó la cabeza y parpadeó, desorientada.

Llevaba puesto el pijama, pero todavía no se había quitado el maquillaje. Bajo los ojos, dos enormes manchurrones negros.

—¿Te encuentras bien, chula? —pregunté, acercándome a ella.

No contestó. Sorbió por la nariz y descendió la mirada. Sujetaba algo entre las manos. En cuanto vi lo que era, se me paró el corazón.

—Yo tampoco me lo creo, Martín. Lo he hecho dos veces, esperaba que fuera un error.

Me tendió el test. Tuve que sentarme porque se me aflojaron las piernas.

Se marcaban dos rayitas bien visibles. No había ninguna duda.

Gloria estaba embarazada.

## 5. LO SABÍA

Lunes, 13 de mayo de 2013

BLANCA

Esa mañana me desperté muy temprano y bajé a la playa a correr. El domingo lo había pasado de resaca en el sofá, esperando la llamada de Martín, pero mi móvil no había sonado ni una sola vez.

Desde que nos habíamos despedido en mi puerta, dos noches atrás, me costaba sacarlo de mi cabeza. Había sido curioso coincidir los dos solos en la boda de Rober. Como si hubiéramos retrocedido en el tiempo o nos hubiésemos asomado a otra nueva dimensión en la que jamás hubiéramos roto. Lo habíamos pasado tan bien que empezaba cuestionarme si no habríamos cometido un tremendo error al dejarlo.

«A lo mejor, ahora estaríamos juntos».

Mi mente volvió a ese momento: sentados en el banco, con las manos entrelazadas y mi mirada atrapada en la suya. Imaginando en silencio lo que ninguno nos atrevíamos a preguntar.

Le había sacado el tema del hotel un poco por curiosidad, un poco por provocarlo. Habían pasado seis años desde que casi nos habíamos acostado y nunca lo habíamos vuelto a mencionar. En mi caso, porque su rechazo aún me escocía: aquella noche en Madrid había entendido que las cosas habían cambiado entre nosotros. Me había convertido en su amiga, para bien o para mal.

«O quizá no», replicó mi vocecita interna, y no supe qué responder.

Sonó *Titanium*, de David Guetta, y subí el volumen de mis auriculares. Miré el reloj, aceleré el ritmo y emprendí el camino de vuelta a mi piso, sorteando a dos mujeres que caminaban por la orilla hacia mí. La playa estaba bastante concurrida, a pesar de que era un lunes de mayo y parecía que fuera a llover.

En un rato, regresaría en tren a Madrid. Habría preferido quedarme, tomarme unas cervezas con Martín y charlar durante horas. Me tenía bastante descolocada que las cosas con Gloria no le fuesen bien. «¿Y si metí la pata al insistir en que lo arreglasen? —me cuestioné—. ¿Es posible que haya estado equivocada todos estos años?».

Tal vez, en la otra dimensión, no habían sido tan felices como yo creía. A fin de cuentas, no los había visto más que cinco o diez minutos en esa librería, era imposible juzgar su relación por un encuentro tan breve. Metí un último esprint mientras subía la cuesta hacia mi urbanización.

«Entonces, ¿qué va a pasar con su hija?». Me detuve en seco a unos metros del portal y apoyé las manos en las caderas, inclinándome hacia delante.

Aquello escapaba totalmente a mi control. Por mucho que me empeñase, no podía animarlo a formar una familia en una relación que no funcionaba, menos aún porque pensara que era así como tenía que suceder. Incluso aunque le contase a Martín lo que había visto en el futuro, no podía darle demasiados datos sobre su hija. Solo sabía que era una niña rubia que se llamaba Blanca.

Inspiré hondo para recuperar el aliento y me incorporé.

—Lo que tenga que pasar, acabará pasando —murmuré al sacar las llaves.

Tenía que dejar de preocuparme por la vida de Martín y concentrarme en la mía. Yo también tenía cuestiones que solucionar.

Al subirme al ascensor, revisé mi teléfono. Jorge me había escrito un mensaje esa mañana, en el

que me preguntaba si mi tren llegaría a tiempo para su presentación, y todavía no le había respondido.

El sábado, justo antes de la boda, habíamos tenido una bronca monumental. No me había parecido lógico que, a menos de una hora de la ceremonia, mi marido cancelara nuestros planes y se largase a Madrid de inmediato. Al menos podría haber acudido al enlace, aunque no se hubiera quedado al convite.

Jorge había argumentado que no quería solucionar ese problema por teléfono, que prefería supervisar la corrección del *software* de manera presencial, porque era un proyecto muy importante para su carrera. Que él lo habría entendido perfectamente si la situación hubiera sido al revés. Yo le había contestado que nunca lo habría dejado tirado de ese modo porque tenía mis prioridades muy claras. Discutimos durante un buen rato y, aunque acabé por transigir para que no nos despidiésemos enfadados, no podía evitar mosquearme cada vez que me acordaba de la conversación.

Entré en casa, le escribí un breve «Allí estaré», y me metí en la ducha para no quedarme helada.

Al salir del baño, cogí mi móvil para ver la hora: pasaban siete minutos de las diez. En la pantalla, una nueva notificación de WhatsApp. No era de Jorge.

**Martín**

¿Puedes hablar?

Ni un «Hola» ni un «Buenos días». Sentí la urgencia de sus palabras y marqué su número sin dudar.

—Blanca —contestó, con una leve ronquera—. Perdona por no llamarte ayer. Fue un día... complicado.

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmada. Me había resultado extraño no tener noticias tuyas el día anterior, pero el tono de su voz me estaba preocupando.

—Gloria está embarazada.

Cerré los ojos. «Ahí la tienes. La hija de Martín», dijo mi voz interior.

Sabía que podía ocurrir; aun así, me impactó escucharlo de su boca. Al instante, recordé todas esas veces que, de adolescentes, habíamos fantaseado con los hijos que tendríamos en el futuro, y un fuerte sentimiento de nostalgia me invadió. Martín iba a convertirse en padre, pero con otra persona. La vida se había vuelto muy seria de repente.

Me senté en el brazo del sofá. Si yo estaba aturdida, no quería ni imaginar cómo se encontraba él. Por lo que me había contado en la boda, no parecían buscar un embarazo.

—¿Y qué vais a hacer? —dije al final.

—No lo sé, Blanca, estoy acojonado. —Lo escuché tomar aire y soltarlo de golpe.

—¿Quieres que nos veamos? —pregunté—. Mi tren sale a las dos y ya tengo la maleta preparada. Podríamos quedar en la estación como en... ¿media hora? —propuse, y él asintió—. Allí nos vemos, entonces.

—Gracias, preciosa.

Colgué el teléfono y corrí a vestirme.

Martín me esperaba frente a la puerta de la estación, fumándose un cigarrillo. Tenía los ojos enrojecidos y estaba sin afeitarse. En cuanto me vio bajar del taxi, tiró la colilla al suelo y se acercó deprisa.

Dejé la maleta a un lado y lo abracé. Se apretó contra mí casi con desesperación. Le froté la espalda para calmarlo, porque me pareció que temblaba un poco.

—Tranquilo, cariño. —Lo besé en la mejilla—. Vamos dentro y me lo cuentas.

Entramos en una de las cafeterías del vestíbulo y nos acomodamos en una mesa de la terraza. Enseguida vino un camarero a tomarnos nota.

—¿Qué quieres? —le pregunté a Martín.

—Me da igual —contestó sacando el paquete de tabaco.

Pedí un café con leche y una tila, y el camarero se retiró. Me giré hacia Martín, que se encendía otro cigarro con las manos temblorosas.

—¿Cómo ha pasado? —Me percaté de lo absurda que resultaba esa pregunta—. No, mejor no me lo cuentes. Sé cómo van estas cosas. —Sacudí la cabeza y suspiré—. Lo que quería decir es que pensaba que no estabais bien.

—Y no estamos bien. —Dio una calada y colocó el mechero sobre la cajetilla—. Casi ni nos acostábamos.

El camarero volvió con dos tazas y las dejó en la mesa. Asentí con la cabeza para darle las gracias. En cuanto se retiró, Martín continuó, con la vista clavada en el cenicero.

—Llevábamos meses distanciados, más de lo habitual. Le di su espacio, porque nos había funcionado las otras veces, pero resultó peor. Gloria interpretó que ya no me importaba. Ayer, cuando hablamos, me contó que incluso se había sentido atraída por Javier... Su jefe —me explicó, levantando la cabeza—. Me ha jurado que no ha pasado nada, que todo ha sido platónico y que nunca ha llegado a más, pero que disfrutaba de ese tonto. Que la hacía sentir especial. —Resopló, mirando al cielo—. Dice que, conmigo, siempre estará a tu sombra. Haga lo que haga.

Levanté las cejas y paré de remover mi taza. «¿Seré yo la culpable de que lo suyo no funcione?». En la otra dimensión, Martín y yo nunca estuvimos juntos tantos años. Era posible que, de alguna forma, lo nuestro hubiera interferido en su relación con Gloria.

Di un sorbo a mi café. Apreté los labios porque me quemó la boca.

—¿Y tú, qué piensas? —pregunté. Martín se encogió de hombros.

—No sé, Blanca, es surrealista. —Se echó hacia atrás—. El sábado, al llegar a casa, estaba decidido a separarme de Gloria. Pero ahora, con lo del embarazo...

Empezó a mover la pierna de forma repetitiva. Puse mi mano encima y enseguida la detuvo.

—¿Habéis decidido qué hacer?

—Gloria quiere tenerlo. —Se frotó los ojos—. Dice que, si prefiero que nos divorciemos, respetará mi decisión, pero que ella me quiere y que le gustaría que nos diésemos otra oportunidad. Que formásemos una familia. —Sacudió la ceniza y dio otra calada—. Que, a lo mejor, esto es lo que nos hacía falta para unirnos.

Fruncí el ceño. Las cosas no solían funcionar así. Por lo general, cuando llegaban los hijos, las parejas se distanciaban. Lo había visto en más de una ocasión. Tener un bebé te cambiaba la vida de una forma irreversible.

—¿Qué quieres tú? —pregunté.

—Yo... yo no me esperaba esto. —Apagó la colilla en el cenicero—. Pero ha pasado y... —Me miró a los ojos, titubeante, como si estuviera pendiente de mi reacción—. No sé, Blanca, quizá debería intentarlo.

Lo observé sin decir nada. No quería influirle de ninguna de las maneras porque ya no tenía tan claro qué debía pasar. Seguir con Gloria en esas circunstancias era una decisión muy importante, yo no podía tomarla por él. Martín se frotó la cara y suspiró.

»Le he dado muchísimas vueltas desde el sábado. Sé que mi relación está en las últimas, pero

siento que ahora no es el momento de romper. Me gustaría ver crecer a mi hijo, no quiero ser un padre separado que se lo pierde todo... —Levantó las cejas, sorprendido, como si se hubiera dado cuenta de lo que acababa de decir—. Joder, me voy a convertir en padre.

—Serás un buen padre, ya lo verás. —Le di unas palmaditas en la pierna. Martín me agarró la mano antes de que la retirara.

—Voy a tener un hijo —murmuró y, por primera vez, sonrió.

Nos miramos durante unos instantes, hasta que le devolví la sonrisa. «O una hija», añadí para mí. Todo había vuelto a colocarse en el punto exacto en el que siempre tuvo que estar, aunque yo sintiera ese pinchacito en el estómago.

—Voy a tener un hijo —repitió Martín, más decidido, y dejó escapar una carcajada nerviosa—. Verás cuando mi madre se entere.

Sonreí sin ganas, le solté la mano para agarrar mi taza y le di otro sorbo a mi café, que ya había comenzado a enfriarse.

Un par de horas después, en el tren de vuelta a casa, miraba distraída por la ventanilla, escuchando *The One That Got Away* por mis auriculares. Como cantaba Katy Perry, imaginaba que en otra vida yo era la chica de Martín.

Sabía que era un pensamiento absurdo y, a la vez, algo egoísta, porque lo habíamos dejado hacía años y los dos estábamos casados, pero no lo podía evitar. El sábado me había asomado por un rato a esa otra vida y me estaba costando horrores dejarla ir. Me acordaba de nuestras miradas cómplices, las risas, su manera de tratarme, siempre tan pendiente...

Y ese abrazo en mi portal al despedirnos.

Cerré los ojos para evocar su perfume, mezclado con el olor de su piel. La presión de su cuerpo contra el mío, sus manos aferrándose a mi espalda, como si no quisiera soltarme nunca más. Al entrar en casa, tenía el corazón acelerado, como cuando era adolescente.

—Hacía tiempo que no veía a mi hermano tan feliz —me había susurrado Rober al decirnos adiós.

Solo dos días atrás, me había ido a la cama con una sonrisa, pensando que aún había algo entre nosotros, que aquello era real. Sin embargo, esa mañana nuestros caminos se habían alejado de manera irreversible. Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas. Ni siquiera entendía por qué me afectaba tanto.

«Tú lo quisiste así —dijo mi voccecita interna—. Las cosas son exactamente como deseabas».

Me limpié con el dorso de la mano y salté en la *playlist* a la siguiente canción. Empezó a sonar *Someone Like You*, de Adele.

—A tomar por culo el universo y el que inventó la reproducción aleatoria —mascullé, frustrada. Me arranqué los auriculares y cerré Spotify. No tenía sentido mortificarme de aquella manera.

Iba a guardar el móvil en el bolso cuando recibí un mensaje de mi repre, Elia, con la información sobre un nuevo proyecto que empezaría a rodarse en agosto. Era una serie sobre tres amigas treintañeras que tenía muy buena pinta.

En los últimos meses, los papeles que me habían ofrecido dejaban mucho que desear. Hasta en cuatro ocasiones me habían propuesto interpretar a la madre de un protagonista veinteañero..., lo que resultaba una locura, porque yo solo tenía treinta y tres. Se decía que en el cine las mujeres desaparecían después de los treinta y cinco, y empezaba a darme cuenta de que era una gran verdad.

Tras contestar a Elia pidiéndole que lo aceptase, busqué la ubicación del auditorio donde tendría lugar el evento de Jorge. Comenzaba a las siete: tenía el tiempo justo para dejar la maleta en casa, cambiarme de ropa y pillar un taxi.

Por lo que me había dicho, estaba previsto que la presentación durase alrededor de una hora, y luego habría un pequeño cóctel con los accionistas y demás invitados. Jorge me había pedido que fuera para darle apoyo moral, aunque también sabía que, si me tenía al lado, a los desconocidos les resultaba mucho más fácil acercarse y romper el hielo.

Deseaba con impaciencia que terminase aquel evento para recuperar a mi marido. En el último mes, solo nos habíamos visto durante la cena y siempre acabábamos hablando de su trabajo, como si para él no existiera nada más que esa dichosa presentación. Aunque una parte de mí entendía que se trataba de un hecho puntual, no había podido evitar que ese *déjà vu* de invisibilidad se instalara en mi cabeza.

Sabía que no era justo juzgar a Jorge por lo que nos había sucedido en la otra dimensión, ni adelantarme a unos acontecimientos que aún no habían ocurrido. Si no hubiera tenido aquellos recuerdos de nuestra relación pasada, seguramente mi estado de ánimo habría sido muy distinto. Quizá yo, al igual que Sofía, solo estaba preocupándome de más.

Bloqueé el móvil y suspiré. En unas horas, habría terminado y volveríamos a la normalidad.

Llegué con la hora pegada, después de comerme en el taxi los veinte minutos de atasco en la m<sup>30</sup>. Le enseñé mi invitación a la azafata de la puerta y fui directa hacia el *backstage*, donde Jorge repasaba, inquieto, las tarjetas de su presentación. Cuando escuchó mis tacones, levantó la cabeza.

—Ya estás aquí. —Sonrió al verme. Pasó el brazo por mi cintura y me dio un beso—. Qué guapa estás.

—Gracias, cielo. —Me había puesto un traje de chaqueta de color rojo intenso y una camiseta lencera negra—. Así me localizarás enseguida desde el escenario.

Soltó una carcajada. Esperé a que se disculpase por haberse perdido la boda de Rober o que, al menos, hiciera algún comentario, pero solo añadió:

—¿Qué tal el viaje?

No quise tomármelo a mal. Lo achaqué a los nervios antes de subirse al escenario.

—Aburrido. —Me encogí de hombros—. ¿Cómo lo llevas? —Señalé con la cabeza sus tarjetas.

—Bien, controlado. Lo he estado preparando todo el fin de semana.

—Toma, pónelo, salimos en dos minutos. —Álvaro se acercó a nosotros y le entregó a Jorge un micrófono de diadema, idéntico al que él mismo llevaba puesto. Se inclinó para darme dos besos—. Blanca, tengo que robarte a tu marido, nos vemos luego en el cóctel.

—¡Mucha mierda, chicos! —me despedí.

Jorge me dio otro beso rápido y me guiñó un ojo antes de salir al escenario.

La presentación fue un éxito, para nada resultó aburrida. Era una herramienta que analizaba y comparaba imágenes, y ellos lo explicaron de manera muy visual. Estaba convencida de que a todos los asistentes les había quedado claro tanto el funcionamiento como su aplicación al día a día. Lo notaba en las reacciones del público: después de tantos años acudiendo a estrenos, era una experta en identificar qué significaba cada murmullo y cada risa.

Al terminar, salimos al enorme *hall*, donde habían colocado unas mesas altas para el *catering* y una barra para servir las bebidas.

Enseguida localicé a Jorge: estaba en el centro de la estancia, acompañado por Álvaro y rodeados de un montón de gente que se había acercado a felicitarlos.

—Enhorabuena. —Le acaricié el brazo—. Habéis estado impresionantes.

—Muchas gracias, cielo. —Me sonrió y continuó hablando con la pareja que estaba junto a él.

Lo vi pletórico y muchísimo más relajado que unos días atrás. «Prueba superada», pensé, feliz, mientras lo escuchaba repetir algunas de las implementaciones que habían propuesto en el

escenario.

Un camarero con una bandeja llena de bebidas se acercó a nosotros. Jorge cogió una cerveza sin detener su conversación.

—¿Qué te ha parecido, Blanca? —Álvaro tomó dos copas de vino tinto y me pasó una.

—Creo que ha estado muy bien. —Bebí un trago y sonreí, agradeciéndole el gesto—. No es fácil que algo tan técnico resulte entretenido, y vosotros habéis superado el reto con creces.

—Yo pienso igual —dijo un hombre de unos sesenta años que estaba frente a nosotros—. Es la única vez que lo he entendido a la primera. —Nos reímos los tres—. ¿Es su novia? —le preguntó a Álvaro.

—Es mi mujer. —Jorge se giró y le tendió la mano—. Jorge Cruz.

—Encantado —le respondió el señor mientras se la estrechaba—. La que viene por ahí es la mía, que ha ido a hablar con nuestra hija por teléfono. ¿Ustedes tienen hijos?

—Estamos en ello —contestó Jorge.

—No queremos hijos —dije yo a la vez.

Mi marido se volvió hacia mí, desconcertado. El señor carraspeó un par de veces y cambió de tema con rapidez.

Durante el trayecto de vuelta a casa, Jorge estuvo muy callado. Conducía en silencio, con la vista fija en la carretera.

—¿Qué te pasa? —Le pregunté cuando estábamos a punto de llegar.

—¿No quieres tener hijos? —dijo sin mirarme.

—¿Tú sí?

—Por supuesto.

Eché la cabeza hacia atrás. No me lo esperaba. Durante los doce años que habíamos estado juntos en la otra dimensión solo habíamos sacado el tema en dos ocasiones: la primera, al inicio de nuestra relación, cuando me pidió que esperásemos un poco más. En su anterior matrimonio, su exmujer había sufrido dos abortos y él aún no estaba preparado para intentarlo de nuevo.

La segunda fue un par de años antes de viajar en el tiempo. Jorge ya había cumplido los cuarenta y cinco y me contestó que se sentía muy mayor. Intenté convencerlo de que aún no era tarde, pero, ante su negativa, no me quedó otra opción que renunciar.

Nunca había sido una mujer para quien la maternidad fuera una de sus prioridades. Sabía, por mis amigas, que no era ningún camino de rosas. Suponía muchísimo sacrificio, y ese momento de mi vida no era el más adecuado para planteármelo.

—No descarto tener hijos... algún día —le contesté a Jorge—. Ahora mismo, no estoy segura de que sea la mejor idea. Cada vez hay menos buenos papeles para mujeres de mi edad. Retirarme un par de años para dedicarme a la crianza sería un suicidio profesional. Preferiría esperar un poco para ver cómo evoluciona mi carrera, todavía tenemos tiempo.

—Blanca, tengo cuarenta y un años, ocho más que tú. No puedo esperar mucho más. No quiero ser uno de esos padres que parecen abuelos.

«No me lo puedo creer». El universo parecía empeñado en convertir ese día en el día en que todos decidían su paternidad. Giré la cabeza hacia la ventanilla, bastante molesta. Llevaba semanas aguardando con ansias la noche posterior al evento y no me apetecía pasarla discutiendo con Jorge.

«¿Y si es ahora o nunca?», me cuestioné. Entendía la postura de mi marido respecto a su edad, y quizá dentro de unos años, cuando me viniera mejor, fuera otra vez demasiado tarde. No podía pensar solo en mí. A fin de cuentas, ni siquiera retrasar la maternidad me garantizaba el éxito en mi carrera.

Entramos al garaje y aparcamos en nuestra plaza. Jorge paró el motor, pero ninguno hizo el ademán de salir del coche. Dejé escapar un suspiro.

—De acuerdo —dije al final—. En cuanto acabe de rodar en octubre, lo podemos empezar a plantear.

Mi marido se giró en mi dirección y asintió, satisfecho.

—¿Vamos, cielo? —Quitó las llaves del contacto y abrió la puerta—. Me parece que esta noche tenemos mucho que celebrar.

Inspiré hondo,forcé una sonrisa y salí del coche.

## 6. EMBARAZADOS

Viernes, 2 de agosto de 2013

MARTÍN

No fui del todo consciente de que iba a convertirme en padre hasta la primera vez que escuché aquel latido. Rápido. Rítmico. Vibrante. Llenaba por completo el espacio de la habitación.

Gloria había alcanzado la decimonovena semana de embarazo. Estábamos en la consulta de la ginecóloga para su segunda ecografía. La primera me la había perdido: la cita me había pillado de viaje, en plena gira de promoción de la novela. Aquello era nuevo para mí.

—¿Lo oyes? —preguntó mi mujer. Me agarró de la mano con fuerza.

Asentí, incapaz de articular palabra. Ese sonido me retumbaba por dentro, estaba demasiado emocionado para contestar. Le acaricié la mano y sonríó.

En los últimos meses, nuestra relación había cambiado. Nos iba mejor. Gloria seguía irritable a causa de las hormonas, pero su actitud conmigo era diferente. Ya no me trataba como si fuera su enemigo.

Habíamos vuelto a hacer planes nosotros solos. Cosas simples, como tomar un helado en una terraza, ir al cine, caminar por la orilla de la playa. El olor de ciertas comidas le causaba náuseas, así que evitábamos los restaurantes.

Durante aquellos paseos, hablábamos mucho. Conversaciones largas, sobre todo acerca del bebé, pero también de los lugares que nos gustaría visitar o de lo que queríamos hacer en la vida dentro de unos años. Gloria quería viajar a Italia: Roma, Venecia, Florencia..., y conocer la Capilla Sixtina. Pensaba retomar las clases de pintura que había dejado aparcadas al entrar en la universidad, unos años antes de conocernos. Se arrepentía de no haber estudiado Bellas Artes. Le habría encantado dedicarse a lo que tanto le gustaba, aunque todavía soñaba con, algún día, hacer su propia exposición. Mientras planificábamos el futuro, había redescubierto a mi mujer.

Además, se mostraba mucho más cariñosa. No solo había dejado de rehuirme. Por las noches, en la cama, era ella la que se acurrucaba contra mí. A lo mejor, era yo quien estaba más distante. Todavía me afectaba lo que me había confesado sobre Javier. Gloria insistía en que no habían hecho nada más que tontear. Que tal vez no debería habérmelo contado, pero que quería ser sincera conmigo antes de que volviésemos a intentarlo. Lo repetía con tanta convicción que decidí creerla. Íbamos a formar una familia y no quería comenzar esa nueva etapa con desconfianza.

—Parece que está todo bien —declaró la doctora después de medir al embrión—. ¿Queréis saber el sexo del bebé?

Miré a mi mujer, que asintió, entusiasmada. No me quedaba otra que decir que sí.

Un par de días atrás, habíamos hecho nuestras apuestas. Gloria tenía clarísimo que iba a ser una niña. La notaba muy convencida, aunque sospechaba que era más su propio deseo que una verdadera intuición. Por el contrario, yo estaba completamente perdido.

De adolescentes, solía meterme con Blanca con que, en el futuro, tendríamos una hija. Una rubita y preciosa que se llamaría como ella. No era más que una broma absurda. Sin embargo, por alguna extraña razón, a Blanca la ponía muy nerviosa y a mí me encantaba picarla. Lo repetí tantas veces que terminé por creerlo. Por eso, cada vez que había tratado de imaginar al bebé, me venía a la cabeza aquella niña. Después de tantos años, me resultaba muy difícil cambiar el chip.

—¿Qué te había dicho, Martín?! —Gloria tiró de mi mano y me sacó de mis pensamientos—. ¡Lo sabía!

Me giré hacia la doctora, que señalaba un punto en el monitor.

—¿Es una niña? —pregunté, sorprendido.

—Sí, se puede ver aquí. —Trazó un círculo con el dedo—. ¿Es lo que queríais?

Asentí casi por inercia mientras lo asimilaba. Iba a tener una niña. No la que había imaginado con Blanca años antes, sino otra, diferente, con mi mujer. Una niña de verdad. Nuestra hija.

Me invadió una sensación extraña, difícil de describir. Felicidad teñida de nostalgia. Ilusionado por convertirme en padre, pero, a la vez, acojonado por el vuelco tan importante que estaba a punto de dar mi vida. Era inevitable. No había marcha atrás.

Y, por un instante, me resultó imposible no pensar en cómo habría sido vivirlo con Blanca.

Al salir de la consulta, fuimos directos a casa de Alba y Sofía. Ese fin de semana Blanca cumplía años y lo pasaba en Alicante. Nos había invitado a cenar en un restaurante en Altea, muy cerquita de la playa. Sin embargo, como mis amigos no tenían con quién dejar a sus hijas, y Gloria no soportaba el marisco por el embarazo, había tenido que cambiar el plan.

«Ok, celebraré mis treinta y cuatro con panchitos y medias noches, pero lo hacemos en tu casa, Sofi. No quiero escuchar más quejas de que mi apartamento no tiene protectores de enchufes ni aparatos de esos de seguridad infantil», había escrito en el grupo de WhatsApp después de veinte minutos de discusión. Al final, la celebración se había reducido a un picoteo ese viernes en casa de nuestras amigas.

Llegamos los últimos. Fue la propia cumpleañera quien abrió la puerta.

—¡Felicidades! —gritamos Gloria y yo a la vez.

—Muchas gracias —se rio. Nos dio dos besos a cada uno y nos invitó a entrar—. Están en el salón.

Dejé pasar primero a Gloria, que fue directa a saludar a los demás. Aproveché ese momento a solas para darle mi regalo a Blanca. Como todos los años, era un paquete rectangular.

—¿Qué será? —Blanca lo agitó en el aire, fingiendo que no tenía ni idea de lo que contenía.

—Espero que este no lo hayas leído.

Desde que sabía que era una viajera del tiempo, en cada cumpleaños intentaba sorprenderla con alguna novedad. Casi siempre los conocía de su otra dimensión.

—*Palmeras en la nieve*. —Acarició la portada—. No, este no lo he leído —levantó la mirada—, pero he visto la película.

—¿Han hecho la película? —pregunté, confundido.

—Todavía no. —Blanca me guiñó un ojo. Me eché a reír.

Entramos en el salón. Saludé primero a Jorge, a quien hacía unos cuantos meses que no veía. La última vez que había estado en Madrid lo había pillado fuera, en un viaje de negocios. Era un tipo agradable con el que me llevaba bastante bien. Solía tenerlo de consultor en mis novelas más futuristas. Me felicitó por mi paternidad y volvió a sentarse junto a Blanca en el sofá. Saludé a Alba, que jugaba con las gemelas.

Cogí la cerveza que me tendió David y me acerqué a las otras dos chicas, que rodeaban a Gloria. Sofía le apoyaba una mano en la barriga. Supuse que para sentir las pataditas del bebé.

—Tu mujer nos ha dicho que tenéis algo importante que decirnos. ¿Se puede saber qué es? —me preguntó Vega con impaciencia.

Todos se giraron hacia mí. Le hice un gesto a Gloria con la cabeza.

—Adelante. Cuéntaselo tú. —Tomé asiento en el otro sofá.

Mientras nuestros amigos la observaban, vino a acomodarse a mi lado. Se tomó su tiempo.

Disfrutaba de ser el centro de atención.

—Esta tarde hemos estado en la ginecóloga y ya sabemos el sexo del bebé. —Me agarró la mano—. ¡Es una niña!

Vega soltó un grito y Sofía se echó a reír. Miré a Blanca, que me sonrió con una expresión extraña. No parecía muy sorprendida.

—¿Otra niña?! —exclamó David—. Para un equipo de fútbol no nos da, pero para montar el de baloncesto ya solo nos faltaría una. ¿No os animáis, Blanca? Yo las podría entrenar. —Se agachó a por una pelota roja que estaba tirada en un rincón. La levantó en el aire. Su hija Ainhoa y una de las gemelas de Sofía se le acercaron corriendo.

—A mí me encantaría, pero mi mujer no parece estar por la labor —bromeó Jorge, rodeándole los hombros con el brazo—. A este ritmo, voy a ser el padre más viejo de la guardería. Me van a llamar Matusalén...

Gloria soltó una carcajada. Blanca curvó las comisuras en una sonrisa tensa.

—Lo bueno de los tíos es que podéis tener hijos a cualquier edad, nosotras estamos más limitadas biológicamente —dijo Vega—. Así que no te lo pienses mucho, Blanqui, que se te va a pasar el arroz.

—Bueno, aún tengo tiempo. —Blanca se removió en el sofá.

—No tanto —dijo Vega—. ¿Te acuerdas de que decíamos que lo mejor era tener hijos más o menos a la vez para hacer planes conjuntos? Pues bien, ya solo faltas tú. Los demás hemos cumplido, hasta Martín. —Señaló en mi dirección.

Blanca se giró hacia mí. Enseguida apartó la mirada.

—Eso lo decíamos hace años, cuando las cosas eran diferentes —le replicó, nerviosa—. Ahora soy actriz. Un hijo afectaría a mi carre...

—Joder, Blanqui, no serías la primera actriz que se queda embarazada —la cortó Vega. Pareció que iba a continuar, pero Sofía movió la cabeza para pedirle que no lo hiciera. Vega levantó las manos—. Bueno, tía, no sé. Tú verás.

Nos quedamos callados, en un silencio incómodo. Fue Alba quien lo rompió.

—Por cierto —cambió de tema—, ¿habéis visto esa historia del donante de esperma que tiene como quinientos hijos? Estaban rodando una comedia en Canadá y saltó en la prensa un caso real muy parecido.

—Vaya, pues sí que se lo tomó en serio. —David trataba de separar a las dos niñas, que habían empezado a pelearse por la pelota—. En vez de un equipo de fútbol, ese tío se montó su propia liga.

Todos nos echamos a reír. Menos Blanca, que retiró de sus hombros el brazo de Jorge y se puso en pie.

—Ahora vengo. —Se dirigió a la cocina. Sin pensármelo dos veces, me levanté y fui detrás.

Al entrar, la descubrí inclinada hacia delante, con los codos apoyados sobre la encimera. Se tapaba la cara con las manos.

—¿Estás bien, preciosa?

Debí pillarla por sorpresa, porque se sobresaltó. Se incorporó enseguida.

—Sí, este tema de los hijos me tensa, no lo puedo evitar. —Abrió el armario donde guardaban los vasos—. ¿Me pasas el agua, por favor?

Saqué una botella fría de la nevera y se la acerqué. Llenó el vaso hasta arriba. Se lo bebió deprisa, en tres o cuatro tragos.

—¿No quieres tener hijos?

—Sí, no sé... Supongo que quiero tenerlos, aunque no ahora mismo. —Dejó el vaso vacío en el

fregadero—. Mañana cumpla treinta y cuatro, y cada vez hay menos papeles para mujeres de mi edad. Jorge está empeñado en que es el mejor momento, pero a mí me asusta tener un hijo ahora. Si lo dejo todo durante dos o tres años, para cuando quiera volver, se habrán olvidado de mí.

Enroscó un mechón de pelo entre sus dedos. Estaba inquieta. Apoyó una mano en su hombro para tranquilizarla.

—Lo que dices tiene mucho sentido. ¿Lo has hablado con él?

—Sí, pero es... complicado.

La observé durante unos instantes antes de atreverme a preguntar:

—¿Es solo por eso? —Blanca arrugó el entrecejo, como si no me entendiera—. ¿Estás bien con Jorge? No estuvo en la boda, ni tampoco la última vez que viniste a...

—Estamos mejor que nunca —me interrumpió—. Quizá sea eso lo que me preocupa, quedarme embarazada y que nuestra relación sea diferente. Aunque supongo que, tarde o temprano, acabará por suceder —suspiró con resignación.

No parecía muy convencida. Me chocó que hablara así, de un modo tan conformista. Ella siempre había luchado por sus sueños, estaba claro que había algo más.

—Blanca, tener un hijo es una decisión muy importante. Tienes que estar muy segura antes de dar ese paso.

Enarcó las cejas con incredulidad.

—¿Y crees que tú eres el más indicado para darme lecciones de planificación familiar? —preguntó, irónica.

—Ya... —admití. Me froté la nuca con la mano.

Tenía razón. No era el más adecuado para dar lecciones de nada. Ni siquiera sabía por qué cojones le había soltado eso. Supuse que me costaba reconocer que la vida cambiaba para todos y ella no era una excepción. Nos hacíamos mayores. Cualquier día, Blanca también se quedaría embarazada y formaría su propia familia con Jorge.

En cuanto lo imaginé, me puse nervioso. Inspiré hondo para controlar esa ansiedad. Blanca me apretó el brazo.

—Estoy bien, Martín. Gracias por preocuparte.

Hizo el ademán de volver al salón, pero la detuve.

—¿Era esto lo que esperabas cuando viajaste en el tiempo?

Al oír aquella frase, Blanca dio un respingo. Miró de reojo hacia la puerta para comprobar que nadie más nos hubiera escuchado.

—¿Qué quieres decir? —susurró.

—¿Eres feliz?

No contestó enseguida. Sus ojos se fijaron en los míos. Parecía buscar la respuesta. Como si fuera la primera vez que se planteaba aquella cuestión. La observé, lleno de esperanza.

—Sí, soy muy feliz, Martín —dijo al final—. Y deseo que tú también lo seas.

Sus palabras me atravesaron el pecho. Ya tenía la certeza de lo que me negaba a aceptar. Nunca iba a ocurrir. Blanca lo había elegido a él en todas sus dimensiones. No había nada que pudiera hacer.

Bajé la mirada. Apreté los labios en la sonrisa más forzada de mi vida.

—¿Traéis más cerveza?! —nos gritó David—. ¡Y un Trina para la embarazada!

—Ve con ellos, ya las llevo yo —le dije sin levantar la vista del suelo. Necesitaba estar un rato a solas para asimilarlo.

Blanca asintió. Su mano acarició mi espalda al salir.

Al volver al salón, Sofía había ocupado mi sitio. Sobre sus rodillas, una de sus gemelas se

revolvía nerviosa, tratando de bajar.

—¿Habéis elegido nombre? —le preguntó a Gloria.

—A mí me gustaría llamarla Carolina —respondió ella.

—Carolina es muy bonito —confirmó Sofía—. ¿Tú qué opinas, Martín?

Dejé las cervezas en la mesa. Siempre había imaginado que, si tenía una niña, se llamaría Blanca, porque jamás se me pasó por la cabeza que fuera a tener hijos con nadie más. Y, aunque era un nombre precioso y me habría encantado llamar así a mi hija, no era una buena idea proponérselo a mi mujer.

Le pasé el refresco a Gloria y me senté en el brazo del sofá. Iba a responder que lo más importante para mí era que naciera sana cuando la niña de Sofía soltó un grito y empezó a patalear.

Su madre la dejó en el suelo para que se calmase. Al verse libre, la niña se incorporó, corrió a por la pelota roja y se la llevó a David.

—¡Juega, papá! —gritó, dejándola en su regazo.

Se hizo el silencio.

David levantó la cabeza y su mirada recorrió la habitación. Buscaba ayuda. Uno a uno, los demás lo fueron esquivando. Cuando sus ojos encontraron los míos, tampoco supe qué decir.

Hacía tres años que evitábamos mencionar ese asunto, porque era un tema tabú. Pero esa era la realidad. Era absurdo que la ignorásemos.

Las gemelas de Sofía y Alba eran hijas de David. Al menos, biológicamente. Por razones obvias, nuestras amigas habían necesitado un donante para ser madres, y sobre la mesa solo se había planteado una opción.

No había sido tan fácil. En cuanto se lo propusieron, mi amigo se negó en redondo.

—Ni de coña —me había dicho en el bar el día que me tocó convencerlo—. Sofía es mi socia en la empresa y una de las mejores amigas de mi mujer. Soy el menos indicado para poner la semillita. —Agarró su cerveza y bebió—. Además, fijo que en algún momento se volverá en mi contra. Bastante tengo con que Vega no se queda embarazada, ¡como para tener hijos con alguien más!

—Tu mujer está de acuerdo —le recordé—. Ella ha sido la primera que te lo ha propuesto.

—Lo sé, y todavía no entiendo por qué. —Se ajustó las gafas—. Esto tiene truco. Seguro que es una prueba de fidelidad o alguna mierda de esas que hacen en la radio.

—Eres un malpensado.

—Hostia, tío, ¿a ti no te parece raro? —preguntó—. ¿Qué dirías tú si Blanca te lo propusiera?

Dijo Blanca, y no Gloria, como habría sido lo normal. Mi amigo sabía poner el dedo en la llaga.

—Si Blanca me lo propusiera, le diría que sí.

Había sido precisamente Blanca quien me había pedido que hablara con él. Parecía que, en su otra dimensión, Sofía y David habían estado casados y tenían dos niñas gemelas. Por eso era fundamental que mi amigo accediese.

—¿Le dirías que sí? —indagó, suspicaz—. ¿Se puede saber por qué?

—Porque Blanca me importa más que nada.

—Me parece que eso no tiene ningún sentido —se rio.

—A mí me parece que tiene todo el sentido —contesté muy serio—. A veces, hay que tomar decisiones complicadas que no sabes cómo van a afectar a tu vida, y la única manera de hacerlo es pensar en lo que más te importa. Y a mí siempre me ha importado que Blanca fuera feliz, aunque eso significase perderla.

—¿Por eso lo dejasteis? —David me observó, confundido. Jamás le había contado lo que pasó.

—Fue lo mejor —me apoyé en la barra—. Nuestra relación se habría convertido en un lastre. Bebimos en silencio. Mi amigo se pasó la mano por el pelo, agobiado.

—Pero yo no quiero que me deje Vega.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Lo miré—. ¿Crees que ella te pediría algo así si no lo hubiera pensado bien? Deberías confiar en tu mujer. Seguro que le ha dado muchas vueltas antes de sugerírtelo.

Esa noche, David les dijo que sí. Y, desde entonces, no habíamos vuelto a hablar de ello.

—¡Papááá! ¡Juega! —lloriqueó la niña, que intentaba captar su atención.

Mi amigo seguía observándome, como si aguardara una respuesta. Solo pude encogerme de hombros. Se ajustó las gafas y trató de bromear:

—Le diría que no soy su papá, pero como le dé por pedirme una prueba de paterni...

No terminó la frase. La mirada fulminante de Vega lo hizo callar de inmediato. Sofía se echó a reír, nerviosa.

—Ha debido escuchárselo a Ainhoa. Seguro que ha pensado que te llamas así —se disculpó. Cogió en brazos a la niña y la llevó junto a su mujer—. Voy a sacar la tarta. Se hace tarde y las niñas tienen que irse a dormir.

Volvimos a casa en coche. Había sido una tarde tan intensa que no tenía muchas ganas de hablar. Saqué un CD al azar de la guantera y lo introduje en el reproductor. Comenzó a sonar *Creep*, de Radiohead.

Resoplé con una media sonrisa. Me sentía exactamente así. Un bicho raro que llevaba toda la vida enamorado de su novia del instituto, aunque estaba claro que ella nunca me elegiría a mí. Golpeteé el volante con los dedos siguiendo el ritmo de la canción.

—¿Qué te parece Carolina? —dijo Gloria de repente.

Durante un par de segundos, la pregunta me desconcertó. No entendía a quién se refería. Hasta que me di cuenta de que hablaba del nombre para el bebé. Debía gustarle mucho. Era la segunda vez que lo mencionaba aquella tarde.

—Me parece que es un nombre muy bonito —contesté, bajando el volumen de la música.

—Carolina Giner.

—Me encanta. —Sonreí.

—A Vega y a Sofía también les ha gustado. —Gloria se acarició la barriga y miró por la ventanilla.

Avanzábamos despacio entre el tráfico. Era viernes por la noche y se notaba en la cantidad de gente que transitaba por el centro. Estaba a punto de subir de nuevo el volumen cuando se giró hacia mí:

—Es la primera vez que estoy con tus amigos y no me siento fuera de lugar. —Colocó una de sus manos sobre mi muslo.

Sin apartar la vista del cristal, estiré mi mano para agarrar la suya. La acerqué a mi boca, besé sus dedos con suavidad.

—Ya eres una más, chulita.

Gloria esbozó una sonrisa antes volverse de nuevo hacia la ventanilla.

## 7. NO ME DEJES SOLA

Jueves, 5 de diciembre de 2013

BLANCA

El paseíto por la playa me estaba sentando muy bien. Esa mañana había ido a visitar a mis abuelos, que se habían empeñado en que me quedase a comer, y necesitaba moverme un poco para bajar aquel platazo de judías negras con arroz con el que habría podido alimentarse una familia entera.

Habían pasado casi cinco meses desde la última vez que había estado en su casa y los había notado más mayores. A mi abuela se le empezaban a olvidar algunas cosas y mi abuelo estaba un poco más delgado. Me había propuesto ir a verlos más a menudo, aunque acudiera sola, como ese día. Si las cosas ocurrían del mismo modo que en la otra dimensión, ya no me quedaba demasiado tiempo para disfrutarlos.

Durante la comida, me habían preguntado por mi marido. Jorge llevaba la semana entera en Ámsterdam, en un viaje de negocios del que volvería al día siguiente por la tarde.

—¡Cuánto trabaja este chico! —había comentado mi abuela—. Cada vez que hablamos, nos dices que se ha marchado a alguna parte. ¿Van bien las cosas entre vosotros, cariñico?

—Tranquila, yaya, estamos bien —le había contestado yo—. En estos meses, tiene muchísimo trabajo.

Era verdad: desde la última feria tecnológica, que se celebraba cada año en septiembre, mi marido no había parado de viajar. Lo que no le había dicho a mi abuela era que sus ausencias me venían muy bien. Diría que incluso me alegraban un poquito.

Hacía poco más de un mes que Jorge había vuelto a sacar el tema de los hijos y yo había empezado a evitarlo en la cama. No era lo más maduro por mi parte, pero no se me había ocurrido otra solución mejor. Ni siquiera sabía cómo abordar una conversación con él, porque cada vez tenía menos claro si quería ser madre en el futuro. Cuando nos imaginaba con un niño, mi voccita interna susurraba un «No lo hagas», y ni siquiera comprendía por qué.

Había intentado hablarlo con mis amigas unas semanas antes, en una de esas videollamadas a tres que hacíamos a veces. Esperaba que arrojasen algo de luz sobre mis incógnitas, pero la respuesta de Sofía había terminado de confundirme todavía más.

—¿No quieres ser madre... o no quieres ser madre con él? —me había preguntado.

—No entiendo cuál es la diferencia —le contesté.

—Yo tampoco —añadió Vega—. No tiene mucho sentido que, estando con Jorge, Blanca vaya a quedarse embarazada de otra persona.

—A mí me parece que tiene todo el sentido del mundo —insistió Sofía y las dos la miramos, expectantes—. ¿Te acuerdas de aquel verano en el que creíste que estabas embarazada de Martín?

—¿La vez que se nos rompió el condón? —pregunté. Sofía asintió.

—No te vi dar saltos de alegría cuando el Predictor salió negativo.

Levanté las cejas. Recordaba aquel momento a la perfección: las tres mordiéndonos las uñas mientras aguardábamos el resultado en el baño de los padres de Vega, y aquella sensación de vacío al ver que aparecía una única rayita.

—Es verdad, estabas un poco rara, creíamos que lo habías entendido al revés —añadió Vega,

pensativa.

—No era lo mismo —contesté, desviando la mirada.

—Tienes razón, no era lo mismo. Aquello era mucho peor. Habrías sido una madre adolescente y podrías haber perdido para siempre a Jorge. Por no hablar de tu carrera de actriz... —señaló Sofía—. Que no estuvieras embarazada fue lo mejor que pudo ocurrirte. Aun así, parecías muy decepcionada.

Me había encogido de hombros, no había sabido qué responder. En aquel verano, aun con todo en contra, habría tirado para adelante con Martín porque tenía el presentimiento de que nos saldría bien. Sin embargo, con Jorge, mis sensaciones sobre una posible maternidad eran diametralmente opuestas.

Me senté en la arena y abracé mis piernas. Si Sofía estaba en lo cierto, si la cuestión era que yo no quería tener hijos con mi marido, no sabía en qué punto nos colocaba a Jorge y a mí. ¿Significaba que nuestra relación no iba bien? Sacudí la cabeza, porque me resistía a creerlo. «En la otra dimensión, tampoco tuvimos hijos y fuimos felices. No siempre las parejas que los tienen pueden decir lo mismo».

Era un asunto complejo y me sentía incapaz de tomar una decisión. No rechazaba el ser madre, pero, por algo que no sabía explicar, no me acababa de sentir a gusto con la idea. Quizá es que ni yo misma me entendía.

Cerré los ojos y alcé la cara para que me diera el solcito. A pesar de que ya estábamos en diciembre, en Alicante hacía calor. Rondaríamos sobre los dieciocho o veinte grados. Abrí mi bolso para coger las gafas de sol. Para variar, parecían haberse ido directas al fondo.

«Tengo que hacer una buena limpieza», pensé mientras rebuscaba. Siempre tenía el mismo problema: ese bolso enorme acababa lleno de mierdas que no hacían más que ocupar espacio y me impedían localizar lo que necesitaba.

Fui sacando cosas y dejándolas en mi regazo: el manojito de llaves, una pequeña agenda en la que nunca apuntaba nada, dos paquetes de chicles a la mitad, otro de clínex..., hasta que encontré la funda. Me puse las gafas y volví a echarlo todo dentro.

Lo último fueron las llaves. Por lo menos había doce en ese llavero. Además de las de mi apartamento y las de casa de mis padres, aún llevaba las del piso de Martín, donde habíamos vivido juntos casi tres años. La razón era puramente sentimental.

Al principio, cuando lo dejamos, había sido incapaz de retirarlas, porque me parecía cortar el último vínculo que nos unía. Después, me había acostumbrado tanto a verlas al lado de las demás que ese llavero habría estado desnudo sin ellas. Martín nunca me las había pedido, y yo había dado por hecho que, en algún momento, habría cambiado el bombín. Las hice tintinear en el aire y las volví a guardar en el bolso.

Me quedé un rato sentada, mirando al mar, porque no tenía nada mejor que hacer esa tarde. Jorge no llegaría hasta el sábado, Vega y David se habían ido a una casa rural sin la niña, y Sofía se había quedado al cargo de la empresa esa última semana. Conociéndola, seguro que estaba atacada. Pensé en darle un toque a Martín. Por lo que me habían contado, Gloria no salía de cuentas hasta Navidad. A lo mejor les apetecía quedar a tomar algo.

Estaba a punto de llamarlo cuando su nombre parpadeó en la pantalla.

—¡Estaba pensando en ti! —dije nada más descolgar.

Martín se rio al otro lado.

—Vaya, parece que lo de la telepatía funciona.

—¿Cómo estás? —Volvimos a reírnos porque lo preguntamos los dos a la vez—. Yo muy bien —continué—, de paseo por la playa ahora mismo.

—¿No estás en Madrid? —Chascó la lengua—. Vaya, qué putada. Me quedo esta noche y pensaba invitaros a cenar.

—¿Tenías alguna firma?

—Una fiesta navideña de la editorial. No pensaba venir, porque no me hacía mucha gracia dejar a Gloria sola, pero me ha repetido unas mil o dos mil veces que no está enferma, solo embarazada. —Se escuchó un pitido al otro lado de la línea—. Mira, hablando de ella, justo me está llamando... —Dejó la frase en el aire, como si dudara de si esperar a que colgásemos para responder.

—Contéstale —sonreí—. Luego hablamos.

—Si no te importa, me quedo más tranquilo —me dijo—. Seguramente solo sea para preguntarme si prefiero el fondo marino o la jungla africana. Se ha empeñado en pintar un mural en la habitación de la nena y todavía no tiene claro qué motivo le gusta más —se rio—. Ahora te llamo, Blanca.

Colgamos y me puse en pie. Eran casi las cuatro de la tarde y el sol me picaba en la cara. «Tantas mierdas en el bolso y no llevo ni un botecito de crema solar».

Fui paseando hacia el coche, que estaba aparcado a un par de manzanas de la playa. En Madrid solía moverme en taxi o con el de Jorge, así que habíamos optado por dejar el mío en Alicante y solo lo usaba cuando estábamos allí. Dejé el bolso en el asiento del copiloto y me senté para quitarme la arena de las zapatillas. El teléfono comenzó a vibrar. Era Martín otra vez.

—A ver si acierto —me reí—: has elegido la jungla africa...

—Gloria se ha caído de la escalera y se ha golpeado la barriga —me interrumpió—. Se ha intentado levantar, pero dice que ha empezado a notar algo raro y no sabe si está sangrando. —Su voz sonaba aterrada—. ¡Joder! ¿Por qué cojones se ha subido en esa puta escalera, si le pedí que esperase a que volviera de Madrid?! —Se oía ruido de fondo, como si moviese las perchas de un armario—. He llamado a una ambulancia, pero dicen que van a tardar, y sus padres tienen el teléfono apagado. Estoy haciendo la maleta para volver ahora mismo. Avisaría a Rober, pero está de viaje, y mis padres no me lo cogen... ¡No sé para qué hostias tienen un puñetero móvil si nunca contestan cuando los llamas! —Resopló, histérico—. ¡Y yo aquí, a tomar por culo! No tendría que haber venido, ¡si es que soy un gilipo...!

—Martín, relájate. —Lo corté, aparentando más serenidad de la que sentía—. Voy yo, ¿está en tu casa?

—Sí. —Escuché el ruido de la cremallera—. ¡Mierda! No vas a poder entrar, no tienes llaves.

—Tengo llaves; tengo mis llaves de casa, nunca te las devolví. —Me coloqué las zapatillas y cerré la puerta del coche—. ¿Es la misma cerradura?

—Sí, claro, ¿por qué la iba a cambiar?

—No tardo nada. —Sujeté el teléfono con el hombro mientras me abrochaba el cinturón.

—Blanca —le temblaba la voz—, por favor, no dejes que le pase nada a mi niña.

Colgué el teléfono y arranqué el motor. No podía perder ni un segundo.

Más que conducir, volé. No sabía cómo había conseguido llegar desde el Cabo de las Huertas hasta la casa de Martín en menos de siete minutos, pero seguro que recibía una multa por exceso de velocidad.

—¿Gloria? Soy Blanca —anuncié al abrir la puerta, porque no quería que se asustase.

—Blanca, estoy aquí... —dijo con un hilo de voz.

Corrí por el pasillo y me asomé a las habitaciones hasta que la encontré. Estaba tendida en el suelo sobre un charquito de líquido y no paraba de temblar. Por suerte, no era de color rojo.

—Vale, me parece que has roto aguas. —Me puse de rodillas a su lado y le agarré la mano para

calmarla.

—¿No hay sangre? —Cerró los ojos, aliviada, al confirmarle que no.

—Tienes que levantarte para irnos echando leches al hospital. —Llevé su mano a mi hombro para que se sujetase a mí. Le pasé un brazo por debajo de la cintura—. Venga, arriba.

Empecé a incorporarla despacio. Gloria se sujetó la barriga y soltó un grito. Me quedé muy quieta, porque no sabía qué hacer.

—¿Es una contracción? —pregunté, muy asustada. Ella asintió, apretando la mandíbula. Esperé unos segundos para que se recuperase. En cuanto noté que su rostro se relajaba un poco, le volví a insistir—. Vamos, no nos paremos ahora.

Gloria se agarró a mis hombros. Tiré de ella con toda la fuerza del mundo, hasta que conseguí alzarla. En cuanto se puso en pie, un chorro de líquido resbaló por sus piernas. Me miró, aterrorizada.

En ese momento, no estaba segura de quién tenía más miedo de las dos. Mis conocimientos sobre partos se limitaban a lo que había visto en las películas y, al darme cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, las rodillas se me aflojaron.

Respiré hondo para recomponerme. «Todo va a salir bien. A esta niña no le va a pasar nada».

—Tranquila. —Le froté el brazo e intenté sonreír—. Vamos a llegar al hospital. ¿Qué necesitamos coger?

—Martín preparó una bolsa... Está en el armario —dijo con voz temblorosa.

—Perfecto, voy enseguida a por ella.

La tomé de la cintura y caminamos poco a poco hacia el pasillo, donde se quedó apoyada en la pared. Corrí hacia mi antigua habitación.

—¡Es una gris, creo que está debajo de las camisas! —me gritó—. ¡Y coge un abrigo, por favor! Todavía estoy en pijam...

No terminó la frase, porque soltó otro chillido de dolor. Supuse que había tenido una nueva contracción.

Localicé la bolsa y me la colgué del hombro. Pasé las perchas deprisa; me sentía muy extraña rebuscando entre su ropa, justo en el mismo sitio donde antes estaba la mía. Encontré un abrigo negro bastante largo y lo agarré.

—¡Ya estoy! —Volví corriendo junto a Gloria, que se doblaba del dolor, y le puse el abrigo por encima—. Apóyate en mí.

Avanzamos lentamente hasta la puerta. Acabábamos de salir al rellano cuando llamó Martín.

—Estoy con ella. —Intenté sujetar al mismo tiempo a Gloria, su bolsa, mi bolso y el móvil—. Nos vamos al hospital, parece que se ha puesto de parto. —Entramos en el ascensor y pulsé el botón con el codo—. No te preocupes, te iré contando. ¿Dónde estás?

—En la estación de Atocha. Me dicen que no hay plazas libres en ningún tren hasta casi las diez de la noche, porque es el puente de la Constitución. —Martín resopló, muy nervioso—. Creo que voy a alquilar un coche y...

—Ni se te ocurra venir conduciendo —lo corté. Ayudé a Gloria a salir del ascensor—. Intenta cambiar el billete, o encuentra algún taxi que te quiera traer hasta aquí.

—Sí, es verdad; un taxi, mucho mejor. Voy a buscar uno. —Supuse que había echado a correr, porque su respiración se aceleró—. Por favor, dile que llegaré lo antes posible y que siento muchísimo no estar allí con ella.

—Tranquilo, ahora se lo digo. —Colgué, porque teníamos que subirnos a mi coche.

Lancé los bolsos en el asiento de atrás y abrí la puerta del copiloto. Ayudarla a entrar no fue tan difícil como me había imaginado: Gloria se puso de espaldas y se dejó caer. En cuanto metió los

dos pies dentro, cerré la puerta y corrí hacia el asiento del conductor.

—Te voy a dejar la tapicería hecha una mierda —se disculpó.

—Es igual —contesté, poniéndome el cinturón, porque era lo que menos me preocupaba en ese momento. Solo quería llegar al hospital cuanto antes.

Metí la llave en el contacto, respiré hondo y arranqué el motor.

No debimos de tardar más de cinco minutos en recorrer el trayecto, pero fueron los más largos de mi vida. Cada vez que Gloria soltaba un grito, yo me tensaba y apretaba los dientes. Casi podía sentir su dolor. En cada contracción, me estrujaba el brazo con una fuerza sobrehumana. No quería ni imaginar lo que estaría sufriendo.

Según paramos en la puerta de Urgencias, llegaron dos auxiliares con una silla de ruedas y la ayudaron a salir. Di gracias por no haber tenido que hacerlo yo sola.

—Está de parto, vamos a llevarla a boxes —le dijo una a la otra, y luego se giró hacia mí—. ¿Rellena usted la hoja de ingreso? Y tiene que retirar el vehículo.

—Sí, aparco y vuelvo enseguida —le dije a Gloria, que se agarraba a mi mano.

—Blanca, no me dejes sola, por favor —suplicó, aterrada.

—No tardo nada. —Le apreté la mano y me fui deprisa a aparcar.

Al llegar al mostrador, cuando me preguntaron el nombre, me di cuenta de que no me sabía ninguno de los apellidos de Gloria. Apoyé la bolsa de maternidad en el suelo y me agaché a rebuscar en los bolsillos exteriores, rezando para que Martín hubiera metido algún tipo de documentación. Por suerte, en uno de ellos estaba su DNI.

Tras entregárselo a la recepcionista, lo llamé para decirle que ya estábamos en el hospital.

—Gracias, Blanca... —Lo escuché suspirar con alivio—. Estoy en un taxi, saliendo de Madrid. Espero estar allí en unas cuatro horas. Por favor, llámame para lo que sea.

Le aseguré que lo mantendría informado y me despedí.

En cuanto me devolvieron el carnet, me fui directa a la puerta por la que había visto que metían a Gloria. Un enfermero me cortó el paso.

—Aquí no se puede pasar.

—Vengo a acompañar a la chica que está a punto de parir. —Le enseñé su DNI, que todavía llevaba en la mano.

—Solo familiares directos. —Señaló una de las sillas de la sala de espera—. Puede sentarse allí.

—No, por favor, tengo que estar con ella —insistí—. Su marido está de camino, pero va a tardar unas horas, y ella está muy asustada.

—Cuando venga su marido, podrá acompañarla él. Mientras tanto, siéntese allí. —Me tomó del codo y volvió a señalarme el asiento libre.

—No, no lo entiende. —Dejé los bolsos en el suelo y junté las manos, a modo de súplica—. Tengo que pasar con ella. Necesito saber que está...

—¿Usted no es Blanca Suárez, la actriz? —Una de las auxiliares que había ayudado a Gloria a bajar del coche salió por aquella puerta y me reconoció.

—Sí, soy yo —asentí, esperanzada.

La chica miró al enfermero e inclinó la cabeza hacia un lado, como pidiéndole el favor. Él la miró unos segundos, hasta que, al final, dejó escapar un gruñido.

—Bueno, por esta vez, haremos una excepción.

—Te debo una caña. —La chica le guiñó un ojo antes de dirigirse hacia mí—. Acompañeme, le acaban de poner la vía. —Recogí las cosas del suelo y la seguí al interior—. Como ya ha dilatado bastante, la han llevado directamente a la sala de partos.

—¿El bebé está bien? —le pregunté, preocupada.

—Sí, va a nacer un poco antes de tiempo, pero está dentro de la normalidad —me explicó—. Si tiene un peso adecuado y no hay ninguna complicación, ni siquiera será necesario que vaya a la incubadora.

Me llevó a un cuartito para que dejase las cosas y me pasó una bata y unas calzas para que me las colocase. Empecé a ponerme más nerviosa.

Cuando mis amigas hablaban sobre el nacimiento de sus hijas, parecía que contasen auténticas historias de terror. En especial, Sofía con el de sus gemelas, que había sido más complicado. Siempre que llegaba al momento de la incisión, tenía que pedirle que parara, porque me entraban sudores fríos solo de imaginarlo. Un escalofrío me subió por la espalda: estaba a punto de presenciar un parto y no había tenido nueve meses para prepararme.

Recorrimos el pasillo con rapidez y entramos en aquella sala. En cuanto me vio, Gloria me llamó desde la cama con un grito.

—¡Blanca! —Estiró los brazos y fui hacia ella—. Dicen que no pueden ponerme la epidural porque es demasiado tarde y el bebé está a punto de salir. Tengo mucho miedo. —Me cogió la mano—. Ojalá estuviera Martín.

—Ya está de camino, acabo de hablar con él. —Se la apreté con fuerza, intentando sonreírle—. Tranquila, yo me voy a quedar contigo hasta que llegue.

Gloria soltó otro grito. La matrona se dirigió a nosotras desde el otro lado de la cama.

—De acuerdo, ha llegado la hora de empujar.

Fueron unos veinte o treinta minutos muy angustiosos. Por nada del mundo me habría cambiado por ella. Por suerte, no hubo ninguna complicación ni necesidad de realizar incisiones ni demás maniobras terroríficas. Ocurrió de una manera natural, aunque no menos sobrecogedora.

Cuando pensaba que Gloria no podría aguantar más, la matrona le pidió que tomase aire y empujara con fuerza en la siguiente contracción. Ella obedeció y soltó un grito desgarrador...

Y, entonces, escuchamos el llanto. La matrona le colocó al bebé sobre el pecho y, al notar el contacto con la piel de su madre, dejó de llorar. Gloria la acarició muy despacio. Enseguida la cubrieron con una mantita.

Miré esa carita, que abría y cerraba los ojos, sin entender lo que pasaba a su alrededor. «Todo está bien, todo ha salido bien». Sentí cómo cada uno de mis músculos se relajaba.

La dejaron sobre su madre un par de minutos y enseguida se la llevaron para limpiarla y hacerle unas pruebas.

—Es preciosa, ¿verdad? —Gloria me miró.

—Es perfecta. —Asentí—. ¿Ya sabéis qué nombre le vais a poner?

—Pues habíamos elegido uno, pero me parece que acabo de cambiar de idea.

Cuando llegó Martín, yo tenía en brazos a la niña. Se había quedado dormidita después de que Gloria le diera de mamar. Me parecía tan pequeña y vulnerable que me había dado mucho miedo cogerla, por si la dañaba sin querer. La matrona me había tranquilizado, enseñándome cómo sujetarla.

Se abrió la puerta de la habitación y alcé la mirada. Me lo encontré de frente, inmóvil, diría que incluso sin respirar. Dejó la maleta a un lado y avanzó despacio.

—Hola —susurré, porque no quería despertarla.

—Hola —me contestó Martín, en el mismo tono de voz.

Se acercó a su hija y acarició su manita con un dedo, muy suavemente. En un reflejo instintivo, ella se lo agarró. Me miró a los ojos, asombrado.

Y en ese instante, apareció en su cara la sonrisa más grande que le había visto jamás. Una que le llenaba la cara de una alegría inmensa. Le sonreían los ojos, que brillaban emocionados, a la vez

que unas pequeñas arruguitas se le formaban alrededor.

—¿Martín? —lo llamó Gloria desde la cama.

Retiró su dedo con mucho cuidado, le besó la manita y se fue con su mujer.

—Hola, chula.

La saludó con un beso y le preguntó cómo se encontraba, si había sido muy duro, si todo había ido bien. Se lamentó por haberse marchado a Madrid y haberla dejado sola.

—No te preocupes. Blanca ha estado conmigo. —Gloria señaló con la cabeza en mi dirección—. ¿Has visto a la niña?

—Es una preciosidad... —asintió—. No sé si voy a saber cogerla.

—A mí me lo han tenido que explicar —le dije mientras me acercaba—, pero no es tan difícil como parece, solo tienes que sujetarle bien la cabeza. —Extendió los brazos y le pasé con mucho cuidado el bebé—. Vamos con papá, Blanca.

—¿Blanca? —preguntó, extrañado.

Gloria le acarició el brazo.

—Después de esta tarde, he pensado que deberíamos llamarla así. ¿Te gusta la idea?

—Me encanta. —Martín volvió a sonreír. Se sentó en la cama, sin dejar de mirar a su hija, y susurró—: Hola, Blanca.

Me quedé embobada. Durante unos segundos, imaginé que esa nenita que tenía en los brazos era nuestra y me invadió una sensación de felicidad.

«¿No quieres que tengamos niños, preciosa? —la voz del Martín adolescente resonó en mi cabeza—. Uno, por lo menos. Una niñita rubia que se llame como tú». Noté otra vez aquel pinchacito de nostalgia, porque echaba terriblemente de menos algo que jamás había pasado.

«Podría haber ocurrido si no te hubieras empeñado en que estuvieran juntos como en la otra dimensión», dijo mi vocecita interna.

«Todo está donde tiene que estar», respondí, intentando convencerme de que era lo mejor. Los había visto a los tres en la librería, siempre había tenido que ser así. Sin embargo, aun conociendo el futuro, no estaba preparada para que Martín se convirtiera en padre delante de mis ojos.

Se me formó un nudo en la garganta. Sonreí para disimularlo.

—Bueno, es tarde, os dejo solos. —Recogí mi bolso y me di media vuelta para irme.

—¡Espera, Blanca! —Con cuidado, colocó a la niña sobre el pecho de su madre y avanzó en mi dirección—. Gracias, preciosa —susurró al rodearme con sus brazos—. Gracias por no dejar que les pasara nada.

Me apretó contra su cuerpo. Cerré los ojos, mordiéndome el labio. Después de la tensión de esa tarde, me habría encantado abandonarme en ese abrazo, pero lo único que quería era salir de allí. Escapar lejos de aquella habitación. Necesitaba tumbarme en mi cama y llorar, llorar hasta que me quedase dormida.

Al separarnos, solo pude asentir. Forcé una última sonrisa y me marché lo más rápido que pude.

## 8. DESPACITO

Sábado, 16 de septiembre de 2017

BLANCA

Los siguientes cuatro años pasaron en un suspiro. El tiempo voló a una velocidad vertiginosa, como si estuviera decidido a batir algún récord. Entre trabajo y compromisos sociales, se sucedían los días, uno tras otro. Cuando me daba cuenta, se había esfumado una semana. Y después, otra. Y luego, un mes. Sin embargo, las noches en casa parecían haberse empezado a alargar, volviéndose interminables.

La mayoría las pasaba sola, ya fuera porque Jorge estaba de viaje o porque se encerraba en su estudio para acabar algún proyecto en el ordenador. Poco a poco, habíamos dejado de enviarnos mensajitos a todas horas. Los dos estábamos muy ocupados durante el día y, si coincidíamos para cenar, en vez de tener muchas cosas que contarnos sucedía justo lo contrario.

A la hora de dormir, caía agotada en la cama, sin ganas de nada más. Y, al apagar la luz, en mi mente resonaba la pregunta de Martín: «¿Era esto lo que esperabas cuando viajaste en el tiempo?».

Aunque entonces le había respondido que sí, ya no estaba tan segura. Tenía la sensación de que me estaba perdiendo mi vida. En Madrid, me encontraba lejos de mi familia y de mis amigos, y cada vez los echaba más de menos. Resultaba irónico que me sintiera atrapada en una ciudad inmensa.

En cuanto tenía ocasión, tomaba un tren y me escapaba a Alicante. Me había prometido abrazar a mis abuelos todas las veces que pudiera y, cada año, las visitas se hicieron más y más frecuentes. Las últimas fueron en el hospital, para despedirme de ellos. A pesar de mis desesperados intentos por estirar los minutos, me dejaron, uno tras otro, en las mismas fechas en que los había perdido en la otra dimensión. Y me dolió horrores, quizá incluso más que la primera vez, porque ya sabía lo que era vivir sin tenerlos.

Los primeros años, Jorge me había acompañado en cada viaje, pero, de forma paulatina, había dejado de ir. Siempre encontraba una excusa, a pesar de que jamás le cuestionaba sus motivos. Si alguien me preguntaba por él, me limitaba a responder con un «Está trabajando» y, la mayoría de las veces, era verdad.

—¿A nombre de quién tenían la reserva?

—Jorge Cruz.

—Aquí está, acompáñenme, por favor. —La *maître* tomó dos cartas y nos hizo un gesto con la mano.

La seguimos a través del restaurante hacia las mesas del fondo. En el camino, capté las miradas de algunos comensales, acompañadas del murmullo que evidenciaba que hablaban de mí. No me resultaba nuevo: en los últimos años me ocurría con demasiada frecuencia.

Mi carrera profesional no podía ir mejor. Llevaba cuatro temporadas protagonizando la misma serie, junto con otras dos actrices de mi edad. Había sido un exitazo desde su estreno, porque la gente se identificaba con las vidas imperfectas de esas tres amigas treintañeras. Yo, la primera: cada vez que leía el guion, no podía evitar acordarme de Vega y Sofía.

Mi personaje era una abogada con una gran trayectoria profesional, casada con un hombre maravilloso, que no conseguía quedarse embarazada aunque lo intentase por todos los medios.

Estaba obsesionada. Lo sufría como un fracaso personal, como si tuviera alguna especie de tara, y esa situación terminaba afectando a los demás ámbitos de su vida.

Salvando las distancias, la comprendía bien. A pesar de que, en mi caso, no tener hijos era una decisión propia, a mis treinta y ocho años yo también sentía la presión social. Comenzaba en casa, con mi marido, y continuaba con los demás. El «¿Vosotros para cuándo?» se había convertido hasta en una cuestión mediática: cada vez que Jorge y yo asistíamos juntos a algún estreno, la preguntita de marras no se hacía de esperar.

Al principio, el rodaje se había convertido en mi mejor pretexto. No habría sido lógico quedarme embarazada si mi personaje era incapaz. Tras la segunda temporada tuvimos que hacer un parón, y me quedé sin argumentos.

—Dime claramente que no quieres tener hijos —me había soltado Jorge una noche después de cenar—. Puedo hacerme a la idea, pero necesito que seas sincera conmigo. No entiendo que sigas dándome largas cuando es obvio que no tienes ninguna intención.

Había tenido que admitir que ser madre ya no entraba dentro de mis planes. Hacía tiempo que lo veía muy claro, pero era incapaz de decírselo, porque me daba miedo que afectase a nuestra relación. A mi marido le costó unas semanas asimilarlo y, aunque al final me dijo que lo aceptaba, no logró disimular que estaba decepcionado.

Desde entonces, me sentía tan culpable que había priorizado cualquier otro deseo de Jorge sobre los míos, por pequeño que fuera. Para no perderlo a él, me había perdido yo.

—Aquí está su mesa, bienvenidos —dijo la *maître*.

—Muchas gracias —sonreí antes de que se retirase.

Sentado frente a nosotros, nos esperaba Álvaro, que enseguida se levantó a saludar.

—Hola, Blanca, estás guapísima..., ¡para variar!

Me reí mientras me quitaba la chaqueta y la dejaba en el respaldo de la silla. Siguiendo las tendencias, me había vestido con unos pantalones pitillo y una camisa blanca debajo de un corsé de cuero negro. Estábamos en el típico restaurante moderno de postureo, con música en vivo, donde la gente no iba precisamente a comer. Seguro que, antes de terminar la cena, ya me habrían etiquetado en tres o cuatro fotos.

Tomé asiento y desdoblé la servilleta. Con disimulo, contuve un bostezo. Esa semana habíamos empezado a rodar la última temporada de la serie y estaba agotada. Habría preferido que nos quedásemos en casa viendo una película y cenando pizza en el sofá, pero Jorge tenía la reserva hecha desde hacía más de un mes y no era plan de cancelarla. Además, esa noche, Álvaro nos iba a presentar a su nueva novia.

Llegó el camarero y nos preguntó qué deseábamos beber. Pedimos unas cervezas.

—Y retire un cubierto, por favor —le dijo Álvaro—, vamos a ser solo tres.

—¿No venías con tu chica? —le preguntó mi marido sentándose junto a mí.

—Hemos roto. No me duran nada, las mujeres. —Álvaro se encogió de hombros—. Por cierto, ¿habéis visto lo del referéndum?

Después de quince minutos de charla sobre la situación política en Cataluña, empezaron a hablar de trabajo y desconecté. Al inicio de nuestra relación, conversar de tecnología con Jorge era muy divertido. Podía seguirle el ritmo con los últimos avances porque ya los había vivido en la otra dimensión. Sin embargo, en algún punto de los últimos dos años, había perdido el hilo. Me costaba comprender los algoritmos de la inteligencia artificial que tanto le apasionaban.

Acababan de traernos el plato principal, cuando el bolso me vibró contra el muslo. Saqué el móvil para ver quién era.

**Martín**

Tengo una duda vital: si fueras una viajera del tiempo que acaba de llegar al año 2235, ¿qué es lo primero que harías en el futuro?

**Yo**

Depende. ¿Hay Starbucks?

**Martín**

Uno en cada esquina. Hay cosas que no cambiarán jamás.

Me mandó unos emojis mirando hacia arriba.

**Yo**

¿Estás escribiendo?

**Martín**

Definiendo las tramas de la próxima novela, pero lo que se me ocurre es una mierda.

Además, tengo una visita en mi despacho que acaba de ponerse a roncar.

Me envió una foto: encogida sobre el sillón orejero, su hija dormía con la boca abierta. La había tapado con una mantita de la que sobresalían un par de peluches.

Sonreí. Quería muchísimo a las niñas de todos mis amigos, pero Blanca era mi debilidad. Cada año que pasaba, me recordaba más a Martín. No solo tenía sus ojos, también sonreía de esa manera especial. Y era tan cariñosa como su padre: cada vez que me veía, me abrazaba como si nunca más quisiera soltarme.

**Yo**

A mí me parece monísima.

**Martín**

Eso es porque en la foto no se escuchan los ronquidos.

En serio, no imaginaba que una niña de tres años pudiera respirar como un rinoceronte que acaba de correr un maratón.

Me reí. Antes de que pudiera contestar, recibí otro mensaje.

**Martín**

¿Qué tal tu noche?

«Aburrida como una ostra, en un restaurante sobrevalorado, mientras mi marido pasa completamente de mí», respondí en mi cabeza

**Yo**  
Cenando en un sitio muy chulo con Jorge y Álvaro.

Nos lo estamos pasando genial.

**Martín**  
Qué bien vives.

Gloria ha salido con los del curro y yo me he quedado con Blanca.  
Hemos visto una peli y cenado una pizza en el sofá.

En fin, nada glamuroso para la superestrella de cine.

Le respondí unos cuantos emojis de risas, aunque mi cara no mostraba ningún tipo de expresión.

**Martín**  
No te entretengo más.

Pasadlo muy bien. Dales recuerdos a los dos.

Me despedí de Martín y volví a guardar el móvil en el bolso. Mi marido seguía inmerso en su conversación, así que me dediqué a pasear la mirada por el local. Sobre una pequeña tarima, que hacía las veces de escenario, un par de músicos preparaban sus instrumentos. Debía estar a punto de comenzar la actuación.

Me fijé en una mujer morena y guapísima, que venía directa hacia nuestra mesa. Supuse que me habría reconocido y querría pedirme una foto. Sonreí con cordialidad. Al darme cuenta de quién era, la sonrisa se me congeló en la cara.

—¿Jorge? —preguntó al llegar a nuestra altura.

Mi marido interrumpió la charla y alzó la cabeza. Habían pasado casi diez años, pero también la reconoció al instante.

—¡Marta! —Sorprendido, se levantó para abrazar a su ex—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que te habías ido a París después de...

Dejó la frase en el aire y entendí que se refería a su ruptura. Marta le dio dos besos a Álvaro, que se había puesto en pie, y se atusó la melena.

—Sí, viví mucho tiempo allí —se giró de nuevo hacia Jorge—, pero la farmacéutica en la que trabajo abrió una oficina en España el año pasado y solicité el traslado. Llevo en Madrid desde finales de enero.

—Vaya, ¡qué casualidad! —dijo Álvaro—. Estamos preparando un nuevo proyecto y necesitábamos contactar con una multinacional de farmacia.

—Precisamente lo comentábamos ahora mismo —confirmó Jorge.

—¡No me digas! —Marta rebuscó en su bolso de mano y sacó una tarjeta de visita. Se la entregó a mi marido—. Llamadme para lo que necesitéis. Seguro que mi empresa está encantada de colaborar.

—Cuenta con ello —dijo Álvaro.

—Y, ahora, si me disculpáis, voy al servicio. —Señaló con el bolso hacia los lavabos.

—Me alegro de verte —se despidió Jorge.

—Yo también —sonrió ella.

Nos dijo adiós con la mano y forcé una sonrisa. Mi marido la siguió con la mirada y guardó su tarjeta en la cartera.

—Qué pequeño es el mundo... —comentó al sentarse.

—Un pañuelo —contesté, removiéndome en mi asiento.

Hacía muchos años que no pensaba en Marta, pero, al verla, había sentido una punzadita de celos. Todavía me dolía aquella vez en la que Jorge me había dejado para volver con ella, pocas semanas después de habernos reencontrado en La Posada.

Miré a mi marido, que conversaba de nuevo con Álvaro, y coloqué una mano en su pierna. Los años habían pasado también para él, pero, a pesar de sus canas, lo veía igual que entonces. Como si en mi mente el reloj se hubiera detenido. Jorge la acarició, distraído, mientras explicaba algunas cuestiones sobre la recopilación de datos de salud.

«No puedes sentirte mal porque se encuentre con su ex. No hace ni diez minutos estabas chateando con Martín». Fruncí los labios y traté de desterrar de mi cabeza esa sensación.

Álvaro debió captar mi malestar, porque soltó enseguida:

—Creo que es hora de cambiar de tema, estamos aburriendo a tu mujer. —Se giró hacia mí—. ¿Qué tal va el rodaje, Blanca? ¿Habéis empezado ya?

No me dio tiempo a contestar. La cantante subió al escenario y las luces de la sala redujeron su intensidad poco a poco. Cuando la guitarra tocó los primeros acordes de *Despacito*, el corazón se me aceleró.

Sonaba por todas partes, pero aún no me había acostumbrado a tararear en público aquella canción. Tenía la impresión de que la gente descubriría mi secreto, como si, de algún modo, los que me rodeaban pudiesen entender la relación de Luis Fonsi con mi viaje en el tiempo.

Además, esa melodía me recordaba que nos acercábamos sin remedio a la noche de la tormenta. Solo faltaban dos años para que alcanzásemos 2019, y ninguna teníamos ni idea de lo que nos ocurriría la mañana de después.

Había sido Vega quien, tras escuchar *Despacito* por primera vez en la radio, nos lo había planteado en un audio de cinco minutos que envió a nuestro chat de WhatsApp. Luego, en otro de sus habituales arranques, decidió cambiarle el nombre al grupo por *El milenarismo va a llegarrrr*.

—*Pasito a pasito, suave suavecito...*

Sonreí, moviendo los hombros al compás de la canción. Estaba a punto de sacar el teléfono y grabar un vídeo para mis amigas, cuando Jorge resopló con hartazgo:

—Estoy hasta las narices de la cancioncita.

Me callé de inmediato. Crucé la mirada con Álvaro y me eché hacia atrás en la silla. Mi marido comentó algo sobre el proyecto y retomaron la conversación.

El resto de la noche me entretuve observando a la gente, que se divertía a nuestro alrededor.

## 9. CLAVADITA A MÍ

Sábado, 16 de septiembre de 2017

MARTÍN

Mi hija sonaba como una vieja moto que trataba de arrancar a cámara lenta. Imposible trabajar así. Llevaba más de dos horas queriendo hilar una sola frase con sentido, pero cada vez que me venía la inspiración, un nuevo estertor se unía a la orquesta.

Intenté concentrarme en la música que sonaba bajito por mis auriculares: Prince cantaba *Purple Rain*, y la nena le hacía los coros añadiendo el retumbar de los truenos. En cualquier instante, en mi despacho empezaría a llover.

Me quité los cascos. Tras un estruendoso ronquido, Blanca gruñó un par de veces, como si el motor se hubiera gripado. Sin pretenderlo, me acordé de mi vieja Rieju. Y de la pena que me dio llevarla al desguace cuando dejó de funcionar. Abandoné el Word con el borrador abierto y me metí en un portal de moteros, dispuesto a procrastinar un rato.

Quería comprarme otra moto desde hacía años, pero, al nacer mi hija, ese deseo había pasado al final de mi lista de prioridades. En aquel entonces, cualquier asunto giraba en torno al bebé. Me habían avisado de lo mucho que cambiaba tu vida. Hasta que no me ocurrió, no fui consciente de que tenían razón.

Durante los primeros meses, me fue imposible escribir. Blanca lloraba todo el día y también toda la noche. Nada más se calmaba si la cogíamos en brazos. Mi mujer y yo nos turnábamos para cuidarla, pero en mis ratos libres solo pensaba en dormir. Era incapaz de concentrarme en otra cosa. Estaba bloqueado. Las únicas ideas que se me ocurrían eran de padres primerizos que descansaban durante una noche entera. Eso sí que era ciencia ficción.

Tras la baja de maternidad, Gloria se incorporó a su puesto y yo me quedé a cargo del bebé. Adapté mis rutinas a las suyas y mi proceso creativo se aletargó. Ese año, le propuse a mi editor que sacásemos un libro de relatos. Tiré de las historias que había escrito de adolescente y que Blanca leía tumbada en mi cama. Necesitaron una buena revisión, pero conseguimos salvar las ventas.

Cuando la niña empezó a dormir la noche entera, mis neuronas volvieron a funcionar. Escribí, casi del tirón, una bilogía distópica sobre una sociedad gobernada por una inteligencia artificial. Fue un superéxito y la editorial empezó a promocionarme como uno de sus autores estrella. A nivel profesional, me iba bastante bien. Sin embargo, con Gloria, las cosas volvieron a enrarecerse.

Todos los planes que habíamos hecho unos años antes parecían haberse esfumado. Ni rastro de esa ilusión por exponer sus cuadros o por viajar a Italia, a pesar de que se lo propuse en varias ocasiones. Argumentaba que, con el trabajo y la niña, no tenía tiempo para nada más. Lo que sí retomó fueron las salidas nocturnas con sus amigos de la empresa. Y terminamos por distanciarnos otra vez.

Mi hija soltó un ronquido tan fuerte que me hizo dar un respingo. Abrí la cámara en el móvil y la grabé. Estuve tentado de enviarle el vídeo a Blanca, pero me había dicho que estaba cenando fuera y no quería molestarla.

Se lo mandé a mi hermano.

**Rober**

Tú roncabas igual.

**Yo**

Ni de coña.

**Rober**

Pregúntale a mamá.

Cuando estabas constipado, parecías un oso con congestión nasal.

Da gracias de que en los ochenta no teníamos videocámara, que, si no, te enseñaría las pruebas.

**Yo**

Doy gracias.

Ya tengo suficiente con las fotos.

**Rober**

Pues mañana, prepárate, ha encontrado dos álbumes más.

Resoplé. Mi madre no paraba de repetir que mi hija era igual que yo cuando tenía su edad. Cada vez que comíamos con ellos, sacaba una nueva selección de fotos para demostrarlo. Al principio era gracioso. Pero, las últimas veces, Gloria ya se había empezado a mosquear.

—Algo mío tendrá... Vamos, digo yo —le había soltado el último domingo que habíamos estado en su casa.

—Bueno, del carácter, alguna cosa, pero no me dirás que en esta no son clavaditos... —le había respondido mi madre, señalando una en la que mi hermano y yo posábamos en la playa.

Gloria se había mordido la lengua para no discutir, pero a mí me había tocado aguantarla de morros durante el trayecto a casa. Supuse que al día siguiente volveríamos a tener movida.

**Yo**

¿No salís hoy?

**Rober**

A Eloy le duele la garganta.

Yo estoy leyendo el guion que me ha pasado Blanca para darle unas indicaciones.

Desde que interpretaba a una abogada en esa serie, mi hermano y ella hablaban muy a menudo. Siempre se habían llevado muy bien, pero esos últimos años tenían más confianza. Incluso se lo había llevado de acompañante a una entrega de premios en los que había estado nominada y a la

que Jorge no pudo asistir. A decir verdad, mi hermano me daba un poco de envidia.

**Yo**  
Voy a ver si escribo algo.

**Rober**  
Ánimo, chaval.

Nos vemos mañana.

Volví al borrador. Había escrito unas diez páginas, pero la trama no me acababa de convencer. Me presionaba mucho con esta nueva novela, después de las malas críticas de la anterior, que se había publicado hacía poco.

Tras el éxito de la bilogía, la editorial quiso aprovechar el tirón y me pidió que escribiera una tercera parte. Les repetí varias veces que no podía continuar una historia en la que las máquinas habían aniquilado a los humanos. No lo quisieron entender.

—Invéntate que hay un grupo de supervivientes escondido en algún lugar —había insistido mi nuevo editor—. Una especie de resistencia que lucha por recuperar el control del planeta. Tú sabrás cómo hacerlo.

Le había contestado con un bufido. Mi antiguo editor nunca me lo habría propuesto. Era un señor mayor, fanático de Asimov, que siempre confiaba en mí. Desde que se había jubilado, su sustituto y yo no acabábamos de congeniar.

Al final, había cedido y sacamos esa continuación. No podía arrepentirme más. Solo leía reseñas negativas por todas partes. Necesitaba una buena historia para compensarlo.

Apunté un par de ideas en una libreta y seguí mirando motos en internet.

Me gustaban las de estética retro, como la Ducati Icon o la Harley Deluxe. La BMW que había visto era una pasada, pero Gloria me iba a decir que dónde iba tan flipado. Comparé durante mucho rato las otras dos opciones y, aunque la Harley era mítica, me parecía la clásica moto de la crisis de los cuarenta.

Cuando volví a mirar la hora, eran casi las dos de la mañana. Apagué el portátil y cogí a mi hija en brazos.

—Vamos a la cama, princesa —le susurré. Se agarró a mí como un monito.

La llevé dormida a su cuarto y enfilé el pasillo a oscuras hacia mi habitación.

## 10. LA TEORÍA DE ROY

Jueves, 30 de noviembre de 2017

BLANCA

—¿Te importa si no voy contigo a lo de esta noche? —Jorge se asomó a la puerta del baño—. No puedo con mi alma.

Lo miré a través del espejo. Una conocida marca de *champagne* daba una fiesta navideña en uno de los hoteles más lujosos de Madrid, y yo se lo había recordado durante la semana para que no se le olvidase. Era un evento exclusivo, a Elia le había costado mucho conseguir dos invitaciones para nosotros.

No contesté. Me incliné hacia adelante para aplicarme una segunda capa de rímel. A pesar de que esa mañana le había pedido que saliera pronto del trabajo, no hacía ni diez minutos que Jorge había llegado a casa y aún estaba sin duchar. Parecía que lo hubiera hecho a propósito.

—Lo siento, Blanca —continuó, acercándose a mi espalda—. Hoy ha sido un día muy intenso y estoy agotado.

—Bien. Quédate entonces. —Metí el cepillo en el envase y lo cerré—. No me importa.

Besó mi hombro, que quedaba al descubierto con aquel mono de lentejuelas negras con cuello *halter*. Me observó con atención, como si intentase adivinar cuánto me había enfadado.

—Estás guapísima, cielo. Seguro que lo pasas muy bien.

Forcé una sonrisa. Jorge me acarició la cintura y salió enseguida del baño, antes de que me diera tiempo a cambiar de idea. Lo escuché bajar las escaleras y conectar la tele en el salón. Me subieron, de golpe, muchas ganas de llorar. Miré al techo e inspiré hondo, con los ojos muy abiertos, para evitar que esa lágrima cayese y tuviera que volver a maquillarme.

Sí que me importaba que no viniera conmigo a la fiesta, bastante, a decir verdad. De los más de diez eventos a los que había asistido ese año, mi marido solo me había acompañado a dos. A los demás, había tenido que ir completamente sola. Siempre pasaba lo mismo: me avisaba con tan poco margen que no me daba tiempo a invitar a otra persona. Yo sabía que ese no era su mundo, pero me habría encantado que se involucrase un poco más, de la misma manera que yo hacía con el suyo.

Guardé el rímel en el neceser y saqué el pintalabios para retocarme. Jorge estaba absorto en sus proyectos. No era solo que esa noche estuviera cansado y sin ánimo para ir de fiesta; la mayor parte de los días ni siquiera llegaba a tiempo para la cena. Pensaba que, tras haberse ido a Connecticut en esta dimensión, nuestra relación sería más fácil, pero todo seguía igual. Por fuera, parecía diferente; en esencia, no había cambiado nada.

Hacía meses que no me sorprendía un domingo por la mañana trayéndome a la cama uno de sus cafés. También habíamos dejado de acostarnos. Las situaciones se repetían sin que pudiera hacer nada por evitarlo y, esa segunda vez, era mucho más consciente de hacia dónde nos llevaba esa inercia. Era como volver a ver tu película favorita deseando que cambiase el final: yo estaba segura de que en nuestra tabla cabíamos los dos, pero Jorge no se daba cuenta y eso me tenía cada vez más frustrada.

Mi móvil vibró sobre el lavabo. «Será Elia con los datos del conductor que viene a recogerme». Eran varios mensajes del grupo de WhatsApp que compartía con mis amigas, al que Vega había vuelto a cambiar el nombre por *Mucho vino y pocas nueces*.

**Sofía**

¿Ya estáis listos para el fiestorro?

**Vega**

Me dais mucha envidia, cabrones. Yo tengo a la niña mala, vomitando otra vez.

**Sofía**

Las mías también, y creo que estoy a punto de caer con ellas.

**Vega**

Somos las amigas madres que no tienen una mierda de glamur.

Por cierto, Blanqui, he leído que Hugo Silva también va a esa fiesta.

¡Dadle recuerdos de mi parte, por favor!

**Sofía**

¡Y mándanos fotos, que queremos veros!

**Yo**

Voy sola, Jorge no puede venir.

Me llegó un mensaje privado de Sofía, en el que me preguntaba qué había ocurrido esa vez. Le contesté con un escueto: «Lo de siempre». Mi amiga no tardó en contestar.

**Sofía**

Blanca, no puedes seguir así.

No me apetecía tener esa conversación. Mucho menos en ese momento, porque terminaría rompiendo a llorar. Le escribí que iba con prisa y que hablaríamos al día siguiente. Me retoqué los labios y recibí un mensaje del conductor, que me avisó de que llegaría en dos minutos.

Cerré los ojos y me rocié la cara con el fijador. Le dije adiós a Jorge mientras bajaba corriendo las escaleras.

—¡Disfruta, cielo! —me gritó desde el sofá, sin apartar la vista de la tele.

Ni siquiera nos dimos un beso de despedida.

Sofía tenía razón, no podíamos seguir así. Tarde o temprano, esa situación volvería a llevarnos al mismo punto. Ese en el que no quería pensar.

Bajé del coche enfrente del hotel donde se celebraba la fiesta y busqué con la mirada a mi representante. Había bastante gente, la mayoría curiosos que se arremolinaban tras las vallas, a ambos lados de la entrada, aguardando para hacerse una foto con algún famoso. Un par de chicas gritaron mi nombre y me giré a saludarlas con la mano. Elia debió verme entonces, porque

enseguida se reunió conmigo.

—¿Y tu marido? —preguntó, extrañada, al percatarse de que había llegado sola.

Me limité a encogerme de hombros como respuesta. Elia arrugó la nariz. Me frotó la espalda y me acompañó al *photocall*.

Posé con la mejor de mis sonrisas, contesté unas cuantas preguntas sobre quién había diseñado la ropa y las joyas que llevaba puestas, y mandé un mensaje navideño para los seguidores de sus redes sociales. Hice todo el paripé. Por dentro, no dejaba de pensar en Jorge. Teníamos una historia de amor muy bonita, con un viaje en el tiempo incluido, que nos había dado la oportunidad de volver a empezar. A lo mejor solo estábamos pasando por un bache. Me resistía a creer que nuestra relación volviera a fracasar.

Al terminar el último posado, me reencontré con Elia al final de la alfombra. Parecía haberme leído la mente, porque me pasó un brazo por los hombros y me susurró:

—Vamos dentro, Blanca. Creo que necesitas una copa de *champagne*.

Recorrimos un largo pasillo de paredes de espejo, cubiertas de miles de lucecitas blancas, mientras sonaba *Diamonds*, de Rihanna. El efecto era espectacular, como si estuviéramos atravesando una lluvia de estrellas. Al fondo, un pesado cortinón de terciopelo negro que una azafata apartó hacia un lado para que pasáramos.

Hicimos nuestra entrada en el inmenso salón, decorado con paneles cobrizos y el logo de la marca. Las esferas luminosas, que reposaban en el suelo, irradiaban una luz cálida que se reflejaba en la cascada de gotas de metal y creaba una atmosfera brillante y lujosa.

Un camarero se acercó a nosotras y nos ofreció dos benjamines de *champagne* con una boquilla dorada. Brindé con Elia y levanté la vista al techo, oculto tras cientos de globos en colores negro y oro que simulaban unas gigantescas burbujas. En un rincón, una pila de copas de cristal de varios metros de altura esperaba su turno para el último brindis. Era una fiesta estupenda.

El recinto estaba abarrotado de caras conocidas que lucían sus mejores galas: actores, modelos, cantantes y un sinnúmero de *influencers* que buscaban, con sus teléfonos móviles, la imagen perfecta para publicar en su cuenta de Instagram.

Le escribí un mensaje a Vega por nuestro grupo de WhatsApp para explicarle que iba a ser complicado encontrarme con Hugo Silva entre tanta gente. Mi amiga me pidió que le mandase unas fotos del evento, porque estaba segura de que ella sí sería capaz de distinguirlo entre los demás.

Se las estaba enviando cuando escuché, detrás de mí, aquella voz tan familiar:

—¿Blan?

Supe al instante quién era, porque no había nadie más en el mundo que me llamara así. Le di un buen trago a mi botellita de *champagne* antes de darme la vuelta.

Hacía casi siete años que no lo veía en persona —desde que me había ido de su caravana dando un portazo, en Los Ángeles—, pero el muy cabrón todavía estaba tremendo. Mucho mejor de lo que aparentaba en las revistas. Vestía un esmoquin negro bajo el que se adivinaba aquel cuerpazo, y lucía unas cuantas canas en las sienes, al estilo de George Clooney en *Ocean's Eleven*. Los casi cuarenta le habían sentado muy bien. Esa noche parecía haberme pillado con la guardia baja, porque incluso me alegré un poquito al verlo.

—Hola, Roy.

Me acerqué a darle dos besos para saludarlo. Él pasó un brazo por mi cintura y me pegó a su cuerpo.

—Joder, reina, estás impresionante —susurró en mi oído.

Sonreí. Por el rabillo del ojo distinguí unos cuantos *flashes*. Era cuestión de minutos que

colgaran esas fotos en las redes. Me separé de inmediato, como si nos hubieran pillado haciendo algo inapropiado.

—¿Qué haces por Madrid? —le pregunté tras presentarle a Elia—. Hace poco leí que preparabas un nuevo proyecto en Los Ángeles.

—Precisamente he venido por eso... —Roy colocó la mano en mi espalda y se giró hacia mi repre—. ¿Te importa si te la robo un momentito?

Elia buscó mi mirada. Teníamos un código para que pudiese intervenir si yo no me encontraba a gusto con la situación. Moví la barbilla para indicarle que no había ningún problema.

—De acuerdo, pero espero que no se te ocurra sacarle otro anillo o algo parecido.

—Descuida. —Roy se rio—. Será solo una charla entre viejos amigos.

Elia me indicó que iba a la entrada a saludar a una compañera de profesión y que estaría pendiente del móvil. Asentí con la cabeza y me dejé guiar por Roy hacia el fondo del salón.

Nos sentamos en una zona con sofás que estaba menos concurrida. Dejé el bolso sobre la mesita dorada, frente a nosotros.

—A ver... —Roy se frotó las manos, como si no supiera por dónde empezar—. Estoy preparando un nuevo proyecto en Los Ángeles, pero en esta ocasión no voy a actuar, lo voy a dirigir.

—Vaya, enhorabuena. —Abrí los ojos, sorprendida, y di otro trago a mi benjamín.

—Gracias, Blan —sonrió—. Como te decía, ese es el motivo por el que estoy aquí esta noche... Bueno, no porque vaya a dirigir una película en Hollywood, sino porque me gustaría que tú la protagonizases.

Casi me atraganté con el *champagne*. Me tapé la boca con la mano y tragué despacio, aguantándome la tos.

—Antes de que digas nada —Roy hizo un gesto con la mano para pedirme que lo dejase continuar—, que sepas que he venido a este evento solo para hablar contigo. Sabía que, si intentaba llamarte, no me cogerías el teléfono. Y quiero que tú estés en esta película, cueste lo que cueste.

—¿Por qué yo? Ya te dije que no me debes nada.

—¡Joder, Blan! —protestó, indignado—. No lo hago porque me sienta en deuda contigo. Sugerir eso sería muy condescendiente por mi parte. —Levantó la vista al techo y resopló—. Voy a serte muy claro: hemos rodado juntos tantas películas que te conozco a la perfección. Sé cuándo estás estresada, si puedo intentar que repitas una vez más tus frases o cómo sacarte de tus bloqueos. Tú y yo nos entendíamos muy bien; a veces, bastaba con mirarnos. Para mí sería muy fácil volver a trabajar contigo, tengo claro que lo ibas a pillar a la primera. —Se echó hacia atrás—. Créeme, reina, esto lo hago por puro egoísmo.

Enarqué una ceja antes de echarme a reír.

—Vale, eso tiene mucho más sentido. —Dejé mi botella vacía sobre la mesa—. Aun así, me sorprende tanto interés.

Roy me cogió las manos y se inclinó hacia mí.

—Eres perfecta para ese papel. —Me miró a los ojos—. Es un personaje maravilloso, una heroína. A la altura de la Erin Brockovich de Julia Roberts. Tú tienes mucho talento, y en España no hay papeles así para mujeres de más de treinta y cinco... Lo hemos hablado en más de una ocasión.

—¡Roy Gonzalo! —Una chica jovencita que tenía pinta de *influencer* chilló a nuestro lado y nos sobresaltó. Nos soltamos las manos—. ¿Podemos hacernos una foto juntos para mis redes?

—Eh, sí, claro. —Roy se frotó los ojos y se puso en pie para posar con ella.

El chico que la acompañaba tomó lo que me parecieron un millón de fotos desde todos los ángulos posibles. Estaba a punto de levantarme para ir a buscar otro benjamín cuando mi exmarido le dio un toquecito en el brazo, dando por finalizada la sesión.

—Y, ahora, si me disculpas, te tengo que dejar, que estamos hablando de algo muy importante —añadió con educación.

—Ha sido un enorme placer conocerte —le dijo ella—. Por cierto, yo también soy actriz, además de *influencer* y modelo. —Le hizo unas señas al chico, que sacó del bolsillo unas tarjetas y se las pasó—. Te voy a dejar mi contacto, por si necesitas sangre nueva.

—Gracias —contestó Roy.

La chica le dio dos besos muy efusivos y se despidió con un «Llámame» mientras le hacía el gesto con la mano.

En cuanto se alejó un poco, Roy se volvió a sentar a mi lado y partió la tarjeta en dos.

—¿Qué me dices, Blan? —preguntó, esperanzado.

—No lo sé, tengo que pensarlo —contesté. La idea de rodar en Hollywood me atraía muchísimo, pero no era una decisión que pudiera tomar a la ligera, menos durante una fiesta navideña—. Necesito más información... ¿Cuándo quieres empezar?

—Me gustaría rodarla el año que viene, o el siguiente como mucho. —Se acercó un poco más, para que no nos escucharan—. Ya sabes, antes de que llegue la pandemia y se pare todo.

—¿Qué pandemia? —pregunté, sin entender.

—El COVID —respondió, como si fuera una obviedad. Ante mi cara de desconcierto, añadió —: Blan, ¿tú en qué año viajaste?

—En 2019.

—Joder... Entonces no tienes ni idea de lo que va a pasar en febrero del año siguiente.

Negué con la cabeza, poniéndome nerviosa. Durante más de veinte años había vivido con relativa serenidad, adelantándome a los sucesos catastróficos que ocurrirían en el mundo. Quedaban dieciséis meses para regresar a la ignorancia, y eso del COVID parecía que iba a ser serio.

—Roy, Blanca, ¿os podemos hacer unas fotos para la revista? —nos interrumpió un chico trajeado, que llevaba colgada al cuello una acreditación de prensa.

Roy me pasó un brazo por la cintura y exhibió la mejor de sus sonrisas. Yo tragué saliva, intentando parecer calmada. En cuanto se marcharon, se acercó a mi oído y susurró.

—Creo que debería explicártelo en un sitio más tranquilo. —Miró alrededor antes de añadir—. ¿Vamos a mi casa?

—¿A tu casa? —Alcé las cejas.

—Está cerca, y aquí no podemos hablar. —Se encogió de hombros—. Si se te ocurre otro sitio mejor, me parece bien.

Dudé un momento, pero Roy tenía razón. En la fiesta nos iban a interrumpir de continuo y yo estaba muy interesada en saber qué ocurría en el futuro.

—Vale —contesté al final—. ¿Cómo lo hacemos? Si nos vamos juntos, se va a montar un buen follón.

—Ahí hay una salida trasera. —Señaló hacia una esquina, a una puerta con un cartel de «Privado» custodiada por un par de seguratas—. El de la izquierda es de mi equipo personal. Voy yo primero y lo aviso para que te deje pasar. Te espero en diez minutos en el coche.

Cuando se marchó, le mandé un mensaje a Elia para avisarle de que me iba con Roy, porque teníamos que hablar de un posible proyecto muy importante. Sabía que mi repre era discreta y que no me iba a juzgar. Enseguida me contestó:

## Elia

Avísame si necesitas cualquier cosa.

Guardé el teléfono en el bolso y me levanté a por otra botellita de *champagne*. Lo que estaba a punto de hacer era arriesgado, porque podía malinterpretarse y ya solo me faltaba añadir más tensiones a mi matrimonio. Estaba nerviosa, pero me podía más la curiosidad por aquello del COVID.

Esperé unos minutos antes de dirigirme a la salida que me había indicado Roy. En cuanto me vio, el seguridad le hizo una seña a su compañero y me llevó por unos pasillos de servicio que desembocaban en una calle lateral. Pegado a la acera, nos esperaba un vehículo negro con los cristales tintados.

«Cruza los dedos para que sea de tu exmarido y no de una mafia chungu que quiera secuestrarte».

Se abrió la puerta trasera y el corazón se me puso a cien por hora.

—¡Vamos, reina! —lo escuché gritar desde el interior.

Y, sin pensármelo dos veces, me metí a toda prisa en el coche.

Veinte minutos después, estaba en nuestra antigua casa, sentada en el sofá, mientras Roy miraba por la ventana con disimulo. En algún punto del trayecto, el conductor había tenido la impresión de que nos seguían. No iba muy desencaminado. Cuando habíamos parado frente al portal, el otro coche había aparcado en la acera, unos metros más atrás.

—¿Crees que nos han visto entrar? —le pregunté, poniéndome en pie.

—Seguramente, pero no tienen la foto que buscan. —Señaló el vehículo, que seguía aparcado en el mismo lugar—. Si la tuviesen, no estarían esperando abajo.

Me aparté de la ventana, porque no quería correr el riesgo de que me descubrieran y se montara un escándalo. Pensé en mandar un mensaje a Jorge, pero era casi la una y seguro que ya estaría dormido. Tampoco sabía qué excusa ponerle. Ya improvisaría al llegar a casa.

—Bueno, cuéntame que es eso del COVID —lo apremié, y volví a acomodarme en el sofá.

—Déjame que te sirva una copa primero, reina.

Durante más de dos horas, me estuvo explicando lo que me pareció una historia de terror. No era capaz de imaginar cómo un simple virus había detenido el mundo por completo. La cuarentena, el Estado de alarma, las mascarillas, los casos que no dejaban de aumentar... Parecía ciencia ficción. Al terminar, estaba consternada.

—¿Encontraron... encontrarán una cura?

—No lo sé. —Roy frunció el ceño—. Cuando yo viajé, en el verano de 2022, estábamos vacunados y ya se podía hacer vida medio normal, aunque la pandemia aún no había terminado. A partir de entonces, no tengo muy claro lo que ocurrirá.

Miré al suelo. Nos quedamos en silencio. Roy aprovechó para levantarse a por la botella de *whisky*.

—¿Tú qué crees que pasará la noche de la tormenta? —dije al final.

—No tengo ni idea, reina. —Sonrió, sirviéndose otra copa—. A veces pienso que saltaremos a la otra realidad. O que nos despertaremos otra vez en el pasado.

Señaló mi vaso con la barbilla, para saber si quería que me lo rellenara. Se lo acerqué para indicarle que sí.

—¿Piensas que volveremos a viajar en el tiempo? —Bebí un sorbo de *whisky*.

—Supongo que dependerá de lo que hayamos aprendido en este viaje.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes los sucesos que parecen condenados a repetirse por mucho que intentes evitarlo? —Enroscó el tapón y dejó la botella sobre la mesa—. Es porque el universo necesita que aprendas algo de ellos.

—¿Dónde has visto eso? —pregunté, curiosa.

—En un azucarillo.

La carcajada que solté debió escucharse desde la calle.

—No te rías, Blan. La frase del azucarillo me dio la clave, luego seguí investigando y..., mira.

—Se acercó a la estantería y sacó su Moleskine. Entre sus páginas, había un papel que parecía recortado de un libro, subrayado en amarillo fluorescente. Me lo tendió para que lo leyera en voz alta.

—«Aquellos que no aprenden nada de los hechos desagradables de sus vidas, fuerzan a la consciencia cósmica a que los reproduzca tantas veces sea necesario para aprender lo que enseña el drama de lo sucedido».

»Carl Jung —concluyó, y volvió a sentarse en el sofá. Me lo quedé mirando, a la espera de que añadiese algo más. Roy se frotó los ojos con los dedos—: ¿Te acuerdas de mi mujer, la que me encontré una tarde por la Gran Vía?

Asentí. Me acordaba muy bien de aquella noche, de lo jodido que había llegado a casa al entender que había cambiado tanto las cosas en el pasado que ella tenía otra vida en esta dimensión. También recordaba que la última vez que habíamos hablado por teléfono me había contado que estaba camino de Santander.

—¿Fuiste a buscarla?

—Sí —suspiró—. Indagué un poco en internet y enseguida averigüé dónde trabajaba. Era la gestora de una bolsa inmobiliaria. Me presenté una mañana en su oficina, con la excusa de que buscaba una vivienda que me sirviera como inversión. Me reconoció enseguida, como puedes suponer.

»Se acordaba bien de aquella vez que nos habíamos visto en Madrid. Yo fingí no hacerlo y le propuse invitarla a comer al que sabía que era su restaurante preferido, con la excusa de que me sentía fatal por haberme olvidado. Cuando le sugerí que pidiera la lubina en salsa verde, se quedó boquiabierta.

—Porque ella siempre la pedía, ¿verdad? —completé la frase.

—Era su plato favorito —asintió.

Me reí. Yo había hecho lo mismo con Jorge en una de nuestras primeras citas: elegí para él una pasta carbonara.

—Después de esa comida —continuó Roy—, empezamos a vernos a diario. Por la mañana me enseñaba alguna casa y después la invitaba a comer. Las sobremesas se alargaban varias horas porque estábamos tan a gusto que no parábamos de charlar. Ella estaba maravillada de lo mucho que habíamos conectado, decía que era como si pudiera meterme en su cabeza.

»Me contó que su matrimonio estaba en crisis y que su hijo estudiaba fuera desde hacía un par de años. No tardamos demasiado en acabar la tarde en un hotel. Después me la llevé de viaje. Siempre quisimos ir a Australia en la otra dimensión y, por fin, podía darle la vida con la que habíamos soñado. —Roy se removió en su asiento, algo incómodo—. Pero cada vez demandaba más de ella y supongo que eso la agobió. O quizás se sintiera culpable. Dejó de cogerme el teléfono, me ponía excusas para no quedar...

»Empecé a beber cuando no estábamos juntos. Me iba al bar a tomarme una copa y no salía de allí hasta que estaba borracho. Llegaba a casa con unas cogorzas que no podía sostenerme en pie.

Hasta que, una noche, me di cuenta de que estaba ocurriendo lo mismo que en la otra realidad. Parecía diferente, pero, de alguna manera, habíamos llegado al mismo punto. Carl Jung tenía razón. Y antes de que ella me dejara, lo hice yo.

—¿La dejaste porque leíste una frase de un libro sacada de contexto? —le devolví la hoja.

—No, Blan. —La dobló en cuatro partes, volvió a meterla entre las páginas de su Moleskine y la cerró con la goma—. La dejé porque estábamos condenados a fracasar de nuevo. —Apoyó la libreta en la mesa y se echó hacia atrás—. La quería mucho, pero no sabía amarla bien. Si me empeñaba en seguir con ella, la arrastraría a ser infeliz. Ya tuvimos una oportunidad y no funcionó. En esta realidad, había vuelto a ocurrir. A pasos agigantados.

Nunca me había tomado en serio las teorías de Roy, pero lo que me contaba tenía demasiado sentido. Yo estaba experimentando lo mismo con Jorge. Me estremecí.

—¿Qué ponía en ese azucarillo exactamente?

—La frase era: «Lo que niegas, te somete; lo que aceptas, te transforma». Estaba en el suelo del último bar en el que me emborraché. Esa noche, entendí que siempre estuvo destinado a suceder de ese modo y que yo no podía hacer nada por evitarlo.

Clavó la mirada en su vaso, yo hice lo mismo en el mío. A lo largo de los años, me había preguntado por qué determinados momentos se repetían por mucho que intentásemos cambiarlos, y en qué se diferenciaban de los demás, que parecían mucho más aleatorios. La hipótesis que me planteaba Roy no iba tan desencaminada.

—Lo que tiene que pasar, acaba pasando —murmuré, acordándome de lo que decía Sofía, y algo en mi cabeza hizo clic. «¿En serio hemos tenido la clave del viaje en el tiempo delante de nuestras narices desde el principio?».

Roy dio un trago a su *whisky* y me miró.

—¿Y qué hay de ti? ¿Estás felizmente casada... o ya has aceptado que sigues colgada por tu noviete del instituto?

—¡Yo?! ¡De Martín?! —Me pilló tan de sorpresa que me salió un gallito de la impresión—. Pero si somos amigos...

—¡Amigos?! —Roy se echó a reír—. Reina, ese tío nunca te ha mirado como un amigo. Ni tú a él tampoco —añadió antes de que pudiera replicar—. No sé lo que os pasó para que decidieseis romper, pero seguíais colgados el uno del otro. Lo tuve clarísimo desde que lo conocí. —Se echó hacia atrás en el sillón—. Y no sabes lo muchísimo que me jodía. Nunca me ha gustado ser el perdedor.

Miré hacia otro lado y le di un buen trago a mi *whisky*. Roy acababa de decir en voz alta lo que yo llevaba años sin reconocer. Seguía sintiendo algo por Martín, y no precisamente amistad, pero admitirlo tampoco cambiaba nada. Él tenía una familia, yo estaba casada con Jorge.

—Debería llamar a un taxi e irme a casa. —Dejé el vaso en la mesa y cogí mi bolso—. ¿Aún están ahí los del coche?

Señalé con la cabeza a la ventana y saqué mi móvil. La pantalla estaba llena de notificaciones de Instagram. Me metí en la aplicación mientras Roy iba a asomarse.

—Mierda, Blan —lo escuché maldecir—, ahora hay otros tres coches más. ¿Cómo se habrán enterado?

—Tu amiguita la *influencer* barra actriz. —Le mostré unas fotos en las que nos habían etiquetado—. Nos ha pillado.

Estuvimos cerca de media hora mirando las fotos. Habían publicado unas cuantas de los dos en la fiesta y un par de ellas en las que salíamos por separado por la puerta trasera del hotel. Por suerte, las habían hecho desde el interior y en ninguna se me veía subir al coche. Tampoco

bajarme en el portal de Roy. Desde ese ángulo, quedaba cubierta por el cuerpo de mi exmarido y daba la sensación de que él había llegado solo a casa.

—Vale, reina, no te han visto entrar —repetía Roy, frotándose la cara—. A ver cómo hacemos para que tampoco te vean salir.

Aunque no parábamos de darle vueltas, no se nos ocurría nada. Llevábamos demasiado alcohol en el cuerpo como para pensar.

—No sé cómo lo vamos a hacer —le dije, desesperada—. Es un edificio antiguo que solo tiene una puerta de entrada y salida. Ni siquiera tiene *parking*. Como no me vaya volando...

Roy me miró un instante antes de gritar:

—¡Eso es, Blan! —Agarró su móvil—. Voy a llamar a mi agente para que me reserve un vuelo. —Buscó su número entre los contactos y se fue a hablar a la cocina.

Arqueé las cejas. «Ha perdido la cabeza. Por mucho dinero que tenga, es imposible que un avión venga a recogerme a Malasaña». Me dejé caer en el sofá. Unos minutos más tarde, Roy regresó.

—Hay un vuelo a Santander que sale en un par de horas —me explicó—. Bajaré yo solo a la calle para que me hagan las fotos subiendo al coche. Luego pondré un par de *stories* desde el aeropuerto. Tú espera aquí hasta que veas que se han ido. Después, avísame y te mandaré a mi conductor para que te lleve a casa. Le pago mucho dinero para que sea discreto, puedes estar tranquila. —Se desabrochó la camisa camino de la habitación—. Voy a cambiarme y a preparar una maleta.

Tardé unos segundos en asimilarlo. La idea era buena, pero me sentía un poco culpable de que se tomara tantas molestias por mí. Roy no tenía pareja, si se montaba un escándalo, yo era la única que saldría perjudicada.

—¡¿Estás seguro?! —le grité desde el salón—. ¡¿Qué vas a hacer en Santander?!

—¡Aprovecharé para visitar a mis padres, que hace mucho que no los veo! —contestó desde el dormitorio.

—¡Déjame pagarte el vuelo al menos!

Soltó una carcajada monumental.

—Ni de coña, reina. —Se asomó al salón vestido con un pantalón de chándal mientras se ponía una sudadera—. Mañana, le mandaré a tu repre el guion. Léelo y tómate tu tiempo para meditarlo, pero, antes de decirme que no, recuerda que me debes una.

Y, tras guiñarme un ojo, volvió a la habitación para terminar de hacer la maleta.

Llegué a casa a las seis y media de la mañana, sin batería en el móvil y con los dedos cruzados para que Jorge no estuviera despierto. Aún no tenía la excusa preparada para justificar lo que había ocurrido esa noche. Además, la teoría de Roy me había hecho explotar la cabeza. Quería estar sola, tenía un montón de cosas en las que pensar.

Me quité los zapatos en la entrada y agucé el oído.

—Mierda —resoplé al escuchar la ducha en el piso de arriba.

Subí las escaleras y caminé de puntillas hasta mi vestidor. Con suerte, me daría tiempo a desnudarme y a meterme en la cama antes de que saliera del baño. Me moría de ganas por quitarme el maquillaje, pero, si quería darme prisa, eso tendría que esperar hasta que me levantase.

Puse el teléfono a cargar, desaté el lazo del cuello y dejé sobre el tocador la pulsera y los pendientes. Acababa de bajarme la cremallera cuando Jorge se asomó, abrochándose los pantalones.

—Buenos días, cielo.

—Buenos días —bostecé. Terminé de quitarme el mono y lo dejé sobre la silla—. Estoy agotada, me voy a dormir.

—Qué tarde ha acabado la fiesta —me soltó al pasar por su lado.

Estuve a punto de encogerme de hombros y contestarle que sí, pero con la cantidad de fotos que nos habían hecho esa noche, no tenía ningún sentido evitar el tema. Jorge iba a enterarse de todos modos, y mejor que fuera por mí.

—He estado con Roy. —Me giré hacia él, que alzó las cejas—. Va a dirigir una película en Los Ángeles y quiere que yo la protagonice.

—Supongo que le has dicho que no...

—Aún no le he dado una respuesta, pero creo que voy a hacerla. Por lo que me ha contado, es justo el personaje que necesito para relanzar mi carrera.

—¿¿Vas a hacer otra película con Roy?! —preguntó, enfadado—. ¡No me jodas! Creía que esto ya lo habíamos superado hacía mucho tiempo. —Movié la cabeza hacia ambos lados y se fue a la habitación dando zancadas. Lo seguí.

—¿No te das cuenta de que es una grandísima oportunidad? —traté de hacerle entender—. Aquí no voy a pasar de los papeles de señora, y siento que aún tengo mucho que...

—No me lo puedo creer. —Jorge levantó la vista al techo, con los brazos en jarras—. Te vas otra vez a Hollywood.

—Todavía no es definitivo. —Me acerqué a él y busqué sus ojos con los míos—. Le he dicho que tengo que pensarlo.

—Después de lo que te hizo, ¿¿aún te lo vas a pensar?! —resopló—. ¿De verdad no aprendiste nada de lo que pasó?

Me eché hacia atrás, descolocada con aquella pregunta. «¿Y si este es uno de esos momentos que se repiten una y otra vez?». En la anterior ocasión, me había arrepentido muchísimo de haber abandonado a Jorge para marcharme con Roy a Los Ángeles. Esa maldita decisión me dejó sin nada. Incluso estuve a punto de perderlo a él. Quizá había vuelto a suceder porque el universo intentaba enseñarme una lección.

—No te vayas, Blanca. —Se sentó en la cama y se frotó la cara con las manos—. Quédate, hazlo por mí. No puedo pasar de nuevo por todo eso.

Dudé. Veía claro que aquella película era una gran oportunidad para mi carrera, la que podría cambiarme la vida, pero tampoco quería renunciar a Jorge. «¿Y si esta vez tengo que quedarme?».

Mi marido me observaba, atento. Debía tomar una decisión.

—De acuerdo, le diré que no —claudiqué.

Se levantó de la cama y me abrazó con fuerza.

—Muchas gracias, cielo —susurró en mi oído.

Le acaricié el pelo, que todavía estaba húmedo. Jorge bajó las manos por mi espalda y me estrechó contra él. Apreté los ojos, incapaz de relajarme.

Reparé en que movía el brazo detrás de mí, como si mirase el reloj.

—Voy tarde. —Se separó de golpe y fue a coger una camisa del armario—. Me visto y me voy a currar. Recuerda que esta noche cenamos con Álvaro y con la gente del departamento.

Asentí. Me quedé quieta, de pie en medio de la habitación, contemplando cómo terminaba de vestirse. La cara de Jorge lucía una enorme sonrisa de felicidad, pero yo notaba la tensión en cada músculo de mi cuerpo. Tras ponerse los zapatos, me dio un beso rápido, cogió sus cosas y se marchó.

El portazo me hizo reaccionar. Caminé despacio hacia el baño y busqué los discos de algodón

para desmaquillarme. Me sentía muy rara. Si quería salvar mi matrimonio, quedarme era la mejor decisión; aun así, no me parecía haber hecho lo correcto.

Cuando me miré al espejo, me sorprendió verme tan afligida.

«¿Estás segura, Blanca, de que esta era la vida que tanto echabas de menos?».

## 11. GLORIA

Sábado, 20 de enero de 2018

MARTÍN

Me aburría muchísimo. Cada vez que quedábamos con los compañeros de Gloria me ocurría igual. Sentados en una de las terrazas de la calle Castaños, hacía rato que había desconectado de la conversación. Me entretenía observando a la gente que pasaba junto a nosotros. En especial, a los de las despedidas de soltero.

Había contado tres novios disfrazados de hawaiana; otros tres, de bebé gigante; un torero, un hada madrina y un par de enfermeras sexis que dejaban mucho que desear. Sobre todo la segunda, con esa barba poblada en la que se le enredaba la peluca rubia. El chaval me guiñó un ojo y puso morritos. Aparté la mirada. Me reí con un resoplido.

Agarré mi botellín. Traté de unirme a la charla sobre seguros de vida que mantenía a mi izquierda el de Recursos Humanos con la de Contabilidad. Apenas asentí un par de veces mientras reprimía un bostezo. Me giré hacia Gloria. Su jefe se inclinaba sobre ella y cuchicheaba en su oído. No tenía ni puta idea de qué le decía, pero mi mujer se tapó la boca y se echó a reír. Como siempre.

Esa noche habíamos dejado a la niña con mi hermano para salir a celebrar el cumpleaños de Javier. Los cuarenta y cinco lo habían pillado en pleno divorcio, pero no se lo veía muy afectado. Muy al contrario. Estaba encantado de la vida.

Se había tirado más de una hora contando sus rutinas de soltero: que si había empezado a levantarse a las seis para alinear sus chakras. Que si había dejado de comer hidratos y a duplicar las proteínas para ganar masa muscular. Que desde que iba al gimnasio, cuando andaba por la calle, notaba que se giraban a mirarlo...

Consulté mi móvil por enésima vez. Todavía eran poco más de las doce. Di un trago a mi cerveza sin alcohol y bloqueé la pantalla. Me habría tomado un copazo para aguantar aquel tostón, pero tenía que conducir. Había sido una mala idea coger el coche.

—¿Has empezado a escribir un libro nuevo? —me preguntó Javier—. Por lo que sé, las ventas del último no han ido nada bien.

No hacía ni dos días que mi editor me había llamado para darme esa información y solo se lo había contado a una persona. Miré a mi mujer, molesto. Gloria dejó su copa en la mesa.

—Voy un momento al baño —anunció, esquivando mi mirada. Agarró su bolso y se puso en pie.

—El próximo irá mejor —me animó Javier—. Nosotros hemos cerrado el año en números récord y me voy a tomar otro *gin tonic* para celebrarlo... Avisa al camarero, Glo. —Estiró de su falda para detenerla—. Martín, ¿tú quieres algo?

Negué con la cabeza. Gloria levantó el pulgar y se marchó hacia el *pub*, sorteando a la gente de las otras mesas. Su jefe la siguió con la mirada.

—Tu mujer está buenísima, cabrón —espetó, sin apartar la vista de ella—. Si la mía hubiera tenido ese cuerpo, no me habría divorciado nunca.

Me quedé tan alucinado que no supe cómo reaccionar. Javier se giró hacia mí y soltó una carcajada, como si acabara de decir algo muy gracioso.

Me eché hacia atrás, incómodo. Apreté los dientes para contener mis ganas de calzarle una

hostia. La estaba pidiendo a gritos. Podía dar gracias de que yo no fuera de los que pierden fácilmente el control.

—Mi mujer es fantástica. Soy un tío con mucha suerte —murmuré. Y volví a concentrarme en mi móvil, dando por zanjada la conversación.

Gloria volvió del baño unos quince minutos después. En cuanto se sentó a mi lado, me acerqué a susurrarle:

—¿Nos vamos a casa, chula? Me duele la cabeza.

—¿Ya? —preguntó mientras se acomodaba el bolso en el regazo.

—No me encuentro muy bien. —Me presioné con los dedos el puente de la nariz—. Quédate tú si quieres.

—No, me voy contigo.

Nos levantamos a la vez. Sus compañeros dejaron de hablar para mirarnos.

—¿Ya os vais? —Javier se puso en pie—. ¡Pero si es mi cumple!

—Otra vez será —se disculpó Gloria, encogiéndose de hombros.

La tomó de la cintura para darle dos besos.

—Ah... ya lo entiendo. Que no está la niña y vais a aprovechar —afirmó él con una sonrisilla al retirarse—. Pues, nada, chicos, a ver si le dais un hermanito.

Lo miré con cara de póker. Gloria le dio un manotazo en el hombro y se echó a reír. Nos despedimos de los demás y nos marchamos diciendo adiós con la mano.

—Qué rabia habernos ido tan pronto, lo estaba pasando muy bien —se lamentó Gloria en el coche, abrochándose el cinturón—. Bueno, así madrugo mañana y pruebo lo de la meditación. Dice Javier que le va genial, que desde que hace esa media horita por las mañanas afronta el día de otro modo.

Bajé la ventanilla e introduje el ticket del *parking* en la ranura. Se levantó la barrera y aceleré para salir. Mi mujer no paraba de hablar. Las dos copas le habían soltado la lengua.

—Podríamos meditar juntos, chulo. Últimamente, estás muy estresado. —Me acarició el muslo—. O escaparnos un fin de semana... ¡A Lanzarote! Javier ha pasado las vacaciones allí y dice que hay unas playas impresionantes. ¿No has visto lo moreno que está? Me da tanta envidia... —Soltó otra de aquellas risitas—. Entre el corte de pelo y la ropa nueva, parece que tiene diez años menos. Hay que reconocer que esos vaqueros le quedan muy...

—¿Todavía te atrae? —la corté.

—¿Qué?

—Qué si aún sientes algo por ese gilipollas.

Se giró hacia mí, boquiabierto:

—No lo dices en serio, ¿verdad?

Fruncí los labios y miré al frente. Estaba de muy mala leche. Era mejor que me callase o me arrepentiría.

Gloria seguía observándome.

—¡Me parece increíble que me vengas con esas! —se quejó—. Precisamente tú, que llevas toda la vida enamorado de Blanca.

—Eso no es verdad —mentí.

—¡Por Dios, Martín! ¡¿Cómo no va a ser verdad?! ¿Es que tú no te das cuenta de cómo la miras? —Estiró los brazos—. Cuando está cerca, se te ilumina la cara.

El semáforo se puso en rojo y detuve el coche. Moví la pierna con nerviosismo. Ya había salido el nombre de Blanca. Hacía mucho tiempo que no discutíamos por ella. Parecía que la racha se había acabado.

—No sé qué cojones tiene que ver Blanca con esto —murmuré.

—Pues... ¡todo! ¡Tiene que ver todo! —se le quebró la voz en un grito—. ¡Estoy harta de ser la otra en mi propio matrimonio!

La luz cambió a verde y pisé el acelerador. Tenía prisa por llegar y salir del coche. Empezaba a resultarme claustrofóbico.

—¿Cuántos años llevamos juntos, Martín? ¿Diez? —Gloria contó con los dedos—. Once y medio, casi doce. Doce putos años y una hija, pero la gente sigue hablando de ti y de Blanca como si nunca hubieras estado con nadie más... ¡¿Y tú me vienes ahora con lo de Javier?! —Bufó con una risa histérica—. ¡Que no pasó nada! ¡Que jamás ha pasado nada, no sé cómo te lo tengo que decir! Y no, no me voy a sentir mal porque me den un poquito de coba. A mí también me gusta que me miren así...

—¿Que te miren, cómo? ¡¿Como tú lo miras a él?! —exploté—. ¡Por Dios! Si se te pone la risita de quinceañera con cada gilipollez que dice. ¡El tío debe sentirse una estrella del humor!

—Para aquí. —Se quitó el cinturón.

—No puedo parar, estamos en medio de la calzada.

—¡Que pares, te he dicho! —chilló y tiró de la manija de la puerta.

Tuve que frenar en seco. Estaba a punto de saltar en marcha. El coche de atrás dio un volantazo brusco para evitarnos. El conductor maldijo al pasar a nuestro lado. Levanté una mano por la ventanilla en señal de disculpa.

Me volví hacia Gloria. Se había bajado y me miraba desde la puerta.

—Lo siento, chula. Me he pasado, perdóname. —Me froté la frente, arrepentido—. Venga, sube, por favor.

—No me esperes despierto. —Cerró de un portazo.

—Su puta madre. —Resoplé, llevándome las manos a la cara.

Los vehículos a nuestra espalda empezaron a pitar. Gloria corrió hasta la acera. Sin pensarlo, aparqué junto al bordillo y fui detrás.

—¡Gloria, espera! —grité. Apunté con el mando al coche para cerrarlo.

Al ver que la seguía, apretó el paso. La alcancé en unas cuantas zancadas. Con esos tacones, era imposible huir.

—Déjame. —Me apartó con la mano cuando llegué a su altura.

—No voy a dejarte sola a estas horas.

Estábamos a un par de manzanas de la zona de los bares, pero esa calle estaba mal iluminada y no me hacía ninguna gracia que se topara con algún borracho.

—Hay gente, y ya soy mayorcita. —Gloria cruzó los brazos y caminó con rapidez.

—Venga, chula, por favor. Hablamos en casa, más calmados.

—Me voy con mis compañeros —contestó sin mirarme.

—¡¿Por qué eres tan cabezota?! —

—¡¿Cabezota?! —Gloria se detuvo en seco—. ¡Lo que estoy es harta! Harta de hablar y de hablar, de buscar soluciones, de intentarlo de nuevo, una y otra vez... ¡¿Y para qué, si siempre acabamos igual?! ¡¿No te das cuenta de que lo nuestro no funciona?! —

Bajé la mirada y resoplé. Claro que me daba cuenta. Yo también me lo planteaba desde hacía tiempo. Por mucho que lo intentásemos, siempre terminábamos en ese mismo punto. Era irremediable. Como si nuestra relación fuera imposible de cambiar.

—Nos empeñamos en seguir adelante, pero esto no va a ningún lado. —Negó con la cabeza—. No tiene ningún sentido.

La observé en silencio. Había vuelto a cruzar los brazos y se removía, incómoda, cambiando el

peso de su cuerpo de un pie al otro. Como si buscara la manera de escapar.

Fruncí los labios. Dudé un poco antes de preguntarle:

—¿Y qué quieres hacer?

—No lo sé, necesito pensar. —Se pasó la mano por el pelo y dejó escapar un largo suspiro—. Es el cumpleaños de Javier, me vuelvo al *pub*. Quiero despejarme un rato.

Escuché el eco de sus tacones mientras se alejaba. Al llegar al final de la calle, cruzó corriendo el semáforo hacia la avenida principal. Enseguida se perdió entre la gente.

Desalentado, me di media vuelta para regresar a casa.

La mañana siguiente me desperté de un salto con el sonido del WhatsApp. Me había quedado dormido con el teléfono en la mano por si me llamaba mi mujer. Apenas había pegado ojo, pendiente de cada ruido en el rellano. Ni siquiera estaba seguro de que se hubiera llevado las llaves.

Un segundo pitido me acabó de despejar. Me restregué los ojos y me incorporé en la cama. Pulsé sobre la notificación.

**Chula**

No voy a ir a comer.

Recoge tú a Blanca.

Miré la hora. Eran casi las diez. Habíamos quedado a las dos con Eloy y Rober para ir juntos a casa de mis padres. Aún tenía, al menos, tres horas para solucionar la bronca de la noche anterior.

**Yo**

Siento lo que te dije anoche.

Mándame tu ubicación y voy a buscarte.

Se tiró escribiendo un buen rato, pero su mensaje no acababa de llegar. Insistí, impaciente.

**Yo**

Vamos a hablar, chula.

Dime dónde te recojo.

Esa vez, su respuesta no tardó en aparecer.

**Chula**

No.

Te dije que necesito pensar.

Y volvió a desconectarse.

Agobiado, me pasé la mano por el pelo. Mi mujer había pasado la noche fuera y no tenía ni idea de con quién. Me temí lo peor.

No quería pensar mal, pero, entre el enfado y las copas, no resultaría extraño que se hubiese despertado en la cama de su jefe. Se me revolvió el estómago. Apreté los ojos. Traté de desterrar aquella imagen.

—Dale un voto de confianza —murmuré—. Gloria no te haría algo así.

Me fui directo a la ducha. Esperaba que el ruido del agua acallase sus risas en mi cabeza.

Sobre las once y cuarto, llamé al timbre en casa de Rober. Mi hermano me abrió la puerta en pijama y sin afeitarse.

—¿No habíamos quedado a las dos? —preguntó, sorprendido. Me dio un beso en la mejilla y se asomó al rellano—. ¿Y Gloria?

—No viene.

—¿Habéis discutido?

Asentí con la cabeza porque no sabía ni cómo empezar. Rober suspiró.

—Anda, pasa y me cuentas. —Rodeó mis hombros con su brazo—. Eloy ha bajado con Blanquita a por cruasanes y en esa panadería siempre hay cola. Tardarán un rato en volver.

Fuimos directos a la cocina. Mientras Rober preparaba el café, le expliqué la bronca que habíamos tenido en el coche, su decisión de volver al *pub* y los mensajes que había recibido por la mañana. Mi hermano escuchaba en silencio, sin interrumpir. Cuando terminé, llenó las dos tazas y las llevó a la mesa.

—En el fondo, la comprendo. —Se sentó enfrente de mí—. No debe ser nada fácil haber vivido doce años como la suplente.

—No empieces tú también con que aún estoy enamorado de Blanca.

Se encogió de hombros y sonrió de medio lado. No le hacía falta responder. Su cara lo decía todo.

Crucé los brazos y me eché hacia atrás. Lo observé echarse el azúcar.

—¿Crees que Gloria me va a pedir que nos divorciemos? —pregunté, nervioso.

—No lo sé. Quizá sea lo mejor para los dos.

—No, no voy a divorciarme por eso, no estamos tan mal. —Moví la cabeza—. Yo a Gloria la quiero mucho...

—Yo también quería mucho a Ana... —Cerró el azucarero y lo empujó hacia mí—. Pero no era Eloy.

Chasquéé la lengua. Mi hermano era un abogado cojonudo. Capaz de desarmarme con una sola frase.

—De todos modos —continué—, en el hipotético caso de que aún sintiese algo por Blanca, ¿qué importa? No tengo ninguna oportunidad. Está casada, y es feliz con su marido.

—A lo mejor no les va tan bien como tú te crees.

—¿Qué quieres decir?

Escuchamos el ruido de las llaves en la cerradura y la voz de Eloy, que anunciaba que ya estaban en casa. Mi hija entró en la cocina masticando, con la camiseta llena de migas.

—¡Papi! —Corrió hacia mí—. Hemos comprado muchos *cruasán*.

Eloy se asomó tras ella, divertido.

—Se ha comido dos por el camino porque no podía esperar.

Ella se tapó la boca y se partió de risa.

—Pues si la princesa ya ha desayunado, ¡nos vamos a la ducha! —Rober cogió a mi hija y la

cargó sobre su hombro.

Desaparecieron por el pasillo, riéndose. Eloy cogió una taza del armario y se sentó junto a mí.

—¿Un cruasancito, cuñado? —me ofreció, acercándome el paquete.

Negué con la cabeza. Rober tenía razón. Yo era más de palmeras de chocolate.

Pasamos el día en el pueblo con mis padres. Para justificar su ausencia, me inventé que Gloria había pasado una mala noche y no se encontraba bien. Mi madre torció el gesto con incredulidad, pero se contuvo de preguntar nada más delante de la niña.

Pasé las horas pendiente del móvil, sin noticias de mi mujer. Esperaba encontrármela al regresar. Cuando abrí la puerta, nos recibió la casa vacía.

—¿Dónde está mamá? —me preguntó mi hija, tan sorprendida como yo.

—Está... trabajando —improvisé—. Vendrá más tarde, pero ya estarás dormida.

Arrugó la nariz, algo molesta. Por suerte, acababa de cumplir cuatro años y no se cuestionó por qué su madre trabajaba un domingo.

—¿Puedo ver la tele? —preguntó.

—Solo un ratito. Luego a bañarse y a dormir.

Apareció en su cara esa sonrisa suya en la que le faltaba un diente, y corrió hacia el salón. Le puse unos dibujos en Netflix. Guardé en el frigorífico el túper de paella que mi madre me había dado para Gloria.

Mientras se llenaba la bañera, le escribí.

**Yo**  
¿Dónde estás?

La nena pregunta por ti y no sé qué decirle.

Leyó el mensaje, pero no me contestó. Enseguida se volvió a desconectar.

Inspiré hondo y exhalé despacio, mirando al techo. Era obvio que mi relación con Gloria no funcionaba y empezaba a dudar de si llegaría a hacerlo alguna vez. Yo también estaba muy cansado de intentarlo. Tal vez, como decía Rober, lo mejor fuera separarnos.

Después de acostar a mi hija, me fui a mi estudio a trabajar en la nueva novela. Hacía como un mes, poco antes de Navidad, Blanca me había dado una idea sobre una pandemia mundial causada por un virus respiratorio de origen chino. A mí me parecía que ese tema estaba bastante trillado, pero ella insistía en que la gente necesitaba saber más para estar prevenida. No quise preguntar. Me había contado muchos detalles, algunos demasiado concretos, de cómo se propagaría el virus por el mundo y la reacción de los gobiernos al aumentar los casos de manera exponencial.

Elegí una *playlist* en Spotify. Me coloqué los auriculares y empezó a sonar *Otherside*, de Red Hot Chilli Peppers. Abrí mi portátil para buscar qué aspecto presentaba un pangolín. Blanca me había dicho que era como un murciélago, pero tampoco lo tenía muy claro.

Mi móvil vibró un par de veces en la mesa.

**Chula**  
No duermo en casa.

Mañana llevaré a la nena al cole y luego hablaremos.

No había terminado de ver los mensajes, cuando recibí un tercero.

**Chula**

Quiero el divorcio.

Lo leí un par de veces, incapaz de reaccionar. Llevaba todo el día sopesando aquella posibilidad, pero me impactó que ella ya estuviera tan segura.

Me cubrí la cara con las manos. No sabía cómo habíamos llegado a esa situación. Hacía menos de veinticuatro horas que habíamos salido a tomar unas copas, como una pareja normal. Volvió a mi mente la imagen de Gloria con Javier. Apreté los ojos con fuerza.

—¿Papi? —escuché a mi espalda, y me sobresalté.

Mi hija me observaba desde la puerta y parecía asustada. Me froté la cara e intenté sonreír.

—¿No puedes dormir, cariño? —pregunté, quitándome los auriculares.

La ayudé a subirse a la silla y se acurrucó en mi pecho. Le acaricié el pelo muy despacio mientras la abrazaba.

—¿Has tenido una pesadilla? —susurré en su oído. Blanca asintió, aferrándose a mí con más fuerza—. Ya somos dos, mi vida. —Suspiré.

Nos quedamos en silencio. Pegados el uno al otro para calmar nuestros propios fantasmas. Mi corazón latía acelerado. Gloria me había pedido el divorcio y no quería ni pensar en lo que estaba por venir. Cerré los ojos. Noté que empezaba a temblar.

—Duerme conmigo, papi —me pidió Blanca con un hilo de voz—. Tengo mucho miedo.

No pude decirle que no. Me puse en pie con ella en brazos. Apagué la luz del flexo y nos fuimos a la cama.

Gloria llegó por la mañana, justo cuando terminaba de peinar a la niña. Al oír las llaves, se zafó de mis manos y salió disparada hacia la puerta. Apagué la luz y la seguí.

—¡Mamá! —gritó, recorriendo el pasillo a toda velocidad.

Mi mujer se agachó para abrazarla.

—¡Hola, tesoro! —le dijo, y le cubrió la cara de besos.

La observé parado a cierta distancia. Iba vestida con unos vaqueros y un jersey ajustado de cuello alto. No parecían de Javier. Me pregunté de dónde los habría sacado.

Gloria levantó la mirada hacia mí.

—Ve a por las cosas, que nos vamos al cole. —Le dio unas palmaditas en la espalda y la niña se marchó a su habitación.

—¿Cómo estás? —la saludé una vez que nos quedamos solos.

—Bien —contestó, poniéndose en pie. Como si me leyera la mente, añadió—: La ropa es de una amiga del trabajo. He dormido las dos noches en su casa.

Apreté los labios, sintiéndome culpable por haber dudado. Al final, parecía que no había pasado nada entre ella y Javier.

—Perdóname, chula. —Me rasqué la nuca—. No tendría que haber saltado de ese modo.

—Era inevitable. —Se encogió de hombros—. Tarde o temprano tenía que ocurrir.

Blanca regresó arrastrando la mochila y el abrigo. Mi mujer lo sacudió un par de veces con la mano antes de ponérselo.

—Vuelvo enseguida —dijo al salir al rellano—. He pedido el día libre para que podamos hablar

con tranquilidad.

Asentí con la cabeza y me despedí de la niña. Dudé si darle otro beso a Gloria, pero se dio media vuelta y entró en el ascensor con rapidez.

Al cerrar la puerta, me di cuenta de que aquello era real.

Mi matrimonio se había roto. Gloria y yo íbamos a divorciarnos.

Esa noche, en casa de Rober, apenas conseguí dormir. Había sido un día interminable. Me sentía agotado después de tanta tensión, pero mi mente se negaba a descansar. Volvía una y otra vez a la conversación con Gloria. Como si le costara entender que se hubiese acabado.

Durante más de seis horas, no habíamos parado de hablar. Gloria esgrimía los mismos argumentos del sábado por la noche, aunque en un tono mucho más calmado. Repetía que lo nuestro no funcionaba, que no quería ser la segunda opción, que necesitaba a alguien que estuviera loco por ella...

—Alguien como Javier —le había contestado yo, con los brazos cruzados.

—Nunca te he engañado, Martín. Te lo juro por nuestra hija —había afirmado ella, mirándome a los ojos—. Hasta ahora, jamás ha pasado nada con Javier, pero... quiero que pase. Me he dado cuenta de lo que siento por él.

Su revelación me había caído como un jarro de agua fría, no lo podía negar. Sin embargo, en cierto modo, me ayudaba a mitigar la culpa, porque cambiaba las cosas. Para ella también había alguien más. No habíamos roto solo a causa de Blanca.

Di un par de vueltas en la cama, hasta que decidí levantarme. Agarré mi móvil y me fui a la cocina, procurando no despertar a mi hermano y a Eloy, que dormían al final del pasillo.

Habíamos pactado compartir la custodia. Como la casa era mía, Gloria iba a buscar un piso de alquiler en nuestro barrio. Mientras lo encontraba, Rober me había ofrecido quedarme con ellos el tiempo que necesitase.

Cerré la puerta, con cuidado de no hacer ruido, y me preparé un café. En mi cabeza rondaba una pregunta. Solo una persona podía contestarme.

Blanca se había empeñado mil veces en que lo arreglase con Gloria. No entendía por qué. Necesitaba saber qué era aquello que había visto y nunca me había querido contar.

Eran las siete de la mañana, con suerte estaría despierta. Entré en WhatsApp y comprobé su última hora de conexión. Hacía menos de diez minutos.

**Yo**  
Voy a divorciarme.

Lo leyó de inmediato. Enseguida me llamó.

—Hola, preciosa —la saludé en un susurro.

—¿Estás bien, Martín? —preguntó, preocupada—. ¿Qué ha pasado?

Por un segundo, dudé si contarle la verdad u omitir los detalles que la involucraban. No quería que se sintiera responsable. Preferí ser sincero.

Al terminar, se quedó callada unos segundos y suspiró.

—Lo siento mucho, Martín.

Me levanté de la mesa y me asomé a la galería. Aún era de noche, pero ya se veían luces encendidas en algunas ventanas.

—¿Esto no pasó en tu futuro?

—No... —titubeó—. En realidad, no lo sé. Solo os vi una vez, en una librería... A los tres.

Y, en ese preciso instante, lo entendí.

—Sabías lo de mi hija. Tu empeño en que estuviera con Gloria era por ella, ¿verdad? — confirmé. Blanca asintió al otro lado—. ¿Por qué no me lo contaste nunca?

—Porque no sabía si volvería a ocurrir así... —se justificó—. ¿Y si no hubiera pasado? ¿Y si Gloria no se hubiera quedado embarazada? ¿O si hubiera sido un niño? Que haya viajado en el tiempo no significa que pueda controlarlo todo. Ya sabes lo que estuvo a punto de pasar con David.

—Pero ¿era ella? —Contuve la respiración—. La niña que viste..., ¿era mi hija?

—Era exactamente igual. —Por el tono de su voz, intuí que sonreía—. Y también se llamaba Blanca.

Me eché a reír, aliviado. Al otro lado de la línea, sonó el timbre del interfono.

—Lo siento, cariño, te tengo que dejar —se disculpó Blanca—. El auxiliar de producción acaba de llegar para llevarme al rodaje. —Cerró de un portazo y escuché sus pisadas al bajar las escaleras—. Un beso enorme, Martín, ¡y mucho ánimo! Llámame para cualquier cosa que necesites.

Acababa de colgar cuando Rober entró en la cocina.

—Buenos días, chaval. —Me revolvió el pelo—. ¿Todo bien? Te noto contento.

Me encogí de hombros y sonreí. Me volví a asomar a la galería.

Detrás de los edificios, comenzaba a amanecer.

## 12. UN ASTROFÍSICO

Sábado, 30 de junio de 2018

BLANCA

—¿Vosotras sabéis qué es un astrofísico? —Vega agarró la copa de vino y se echó hacia atrás para que el camarero retirase su plato.

—¿Un astrofísico no es el que tira las cartas? —pregunté, enarcando una ceja—. ¡Espera, no! —Extendí la mano al darme cuenta de que había dicho una gilipollez—. Eso es un *astrono... astrolo...* —Se me trabó la lengua—. *Astrogo...*

—Astrólogo —contestó Sofía, que era la que menos había bebido de las tres.

—*Astrógolo... lógolo... astrogógolo...* —traté de repetir. Apoyé mi copa en la mesa y suspiré—. Vale, es oficial. Voy pedo.

El camarero recogió mi plato y se marchó, conteniendo la risa.

Mis amigas y yo terminábamos de comer en un restaurante del centro. La tarde anterior había llegado a Alicante de vacaciones indefinidas. Hacía una semana que había terminado el rodaje de la última temporada y no estaba previsto que grabásemos ninguna más. Los guionistas habían cerrado las tramas de la serie en un emotivo capítulo final, en el que, después de perderlo todo, mi personaje descubría que estaba embarazada del chico que acababa de conocer.

Me había dado muchísima pena despedirme de mis compañeras actrices y del equipo. Los iba a echar de menos: hacía cinco años que formábamos una gran familia en la que nos entendíamos muy bien. Tenía ganas de hacer otros proyectos; sin embargo, ninguna de las propuestas que me enviaba Elia acababan de convencerme. Desde que Roy me había ofrecido protagonizar su película en Los Ángeles, nada estaba a la altura. Me había costado muchísimo decirle que no, pero, si quería conservar mi matrimonio, no me quedaba otra opción.

—En serio, chicas —insistió Vega—, ¿qué cojones es un astrofísico?

—¿Por qué lo preguntas? —cuestionó Sofía, suspicaz.

—Porque Ainhoa me ha dicho que, de mayor, quiere ser astrofísica, y yo le he contestado: «Muy bien, cariño», aunque no tenga ni puta idea de lo que quiere decir.

—Un astrofísico es un científico que aplica los métodos de la física para entender cómo funcionan los cuerpos celestes y los fenómenos del universo. —Sofía se cruzó de brazos—. Qué fuerte, la mía quiere ser profesora de yoga.

—Por lo menos no quiere ser *astrogógola* —la animé con unas palmaditas en la espalda.

—Lo que quiero decir es que Sofi siempre quiso ser astrofísica en la otra dimensión, pero ahora... —Fijó los ojos en Vega—. Tía, tenemos que decírselo a David.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que mi marido piense que estoy trastornada. —Vega se terminó el culín que le quedaba en la copa y me la acercó para que le echase un poco más.

—Pero ¿no te das cuenta de que les estamos ocultando una movida muy grande? —insistió Sofía—. David tiene derecho a saber que...

—No.

Vega agitó la copa vacía, metiéndome prisa. Cogí la botella y le serví un poco más. Luego le ofrecí a mi otra amiga, que negó con la cabeza.

—Yo sigo dándole vueltas a lo de la peli de Roy. —Rellené mi copa y cambié de tema para aligerar la tensión—. ¿Vosotras creéis que me he equivocado al decirle que...?

—Tu marido también es el padre de mis hijas —me interrumpió Sofía, con la mirada fija en Vega.

—No vayas por ahí —le advirtió ella.

Sofía se pasó las manos por el pelo y exhaló con desesperación.

—No entiendo por qué te cierras tanto —murmuró—. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—¿Que no nos crea? —Vega resopló, nerviosa, y empezó a enrollar su servilleta, haciendo una especie de cilindro—. O, peor aún, ¿que nos crea y se dé cuenta de que lo hemos engañado durante años? —Apretó la servilleta con la mano y se giró hacia un lateral—. No, no me voy a arriesgar a que todo se vaya a la mierda. David es lo mejor que me ha pasado nunca.

—¿Y no se merece que le digamos la verdad? —respondió Sofía—. ¿Qué tipo de confianza tienes con él si no puedes contarle tu mayor secreto?

Bebí, alternando la mirada de una a otra, como si estuviera en un partido de *ping-pong*.

—¿Y si me pide el divorcio? ¿O si nos distanciamos tanto que se busca una amante? —Vega se pasó la mano por la frente—. Ya os ocurrió en la otra dimensión, cuando se lio con aquella madre del colegio.

—Eso estuvo fatal y no voy a justificarlo —dijo Sofía—, pero, créeme, los últimos años de nuestro matrimonio no tenían nada que ver con lo que hay entre vosotros.

—Bueno, no voy a arriesgarme. —Volvió a echarse hacia atrás en la silla.

—Que me pasara a mí no quiere decir que David vaya a hacerte lo mismo —insistió Sofía, pero Vega se limitó a encogerse de hombros—. No te reconozco, ¿desde cuándo te has vuelto tan insegura?

—Desde que queda menos de un año para que llegue la noche de la tormenta y no tengo ni puta idea de lo que va a ocurrir —dijo de carrerilla, como si llevara un rato conteniéndose—. Si ese es el tiempo que tenemos, quiero disfrutarlo con mi familia. No voy a decir nada que pueda poner en peligro mi relación.

Nos quedamos calladas mirando el mantel. Supuse que las tres pensábamos en lo que podría suceder después de aquella noche. Las opciones iban desde volver a despertarnos en los años noventa hasta regresar al futuro en la otra dimensión. Sin contar con otras nuevas que no hubiésemos valorado todavía, como que nos cayera un rayo y saltásemos por los aires o que todo hubiera sido un sueño, como en *Los Serrano*...

—¿Y tú, qué decías de la peli de Roy? —me preguntó Vega, desviando la conversación de un modo más que evidente—. ¿No le habías dicho ya que no te ibas a Los Ángeles?

—Sí, porque me lo pidió Jorge —afirmé—, aunque no paro de darle vueltas a que creo que me he equivoca...

—Sí, te has equivocado. —Sofía se cruzó de brazos—. Perdona que sea tan directa, pero llevas años quejándote de que nunca te ofrecen un buen papel y, cuando te dan la oportunidad, tú vas y la rechazas.

—Ya, bueno, entiéndeme... —intenté justificarme—. Me pasa como a Vega, yo tampoco quiero poner en peligro mi matrimonio. Ya está todo bastante raro con Jorge desde que le confesé que no quería que tuviésemos hijos. —Bebí un poco más de vino—. Pero, cuando me acuerdo de que yo lo animé a irse a Connecticut, me duele que él no haga lo mismo por mí.

—Tu marido está siendo muy egoísta —apuntó Vega.

—Ya... —suspiré—. Últimamente, no paro de pensar en que Martín nunca me habría pedido algo así.

Mis amigas se miraron. Vega estaba a punto de hablar, pero el camarero llegó con los postres. Cogí una cucharita y partí un pedacito de tarta.

—Tengo la sensación de que Jorge y yo hemos vuelto al mismo punto y no encuentro la manera de salir de ahí —continué—. Haga lo que haga, no puedo cambiarlo yo sola.

Y no sabía si eran las dos botellas de Rioja o la necesidad de desahogarme después de haberlo rumiado durante mucho tiempo, pero, como si hubiera abierto un grifo, empecé a analizar lo que fallaba en mi matrimonio y a compararlo con los nueve años que había estado con Martín.

Mis amigas me escucharon con paciencia. Incluso después de repetirles unas trescientas veces que mi relación con Jorge no era mala, pero que no sentía que me quisiera como a mí me gustaría...

—... porque no te quiere como lo hacía Martín —terminó la frase Sofía, y las dos sonrieron.

—Blanqui, me parece acojonante que, teniéndolo tan claro como lo tienes, te cueste tantísimo darte cuenta —dijo Vega.

—Es verdad —la apoyó Sofía—. No haces más que dar vueltas a las cosas para llegar a la misma conclusión.

—¿Y qué conclusión es esa? —pregunté. Sofía enarcó una ceja para evitar responder—. No, no, no. —Moví la cabeza al entender a lo que se refería—. No puedo dejar otra vez a Jorge.

—¿Por qué? Tú misma nos has contado que no estáis bien. —Sofía me tomó la mano—. Lleváis seis años casados, más los doce de la otra dimensión, eso hacen un total de dieciocho... Sin contar el tiempo que os veáis a escondidas mientras aún no te habías divorciado de Roy. —Quise soltarme, pero me apretó la mano con fuerza—. En serio, Blanca, después de veinte años, ¿qué más necesitas para aceptar que lo vuestro no va a funcionar?

Me volví hacia Vega, buscando apoyo, pero mi amiga se echó hacia atrás.

—Opino igual que Sofi. —Encogió los hombros—. En el fondo, tienes muy claro que te encantaría volver con Martín, pero te empeñas en ignorar las señales.

—¿Qué señales? —pregunté.

—¿No te parece una señal que Martín se haya separado en esta dimensión? —Vega resopló, exasperada—. Es como si el universo te lo hubiera puesto en bandeja.

—Pero también se separó en la otra —añadió Sofía, extrañada.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté—. Si no teníamos contacto con él.

—David y yo nos lo encontramos una vez por la calle, poco antes de la tormenta —explicó Sofía—. Es verdad que no eran tan amigos como ahora, pero tenían buena relación. Estuvimos hablando un rato con Martín; tenía muy mala cara y nos contó que venía de firmar los papeles del divorcio.

Al escucharla, me quedé helada. Llevaba años convencida de que él no era para mí porque su futuro estaba junto a Gloria, pero eso lo cambiaba todo. A lo mejor, Roy tenía razón. Miré a mis amigas:

—¿Sabéis esas veces que las cosas se repiten de la misma forma aunque lo intentemos evitar? —les pregunté—. Creo que es porque el universo trata de enseñarnos algo.

—¿Qué quieres decir? —Vega se echó hacia delante, prestándome atención.

Les expliqué la teoría que me había contado mi exmarido poco antes de Navidad, por la que, en la vida, se te presentaban las mismas situaciones, una y otra vez, hasta que aprendías la lección. Dudé si contarles que Roy era también un viajero del tiempo como nosotras, pero decidí que era mejor omitirlo. Harían demasiadas preguntas y me reprocharían que no se lo hubiera dicho cuando me enteré.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Sofía.

—Por Carl Jung. Encontré una frase suya en Instagram y seguí investigando hasta llegar a esa conclusión.

—¡Hostia, pues tiene todo el sentido del mundo! —exclamó Vega, que se había quedado boquiabierta—. Mejor me lo pones, Blanqui. Con Jorge te ha vuelto a pasar lo mismo, así que está claro que por ahí no es.

—¿Crees que debería dejar a mi marido y volver con Martín? —pregunté mientras una oleada de nervios me subía por el estómago.

—¡Claro que sí, tienes que decírselo cuanto antes! —Entusiasmada, Vega abrió el bolso y sacó su teléfono—. Creo que han quedado esta tarde para ver el partido, voy a preguntarle a David dónde van a...

—Chicas, relajaos un poco, que se os está yendo la olla. —Sofía movió los brazos para llamar nuestra atención—. Antes de hacer algo así, hay que tener muy claras las cosas. Con unos cuantos vinos, no es el mejor momento para tomar una decisión que va a ponerlo todo patas arriba.

—Tienes razón. —Vega soltó el móvil y volvió a meterlo en el bolso—. Hay que esperar a que se nos pase el pedo. Pero, Blanqui, está tan claro... ¡Hasta el universo te está diciendo: «Amiga, date cuenta»!

Me reí. Aunque le prometí a Sofía que esperaría a que se me pasara la borrachera, ya había tomado una decisión. Las cosas con Jorge no iban a funcionar nunca, por mucho que me empeñase. Era imposible salvar una relación que estaba destinada a fracasar.

Llevaba muchos años pensando que, en la otra dimensión, lo había dejado por un estúpido arrebatado, pero, tras pasar otra vez por lo mismo, me había dado cuenta de que no era así. Mi relación con Jorge nunca había sido maravillosa, como me había empeñado en creer, solo la que más me había durado... hasta que viajé en el tiempo.

Había sido Martín quien había curado mis heridas y me había enseñado a confiar. Con el que había aprendido a resolver los problemas en vez de salir corriendo; con quien podía ser yo misma, mostrarme tal y como me sentía en cada situación, y que, aun así, no dejara de quererme. Porque nunca nadie me había querido como él. Después de tantos años, por fin, lo veía claro.

—¿Pedimos la cuenta y nos vamos a tomar una copa? —pregunté.

Como un resorte, Vega levantó la mano y le hizo una seña al camarero. Sofía negó con la cabeza.

—Lo siento, chicas, id vosotras. Voy a llevar a las gemelas al cine. La semana pasada estrenaron una peli de dibujos que a Sofi le gustó muchísimo en la otra dimensión.

—¿Es la del espacio? —preguntó Vega, distraída, mientras revisaba el *ticket* que acababan de traer—. El miércoles fue a verla Ainhoa y le encan... —No terminó la frase. Señaló la cuenta y carraspeó un par de veces—. Salimos a treinta y uno con diecinueve cada una. Treinta y cinco con la propina.

Sofía asintió y dejó el dinero en el platito. Vega y yo hicimos lo mismo.

Al salir del restaurante, nos despedimos de Sofía con un abrazo.

—No hagas locuras, Blanca, por favor —me pidió antes de irse—. Espérate, al menos hasta mañana, antes de decirles nada.

—¡Señor, sí, señor! —contesté haciendo el saludo militar. Mi amiga sacudió la cabeza y se rio.

—¡Pasadlo bien y no bebáis mucho! —Agitó la mano y se alejó calle abajo.

Le mandamos besos hasta que la perdimos de vista.

—¿Unos *gin tonics*? —Vega me pasó un brazo por los hombros—. Conozco un sitio nuevo aquí cerca que te va a encantar.

### 13. CUATRO GIN TONICS Y TODO SU AMOR

Sábado, 30 de junio de 2018

MARTÍN

El *pub* irlandés de la Rambla estaba medio vacío. Había quedado con David para ver el Mundial. Además de nosotros, y de un par de chavales al otro lado de la barra, solo dos o tres mesas estaban ocupadas. Casi todas por turistas ingleses que seguían el fútbol en la pantalla gigante. Supuse que, tras la vorágine de Las Hogueras, la gente estaba agotada de tantos días de fiesta. O, a lo mejor, todavía era temprano. No debían ser ni las diez.

—Te está mirando la camarera. —David dio un trago a su cerveza.

—No empieces —resoplé.

—Que sí, hostia, que no te ha quitado el ojo de encima desde que hemos entrado.

Bebí y lo ignoré, concentrado en el partido. No hacía ni cuatro meses que me había divorciado y mi amigo estaba obsesionado con que encontrase a alguien.

—Ahí la tienes otra vez —insistió—. Y está tremenda. Tú verás.

—Joder, macho, eres peor que mi madre.

La señaló con la cabeza y me giré hacia ella. A unos tres metros, tras la barra, nos contemplaba secando unos vasos.

Debía tener más o menos nuestra edad y era muy atractiva. De esas mujeres a las que resultaba imposible no mirar. Su melena rizada era del mismo rojo intenso que sus labios y llevaba un arito de plata en la aleta izquierda de la nariz. Un enorme tatuaje le recorría el brazo derecho. Rosas cubiertas de espinas. Subían por el codo hasta el hombro, serpenteaban por su clavícula y descendían otra vez hacia el ombligo... O eso parecía insinuarse bajo los tirantes de su camiseta.

Cruzamos la mirada y sonrió. Respondí con otra sonrisa.

—Voy al servicio. —David apuró su cerveza y dejó la botella en la barra—. Pídele otra ronda, que esta la pagas tú.

Me palmeó la espalda y se fue. Levanté dos dedos en el aire. La pelirroja asintió. Terminó de secar el vaso que tenía en la mano, lo dejó en la repisa y se agachó para sacar de la nevera otros dos tercios. Fingí concentrarme en el fútbol, pero mis ojos volvían a ella. Una y otra vez. No solo era magnética, también me resultaba familiar. Esas rosas ya las había visto antes. Intenté hacer memoria mientras se acercaba.

—¿De qué nos conocemos? —pregunté, curioso, cuando llegó a mi altura.

—¿Es tu frase para ligar?

—Hace tanto que no ligo que no sabía que necesitaba una frase —respondí, alzando las cejas.

Se rio. Quitó la chapa a las botellas y las empujó hacia mí. Agarré una cerveza.

—En serio, me suenas mucho y no sé de qué —insistí antes de darle un trago.

—Pues déjame que piense... —Se apoyó en la barra con los brazos cruzados bajo el pecho. Tuve que hacer un esfuerzo para mirarla a los ojos—. Creo que no hemos trabajado juntos en ningún garito. —Negué—. ¿Del barrio? ¿Vivías por Carolinas? —Volví a indicarle que no—. Pues como no nos hayamos enrollado una noche que fuésemos muy pedo... —Cuando vio mi cara, se volvió a reír—. Habría sido en los últimos años, llevaba toda la vida con mi novio del instituto.

El recuerdo se desbloqueó. Di una palmada en la barra y sonreí, satisfecho.

—Ya sé de qué me sueñas. Tú eres la novia de Fuster. De Rubén Fuster.

—Exnovia —aclaró, recalcando lo de «ex». Ladeó la cabeza y me observó unos segundos, como si tratara de ubicarme—. Sí, es verdad, tú jugabas con él al fútbol. Estabas con... esa chica que es actriz, ¿cómo se llama? —Desvió la mirada y se mordió el labio. Lo debía de tener en la punta de la lengua—. ¡Blanca! Sí, Blanca Suárez. —Me señaló—. Eres el novio de Blanca Suárez.

—Exnovio —recalqué lo de «ex» del mismo modo en que lo había hecho ella.

—¿Manuel? —preguntó.

—Martín.

—Casi. —Chasqueó la lengua—. Encantada, Martín.

Se inclinó hacia adelante. Intenté acordarme de su nombre, pero era muy difícil concentrarse con esos ojos verdes pendientes de mí. Me froté la nuca, algo avergonzado.

—Yo no me acuerdo del tuyo.

—Tranquilo, nunca se acuerda nadie. —Se encogió de hombros—. Me llamo Dafne. Y no sé en qué pensaba mi madre cuando me puso este nombre de ninfa griega.

—Dafne —repetí—. Seguro que ya no se me olvi...

—¡Señorrita! —gritó uno de los guiris y los dos nos giramos—. ¡Más servesa, por favor!

—Ahora vengo. —Dafne me guiñó un ojo y fue a atenderlos.

La seguí con la mirada hasta la mesa. Agarré mi cerveza, me apoyé en la barra y noté una vibración. En el móvil de David parpadeaba la foto de su mujer. Miré alrededor, pero no había ni rastro de mi amigo. Seguro que había salido a la calle a hacer tiempo para darme cancha. Lo dejé sonar hasta que saltó la llamada perdida.

Dafne regresó un par de minutos después. Llenó un cuenco de frutos secos, que colocó junto a mi tercio, y se puso a cortar un limón.

—Y ahora estás... ¿casado? —me preguntó.

Iba a responder cuando el teléfono de David vibró de nuevo. Además de la cara de Vega, en la pantalla aparecía «Mi amorcito».

—¿No contestas? —Señaló el móvil con el cuchillo.

—No es el mío. —Di un trago a mi cerveza—. Yo estoy... divorciado.

Se me hizo muy raro. Era la primera vez que lo decía en voz alta.

La llamada se cortó. Al instante, el móvil volvió a vibrar otra vez.

—Yo creo que deberías responder, parece que no puede esperar...

Dudé. No era mi teléfono, pero Dafne tenía razón. Podía ser urgente. Pulsé el botón verde y lo acerqué a mi oído.

—Amor, ¿dónde estás? Necesitamos ayuda. —Vega empezó a hablar sin que pudiese avisarla de que no era David—. Hemos bebido un poco... Bueno, un poco, no, hemos bebido mucho, y Blanca se ha caído y se le ha roto el tacón y nos hemos tenido que sentar aquí en esta calle que no sé qué calle es... Blanqui, ¿qué calle es esta? —Escuché a Blanca de fondo, pero no fui capaz de entender lo que decía—. Joder, cabrona, si es que tú vas mucho peor que yo. —Bufó—. Amoor, ven, porfa, que esta no puede andar y yo voy más pedo que Alfredo y... —Vega se empezó a descojonar—. De verdad, es que no sabes qué hostia se ha metido... Espera, voy a la esquina a buscar en qué calle estamos.

David apareció a mi lado. Al verme con su teléfono, enarcó una ceja.

—Es tu mujer, está con Blanca —le expliqué—. Hay que ir a buscarlas. Llevan una tajada encima que no se tienen en pie.

—¿Dónde están?

—Navas... calle Navas —dijo Vega al otro lado de la línea.

—Enseguida vamos. —Le devolví el móvil a David y salimos a toda prisa del bar.

Las encontramos sentadas en un bordillo. Se reían de un pedazo de plástico que sujetaba Blanca. Tenía el vestido sucio, arañazos en el muslo y la rodilla ensangrentada. Se había dado un buen golpe. Verla partirse de risa me tranquilizó.

—¡Miraaa, tíííaaaaaaa, son nuestros chicoss! —Blanca nos señaló con lo que resultó ser el tacón de su sandalia—. ¡Ya 'ssstamos los cuatro! ¡Como en los viejos tiemposss!

—¿Estás bien? —Me agaché a su lado para examinar la herida. Solo era un raspón, no parecía grave.

—Ssstoy bien, cariño —balbuceó—. Creo que me han echado algo en la copa.

—Sí, ginebra con tónica. Cuatro veces —añadió Vega, y volvieron a troncharse.

—Joder, cómo vais. La madre que os parió. —David le tendió la mano a su mujer para ayudarla a levantarse—. A ver si os controláis un poquito, que ya no tenéis dieciséis años.

—¿Ah, no? —Blanca fingió sorprenderse—. Tía, sssaca el vino y di las palabras mágicas.

—¿Ahora? —contestó Vega—. Pero si no llueve...

La carcajada que soltaron fue monumental. Vega incluso dio un traspiés y cayó sentada en el suelo. Mi amigo me miró, perplejo.

Entre los dos volvimos a levantarla. David la sujetó por la cintura para mantenerla en pie. Ella tiró de mi brazo y susurró:

—Quédate con Blanqui, Martín, que creo que quiere decirte algo...

—¡Te he oído, cabrona! —le contestó su amiga desde el bordillo. Vega se tapó la boca para ahogar la risa.

—¿Te ocupas tú? —me preguntó David—. No puedo con las dos yo solo.

—Descuida. Mañana hablamos. —Le di una palmada en el hombro.

Vega nos lanzó unos besos y nos dijo adiós.

Cuando se fueron, me acuclillé frente a Blanca, que alargó la mano y me peinó con los dedos.

—Qué guapo eresss...

—Vaya borrachera llevas. —La tomé por las axilas e intenté levantarla—. Anda, preciosa, agárrate a mí.

—Me cuidas taaaanto... —Blanca me rodeó el cuello con los brazos—. Tendría que haberme cassado contigo. Soy imbécil por cassarme con gente que no me quiere tanto como tú.

—¿Ha pasado algo con Jorge? —pregunté, preocupado, mientras nos incorporábamos.

—Aún no. —Movié la cabeza hacia ambos lados—. Passsaré, no existe ninguna forma de evitarlo... Pero ya no me importa, porque siempre fuissste tú. —Se abalanzó sobre mí e intentó besarme. Al darse cuenta de que la rehuía, levantó las cejas—. ¿Qué haces? ¿Ya no me quieresss?

—No digas tonterías.

—¿Y por qué no me bessas? —Estudió mi cara. Debía de ver doble, porque cerró un ojo como si tratase de enfocarla—. No, no, Martín, tú, no... —Negó, alarmada—. Dime que no has dejado de quererm...

Se echó hacia atrás y perdió el equilibrio. La sujeté de la cintura para que no se cayera al suelo.

—Blanca, has bebido demasiado, creo que no eres consciente de lo que dices.

—Sí lo soy, soy consssciente de tooodo lo que digo y... ¿sabesss qué? —Colocó su dedo índice contra mi pecho—. Que te quiero, Martín, que tú eres el amor de mi vida. Tú y sssolo tú. —Presionó, dando golpecitos—. Siempre lo fuissste, pero nunca lo he sabido ver.

Me quedé sin aire. Le sostuve la mirada, intentando averiguar si lo había dicho en serio o solo

era producto del alcohol. Blanca se frotó los ojos y apoyó la frente en mi hombro.

La abracé. Ella sí que era mi gran amor. Me habría encantado confesarle que aún me volvía loco, que me moría por besarla una vez más...

No podía hacerlo. No esa noche. No en esas circunstancias.

Blanca se apretujó contra mi pecho. La escuché decir mi nombre.

—¿Estás bien, preciosa? —Di un paso atrás para separarla de mi cuerpo.

Levantó la cabeza despacio y me miró.

—Martín —repitió—, te quiero taaaanto...

Sonreí. Le aparté un mechón de pelo que le caía sobre la cara.

Me devolvió la sonrisa.

Y cuando estaba a punto de mandarlo todo a la mierda y decirle que yo también la quería, Blanca dio una sacudida y me vomitó los cuatro *gin tonics* y todo su amor.

Me despertó el golpe seco de la puerta principal. Frente a mí, una hilera de muñecas me observaba desde una estantería. Parpadeé, confundido. Miré alrededor, sin saber dónde estaba. Recordé que en el cuarto de mi hija, porque Blanca había dormido en mi cama.

La noche anterior, después de la vomitera, la había dejado sentada en un portal y me había ido corriendo a por agua a un veinticuatro horas. Por suerte, no tuve que esperar la cola. Se apartaron y me dejaron pagar primero. Supuse que el olor de mi pantalón tenía la culpa.

Al volver de la tienda, Blanca se había quitado las sandalias. Tenía, al menos, medio paquete de chicles en la boca. Casi no los podía ni masticar. Le tendí una botella para que se enjuagase, la otra la vacié directamente sobre mis vaqueros.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté.

Blanca asintió, se secó con un clínex y sacó los chicles del bolso. Se echó a la boca otros cuatro o cinco.

—¿*Quie'esss*? —me ofreció con la boca llena.

Los rechacé con la mano. Ella se encogió de hombros y los volvió a guardar.

Nos quedamos en silencio. Blanca echó un vistazo a su móvil con los ojos entornados. No debía ver nada, porque estiró poco a poco el brazo para alejarlo.

—¿Te recoge tu marido? —pregunté. Negó con la cabeza.

—*Ta'n Mad'id*. —Metió el móvil en el bolso y cerró la cremallera. Refunfuñó algo que no logré entender.

No me hacía mucha gracia dejarla sola con el pedo que llevaba, así que la invité a pasar la noche conmigo. Aceptó al instante. No tardé ni un segundo en convencerla. Lo que sí nos costó fue llegar. Casi una hora y cincuenta euros, exactamente. Los que tuve que pagarle al único taxista que accedió a llevarnos en aquel estado.

Al entrar en casa, Blanca me preguntó si tenía colutorio.

—En el aseo del pasillo —le indiqué—. Me parece que también hay algún cepillo de dientes en el armario —añadí mientras la acompañaba.

Encontré un paquete de tres que estaba sin estrenar. Lo abrí y le pasé uno. Ella soltó un grito de felicidad, como si le hubiera regalado un tesoro. Lo llenó de pasta hasta arriba y empezó a cepillarse.

—Me doy una ducha rápida. —A través del espejo, señalé hacia el baño del dormitorio. Asintió con la cabeza.

Hice una parada en la cocina, donde me quité los vaqueros y los metí en la lavadora. Pensé en echar también los bóxer, pero no era plan de ir en pelotas por casa con Blanca pululando por ahí. Terminé de desnudarme en el baño y entré en la ducha.

Mientras me enjabonaba, repasé la noche, que parecía sacada de un programa de cámara oculta. Blanca me había dicho que me quería. No solo eso: me había dicho que era el amor de su vida, pero que nunca lo había sabido ver. Y, aunque llevara una borrachera importante, una declaración así no la podíamos pasar por alto. Tendríamos que hablarlo en algún momento. Tal vez por la mañana, con el café.

Cerré los ojos. El agua tibia cayó por mi cuerpo y arrastró el jabón. Blanca y yo, otra vez juntos. Sonreí. Me costaba creer que fuera verdad. Recordé lo que decía Eloy: si está destinado a ocurrir, da igual lo complicado que parezca. Y tenía razón. A veces, solo se podía esperar. Había pasado mucho tiempo, pero, al final, Blanca había regresado.

—¿Me haces un huequito? —escuché detrás de mí.

Pegué un brinco. No la había oído entrar. Me fui a girar, pero caí en que estaba desnudo.

—¿Qué haces aquí? —Me cubrí la entrepierna con las manos.

—Ducharme contigo. —Pegó su cuerpo a mi espalda. Confirmé que ella también se había quitado la ropa—. ¿Me pasas el gel?

Estiró el brazo y rodeó mi cintura. Le alcancé el bote. Se separó de mí, supuse que para enjabonarse. Aunque ella estaba detrás y no podía ver nada, mi cabeza fue por libre y comenzó a visualizarlo. Casi a cámara lenta. Con todo lujo de detalles.

Apoyé la frente en las baldosas. Durante quince años, había fantaseado un millón de veces con que Blanca entrara por sorpresa en mi ducha. Tenía que cumplirse justamente esa noche. En otra vida, debía haber sido un grandísimo cabrón y el karma se lo estaba cobrando. No se me ocurría otra explicación.

—Relájate, Martín, que no es la primera vez que nos duchamos juntos... ¿Te acuerdas en el baño de tus padres? —preguntó con una risita juguetona—. Una vez, creo que era mi cumpleaños, tu hermano dijo que mis gritos se habían escuchado por todo el barrio. —Se acercó un poco más a mi oído—. Aún recuerdo lo que me hacías aquella mañana.

Resoplé. Yo también lo recordaba. Perfectamente. Y mi cuerpo tampoco se había olvidado, por la manera en la que reaccionó.

—Ahora que lo pienso... —ahogó otra risita—, en esta ducha los vecinos también me han oído gritar.

Estaba muy cerca. Tan cerca como para girarme unos centímetros y rozar sus labios con los míos. Como para bajar mi mano por su cuerpo, deslizar mis dedos entre sus piernas y acariciarla muy despacio hasta que explotase de placer. Pero no esa noche. Los dos nos arrepentiríamos.

—Vale, ya estoy listo, voy a salir.

Me di la vuelta con brusquedad. Blanca se desestabilizó y tuve que sujetarla para que no se cayera.

Nos quedamos frente a frente.

La mirada clavada el uno en el otro.

Su respiración rozando mis labios.

Soltó un gemido y se frotó contra mí. Cada centímetro de su piel presionaba mi cuerpo desnudo. Era una puta tortura.

Tragué saliva. Solo se me ocurría una forma de salir de ahí sin hacer nada de lo que nos lamentásemos después.

—Agárrate a mí, preciosa, porque creo que hoy también van a escuchar tus gritos.

Y, antes de que pudiese replicar, eché la mano hacia atrás y giré el mando del grifo hacia el agua fría.

Desde la pared, las muñecas de mi hija sonreían cómplices. Parecían recordar aquel chillido. No

quería ni pensar qué habrían imaginado los vecinos al escucharla.

Tras la ducha, cuando recuperamos el aliento, le había prestado una de mis camisetas para dormir. Ella se había acostado en mi cama y dado unas palmaditas en el colchón, invitándome a que me echase a su lado. Negué con la cabeza. Me di la vuelta para irme.

—¿Adónde vas? —preguntó, extrañada.

—Al cuarto de la nena.

—Quédate. Duerme conmigo —me rogó—. Dormir, nada más. Te prometo que no voy a provocarte.

—Es mejor que me vaya a la otra habitación.

—Por favoor, Martín —insistió, con voz lastimera—. Quédate conmigo. Solo necesito que me abracés.

Me lo pedía con tanto ahínco que no pude decirle que no. Me tumbé junto a ella y estiré el brazo sobre la almohada para que se acercase. Blanca se acurrucó en mi pecho.

—Nos vamos a morir de calor —me reí mientras la abrazaba.

Me pareció que sonreía. Le acaricié la espalda, despacio. Cerré los ojos.

Todo estaba en calma. La brisa fresca que entraba por la ventana contrastaba con su cuerpo caliente, pegado al mío. No escuchaba más que algún coche en la calle de vez en cuando, y su respiración, que se volvía poco a poco más pesada.

—Martín, ¿tú todavía me quieres? —rompió el silencio.

Suspiré. ¿Cómo no la iba a querer, si llevaba toda la vida enamorado de ella? Por supuesto que la quería, pero no pensaba contestarle a esa pregunta de cualquier modo. Necesitaba mirarla a los ojos y que entendiera lo que significaba para mí.

—Mañana hablamos, preciosa. —Le besé el pelo—. Ahora, descansa.

No respondió. Di por hecho que se había dormido. Dudé si quedarme, pero no quería que se agobiara cuando me viera a su lado al despertar. Era mejor que la dejase sola. Me retiré despacio, con cuidado de no hacer ruido, y me fui a la cama de mi hija. Debí caer rendido al instante, porque lo siguiente que recordaba era el ruido de la puerta principal.

Bostecé. Me dolía todo el cuerpo, seguramente de haber dormido encogido en esa cama tan pequeña. O de la tensión de la noche anterior. Estiré los brazos, reuniendo las fuerzas necesarias para incorporarme de una vez, y me levanté.

A pesar de haber oído el portazo, albergaba la esperanza de que Blanca no se hubiera marchado sin despedirse. Con lo que había sucedido, los dos teníamos una conversación pendiente.

La llamé un par de veces por el pasillo y me asomé a mi habitación. No estaba allí. Había hecho la cama, juraría que incluso había puesto sábanas limpias.

—Mierda —murmuré.

Oí ruido en la cocina. Crucé los dedos para que fuera Blanca preparándose el café. Era laz lavadora, que estaba en marcha. Encima, una nota de papel pisada por el bote de suavizante.

*Te he cogido prestado un chándal y unas deportivas que creo que eran de Gloria. Regreso esta tarde a Madrid, se lo dejaré a Vega para que te lo devuelva.*

*Siento mucho lo que pasó anoche. En especial, todas las chorradas que te dije. Por favor, olvídalas. Estaba borracha y no hablaba en serio.*

*Somos AMIGOS y es mejor que siga siendo así.*

El corazón me dio un vuelco. Tuve que leerlo otra vez porque no me lo creía.

Resoplé con fuerza, echando la cabeza atrás. ¿Qué mierda era esa? Apreté el puño y se arrugó el papel. No, no podía decirme que era el puto amor de su vida y luego pretender que lo ignorase como si nada hubiera ocurrido. Aquello lo teníamos que hablar.

Nervioso, busqué mi móvil por la casa, porque no recordaba dónde lo había dejado. Recé para no haberlo olvidado en el taxi o en el mostrador de la tienda donde había comprado las botellas de agua.

Lo encontré en el aseo del pasillo, junto al colutorio. Marqué el número de Blanca.

—Vamos, cógelo, preciosa —susurré en cuanto escuché el primer tono.

Sonó un segundo. Y un tercero. Me miré al espejo y empecé a dar golpecitos en el suelo con el pie. Cinco tonos. Seis. Después del séptimo, se cortó.

Pulsé sobre su nombre para que llamase de nuevo y fui al salón a por el cargador. Tenía poca batería y no quería que se me apagase en mitad de la llamada.

Esa vez, sonaron solo tres tonos antes de que se cortase.

—No me jodas... —Miré la pantalla, atónito, y volví a marcar.

La llamada fue directa al buzón de voz.

Estampé el teléfono contra el sofá. Me llevé las manos a la cabeza y ahogué un grito.

Me había colgado. Blanca se había largado a hurtadillas para no tener que hablar conmigo y me había colgado el puto teléfono. Sin opciones. Ni voz, ni voto. Como si no tuviera derecho a replicar.

Eché a andar por el pasillo. Abajo y arriba. Daba vueltas sin llegar a ningún lado. Desde el estómago, me subió una oleada de rabia.

—Amigos... —bufé, frenándome en seco—. Claro, porque tú eres quien decide siempre por los dos... ¡Yo solo soy el gilipollas al que le toca aceptarlo!

Me froté la cara. Recordé ese gemido en la ducha, con su cuerpo pegado al mío. La forma en la que me miró justo antes de que el chorro de agua fría nos cayese encima. Blanca y yo no éramos amigos, por mucho que se empeñase. Nos teníamos demasiadas ganas. Aunque ella quisiera negarlo y salir por piernas.

Estaba harto. Harto de ser el imbécil que siempre la ponía por encima de todo. Tendría que haberla besado en la ducha, como me estaba pidiendo. Hacerla gritar mi nombre hasta que olvidara el suyo. Y a la mierda si se arrepentía después. Me daba igual. Era su problema, no el mío.

A ver cuándo me entraba en la puta cabeza que no era mi novia. Ya no lo era. Hacía años que había dejado de serlo, aunque yo aún fuese incapaz de aceptarlo.

Exhalé con rabia. Más me hubiera valido que David se comiera solito el marrón con las dos. Tendría que haberme quedado en el bar con la camarera sexi del tatuaje... ¿Cómo se llamaba? ¿Diana? ¿Daniela...? Miré al techo, intentando acordarme. ¡Dafne! Sí, ese me había dicho que era su nombre.

—¡Joder! —Recordé también que no le había pagado a Dafne la última ronda.

Me froté los ojos. Iría esa tarde. Le pagaría las cervezas y la invitaría a una copa.

Había llegado a mi límite.

Ya era hora de superar a Blanca.

## 14. LO QUE NUNCA PENSÉ QUE DIRÍA EN ESTA DIMENSIÓN

Domingo, 1 de julio de 2018

BLANCA

—No me quiere.

—¡Por Dios! Blanqui... —Vega soltó una estrepitosa carcajada al otro lado de la línea—. ¿Cómo no te va a querer? ¡Si es Martín!

—Pues Martín ya no me quiere, me quedó bien claro anoche. —Me dejé caer en el sofá mientras mi amiga se desternillaba—. Joder, no te rías, que te lo digo en serio.

—Vale, vale, no me río. —Respiró hondo, intentando recuperar la compostura, aunque le costaba una barbaridad—. A ver, ¿qué pasó cuando nos fuimos?

—Pasó que la cagué del todo. —Me tapé los ojos con uno de los cojines—. Y ahora solo quiero que me trague la tierra y desaparecer. Y que se me pase esta resaca de la muerte. Te juro que no pienso beber una gota más de alcohol en mi vida.

—La verdad es que se nos fue un poquito de las manos. —Vega se volvió a reír—. Al final, no nos tendríamos que haber tomado esos chupitos.

«¡Joder, los chupitos!». El sabor del tequila volvió a mi boca y tuve que contener una arcada. No se nos había ido un poquito de las manos, nos habíamos pasado tres pueblos, incluso más. Habían sobrado los chupitos, los cuatro *gin tonics* y las dos botellas de vino que habíamos tomado en la comida. La única con un poquito de cabeza había sido Sofía, para variar.

Aparté el cojín y eché un vistazo a mi muslo, que había amanecido cubierto con un enorme moratón. «Menos mal que nadie grabó la hostia que me metí en la calle, porque me habría hecho viral». Lo toqué un par de veces con el dedo solo para comprobar lo mucho que me dolía.

—A ver, Blanqui. —Oí que Vega cerraba la puerta, supuse que para que David no escuchara la conversación—. ¿Qué cojones le dijiste anoche a Martín?

—Pues todo lo que Sofía me pidió que no le dijera. —Suspiré con fuerza—. Que lo quería mucho, que era el amor de mi vida y que yo debía ser gilipollas porque no lo había sabido ver. Y después... —Apreté los ojos al acordarme.

No, eso no había pasado.

«Sabes que sí, Blanca», dijo mi voz interior. Y me puse a pensar en cómo se tomaría mi representante que dejase la actuación y me escondiese en un retiro espiritual en el Tíbet. Diez o doce años por lo menos.

—¿Sigues ahí? —preguntó Vega.

—Ajá —contesté.

—¿Y después?

—Le poté encima todo lo que habíamos bebido.

Me aparté el teléfono de la oreja para no quedarme sorda por la estrepitosa carcajada que soltó.

—¡No me lo puedo creer! —se descojonaba Vega—. Eres una auténtica romántica.

—Y eso no fue lo más vergonzoso que hice anoche —me lamenté.

Le conté que Martín me había ofrecido que durmiera en su casa y que yo lo había interpretado como una insinuación. Así que, cuando me dijo que iba a ducharse, me quité la ropa y entré detrás de él. En ese momento, con la borrachera, me había parecido que tenía mucho sentido, pero ya no podría volver a mirarlo a la cara nunca más. Menos aún, después de cómo Martín

había respondido a mis provocaciones con el chorro de agua helada que nos cayó encima. Vega no paraba de reír.

—¿Y solo por eso has llegado a la conclusión de que no te quiere? —preguntó mi amiga—. Llevabas un pedo como una catedral y, además, estás casada. Es lógico que no quisiera echar un polvo contigo en esas condiciones.

—Ya, eso lo puedo entender... —Exhalé—. Pero le pregunté si todavía me quería y su contestación fue «Mañana hablamos».

—¿Y cuál es el problema?

—¡Que era una pregunta muy sencilla! —exclamé ante lo que me parecía una obviedad—. Una que solo admitía dos respuestas, o sí o no. Y nadie contesta «Mañana hablamos» si quiere decir que sí.

Hice una pausa, esperando que rebatiera mis argumentos, pero mi amiga se quedó en silencio, como si me diera la razón. Angustiada, lancé el cojín al otro lado del sofá y me froté los ojos.

—Al despertarme esta mañana y recordarlo todo, me quería morir —continué, nerviosa—. Solo se me ha ocurrido dejarle una nota diciendo que éramos amigos. Amigos, en mayúsculas, para que no tuviera dudas de que me había quedado muy claro. Luego he salido corriendo. —Dejé escapar un quejido lastimero—. Y encima ahora me siento fatal por Jorge...

—Hagamos recuento de daños. —Vega intentó quitarle hierro al asunto para que me tranquilizase—. En el fondo, no pasó nada entre Martín y tú, por lo que, técnicamente, no es una infidelidad.

—¿Tú se lo dirías a tu marido si estuvieras en mi situación? —pregunté, dubitativa.

—Yo no me metería en la ducha con mi ex —respondió, tajante—. Pero es diferente, mi matrimonio no está acabado.

—A lo mejor solo estamos pasando por un bache y...

—A ver, Blanqui —me cortó—, no voy a juzgar una relación que no es la mía, porque cada uno tiene sus razones para decidir si merece la pena quedarse. Yo solo sé lo que tú nos has contado, y no hablo solo de esta dimensión. Hace mucho que no estás bien. Y ayer estabas convencida de que lo de Jorge iba a fracasar por no sé qué movidas del universo.

—Ya.

Miré al techo, acordándome de la teoría de Roy, por la que ciertos momentos se repiten para que aprendas una lección. Como si no pudieras avanzar hasta aceptar que no era por ahí, por mucho que te obcecases. Y pese a que estaba convencida de que Jorge y yo no íbamos a envejecer juntos, todavía me costaba asumirlo. Nadie te enseña cómo soltar a quien aún quieres, aunque la vida con esa persona ya no te haga feliz.

—¿Qué vas a hacer, Blanqui?

—No lo sé.

—Me parece que sí que lo sabes —dijo mi amiga—. Lo tienes mucho más claro de lo que crees.

Suspiré. Vega tenía razón. Mi matrimonio hacía mucho que se había roto, aunque yo quisiera pensar que todavía estaba a tiempo de evitarlo. Con Jorge, ya solo había una última cosa que pudiera hacer.

Me levanté del sofá y fui hacia la habitación.

—Voy a hacer la maleta, he sacado un billete para volver a Madrid esta tarde.

—Bien. ¿Vas a hablar con Martín?

—No. —Abrí el armario y pasé unas cuantas perchas.

—Deberías llamarlo.

—No puedo. Anoche la cagué muchísimo y no sé ni qué decirle.

—Dile la verdad, es Martín. Esto tendríais que hablarlo cuanto antes.

—A lo mejor más tarde, ahora mismo no soy capaz de enfrentarme a todo a la vez.

Lancé un par de vestidos sobre el colchón mientras mi amiga resoplaba.

—Tú sabrás, Blanqui, ya eres mayorcita. —Su hija la reclamó con un grito porque quería desayunar—. Tía, tengo que dejarte, ¿a qué hora coges el tren?

—Sobre las siete y algo. Te aviso cuando vaya a llevarte su ropa, pero calcula que sobre las seis.

—Perfecto, aquí estaré. Y, Blanca, habla con él, por favor. —Su hija volvió a chillar y nos despedimos.

Colgué el teléfono y seguí pasando perchas con celeridad. «No era Jorge, te empeñaste durante años en la persona equivocada», me riñó mi vocecita interna. Saqué un par de camisetas del armario y las puse junto a los vestidos. «Pero ¿cómo voy a dejar a mi marido, con lo que he luchado por él?». En mi cabeza se mezclaban tantas ideas al mismo tiempo que era incapaz de centrarme en nada. Abrí un cajón y cogí al azar cuatro o cinco mudas. Luego volví al armario para buscar unos vaqueros. «Martín, ¿tú todavía me quieres? Mañana hablamos, preciosa. Ahora, descansa».

Me tapé la cara con las manos. «¿Cómo es posible que lo haya hecho tan mal?». En esta dimensión, me había quedado atrapada en mi propia fantasía, consumiéndome en un matrimonio que ya no se parecía en nada a como lo había imaginado. Hacía años que sentía que yo era la única que se esforzaba en que lo nuestro funcionase, pero, por mucho que lo intentara, no podía conseguir que Jorge me quisiera como a mí me gustaría...

«Que me quisiera como me quiso Martín».

Fijé la vista en mi tatuaje y una punzada de dolor me atravesó el pecho. Miré hacia arriba, solté el aire por la boca, y traté de liberar ese nudo que oprimía mi garganta.

Desde hacía varios meses, muchas noches, cuando me iba a dormir, me imaginaba cómo habría sido nuestra historia si Martín y yo nunca hubiéramos cortado. Nos habríamos casado en la playa, rodeados de nuestros amigos. Tal vez en ese viaje a Cancún que soñábamos de adolescentes. Él me acompañaría a todos los estrenos porque estaría orgulloso de mí. Yo asistiría a todas sus firmas y presentaciones, y le pediría que me leyese en la cama los nuevos capítulos en los que estuviera trabajando. Seguro que habríamos sido felices, porque siempre nos veía riendo. Y sentía tanta nostalgia de esos momentos que nunca habíamos vivido, que habría pagado por volver otra vez atrás.

El día anterior, tras la comida con mis amigas, incluso estaba convencida de que Martín era el motivo por el que había viajado en el tiempo, pero, después de lo que había pasado esa noche, era obvio que me había vuelto a equivocar. No solo estaba abochornada por lo ocurrido, sino también abatida por una tristeza inmensa.

Me senté en la cama y miré en mi móvil el listado de las últimas llamadas, donde aparecían tres perdidas de Martín. La primera me había sorprendido justo después de subirme al taxi. Al ver su nombre en la pantalla, el corazón había empezado a latirme a mucha velocidad. Me había quedado paralizada con el teléfono en la mano, sin atreverme a responder. Sabía que iba a decirme que solo éramos amigos y no me veía con fuerzas para aguantar otro rechazo.

La segunda llamada me había hecho reaccionar. Estaba a punto de contestarle cuando se terminó la batería. La tercera la acababa de ver. Supuse que habría sido mientras mi móvil estaba apagado.

Dejé el teléfono en la cama y me froté los ojos. La cabeza me dolía como si me fuera a explotar. Por mucho que me diese cuenta de que quería a Martín y que desearía que estuviéramos juntos,

no entendía cómo se me había ido tanto la olla la noche anterior. En algún momento lo llamaría para hablar con él, pero, como decía Sofía, era mejor hacer las cosas con calma. Debía tener muy claro lo que le iba a decir.

Además, primero necesitaba ver a Jorge.

Me levanté de la cama, me tomé un ibuprofeno para aliviar la resaca y seguí con la maleta.

Llegué a Madrid pasadas las nueve y media, después de un viaje de poco más de dos horas que se me había hecho eterno. Me dolía todo el cuerpo, y no habría sabido decir si era por culpa de la postura o de aquel runrún que se había instalado en mi cabeza y que no me había dejado relajarme ni un minuto.

Bajé del vagón y fui directa a la parada de taxis. No tenía previsto regresar a casa, al menos, hasta finales de la semana siguiente. Lo había decidido esa mañana, al despertarme sola en la cama de Martín sintiéndome una completa imbécil. Al contarle a Jorge que adelantaba el billete para esa misma tarde, lo había pillado por sorpresa.

—Me viene fatal ir a la estación, cielo —había respondido en un audio—. Estoy en mitad de unas pruebas, no puedo dejarlo a medias para ir a buscarte.

Ya ni siquiera sabía en qué proyecto estaba trabajando y, en el fondo, me daba igual. Le contesté que no había problema, que no era necesario que me recogiese. Él concluyó con el emoji de la mano que levantaba el pulgar.

El taxista guardó mi maleta y me subí en el asiento trasero. Acababa de darle mi dirección cuando empezó a sonar *What About Us* y le pedí que subiera el volumen de la radio. Cerré los ojos, recostándome contra el respaldo, y, al igual que cantaba P!nk, yo también me pregunté qué había pasado con nosotros.

No podía ser casualidad que nuestra relación hubiera fracasado en todas las dimensiones. A pesar de que, esa segunda vez, Jorge y yo habíamos partido de un pasado muy distinto, al juntarnos habíamos regresado exactamente al mismo punto. Resultaba imposible de evitar. Como decía Roy, si me empeñaba en seguir adelante, solo nos arrastraría a ser infelices. Quizá ya lo éramos, mucho más de lo que me gustaría admitir.

Observé las luces de la ciudad a través de la ventanilla. Como en una película, recordé cada una de las veces que se había truncado nuestro final feliz. La primera, en la otra dimensión, cuando me fui a dormir la noche de la tormenta, sin saber que me despertaría en mi cuerpo de adolescente. Después, su llamada de teléfono en los noventa para contarme que se marchaba a Connecticut. La vez que nos despedimos en una cafetería, porque él pensaba que volver con Marta era lo mejor para todos. Sus disculpas en el *pub* del estreno antes de presenciar mi pedida de mano. El mensaje de «No lo hagas, cielo» que llegó después de casarme con Roy. Nuestra ruptura en su cama al enterarse de que me marchaba a Hollywood...

Habían sido muchas las señales que yo no había entendido hasta entonces. El universo me lo había mostrado de mil maneras posibles; sin embargo, no había mayor ciego que quien no quería ver.

«Pero es Jorge». El recuerdo de aquel reencuentro en La Posada borró de golpe los demás. Se me encogió el corazón. Lo quería muchísimo y me dolía en el alma que lo nuestro tuviera que terminarse. «A lo mejor todavía estoy a tiempo de salvarnos», me dije a la desesperada, intentando convencerme de que nos quedaba una última oportunidad.

Al entrar en casa, dejé la maleta en la entrada y fui a su despacho a buscarlo. Esperaba un abrazo de mi marido o una de esas frases de «¿Cómo estas, cielo, qué tal el viaje?». Sin embargo, Jorge estaba tan enfrascado en su trabajo que no me prestó ninguna atención. De hecho, ni siquiera me miró.

—Hola, Blanca —saludó mientras tecleaba—. ¿Necesitas algo? Ya te he dicho que hoy estoy muy ocupado...

Y, aun a sabiendas de que en unos instantes todo sería diferente, le solté la única frase que nunca pensé que le diría en esta dimensión:

—Creo que es mejor que lo dejemos.

Crucé los brazos. Ya no me quedaba ninguna duda.

Habíamos llegado al final.

## 15. DAFNE

Domingo, 1 de julio de 2018

MARTÍN

Estaba apoyado en la barra de un *pub* del puerto, esperando a que Dafne volviera del baño, cuando sentí vibrar el móvil en el bolsillo.

Era Blanca.

Su nombre parpadeó en la pantalla con insistencia. De golpe, regresó mi cabreo. La superestrella por fin se dignaba a devolverme las llamadas... ¡diez minutos antes de la medianoche!

—Ahora no. —Colgué el teléfono y lo guardé. Apuré de un trago mi *gin tonic* y dejé la copa en la barra.

Había estado la mañana entera subiéndome por las paredes. No me podía creer que Blanca se hubiera largado de ese modo. Ni que pretendiese que lo olvidara todo, como si no hubiera ocurrido. Me había puesto de muy mala leche, pero había confiado en que recapacitaría y me daría una explicación.

Sobre las cinco de la tarde, todavía no había tenido noticias suyas y estaba harto de esperar. Había ido al *pub* a pagarle a Dafne las cervezas. No estaba seguro de si trabajaba esa tarde o si me tocaría explicarle la situación a uno de sus compañeros. En cuanto entré y la vi, respiré, aliviado.

—Vaya, si es el del *simpa* —me había saludado con retintín.

—Lo siento, se me fue el santo al cielo. —Avergonzado, saqué un billete de veinte de la cartera —. Dime que te debo de ayer y ponme una birra.

Dafne me lo quitó de las manos.

—A las de anoche invito yo, pero esta te la cobro por adelantado, no sea que vuelvas a hacerme el truquito del teléfono —sonrió. Se dio media vuelta y se marchó hacia la caja.

Enseguida regresó con el cambio y un par de tercios.

—¿Dos? —pregunté, descolocado—. Mi amigo no viene hoy.

—El segundo es para mí. —Retiró las chapas con el abridor que llevaba colgado del cinturón y me pasó uno de ellos. Alzó el otro en el aire—. A este me invitas tú, por la cara de idiota que se me quedó.

—Me parece justo. —Lo entrechoqué.

Nos mantuvimos la mirada al beber. Dafne cruzó los brazos y se apoyó en la barra, inclinándose hacia mí.

—¿Me vas a contar lo que pasó anoche? Tengo muchísima curiosidad. —Se echó a reír ante mi cara de sorpresa—. Vale, sé que la pregunta es de muy mala educación, pero también lo es largarse sin pagar las consumiciones. Estamos empatados.

Sonreí por primera vez en ese día.

—Mi ex y la mujer de mi amigo se pusieron finas. Nada importante. —Me encogí de hombros —. Parecía más grave por teléfono.

—¿Tu ex, la actriz? —Dafne se rio—. Vale, entonces, ya entiendo por qué te fuiste tan rápido de...

—No te equivoques, no hay nada que entender —la corté—. Ella y yo solo somos amigos.

—¿Amigos? —Enarcó una ceja.

—Amigos —concluí.

Giré la cabeza mientras bebía. No quería hablar de Blanca.

Dafne lo pilló y cambió de tema.

Recordamos viejas anécdotas del equipo de mi instituto. Se acordaba de casi todos mis compañeros, de cuando asistía a los partidos de fútbol para ver jugar a Rubén. También nos contamos nuestras vidas. Le expliqué que tenía una hija y que me acababa de divorciar. Se sorprendió mucho de que me ganase la vida como escritor. Charlamos en la barra hasta que terminó su turno a las ocho y le propuse que nos tomásemos una copa en otro sitio. Aceptó enseguida.

Anduvimos hacia la zona de bares del puerto. Unos amigos suyos acababan de inaugurar un garito y quería saludarlos. A mí me pareció estupendo. Lo estaba pasando tan bien que no tenía ninguna prisa por irme a casa.

Por el camino, no paramos de tontear. Dafne se agarró a mi brazo y me rozaba con su cuerpo. A medida que avanzábamos, se arrimaba más.

—Esos vaqueros te quedan muy bien. —Eché un vistazo a mi trasero de un modo muy poco disimulado—. La verdad es que no parece que vayas a cumplir cuarenta.

—En realidad, ya los he cumplido —me reí—. El mes pasado. Repetí curso de pequeño, por eso tengo un año más.

—¡No jodas! —me miró, boquiabierta—. Pues no los aparentas, para nada. Rubén ya estaba medio calvo cuando lo dejamos.

—A mí me encanta tu tatuaje. —Paseé la mirada por esas rosas que se perdían bajo el escote de su blusa—. Me pregunto dónde terminará esa enredadera...

Dafne se detuvo y señaló un par de centímetros por debajo de su ombligo.

—Más o menos, por aquí. Y el último dibujo no es una rosa.

—Ahora me muero de curiosidad —le contesté, intrigado. Alzó las cejas un par de veces y se rio.

Me presentó a sus amigos en el *pub*. Nos acomodamos en la barra mientras nos servían dos *gin tonics*. Había bastante gente para ser domingo, pero no resultaba agobiante. Con la excusa de que la música estaba alta, Dafne se pegaba a mi cuerpo al hablar. Quizá demasiado.

Nos terminábamos las copas cuando uno de sus amigos se nos acercó.

—Os invito a unos chupitos —nos dijo—. ¿Qué queréis tomar?

—Tequila —contestó ella por los dos.

—¿Tequila? —me reí—. Tú me quieres matar.

Se acercó con una sonrisa traviesa.

—Matarte, no —susurró—. Me apetece más hacerte otras cosas.

—Ah, ¿sí? —Le pasé un brazo alrededor de la cintura y la atraje hacia mí—. ¿Como qué?

—Como... —Bajó sus labios por mi cuello.

Giré la cara despacio, hasta encontrar su boca. Empezamos a besarnos.

Su amigo dejó dos chupitos en la barra, junto a un salero y un platito con limón. Dafne se separó de mí. Lamió el dorso de su mano y esparció la sal.

Nos los bebimos de un trago, mirándonos a los ojos. Apreté la boca en cuanto el alcohol me quemó la garganta. Dafne acercó a mis labios una rodaja de limón.

—Voy al baño —dijo muy pegada a mí—. Cuando vuelva, podríamos ir a tu casa y te enseño el tatuaje.

—Me parece muy buen plan. —Y la besé otra vez antes de que se marchara.

Habían pasado más de diez minutos desde que se había ido y mi teléfono volvió a vibrar. Era Blanca, de nuevo. Colgué y levanté la vista hacia la puerta de los servicios. Salió Dafne y se abrió paso en mi dirección.

Iba a guardar el teléfono cuando recibí un mensaje.

**Blanca**

¿Puedes hablar?

No, no podía hablar. No quería hablar. No me apetecía hablar con ella. Ni que fuésemos amigos. Ni acordarme de que esa misma mañana se había largado de mi casa sin avisar...

Resoplé, cabreado. Ya estaba harto. Esa noche, me iría a la cama con Dafne. Estaba decidido. Y no quería acostarme con ella pensando en otra persona.

—¿Nos vamos? —me susurró Dafne al llegar junto a mí.

No contesté. La agarré de las caderas y le comí la boca.

Mientras nos despedíamos de sus amigos, el teléfono volvió a vibrar. Sin pensarlo dos veces, bloqueé su contacto.

En cualquier otro momento, lo habría dejado todo por ella. Eso se había acabado. Yo ya no estaba para Blanca.

Solo necesitaba sacarla de mi cabeza.

Entramos en casa besándonos, quizá con excesiva desesperación. Y no tenía muy claro si esa urgencia era por la tremenda pelirroja que desabrochaba mi camisa o por mi necesidad de superar cuanto antes a Blanca, para demostrarme que podía seguir adelante sin ella.

Solté las llaves en el mueble del recibidor. Saqué mi camisa del pantalón y Dafne terminó de quitármela. La dejamos tirada en el suelo. Volvimos a besarnos con avidez. La tomé de la cintura y la conduje hacia mi habitación, desabotonando su blusa por el camino.

—Dame un segundo que me quite el bolso —me pidió cuando llegamos a los pies de mi cama.

Me separé de ella. Descruzó la bandolera y la dejó sobre la silla. Apoyó la mano en el respaldo para descalzarse. La observé mientras me desabrochaba el cinturón.

—Voy a poner música. —Saqué el móvil del bolsillo. Necesitaba dejar de escuchar a Blanca dentro de mi cabeza. Ese puñetero «¿Puedes hablar?» no había parado de repetirse desde que habíamos abandonado el *pub* para coger el taxi.

Seleccioné una *playlist* al azar. Empezó a sonar U2 con *With or Without You*. Salté enseguida al siguiente tema. Era *Animals*, de Maroon 5.

Coloqué el móvil en la mesita, junto a la cartera, y me senté en la cama. Le pedí a Dafne que se acercase.

—Me encanta esta canción. —Avanzó descalza hacia mí. Terminó de quitarse la blusa y se subió a horcajadas sobre mi regazo.

Me rodeó el cuello con los brazos. Nos besamos. Mis manos recorrieron su cuerpo hasta alcanzar el cierre de su sujetador. No quería pensar, pero, en cuanto su pecho desnudo se apretó contra el mío, la imagen de Blanca en la ducha irrumpió sin permiso.

Sacudí la cabeza. De un movimiento, tumbé a Dafne en la cama y me puse encima. Metí las manos bajo su falda, acerqué los labios a su clavícula, traté de concentrarme en recorrer esa enredadera de rosas y espinas.

Dafne cerró los ojos, se arqueó con un gemido. Mi boca descendió por su cuerpo mientras mi enfado crecía cada vez más. Me odiaba a mí mismo por desear que fuera otra persona la que

estuviera desnuda en mi cama. Tiré de su falda hacia abajo. Contuvo la respiración cuando besé el pequeño corazón que se escondía bajo la última rosa, justo rozando su ombligo.

Y me di cuenta de que no iba a ser capaz.

Apoyé la nariz en su vientre y resoplé con frustración. Ella acarició mi nuca, invitándome a seguir.

—Lo siento, no puedo —me incorporé, echándome hacia atrás.

—¿Qué pasa? —Parpadeó, sorprendida.

—No paro de pensar en mi ex.

Dafne se irguió en la cama.

—Bueno, tranquilo, es normal, acabas de divor...

—No, en mi exmujer, no... En Blanca. —Me tumbé a su lado, boca arriba. Clavé la vista en el techo—. Qué patético.

Dafne se frotó la cara y suspiró.

—Si te sirve de consuelo, yo estaba pensando en Rubén. Me pasa siempre que me acuesto con alguien, no lo puedo evitar.

—Pues vaya dos gilipollas. —Resoplé.

Me acarició el brazo y se levantó. Cogió la blusa de la silla.

—¿Ya te vas? —pregunté al ver que comenzaba a vestirse. Dafne se encogió de hombros.

—¿Y qué hago aquí? Está claro que no va a pasar nada. —Agarró una de sus sandalias y se sentó en la cama mientras se la ponía—. Además, tengo hambre. Me apetecen unos macarrones... Y necesito quitarme el maquillaje. Llevo pintada como una puerta desde el mediodía y ya me pican los ojos. —Se restregó las pestañas con el dedo y se agachó a por la otra sandalia.

—Yo también tengo hambre. —Acaricié su cadera—. Quédate y preparo algo de pasta para los dos.

Dafne se dio media vuelta. Dudó un momento, pero asintió.

—¿Tendrías algo para desmaquillarme? ¿Unas toallitas, agua micelar? —Debí de poner cara de imbécil porque se echó a reír—. ¿Jabón?

—De eso sí tengo. —Me levanté de la cama y la acompañé hasta el baño.

Diez minutos después, cuando Dafne entró en la cocina con la cara lavada, el agua ya había comenzado a hervir.

—¿Pasta de Mickey Mouse? —Señaló el envase.

—Mi hija se emperrió en que se la comprara. Luego no se la comió porque le daba pena masticar al ratoncito. —Eché la mitad del paquete en la olla mientras Dafne soltaba una carcajada—. Para acompañarla, puedes escoger entre un brik de tomate frito o una salsa de *foie* y boletus de la cesta navideña de la editorial.

Agarré cada bote en una mano y los agité en el aire para que eligiera.

—Tomate. —Señaló el tetrabrik—. Soy de grandes clásicos. ¿Tienes agua?

—En la nevera. —Saqué dos vasos del armario. Los dejé sobre la encimera.

—Y, dime —guardó la botella y se llevó su vaso a la mesa—, ¿qué pasa con Blanca?

—Es un poco largo de contar. —Removí la pasta.

—Estás de suerte. El tío que me había ligado esta noche se ha arrepentido a mitad del polvo y no tengo nada mejor que hacer.

Noté cómo me subían los colores. Mi cara debía de tener el mismo tono que el brik de tomate. Dafne se echó a reír.

—En serio, Martín —insistió, cruzando las dos piernas encima de la silla—. La última vez que

estuve con vosotros era verano de 1997 y parecíais muy felices. ¿Qué os pasó?

Le conté nuestra historia. Desde que Blanca y yo nos hicimos ese tatuaje juntos al final de aquel verano hasta la nota que me había dejado esa misma mañana antes de escabullirse. Me sinceré con Dafne. Reconocí muchísimas cosas que no me había atrevido a decir en voz alta delante de nadie más. Necesitaba desahogarme tras habérmelo guardado tantos años.

Al terminar, tocó su turno. Rubén la había dejado después de casi dos décadas y un buen puñado de cuernos. Se avergonzaba de haberlo perdonado tanto, pero, más aún, de seguir enganchada a un tío que nunca la había querido bien.

—Lo peor es que lo perdonaría de nuevo si viniera a buscarme otra vez —se lamentó—. Siento que nunca podré enamorarme de nadie más.

Es curioso cómo resulta más fácil contar tus miserias a una persona que acabas de conocer. O tal vez las desgracias compartidas crean esa intimidad en unas pocas horas. En la cama, ni siquiera habíamos terminado de quitarnos la ropa. Sin embargo, como amigos, nos estábamos desnudando por completo.

Cuando nos quisimos dar cuenta, eran las ocho y media de la mañana.

Dafne y yo nos vimos un montón durante las cuatro semanas siguientes. A veces me pasaba por su trabajo y nos bebíamos unas cervezas en la barra. Otras salíamos a cenar o al cine, o se venía a mi casa un domingo por la tarde a ver una película de Netflix, tumbados en el sofá. Siempre que nos poníamos a charlar, nos acababan dando las tantas.

Ese sábado por la noche fui a recogerla al *pub*. Le había tocado cubrir la sesión de tardeo y, sobre las doce y media, estaba a punto de terminar su jornada.

—¿Nos tomamos algo aquí? —Señaló una mesa libre en la terraza—. No tengo ganas de empezar a dar vueltas para buscar otro sitio.

Fui a ocuparla antes de que alguien la pillase. A los pocos minutos, Dafne salió con dos *gin tonics* y se sentó a mi lado. Nos quedamos mirando a unos tíos de una despedida que pasaban frente a nosotros.

—¿De qué lo han vestido? —Señalé al que deduje que era el novio—. ¿De periscopio?

Dafne soltó una carcajada.

—De Satisfyer.

—¡La madre que los parió! —Agarré mi copa y me acomodé en la silla. Dafne me imitó.

—La mayoría dan vergüenza ajena, pero hay algunos muy graciosos. El otro día vi a uno que iba de Cupido y estaba muy mono... —Bebió—. ¿A ti no te disfrazaron en tu despedida? —Abrí mucho los ojos y negué con la cabeza, horrorizado—. ¿Sabes? Te acabo de imaginar con las alitas y la túnica de corazones y estarías... divino. —Empezó a partirse ella sola—. Y de flamenca también tienes un punto... ¡No! Mejor aún, ¡de animadora!

—Eres una cabrona. Te estás descojonando —protesté, intentando no reírme. Le di unas palmaditas en la pierna—. Basta. Para ya de imaginar.

—No te mosquees, tonto, que en mi cabeza estás muy guapo con los pompones —contestó, divertida, y se acercó a mi oído—. Dame una B, dame una L, dame una... ¡Aaah! —se quejó porque le pellizqué la cara interna del muslo.

—Amor, ¿ese no es Martín? —escuché la voz de Vega a mi espalda.

Dafne y yo nos giramos a la vez. De pie, justo detrás de nosotros, mis amigos nos observaban desconcertados. Retiré la mano de su muslo con disimulo.

—No sabía que hoy fueras a salir, menos aún tan bien acompañado. —David se ajustó las gafas.

—Ni yo que tuviera que darte el parte —le contesté.

—No, si ya veo que no me cuentas nada. Creía que valorabas nuestra amistad. —Se acercó a

Dafne—: Encantado, soy David, examigo de este gilipollas...

—En realidad, ya nos conocemos; del instituto. —Dafne se levantó para darle dos besos—. Yo era la novia de Rubén Fuster.

—¡Hostia, Fuster! —David se golpeó la frente—. ¿Qué es de su vida? Hace mucho tiempo que no lo veo.

—No sé, yo también hace mucho tiempo que no lo veo —contestó ella—. Tres años, concretamente. Desde que lo dejamos.

Me reí de la cara de mi amigo al entender que había metido la pata.

—Amor, a veces tienes muy pocas luces —le reprochó Vega, que señaló con la mano primero a Dafne y después a mí—. Es obvio que ya no está con Rubén. —Se dio un par de golpecitos en las sienes.

—Sí, es verdad, perdóname —se disculpó David—. Me he tomado un par de vinos en la cena y no rijo bien.

—¿Ya estáis de retirada? —pregunté, esperando que me dijeran que sí.

—En realidad, buscábamos un sitio para tomar una copa, pero están las terrazas llenas. —Vega señaló las dos sillas vacías que teníamos enfrente—. ¿Os importa si nos unimos? —Antes de que pudiera contestar, se sentó con nosotros en la mesa.

Miré a David, que se encogió de hombros. Resignado, tomó asiento junto a su mujer. Vega siguió hablando como si nada.

—Oye, Dafne..., porque te llamabas Dafne, ¿verdad? —le preguntó—. Siento mucho lo de Rubén. Si lo dejasteis hace tres años, ¡llevaríais juntos un montón!

—Diecinueve, ¡imagínate!

—Nosotros ya llevamos veintidós... —empezó a decir David. Su mujer le dio un manotazo para que se callase.

—¿Y puedo preguntarte qué os pasó? —Vega acercó la silla a Dafne.

—Que con lo mono que parecía, en realidad era un cabrón. ¿Te puedes creer que me puso los cuernos un montón de veces?

—¡Qué hijo de puta! —Vega abrió muchísimo los ojos.

—¿Pedimos unas copas? —David se giró hacia ambos lados para buscar a la camarera. En cuanto la localizó, levantó el brazo para llamar su atención.

Como siempre, acabamos hablando del equipo de fútbol. David aportó nuevas anécdotas que yo tenía olvidadas. Me sorprendió que Vega sacase el tema de Rubén cada vez que podía, como si tuviera mucho interés en conocer los detalles exactos de lo que había ocurrido en su relación. A Dafne no parecía importarle. Contestaba a cada pregunta y se explayaba en las respuestas. Habían congeniado.

—Tendríamos que tomarnos unos chupitos para celebrar el reencuentro —propuso Dafne cuando la camarera trajo la segunda ronda.

—¿Otra vez tequila? —pregunté, asustado.

—Tequila no, se me ocurre algo mejor —dijo con una sonrisita peligrosa—. ¡Marisa, saca la absenta!

Su compañera soltó una carcajada.

—¡¿Absenta?! —exclamó Vega—. Tía, no me seas cafre.

—Yo no he probado nunca la absenta —admití.

—¿No? —Dafne me miró, sorprendida—. Pues, nene, hoy va a ser tu primera vez.

Antes de que pudiera arrepentirme, la camarera volvió con la botella y cuatro vasitos. Uno a uno, los llenó con un líquido verde translúcido.

—Os dejo la botella, pero no os paséis, que ya sabes lo que puede ocurrir...

—Gracias, guapa —le contestó ella, guiñándole un ojo. Cuando se marchó, repartió los cuatro chupitos.

Me lo bebí de un trago. Esperaba que me abrasara la garganta. Sin embargo, me resultó inesperadamente suave. Ese licor tenía un cierto regusto a regaliz. También sabía a alcohol, pero nada que ver con el impacto infernal de otros chupitos a los que Dafne se empeñaba en invitarme.

—No ha sido para tanto. —Dejé el vaso vacío en la mesa—. Lo prefiero mil veces a tus tequilas.

—No seas tan rápido —se rio mientras acariciaba mi rodilla—. En diez minutos, me cuentas.

David clavó la mirada en la mano de Dafne y me sonrió con complicidad. Ese gesto cariñoso no le había pasado desapercibido. Seguro que daba por hecho que estábamos liados. No lo desmentí. Si mi amigo pensaba que ya tenía novia, no me daría más la brasa con el tema.

—Yo sí que había probado la absenta; varias veces, además. —Vega se estiró en la silla—. En una de ellas, acabamos haciendo el salto de *Dirty Dancing* en medio del *pub*...

—¡Yo también! —exclamó Dafne—. ¡Con Rubén! La gente nos hizo un corrillo y nos jalearon.

A Vega le cambio la cara en un segundo. Parpadeó un par de veces, desconcertada. Enseguida forzó una sonrisa.

—Vaya, ¡qué casualidad! —Cogió la copa y bebió, con la mirada fija en la mesa.

—Yo no me acuerdo de eso. —David se rascó la frente, como si intentara hacer memoria.

—Será por el efecto de la absenta. —Dafne se volvió a reír—. Yo tampoco me acuerdo de muchas cosas o, si las recuerdo, son como en un sueño... —Giró la botella y observó la etiqueta—. La verdad es que siempre he sido de chupitos buenos, de los de verdad. No esas mierdas de cocteleras con nombres raros que nos ponían de adolescentes en los *pubs* de la Zona.

—¿No te gustaban los cerebritos? —pregunté—. Eran mierda de la buena.

—Hostia, los putos cerebritos. —David puso cara de asco y se levantó—. Voy a pedir una botella de agua. Ha sido pensar en la cosa esa con Baileys y se me ha revuelto el estómago.

Entró en el local, tapándose la boca con la mano.

—¡Qué tiempos, cuando salías con mil pesetas y aún te sobraba para la semana! —suspiró Dafne, que se echó hacia atrás en la silla—. ¿No lo echáis de menos a veces? Ojalá pudiéramos volver atrás...

Vega empezó a toser. Dio un trago a su *gin tonic* y carraspeó un par de veces.

—La verdad es que no. Me gusta mi vida ahora tal y como es. —Cogió un par de gominolas y se las metió en la boca—. Si tuviera que volver, lo haría todo de la misma manera. No cambiaría absolutamente nada.

—A mí me encantaría que fuera posible —contestó Dafne—. Y tengo muy claro que, si volviera a tener dieciséis, nunca nunca saldría con Rubén.

Vega la miró con una expresión extraña. Una mezcla de sorpresa y compasión. Colocó su mano sobre la de Dafne, que se la estrechó, apretando los labios.

—Voy a llevarle la botella a Marisa. —Soltó la mano de Vega y se puso en pie.

Los dos la seguimos con la mirada hasta que desapareció en el interior del *pub*.

—Es una tía muy maja, lo ha debido de pasar fatal. —Vega se giró hacia mí—. Lo peor es que la entiendo. No me preguntes cómo, pero la entiendo. A la perfección. —Bajó la mirada al suelo—. Como si yo misma lo hubiera vivido.

Y, en ese instante, comprendí por qué había estado tan rara toda la noche.

—Tú saliste con Rubén en el instituto... ¿Fue eso lo que te ocurrió en el otro futuro? —

pregunté sin pensar.

Vega levantó la cabeza como un resorte.

—¿Qué?

—En el otro futuro, David estaba casado con Sofía —le expliqué. Me sentía extrañamente lúcido—. Por lo tanto, tú debías estar con Rub... —Cerré los ojos—. Mierda.

—¿Cómo sabes eso? —Me miró como si hubiera visto un fantasma. Se le había pasado de golpe la borrachera.

No contesté. Apreté los labios y miré hacia otro lado. Quería desaparecer.

—Blanca, claro. —Vega resopló—. No me lo puedo creer... —Se cubrió la cara con las manos. Enseguida las retiró—. Espera, ¿lo sabe David?!

—No. —Moví la cabeza—. No se lo había dicho nunca a nadie..., hasta hoy. —Agobiado, me pasé la mano por la cara—. Créeme. Ni siquiera sé por qué lo he soltado en voz alta. Ha debido ser la puta absenta.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.

—No sé, hace bastante. Diez años, por lo menos... Blanca y yo ya no estábamos juntos, pero una noche me lo contó. Quería convencerme de que siguiera con Gloria —expliqué, apresurado. Vega me estudiaba en silencio—. No me dijo lo de mi hija hasta que me divorcié. También me explicó lo de las hijas que habían tenido Sofía y David...

—¡Joder, ahora lo entiendo todo! —Apoyó la cara en las manos y exhaló con fuerza—. Tú lo sabías. Sabías lo importante que era, por eso lo lograste convencer. —Volvió a levantar la cabeza—. ¿¿Seguro que no le contaste nada?!

—Te lo juro.

—Dios, voy a matar a Blanca... —suspiró.

Le hice una seña con la barbilla: David y Dafne acababan de salir del *pub*. Su marido avanzaba hacia nosotros con una botella de agua en la mano.

—Nena, ¿te importa si nos vamos? —le preguntó—. Estoy un poco mareado.

—Sí, yo tampoco me encuentro bien —contestó Vega.

Nos pusimos en pie. Le di un abrazo a mi amigo, que me pidió que lo llamase un día de estos. Luego me despedí de Vega. Al darnos dos besos, susurró en mi oído.

—Martín, no le cuentes nuestro secreto.

Negué con la cabeza. No tenía ninguna intención de hacerlo.

Ni de volver a beber absenta nunca más.

## 16. VIAJERAS

Domingo, 29 de julio de 2018

BLANCA

Me desperté con el timbre de la puerta. Me costó un par de segundos recordar que estaba en mi apartamento, en la playa de San Juan. Desde que me había separado de Jorge, me encontraba desubicada. Hacía unas semanas que me había llevado mis cosas de nuestro piso de Madrid y aún no me había acostumbrado a vivir otra vez en Alicante.

Volvieron a llamar con insistencia y me incorporé. Por la luz de la ventana, parecía muy temprano. Miré la hora en mi móvil y descubrí tres llamadas de Vega y varios mensajes de WhatsApp a las tantas de la madrugada. Como lo tenía en silencio, ni siquiera me había enterado.

—¡Sé que estás ahí, cabrona! —la escuché gritar en el rellano—. ¡Ábreme la puta puerta!

—¡Ya voy! —chillé, y me puse los pantalones cortos que estaban sobre la silla.

Corrí por el pasillo hacia la entrada, sorteando varias cajas de mudanza por el camino. Algo muy grave debía haber pasado para que Vega se plantase en casa un domingo a las siete y cuarto de la mañana.

—¿Se lo has contado a Martín?! —me gritó furiosa en cuanto le abrí.

—¿Qué?!

—¡Que lo sabe todo! —Me señaló con el dedo—. ¡Y lo sabe todo porque tú se lo has contado!

La observé, atónita, mientras se colaba en mi casa y cerraba de un portazo. Tenía la cara roja por el cabreo y unas ojeras enormes. Pasó directa a la cocina sin preguntar.

—¡Es que no me lo puedo creer! —Soltó el bolso en la mesa y se llevó los dedos a las sienes—. Hostia, Blanca, ¿en qué cojones estabas pensando?!

—Tía, respira. —Apunté con las palmas al suelo y moví los brazos hacia abajo—. Me acabo me levantar y no estoy entendiendo nada. Por favor, explícame qué es lo que le he contado a...

—¡Lo del viaje en el tiempo!

Me quedé muda. No podía ni reaccionar. No me cabía en la cabeza que Martín se lo hubiera dicho de manera voluntaria. Confiaba en él, me resultaba increíble que me hubiera traicionado. Tenía que haber una explicación.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté al final.

—Ayer nos lo encontramos en la Rambla... Nos tomamos unos chupitos de absenta y, cuando estábamos a solas, se le escapó. ¡Joder, es que esto es muy fuerte! —Vega se pasó una mano por la cara—. Tenemos que llamar a Sofía.

Sacó el móvil del bolso, buscó el contacto de nuestra amiga y pulsó el botón de videollamada. A los tres o cuatro tonos, Sofía apareció en la pantalla. Se frotaba los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Estáis bien? —preguntó, alarmada.

Las dos asentimos con la cabeza.

—Ponte los auriculares —le pidió Vega, al ver que estaba en la cama con Alba—. Es algo entre nosotras tres... —Se giró hacia mí—. O al menos eso creía yo.

Solté un bufido. Me levanté de la silla y saqué una taza del armario. Necesitaba un café.

—Pero ¿qué hora es? —preguntó Sofía en un susurro mientras avanzaba por el pasillo—. Estaba dormida.

—Las siete y media. —Vega resopló—. ¡Suerte que tú has podido dormir!

La pantalla enfocó el techo. Debía haber dejado el móvil sobre una mesa para colocarse los AirPods. Metí una cápsula en la cafetera y pulsé el botón.

—Ya. —Sofía volvió a aparecer, presionándose la oreja con el dedo—. ¿Qué ha pasado?

—¡Que Blanca le ha contado a Martín lo del viaje en el tiempo! —exclamó Vega de carrerilla, como si las palabras le quemasen en la boca.

—¿¿Qué?! —gritó. Miró a su alrededor y añadió en voz baja—. ¿Por qué se lo has contado?

—A ver, que no se lo he contado ahora mismo, se lo dije hace un montón. Creo que fue justo después de tu boda. —Apagué la cafetera y volví con la taza a la mesa—. Se había peleado con Gloria y estuvimos a punto de enrollarnos, pero se rayó. Lo intenté convencer de que volviera con ella y...

—Y no se te ocurrió nada mejor que soltárselo. —Vega terminó la frase por mí.

—No fue exactamente así —me justifiqué—, pero sí. Digamos que no encontré muchos más argumentos. —Me encogí de hombros y bebí un sorbo de café.

—¡Y se queda tan pancha! —Vega apoyó el móvil contra el frutero y se levantó—. ¡¿No te diste cuenta del marrón en el que nos metías a nosotras?!

—Pues, mira, no. Lo siento, pero no. Ni siquiera lo pensé. —Me volví hacia Sofía, que nos observaba con los ojos como platos—. Míralo por el lado bueno, gracias a eso, tú has tenido a tus hijas. Te recuerdo que fue Martín quien convenció a David de que fuera el donante...

—¿¿David lo sabe?! —exclamó Sofía.

—No —respondí, rotunda—. Martín me juró que no se lo dijo.

—Espera, Blanca, no sé si lo he entendido bien. —Sofía volvió a frotarse los ojos—. Todo este tiempo... ¿Martín ya lo sabía? Pero si decías que no querías contárselo a nadie.

—Te equivocas —la corregí—. Dije que no quería contárselo a Jorge.

—¡Hay que joderse! —Vega miró al techo y soltó una carcajada incrédula.

—Chicas, tengo un montón de preguntas y aquí no puedo hablar. Me visto y voy a tu casa. Dadme veinte minutos —nos pidió Sofía.

—Vale —contestó Vega, y cortó la videollamada.

Dejó el móvil en la encimera y sacó otra taza del armario.

—Tía, perdóname —dije casi en un susurro.

—Estoy muy enfadada, Blanqui. —Colocó una cápsula en la máquina y presionó el botón para que saliera el café.

—Ya. —Bebí otro sorbo sin quitarle la vista de encima.

Sacó el azucarero y la leche, y los llevó a la mesa. En cuanto la cafetera paró, cogió su taza y se sentó junto a mí.

—Ayer fue una noche muy rara. —Se sirvió un poco de leche del tetrabrik—. Entre eso y lo de Dafne, apenas he dormido.

—¿Lo de Dafne?

—Dafne también estaba en el *pub* y me contó que Rubén... —Dejó de remover el azúcar y me miró—. Lo siento, Blanqui, pero creo que Martín y Dafne están juntos.

Se me paró el corazón. Agarré mi taza con fuerza, porque estuvo a punto de escurrírseme de entre las manos.

—¿Dafne, Dafne? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Dafne la de tu Rubén? Esa Dafne... ¿con Martín? —Vega asintió—. ¿Te lo dijo él?

—No, pero nos los encontramos a los dos solos, sentados juntitos en una terraza y él le estaba metiendo mano... Blanco y en botella. —Se encogió de hombros.

Miré al suelo y tragué saliva. «Martín y Dafne». Inspiré hondo, porque sentía que estaba a punto de ponerme a llorar.

—¿Desde cuándo están saliendo? —pregunté.

—No lo sé, Blanqui. —Vega puso una mano en mi pierna—. Al volver a casa, le pregunté a David, pero él tampoco lo sabía. Martín no le había contado nada.

Dejé la taza en la mesa y me levanté. Avancé un par de pasos al suelo.

—Pero ¿Dafne no estaba todavía con Rubén? —Me volví hacia Vega—. Si los vi por la calle hace cuatro o cinco años...

—Ya no, nos dijo que habían cortado hacía tres.

Fui a la nevera y llené un vaso de agua. «Seguramente, Martín ya estaba con ella la noche de mi borrachera», asumí mientras todo empezaba a cobrar sentido. Ya tenía la explicación de por qué me había rehuido y no había contestado a mi pregunta de si todavía me quería. «Por eso insistía tanto en que hablásemos al día siguiente, para contarme que había rehecho su vida con Dafne». Bebí, procurando calmarme, aunque cada vez me encontraba peor.

Hacía casi un mes que Martín me había bloqueado en el móvil. Había tratado de hablar con él un montón de veces desde que había roto con Jorge, pero siempre que entraba en WhatsApp, el icono gris sustituía a su foto entre mis contactos. Tampoco le llegaban mis mensajes. Tenía, al menos, veinte o treinta con una sola rayita gris. Supuse que había tomado esa decisión tras agobiarlo esa noche con mis llamadas. «¡Como si no hubiera sido suficiente con haberlo acosado en la ducha!», me lamenté. O quizá Dafne y él estaban en la cama y yo no paraba de molestar. El corazón se me encogió ante esa imagen. Apreté los ojos y me tapé la cara con las manos. «Debí parecerles patética».

—Martín está con otra —murmuré—. No me lo puedo creer...

Se me escapó un sollozo. Mi amiga se levantó y me frotó la espalda.

—Ya, tía, con Dafne, ni más ni menos... No sabes lo muchísimo que te entiendo ahora mismo —dijo mi amiga, intentando consolarme—. ¡Puto universo, para ya de descojonarte de nosotras!

No pude evitar reírme. En el fondo, resultaba irónico que fuese Dafne la que había acabado con Martín después de tantos años con el ex de Vega.

—Al menos, es una buena tía... —empecé a decir.

—Es muy maja, Blanqui —me interrumpió Vega—. Y lo ha debido pasar fatal. Ayer me contó que, en diecinueve años, Rubén le puso los cuernos tantas veces como a mí. Se merece a alguien como Martín, por mucho que nos joda... —Asentí con la cabeza—. Anoche se les veía felices, parece que se llevan genial.

Retiré las manos de mi cara e inspiré hondo. Conocía un poco a Dafne y estaba de acuerdo con Vega. Se merecía a alguien que la tratara bien. «Y si Martín es feliz con ella, ¿quién soy yo para meterme en medio de esa relación?». Exhalé despacio por la boca. Lo mejor era hacerme a la idea y aceptarlo cuanto antes.

Oímos ruido en el rellano y, enseguida, el timbre sonó con insistencia. Vega y yo nos giramos a la vez.

—Abro yo —dijo mi amiga, dándome unas palmaditas en la espalda—. ¡Y que conste que sigo muy enfadada contigo! —Me señaló con el dedo mientras iba hacia la puerta.

Sofía entró en mi cocina como una bala. Tenía el pelo revuelto y la camiseta del revés. También estaba coloradísima, aunque no podía decir si era a causa de las prisas o por el cabreo.

—¡Joder, Blanca! —me gritó al entrar—. ¡¿Por qué coño no nos lo habías dicho?!

Confirmado, era del cabreo.

—Lo siento, Sofi. —Me encogí de hombros porque no sabía qué más añadir.

—No lo entiendo, Blanca. Hemos hablado un montón de veces sobre esto y nunca nos has contado que se lo habías dicho a Martín. —Tiró su bolso en la mesa, junto al de Vega—. Estoy muy enfadada contigo ahora mismo.

—Eso también se lo he dicho yo —apuntó mi otra amiga detrás de ella—. ¡Muy enfadada!

—¿Seguro que no lo sabe David?! —Sofía se pasó las manos por el pelo.

—No.

—¿Ni Alba?!

Volví a negar.

—¿Nadie más? ¿Seguro seguro? —inquirió.

Moví la cabeza hacia ambos lados... hasta que caí en que había alguien más que sabía que las tres habíamos viajado en el tiempo.

Tragué saliva.

—¿Qué pasa, Blanca? —Sofía alzó las cejas al ver mi cara de culpabilidad—. ¿Hay algo más que tengas que contarnos? No más secretos entre nosotras, por favor.

Bajé la cabeza. Respiré hondo antes de contestar:

—Lo sabe Roy —alcé la mano porque Vega estaba a punto de replicar y necesitaba que me dejara acabar la frase—, pero Roy lo sabe porque también es un viajero del tiempo, como nosotras.

—¿Qué?! —chilló Sofía.

—¡A tomar por culo! —Vega levantó las manos y se echó a reír.

Me crucé de brazos y miré a mis amigas: Sofía parecía estar en *shock*, con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Vega se había sentado en el suelo, presa de un ataque de risa histérica.

—Roy es otro viajero, claro que sí, guapi —dijo con una risotada—. ¿Y quién más? ¿Hugo Silva? ¿La reina de Inglaterra? —preguntó, limpiándose las lágrimas. Apreté los labios para no reírme—. Deberíamos hacer un club y juntarnos los jueves para merendar... Blanqui, ¿hablas tú con Jordi Hurtado?

Se me escapó una carcajada monumental. Vega me miró y comenzamos a reírnos como dos locas, ante la cara perpleja de Sofía.

—No estáis bien —repetía nuestra amiga, que movía la cabeza hacia los lados.

—¡Claro que no! —respondió Vega, a la que le había entrado hipo—. ¿No ves que Blanca acaba de decir que Roy también es un viajero?

—¡Es que Roy es un viajero! —exclamé, y las dos volvimos a partirnos de risa—. ¡Tía, que es verdad, te lo juro!

Vega se dejó caer hacia atrás, sujetándose la barriga. Yo también me senté en el suelo, porque se me aflojaron las piernas de tanto reír.

—¡Basta, chicas, que esto es muy serio! —Sofía dio un par de palmadas en el aire y nos sobresaltó—. A ver, Blanca, explícanos eso de que también es un viajero.

Estaba a punto de reírme otra vez, pero la vi tan enfadada que me contuve. Tomé aire para calmarme y les relaté cómo lo había descubierto, varios años atrás, al leer su Moleskine.

—¡Por eso no se separaba nunca de ella! —Vega se levantó y sacó la botella de agua de la nevera—. ¡Qué cabrón! El tío montándose en el dólar con los *bitcoins* y nosotras convenciendo a mi marido para lo de las gemelas.

—Sigue sin entrarme en la cabeza por qué no nos lo contaste —repitió Sofía.

—Pues por lo que Vega acaba de decir. —Señalé con la mano a mi amiga, que bebía directamente de la botella—. Yo estaba en Madrid, y vosotras tan enfrascadas en vuestros problemas que no sabía ni cómo planteároslo. —Volví a cruzar los brazos—. Luego pasó lo de

Los Ángeles y me centré en mis propias historias.

—Ya, pero, Blanca... —Sofía se rascó la frente y suspiró—. En fin, es igual. ¿Y Roy sabe qué nos va a pasar la noche de la tormenta?

—No —negué con la cabeza—. Está igual que nosotras. Quizá incluso peor, porque él viajó desde 2022. —Me levanté del suelo y me senté junto a Sofía.

Les compartí lo que me había contado Roy sobre su vida en la otra dimensión: cómo le había afectado la crisis, sus problemas con el alcohol y el modo en el que se había repetido la historia al reencontrarse con su mujer unos años antes. También les expliqué lo que me había descrito sobre la pandemia de COVID que ocurriría en 2020. Al terminar, las dos me observaban horrorizadas.

—Tenemos que decírselo cuanto antes a Alba y a David —afirmó Sofía—. Queda muy poco para que pase y no sabemos lo que podría ocurrirnos. —Se giró hacia Vega, que la miró, asustada. Sofía puso una mano en su hombro—. No podemos ocultárselo más, necesitarán un tiempo para asimilarlo.

—No... —negó Vega, aunque con mucha menos fuerza que otras veces.

—Martín lo sabe —insistió Sofía—. ¿No crees que todos tendrían que estar en igualdad de condiciones?

Vega echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. La observamos en silencio, parecía que sopesaba una decisión que le costaba demasiado tomar. Al final, exhaló con fuerza.

—Vale —aceptó—. Se lo diré yo primero a David y luego tú se lo dices a Alba, ¿de acuerdo? —Sofía asintió—. Pero dame unas semanas, necesito encontrar el momento perfecto.

—Cuatro semanas como máximo, no voy a esperar ni un minuto más —le advirtió nuestra amiga—. ¿Hay trato? —Sofía extendió la mano.

Vega dudó unos segundos hasta que se la estrechó.

A pesar de que Sofía le había dado un mes de plazo, durante las tres semanas siguientes no pasaron más de dos días sin que se lo recordara por el chat de WhatsApp.

**Sofía**

¿Se lo has dicho ya?

**Vega**

No, y estoy empezando a sentirme un poquito presionada.

Vega cambió el nombre del grupo a *Sin presión!!*

Sonreí al leerlas. En el fondo, las entendía a las dos. Yo también había pasado por sus mismas emociones: desde la imperiosa necesidad de compartir mi secreto con alguien a quien quería hasta el miedo irracional a que me tachasen de loca y que las cosas cambiaran de la noche a la mañana.

Iba a contestarles alguna gilipollez cuando me llegó un mensaje privado.

**Vega**

La quiero mucho, pero es más pesada que una vaca en brazos.

**Yo**

Parece mentira que no la conozcas

Sin presión: ¿has decidido cómo se lo vas a contar a David?

**Vega**

Más o menos, aunque nunca encuentro el momento adecuado.

¿Cómo lo hiciste tú con Martín?

**Yo**

Estaba borracha.

**Vega**

Me has dado una idea cojonuda.

Mi amiga se puso a grabar un audio y aproveché para revisar la última conversación que había tenido con Martín. Diez días atrás, me había desbloqueado en mi cumpleaños para mandarme un mensaje de felicitación por mis treinta y nueve.

Aquel escueto «Felicidades, Blanca» me había sorprendido tanto que no había sabido cómo reaccionar. Me habría gustado responder con cada una de las frases que aún seguían atrapadas en el chat y que nunca habían llegado a su destino, pero ¿de qué hubiera valido, a esas alturas, decirle que me había dado cuenta de lo que sentía por él? Que había roto con Jorge y que solo le pedía una última oportunidad para que intentásemos ser algo más que amigos, aunque le resultara difícil, porque estaba segurísima de que iba a funcionar...

En cambio, le había contestado con un educado «Gracias». Cualquier otra respuesta hubiera sido violenta para los dos. Más, incluso, para él, que ya tenía una nueva pareja. Debió de bastarle con eso, porque tampoco añadió nada más.

Volví al chat con Vega, que continuaba grabando el audio. «Ya verás, se avecina *podcast*», pensé, y saqué del bolso los auriculares para prepararme. Los acababa de conectar al teléfono cuando Sofía envió otro mensaje por el grupo.

**Sofía**

¿Nos tomamos algo el miércoles?

Así te ayudamos a plantear la conversación.

**Vega**

Tía, eres MUY pesada.

Por cierto, me acabas de joder un audio muy largo y ya no tengo ganas de volver a empezar.

**Yo**

A mí me viene mejor el jueves, que acabo la publi y vuelvo a Alicante.

Lo del audio nos lo cuentas en directo.

**Sofía**

¿Jueves 19:30 en la plaza Nueva?

**Yo**  
Ok.

**Vega**

Vale, pero como alguien vuelva a hacer una sola mención al temita antes del jueves, ¡¡¡paga todas las rondas!!!

Y ESO VA POR TI, SOFI.

Solté una carcajada en mitad de la calle y algunos transeúntes se giraron en mi dirección. Por suerte, no me reconoció nadie. Aproveché que llevaba puestos los auriculares para escuchar una *playlist* que me había compartido Martín hacía unos meses. Empezó a sonar *Treat You Better*, de Shawn Mendes, y sonreí con nostalgia.

Estaba en Madrid por unos días, para hacer un anuncio de perfume que empezaría a emitirse de cara a la Navidad. Desde que había acabado la serie, ninguno de los proyectos que le llegaban a Elia me acababan de convencer. Habíamos vuelto a los papeles secundarios y, esa vez, a los de madre se añadían los de divorciada o solterona de una cierta edad. Me lamentaba muchísimo de haberle dicho que no a la peli de Roy.

Con la música en mis oídos, guardé el móvil en el bolso y eché a andar hacia el hotel. Después de haber vivido trece años en Madrid, me resultaba muy extraño alojarme fuera de mi casa. Me sentía como una turista en mi propia ciudad.

Jorge se había quedado en el piso que habíamos compartido de casados. Lo había comprado él solo al regresar de Connecticut, por lo que no tuvimos ninguna duda tras nuestra separación. Se había ofrecido a pagarme la mitad de lo que invertimos juntos en la reforma, pero decliné su oferta: con lo que había ahorrado con la serie, me sobraba para estar una buena temporada sin trabajar.

Hacía una tarde estupenda y no me apetecía pasarla metida en el hotel, así que decidí dar un paseo. Recordé que, a un par de manzanas, se encontraba aquella cafetería tan chula en la que había estado con Jorge muchísimo tiempo atrás, cuando, después de habernos reencontrado en La Posada, había roto conmigo para regresar con Marta. No había vuelto por allí desde aquella vez.

«Esta es la ocasión idónea, será como cerrar una etapa». Me acordé de la pintaza que tenía la tarta de chocolate y ya no necesité ningún otro motivo más. Era la decisión correcta. Solo esperaba que no la hubieran cerrado en todos estos años.

Apreté el paso, expectante, mientras recorría los últimos doscientos metros. Al alcanzar la fachada, sonreí. La cafetería seguía en el mismo sitio, como si no hubiese pasado el tiempo. Me asomé a la ventana y recorrí con la vista el interior: aún tenía las mismas mesas de madera

oscura, sus sillas metálicas de colores, de estilo industrial, y esa vitrina pecaminosa llena de porciones de distintas tartas y pastelitos, a cada cuál más apetecible.

Me quité los auriculares. Iba a entrar cuando me fijé en el hombre que ocupaba una de las mesas del fondo y se me paró el corazón. Me bajé las gafas de sol porque no podía creer quien era.

«¿Qué hace aquí Jorge?».

Estaba sentado solo, con las manos cruzadas sobre la mesa. Alzó un poco la muñeca y consultó su reloj. Antes de que volviese a levantar la vista, me eché hacia atrás y me choqué con alguien.

—Uy, perdón. —Bajé la cabeza y me tapé la cara con la mano para que Jorge no me descubriera.

—No pasa nada —dijo una voz femenina tras de mí. Me rodeó sin mirarme y abrió la puerta, parecía que tenía prisa por llegar.

Me di media vuelta, hasta quedar de espaldas a la ventana, y me coloqué las gafas de sol. Aún no me cabía en la cabeza que aquel fuera Jorge. En una ciudad en la que resultaba imposible encontrarte con tu ex, era demasiada casualidad que coincidiéramos justo en esa cafetería.

Me giré para echar un último vistazo antes de regresar al hotel. Tenía que comprobar que mi imaginación no me había engañado.

Era él. Se había levantado de la mesa y saludaba a la mujer que acababa de entrar. Se separaron después de darse dos besos y me percaté de que se trataba de Marta. Se sentaron uno enfrente del otro sin dejar de sonreír. Enseguida, aquella camarera tan borde llegó para tomarles nota.

«No me lo puedo creer». Sentí una mezcla de emociones en la boca del estómago, una combinación de incertidumbre y dolor. Aunque tenía claro que separarnos era lo mejor para ambos, era extraño ver a quien un día quisiste tanto con una nueva persona. Los observé, absorta, a través del cristal.

Cuando la camarera se fue, Marta se levantó y señaló hacia los lavabos. Jorge asintió. Se arremangó la camisa y se giró hacia la ventana. Al descubrirme parada al otro lado, enarcó las cejas.

Le sonreí de manera fugaz; él me devolvió la sonrisa. Volví a ponerme los auriculares y me alejé calle abajo, con una sensación de *déjà vu*. Al igual que diez años antes, volvíamos a despedirnos en esa misma cafetería. Esa vez, para siempre. Ya no había marcha atrás.

Al llegar al hotel, aún estaba turbada. De algún modo, era como si la historia se hubiera vuelto a repetir. Me dejé caer en la cama y recordé aquellos días tan raros tras la boda de Sofía: la confesión a Martín de que era una viajera para animarlo a volver con Gloria y, poco después, el rechazo de Jorge porque iba a intentarlo con Marta. Me encogí sobre el colchón, hecha un ovillo, sintiéndome tan sola como entonces.

«Lo superarás, Blanca, ya pasaste por esto una vez», me dijo mi voccita interna.

Solo había una cosa que me había salvado en aquel entonces: mi trabajo de actriz, que se había convertido en el motor que me ayudó a salir adelante. Decidí que, esa vez, también iba a ser así. Tenía claro lo que debía hacer.

Saqué el teléfono y marqué su número, cruzando los dedos para que no fuera demasiado tarde para hacer su película en Los Ángeles. Era mi oportunidad. Estaba dispuesta, incluso, a suplicar si era necesario.

En cuanto descolgó, lo escuché reír al otro lado de la línea.

—Hola, Blan —me saludó Roy—. Sabía que, al final, me llamarías.

## 17. GUASAP

Viernes, 17 de agosto de 2018

MARTÍN

—¿Sabes lo que me dijo anoche Vega? —David agarró su botellín. Antes de beber, se le escapó una risita.

—Quién sabe —respondí—. De tu mujer me espero cualquier cosa.

Miré a las niñas. Jugaban en uno de esos caballitos con muelles a unos pocos metros de nosotros. Con ellas, solíamos ir a ese parque. Tenía una heladería con terraza justo al lado, donde nos tomábamos algo mientras las vigilábamos.

Me pareció que David iba a contestar, pero volvió a reírse, como si le diera vergüenza.

—Si es algo sexual, olvídate. —Removí mi horchata sin apartar la vista de las crías—. Hay cosas que prefiero no saber.

—No, no es sexual, pero... —Se frotó los ojos por debajo de las gafas—. No, no puedo, tío. Para contarte esto, necesito algo más fuerte que una cerveza sin alcohol.

Mi hija se puso de pie sobre el caballito y le hice una seña para que se sentase. Arrugó la cara, enfurruñada.

Desde que me había encontrado a David y Vega en la terraza del *pub* de Dafne, mi amigo no había dejado de bombardearme por WhatsApp para quedar. Estaba muerto de curiosidad por que le contara cosas sobre mi supuesta novia. En los últimos veinte minutos ya me había lanzado un par de indirectas que había rehusado responder. No me habría extrañado que esa historia de Vega acabase también con una pregunta trampa.

—Voy a comprarme una moto —dije para cambiar de tema—. La Ducati Icon me tiene flipado. —Busqué una foto en mi móvil y se la enseñé.

—Joder, macho, tienes una crisis de los cuarenta de manual: la moto, la novia sexi... —Remarcó eso último con retintín y me devolvió el teléfono—. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Apuntarte al gimnasio?

—Hace tres meses que voy. —Agarré el móvil. Con la otra mano, me di un par de palmadas en los abdominales—. No está de más cuidarse un poco.

—Lo que te decía, el típico cuarentón. —Se echó hacia atrás en la silla—. Por cierto, ¿sabes que Blanca se ha separado también? Te diría que ha sido el destino, pero como tú ya estás con otra...

—¿Blanca ha dejado a Jorge? —pregunté, atónito.

—Sí, hace un mes y algo, más o me... ¡Ainhoa, a ese columpio, no! ¡¿No ves que Blanquita es más pequeña que tú?! —Apoyó su botellín en la mesa y se levantó para ir con las niñas.

Lo observé mientras asimilaba aquella bomba. Recordé que mi hermano me lo había insinuado un par de veces, pero no imaginaba que las cosas les fueran tan mal. Por un segundo, quise creer que era verdad lo que me había soltado Blanca la noche de su borrachera. Pero recordé que había escrito «amigos». En mayúsculas. Y desterré la idea.

Di un sorbo y abrí WhatsApp para mirar su foto de perfil. En las últimas semanas, apenas habíamos cruzado un par de palabras. Tras ese «Gracias» tan seco, ya no me había dicho nada más. Entendía que estuviera enfadada conmigo después de haberla bloqueado durante casi un mes. Yo seguía molesto con ella. No estaba furioso, como los primeros días, pero sí bastante dolido.

La vi en línea. Dudé si enviarle un mensaje para preguntarle cómo estaba y decirle que me acababa de enterar. Ella había estado muy pendiente de mí cuando me divorcié de Gloria. Empecé a escribir, pero lo borré de inmediato. Si no me lo había contado, tendría sus motivos. Preferí esperar a que ella me escribiera primero.

Alcé la cabeza y vi que David avanzaba en mi dirección. Bloqueé la pantalla y guardé el teléfono en el bolsillo.

—Bueno, ¿y qué tal con la pelirroja? No sueltas prenda, cabrón. —Se sentó a mi lado y optó por preguntar abiertamente.

—Tú tampoco me has contado qué te dijo Vega.

Soltó un suspiro largo que terminó en otra de sus risitas.

—Pues..., a ver. —Miró al cielo y exhaló—. Anoche, según entró por la puerta, me dijo: «Tenemos que hablar», y me llevó hasta la cocina. Estaba muy seria y me acojoné. Pensaba que iba a dejarme, o a decirme que se había enamorado de otro, yo qué sé... —Se pasó la mano por la nuca—. Ya estaba sudando frío cuando, de repente, va y me suelta que... —Hizo una pausa y resopló por la nariz, como si estuviera a punto de descojonarse—. Me suelta que ha viajado en el tiempo... Pero, atención, que no solo ella. —Levantó el dedo índice y se giró hacia mí—. Que Blanca y Sofía, también. Que las tres habían venido del futuro... —Soltó una carcajada estrepitosa—. ¿Te lo puedes creer?

Enarqué las cejas. Me giré despacio hacia mi amigo, que aguardaba, atento, mi reacción.

—¿Y tú qué le dijiste? —pregunté con cautela.

—Pues que si era la del anuncio de la lejía. ¿Qué coño querías que le dijera? —Se volvió a reír—. Había pasado la tarde con la chicas y venía fina.... Seguro que se pusieron ciegas... ¡Ay, señor! —Me miró, sorprendido—: ¿No te hace gracia?

Me rasqué una ceja, sin saber qué contestar. Le había prometido a Vega que no le contaría nada a David, pero, si ellos lo habían hablado, había dejado de ser un secreto.

—Ya había escuchado esa historia.

—¿De Vega?! —preguntó, soltando un gallito.

—No, me lo contó Blanca hace tiempo. —Removí mi horchata antes de beber—. Que se fueron a dormir una noche de 2019 y, al día siguiente, se despertaron en 1996.

—¿Qué mamonas! Nos han gastado la misma broma a los dos... —Agarró su botellín—. ¿Y qué le contestaste tú?

Apreté los labios y dejé la horchata en la mesa.

—Vamos, tío —insistió—. No me jodas que picaste con esa gilipollez.

—A lo mejor no es una gilipollez.

Mi amigo me observó con una media sonrisa. Negó con la cabeza.

—Estas de coña. —Bebió.

—No.

—No se puede viajar en el tiempo.

—Ya lo sé.

Las niñas llegaron corriendo y nos pidieron un poco de agua. Abrimos cada uno una botella y se las tendimos. Después de dar un par de tragos, se volvieron a marchar a los columpios. Las seguimos con la mirada.

—A ver, macho —mi amigo volvió a coger la cerveza y me señaló—, yo entiendo que a ti te mola mucho *Regreso al futuro*, pero esto... Es ridículo.

Le sonreí a mi hija, que me gritaba desde lo alto del tobogán para que la mirase.

—¿Te acuerdas de cuando tu mujer se apostó esos doscientos euros contigo en el Mundial de

2010? —le dije con los ojos fijos en la cría—. ¿Cómo iba a saber Vega que lo ganaría España?

—Fue suerte, supongo —respondió.

—¿Tanta como para ganar otros cien más acertando lo de la Eurocopa en 2012?

Mi hija se deslizó hasta el suelo y levanté el pulgar. Echó a correr de nuevo hacia la escalera.

—Esa era más fácil de adivinar —se excusó mi amigo.

—¿Incluso lo del 4-0 en la final contra Italia?

David se encogió de hombros. Dio otro trago al botellín y se recostó en la silla, con la vista fija en las nubes.

—Mucha suerte tiene Vega con las apuestas —añadí—. Hace más de veinte años que no pierde ninguna.

No contestó. Contemplaba el cielo, pensativo.

Mi hija volvió a chillarme para que la mirara y se lanzó por el tobogán. Al llegar abajo, le aplaudí. Sonrió, satisfecha.

—¿Tú las crees? —me preguntó David.

Lo miré de reojo. Seguía observando las nubes. Estiré el brazo para coger mi vaso.

—Guasap —dije al final.

—¿Qué?

—Guasap —repetí.

David se incorporó y me miró extrañado. Luego abrió mucho los ojos, como si después de tanto tiempo acabara de pillar el chiste.

—¡Hostia puta! —exclamó.

Durante años, cada vez que una de las tres pronunciaba esa palabra, las otras dos se partían de risa. Ninguno entendimos nunca a qué se referían ni por qué les hacía tanta gracia. Imaginamos un montón de teorías, pero jamás le encontramos una explicación. En algún punto, las chicas se cansaron de decirlo y a nosotros se nos olvidó.

—¿¿Guasap era...WhatsApp?! —preguntó David.

—Eso parece. —Bebí.

Lo dejé a su aire para que lo procesara. Se pasó las manos por la cabeza, aturdido.

—Pero ¿cómo puede ser?

—No tengo ni puta idea.

Mi hija se tropezó al bajar de un columpio y se echó a llorar. Me levanté para acercarme a ellas.

Mientras calmaba a Blanca, eché un vistazo a David. Fruncía el ceño, confuso, con los ojos fijos en el suelo. Murmuró y negó con la cabeza, riéndose con incredulidad. Comprendía muy bien por lo que estaba pasando. Yo había tenido la misma reacción.

—¿Vamos ahí? —Ainhoa señaló los columpios y mi hija dejó de sollozar de inmediato.

Le besé la mano que le dolía y se fueron a jugar las dos juntas. Me incorporé a la vez que se alejaban.

Volví a la mesa y me senté junto a David. Durante unos minutos, los dos nos quedamos callados, en un incómodo silencio. No sabía qué decir. La situación era demasiado surrealista incluso para cambiar de tema.

Fue mi amigo quien rompió ese mutismo.

—No me puedo creer que vaya a preguntarte esto, pero ¿qué se supone que pasó en...? ¿Cómo cojones lo llamó?

—¿La otra dimensión? —confirmé. Mi amigo asintió con la cabeza—. ¿Vega no te ha contado nada?

—No pudo, me estaba descojonando. Solo me dijo que, en su futuro, no estábamos juntos.

Fruncí el ceño. Yo no era el más adecuado para darle esa información.

—Creo que es mejor que eso lo hables con ella —contesté.

—Venga, explícamelo. Soy un tío listo, seguro que puedo entenderlo...

Chasqueé la lengua, ladeando la cabeza.

—No me jodas, Martín... ¡¿Tan malo es?! —Alzó las cejas—. ¿Yo estaba muerto o algo parecido?

—No, hombre, no.

—¿Y por qué Vega no estaba conmigo?

Dudé antes de confesar:

—Porque tú estabas casado con Sofía.

—¡¿Con Sofía?! —Se le escapó una carcajada—. ¡Vamos, no me jodas! Casado con Sofía, dice.... —Se acabó de un trago la cerveza de su botellín—. Y también teníamos a sus gemes... —Dejó la frase a medias y parpadeó—. No, eso no puede ser... —Intentó reírse, pero le temblaban hasta las comisuras—. Eso no es cierto, ¿verdad?

Me miró fijamente. Apreté los labios y bajé la vista al suelo.

—No, no, y no. —Negó con la cabeza—. No habrías sido tan cabrón de...

—Lo siento, tío.

—Te estás quedando conmigo. —David exhaló una especie de risa nerviosa—. Os habéis puesto de acuerdo para gastarme una broma de mierda... —Se levantó y colocó los brazos en jarras—. La verdad es que ahora mismo no sé si os estáis riendo de mí o es que me habéis engañado todos en mi puta cara. —Movié la cabeza, mirando al cielo—. Y no sé cuál de las dos opciones es peor.

—Escúchame —le pedí, intentando calmarlo—. Sé que esto es una locura, pero, por lo que me contó Blanca, las cosas eran así. —Me puse de pie y me acerqué a mi amigo—. Sofía y tú teníais a las dos niñas, por eso era tan importante que accedieras a...

—¿Y Ainhoa? —me cortó, cruzando los brazos.

—No lo sé. —Negué—. Blanca solo me dijo que...

—Blanca, Blanca... Me metiste en un puto fregado de mil pares de narices. —Descruzó los brazos y apretó los puños—. ¡Yo creía que eras mi amigo!

Me eché hacia atrás. Lo observé pasarse las manos por la cabeza.

—También eran tus hijas, ¿preferirías que no hubieran nacido nunca?

—¡No lo sé, Martín! Ahora mismo, no puedo pensar. —David resopló—. Quédate con Ainhoa. Necesito dar una vuelta.

Se marchó. Lo observé alejarse. Desapareció tras la esquina, al final de la calle.

Volví a sentarme y me froté la cara. No podía sentirme peor. Sin quererlo, había acabado en medio de esa historia. Pero lo que más me jodía era no haber tenido en cuenta a David. Era mi mejor amigo desde el instituto. Miré a las niñas, que me observaban desde los columpios. Sonreí para tranquilizarlas.

Unos años antes, cuando Blanca me había pedido que lo convenciera, lo había hecho con mi mejor intención. Sabía lo importantes que eran las niñas para Sofía y, en general, para las tres. Iba a ser un poco raro, pero había calmado mi conciencia pensando que, al final, la última decisión la tomaría David. Tras convertirme en padre, me di cuenta de que lo había metido en un berenjenal.

Cogí mi vaso. El granizado se había derretido. Me bebí la horchata en un par de tragos mientras miraba a mi hija. Si nunca hubiera roto con Blanca, ella no habría existido. Aunque mi matrimonio con Gloria nunca terminó de funcionar, al menos habíamos hecho una cosa bien. Y,

aunque no podía imaginar lo que estaría sintiendo mi amigo, era capaz de entender a Sofía a la perfección. Intentaría explicárselo a David cuando regresara.

Me quedé casi una hora en la terraza, esperando que volviera. Las niñas se acercaron a la mesa y me preguntaron si podíamos ir a jugar con las barbies. Le mandé un WhatsApp a David y me las llevé a casa.

Sobre las nueve, aún no tenía noticias suyas. Había visto mi mensaje, aunque no me había contestado. Marqué su número un par de veces. Me colgó. Decidí llamar a Vega.

—¡Martín, ¿qué ocurre?! —contestó, asustada—. Acabo de entrar en casa y no encuentro ni a la niña ni a David. ¡Dime, por favor, que no les ha pasado nada!

—Ainhoa está bien, está conmigo —la tranquilicé—. David, no lo sé. Hemos tomado algo en el parque y me ha contado que ayer le dijiste lo del... —Cerré la puerta de mi habitación, para que las niñas no me escucharan—. Lo del viaje en el tiempo. Cuando se ha enterado de que estuvo casado con Sofía, se ha rayado y...

—¿Se lo has contado?! —gritó Vega—. ¡Joder, Martín! ¿Por qué se lo has dicho?

—¿Qué querías que hiciera? —le contesté—. Me ha preguntado qué pasaba con vosotros en el otro futu...

—Me va a dejar; David me va a dejar —me cortó Vega—. ¡Dios! Al final me va a dejar por ocultárselo durante años.

—No te va a dejar, no digas tonterías. —Me senté en la cama. No paraba de repetir lo mismo, una y otra vez—. Vega, escúchame, por favor. David no va a dejarte.

—¿Tú crees?

—Claro que no, pero necesita tiempo para asimilarlo. Si a mí ya me cuesta entenderlo, imagínate para una mente científica como la suya.

—Vale. Intentaré estar tranquila. —Vega suspiró al otro lado—. ¿Estás en casa? Voy enseguida a recoger a Ainhoa.

Colgamos. Le mandé otro WhatsApp a David, preguntándole si estaba bien. Aparecieron las dos rayitas azules y se volvió a desconectar.

Vega llegó a mi casa veinte minutos después, visiblemente alterada. Sujetaba el móvil en una mano y señalaba la pantalla con la otra.

—Está con Sofía —fue lo primero que me dijo en cuanto le abrí—. Me acaba de escribir ella. David no me coge el teléfono, me estoy empezando a agobiar.

Iba a repetirle que no se preocupase, porque estaba seguro de que en cualquier momento le contestaría, cuando las niñas vinieron corriendo junto a nosotros.

—Papi, ¿puede quedarse Ainhoa a dormir? —Mi hija estiró de mi camiseta.

Vega negó con la cabeza.

—Otro día, ¿vale? —Le acarició el pelo a la niña—. Hoy nos tenemos que ir, que tenemos prisa.

Se acercó a darme dos besos y cogió la mano de Ainhoa.

—Por cierto, ¿cómo está Blanca? —le pregunté mientras salían al rellano—. Me he enterado de que se ha separado de Jorge.

—Pues... está bien. —Llamó al ascensor—. Va a hacer una película en Los Ángeles con Roy.

—¡¿Con Roy?! —exclamé, perplejo, para confirmar que la había entendido bien. Con todas las personas que había en el mundo, no entendía qué hacía Blanca juntándose otra vez con ese capullo—. Pensaba que ya no tenían contacto.

—Y no lo tenían —respondió Vega—. Se encontraron hace unos meses en una fiesta y...

Llegó el ascensor. Ainhoa entró corriendo en cuanto se abrieron las puertas. Vega metió medio

cuerpo dentro para impedir que se cerrasen.

—A mí Roy tampoco me cae demasiado bien, Martín. —Se encogió de hombros—. Pero creo que es justo lo que ella necesita ahora mismo.

Bajé la cabeza y asentí. Blanca había salido de mi vida mucho más deprisa de lo que me habría gustado.

—Me alegro de que esté bien. —Forcé una sonrisa—. Llámame con lo que sea.

Las niñas se dijeron adiós con la mano y nos despedimos.

Acababa de acostar a Blanca cuando llamaron al interfono. Entorné la puerta de su habitación y fui a la entrada con rapidez.

—Soy yo —respondió David por el auricular—. ¿Puedo dormir en tu sofá?

—Sube. —Presioné el botón.

Abrí la puerta y lo esperé en el rellano. Al salir del ascensor, mi amigo vino directo a darme un abrazo.

—Perdóname, tío. —Suspiró.

Le palmeé la espalda. Le hice una señal con la cabeza para que pasase.

—¿Tienes *whisky* o algo así? —Entró en el salón y se sentó en el sofá—. Vengo de ver a Sofía y necesito algo fuerte.

—Voy a mirar en la cocina.

No solía beber en casa, más que alguna cerveza de vez en cuando. Recordé que, por mi cumpleaños, la editorial me había regalado una botella. Busqué en la despensa y la encontré al fondo. Ni siquiera la había sacado de su estuche.

Volví al salón. Dejé los dos vasos en la mesa y le tendí la botella a David.

—¡Coño, un Macallan! —exclamó con sorpresa—. Y está sin abrir... Este me lo regalas por las molestias.

—Todo tuyo. —Me senté en el sillón.

Mi amigo se tomó su tiempo. Vertió un par de dedos de *whisky* en cada vaso y me pasó uno. Brindó conmigo antes de beber.

—Joder, está cojonudo. —Se acomodó en el sofá y cerró los ojos.

Di un sorbo al mío y lo observé. Aguardé a que comenzase a hablar.

—¿Sabes esas películas en las que un tío pierde la memoria y no se acuerda de nada? —Abrió los ojos y asentí—. Llevo toda la tarde con la sensación de que estoy dentro de una. —Bebió otra vez. Chasqueó la lengua contra el paladar.

—Me imagino que...

—No, no te lo imaginas —me cortó, negando con la cabeza—. He estado escuchando, durante más de tres horas, cómo fueron veintitrés años de mi vida en un futuro que no ha ocurrido nunca... Es para volverse loco. —Se terminó lo que le quedaba en el vaso y lo apoyó en la mesa para servirse un poco más—. Si no conociera a Sofía, pensaría que es una pirada que está obsesionada conmigo..., o que me ha estado espiando durante años.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo sabe todo de mí. Me conoce incluso más que yo mismo. Mis gustos, mis manías...: desde qué tipo de calzoncillos uso hasta cómo ordeno, por colores, el cajón de los calcetines. —Ajustó sus gafas con un dedo—. Que siempre pongo el volumen de la tele en un número par. O que me ducho con el agua hirviendo y el baño se queda lleno de vaho... Y menos mal que ha sido discreta, porque solo de pensar la de cosas que habremos hecho en la cama durante más de veinte años... —Se frotó la nuca con la mano y me miró—. Joder, tío, que es mi socia en la empresa.

Sonreí, compadeciéndome de mi amigo. Debía ser muy raro estar en su situación.

—Me ha dicho que no nos fue mal, pero que, seguramente, nos habríamos divorciado. En cuanto ella hubiera reunido el valor para enfrentarse a la situación... —Me miró—. ¿Sabías que tuve una amante?

—¿Una amante... tú? —Alcé las cejas con incredulidad.

David afirmó con la cabeza.

—Una madre del colegio de las niñas. —Volvió a beber—. Ahora entiendo por qué Vega se pone tan nerviosa cuando vamos a las reuniones del AMPA.

—Me resulta muy difícil creer que tú te liases con otra a escondidas.

—A mí también, pero supongo que evolucionamos de una manera u otra según nuestras circunstancias... —Se encogió de hombros—. Sofía me ha dicho que nunca me vio tan feliz como soy con Vega, y yo no paro de pensar que, en la otra dimensión, mi mujer y yo no éramos más que dos amigos. —Dejó el vaso en la mesa y se frotó la cara con las manos—. No lo puedo entender, me cuesta muchísimo imaginarlo.

Observé a David. Me pregunté si en alguna dimensión existiría una versión de mí que fuera feliz con Blanca. En ese caso, mi hija no habría nacido jamás. Ojalá existiese una manera de tener a las dos al mismo tiempo.

—¿Habéis hablado de las niñas? —pregunté. David asintió con la cabeza.

—Me ha contado que fui muy buen padre, y que siente mucho que sus hijas se lo hayan perdido en esta dimensión, pero que entiende que es imposible tenerlo todo. Que solo con que hayan podido nacer, ya me va a estar eternamente agradecida... Aun así, me cuesta dejar de sentirme como un puto banco de esperma. —David bufó—. Joder, tío, podrías haberme avisado de esta movida.

—¿Para qué? No me habrías creído. —Me eché hacia atrás en el sillón.

—Ya, pero... eran mis hijas.

—Siempre han sido hijas tuyas, David, nadie te ocultó nada. Has estado presente en cada uno de sus cumpleaños y en otros tantos eventos de sus vidas. —Levanté la mano antes de que pudiera replicar—. Sí, estoy de acuerdo en que no es lo mismo, pero, si lo piensas, que aceptaras no fue una mala decisión... ¿O preferirías que no hubieran nacido? —Me observó rascándose la sien—. ¿O que no hubiese nacido Ainhoa y ser solo un amigo para Vega? Date cuenta de lo que has ganado en esta dimensión...

—Ya, es todo muy complicado. —Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Entonces, ¿no te importa si duermo aquí? Estoy demasiado cansado para llegar a casa y tener esta conversación con Vega. Me va a explotar la cabeza.

—Quédate si quieres, pero avisa a tu mujer. Está preocupada.

Le pasé un cojín. David lo aplastó contra el brazo del sofá.

—¿Sabes que una de las gemelas quería ser astrofísica en la otra dimensión? —Se quitó los zapatos y se tumbó a lo largo—. Creo que, en ciencias, es un cerebritito. Lo ha debido sacar de mí. —Mi amigo sonrió—. Le he dicho a Sofía que se la traiga una noche a casa y le enseño a mirar por el telescopio. Lo mismo hasta se lo regalo. Ainhoa no lo usa nunca y ahí está, muerto de risa. Se emocionó mucho durante una tarde, pero hace más de un mes que ni lo toca. Ahora quiere ser diseñadora de moda, supongo que no tengo nada que hacer...

Recogí los vasos de la mesa y me acerqué a David. Pasó el brazo por detrás de su cabeza y se acomodó en el sofá.

—¿Estás bien así, corazón? —le dije con pitorreo—. ¿O te arropo con una mantita?

—Vete a tomar por culo. —Me hizo una peineta.

Fui riéndome hasta la cocina.

Al salir hacia mi habitación, lo escuché darle las buenas noches a Vega.

## 18. LA LIBRERÍA

Domingo, 19 de agosto de 2018

BLANCA

Acababa de salir a mi terraza para tomarme el café cuando un mensaje de Sofía irrumpió en nuestro chat de WhatsApp. Eran más de las diez y no hacía mucho que me había despertado, tras haber pasado la noche viendo un maratón de series en el sofá.

**Sofía**

Alba me ha dejado.

Apoyé la taza en la mesa y me incorporé. Después de que David se hubiese tomado lo de nuestro viaje en el tiempo con tanta filosofía, no me esperaba esa reacción por parte de Alba.

Pulsé su contacto y la llamé. Tras un par de tonos, mi amiga me contestó llorando.

—Se ha ido, Blanca, se ha ido... —me dijo tras un sollozo—. Ha hecho la maleta y se ha ido... No sé ni cómo se lo voy a decir a las niñas....

—¿Qué ha pasado, Sofi?

—Se lo conté anoche y... —Soltó un quejido largo y agudo—. Alba se ha ido.

—Pero ¿qué te ha dicho?

Tuve que preguntárselo varias veces, porque, cuando estaba a punto de contestar, el llanto le quebraba la voz.

—Sofi, escúchame, intenta tranquilizarte —dije al final—. Voy enseguida y me lo cuentas con calma.

—Vale —respondió mi amiga sin parar de llorar.

No tardé ni veinte minutos en llegar a su casa. Sofía abrió la puerta con los ojos hinchados y el pelo recogido en una especie de moño. Aún llevaba puesto el pijama. Me abrazó según entré.

—Mi mujer me ha dejado... —murmuró mientras se echaba a temblar.

Le acaricié la espalda, esperando a que se relajase un poco antes de pedirle que me contara más. Tras unos minutos, sorbió con fuerza por la nariz y pasamos las dos al salón.

Aparté varios clínex arrugados para sentarme en el sofá. Sofía sacó otro pañuelo y se sonó con estruendo.

—Ayer, al mediodía, después de que Vega nos dijera que David ya había vuelto a casa, dejé a las niñas con mis padres para que Alba y yo pudiésemos hablar tranquilas. —Arrugó el pañuelo con el puño antes de continuar—. No sé qué coño esperaba que me dijera, pero su primera reacción fue de incredulidad absoluta. Se echó a reír, me preguntó si le estaba vacilando... Luego empezó a preocuparse por si me había dado un brote de esquizofrenia. Cuanto más le explicaba, menos me creía. Llegué a dudar de mí misma, Blanca, de si me habría vuelto loca y se me estaba yendo la olla de verdad...

Se pasó la mano por la cara, que se contrajo en una mueca de llanto. Le acaricié la pierna, tratando de reconfortarla.

—No estás loca, Sofi, fue real. Viajamos en el tiempo, las tres.

Busqué sus ojos con los míos hasta que mi amiga me miró. Asintió con la cabeza.

—Lo sé, Blanca. —Inspiró hondo antes de proseguir—. Me costó muchísimo encontrar algún recuerdo que consiguiese hacerla dudar. Siempre he tenido tanto cuidado para no meter la pata, que no era capaz de probar con hechos que no me lo había inventado... Menos mal que me acordé de lo de la alergia...

—¿La alergia de tu hija? —confirmé.

—Sí, la de Albita a los cacahuets. —Sofía dejó el pañuelo en la mesa y se frotó los ojos—. Desde que nació, siempre he tenido mucho cuidado de que no los probase nunca, a pesar de que, en esta dimensión, la niña aún no estuviera diagnosticada. Sin embargo, hará tres años, cuando las gemelas tenían unos cuatro, Alba compró un bote de cacahuets con miel y les ofreció. En cuanto entré en la cocina y vi que mi hija se metía un puñado en la boca, le hice escupirlos y me la llevé a urgencias de inmediato. Empezó a hincharse en el coche, menos mal que llegamos a tiempo al hospital.

»Al volver a casa, Alba estaba consternada. No tenía ni idea de que Albita fuera alérgica y estaba muy sorprendida por mi rápida reacción. Le conté que lo había leído en alguna parte y estaba emparanoiada. Lo que nunca entendió, hasta ayer, era por qué no me había llevado también a su hermana.

—Entonces, ¿conseguiste que te creyera?

—Sí, me costó un poco, pero, al final, lo hizo. Aunque fue peor... —Sofía miró al techo y los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas—. Me preguntó si en el otro futuro también teníamos a las dos niñas y le conté que en esa dimensión yo estaba casada con David... Y le entró un ataque de celos. Como si le hubiera sido infiel de algún modo. —Apretó los ojos y las lágrimas cayeron por sus mejillas.

—No puede echarle en cara cosas que pasaron en otra dimensión.

—Se lo dije, y me contestó que lo que más le dolía era que se lo hubiese ocultado. Que comparto una empresa y dos hijas con el hombre con quien estuve casada y nunca he sido sincera con ella. Que le parece que aún siento algo por David, porque no entiende por qué no se lo había contado hasta ahora... Y, en el fondo, yo tampoco lo sé. —Se lamentó con un quejido largo—. Tendría que habérselo dicho hace muchos años.

»Le pedí perdón, reconocí mi parte de culpa y le prometí que nunca más le iba a esconder las cosas. Anoche parecía que se le había pasado un poco. Incluso nos tomamos juntas un vino y nos reconciamos en la cama..., pero, esta mañana, cuando me he levantado...

La cara se le volvió a contraer. Se la tapó con las manos y comenzó a llorar.

—La he visto... haciendo la maleta para irse... —Hipó—. Me ha dicho que no ha podido dormir.... Que se siente engañada, que me gasté nuestros ahorros de la boda para recuperar la vida que tenía con David y que ahora, por fin, lo ha entendido todo...

»Que cuando tuvimos esa crisis, justo antes de que me quedase embarazada, habría sido el momento perfecto para decírselo, pero que yo preferí seguir con mis mentiras.... —Sorbió por la nariz—. Que siente que lleva más de veinte años con una persona que ni siquiera sabe quién es, porque nunca he tenido la suficiente confianza con ella para contarle mi secreto... Y que me dejaba, que quiere viajar, recuperar el tiempo que ha perdido conmigo. —Se frotó la cara con desesperación—. Ni siquiera sé dónde está, Blanca, le he mandado un montón de mensajes, pero no me contesta a ninguno...

La abracé, porque no se me ocurría otra manera mejor de consolarla. La reacción de su mujer me había descolocado por completo. No era justo para Sofía, que llevaba años queriendo compartir con ella lo del viaje en el tiempo. Me sentí fatal por no haberla animado a decírselo antes.

El teléfono vibró en la mesita, Sofía se escabulló de mi abrazo para lanzarse a cogerlo.

—¿Es Alba? —le pregunté al ver su cara.

—Es su amiga Olga, dice que Alba está en su casa. —Se limpió la nariz con otro pañuelo—. Que no le ha querido contar lo que nos ha pasado, pero que está bien. Que acaba de sacar un billete por internet y que se va a Tailandia sin fecha de vuelta...

—¿A Tailandia?! —exclamé.

—Sí, dice que... ¿Cómo que ha dejado el trabajo?!

Pulsó la pantalla y se llevó el teléfono a la oreja. Supuse que Olga le había colgado, porque se lo quedó mirando perpleja. Estaba a punto de marcar otra vez cuando su móvil volvió a vibrar.

—«No puedo cogértelo —leyó Sofía—, Alba está en el baño y no sabe que te he avisado de que se encontraba aquí...». ¿En serio, rompe con todo y se va a Tailandia?! ¿Estamos locas o qué?!

Soltó el móvil, se levantó del sofá y empezó a caminar de un lado al otro del salón. La miré, confusa, hasta que se paró en seco.

—Blanca, ¿lo de la pandemia dónde fue? ¿En Tailandia?

—China, creo.

—La tengo que avisar.

Se acercó a coger el teléfono, pero fui más rápida que ella y se lo quité.

—¿Qué haces, Blanca?!

—Lo que tienes que hacer es sentarte y tranquilizarte. —Di unos golpecitos a mi lado. Sofía movió un par de veces la cabeza—. Sofi, no seas cabezota. Siéntate.

Resopló como una niña pequeña y se sentó otra vez en el sofá. Se pasó las manos por la cara.

—Olga te ha dicho que está bien, ¿no? —le dije con el tono de voz más pausado que supe poner—. Alba es mayorcita, solo tienes que darle un poco de tiempo para que recapacite. —Sofía estuvo a punto de replicar, pero la corté—. Cuanto más la agobies, peor será —insistí—. Verás como vuelve pronto. Adora a vuestras hijas, no creo que tarde más de quince días en...

Su móvil empezó a vibrar y Sofía trató de quitármelo de las manos. Antes de devolvérselo, estiré el brazo hacia atrás para ver quién la llamaba.

—Es Vega —dije y se lo pasé.

Mientras Sofía le relataba lo que había ocurrido, saqué mi teléfono para ver si tenía alguna notificación. Roy me había enviado unos mensajes de WhatsApp.

## Roy

Reina, los productores están encantados con que protagonices la película.

Estamos pendientes de que cierren un acuerdo con dos productoras europeas que quieren sumarse al proyecto.

El rodaje se retrasa hasta después de Navidad.

Yo

Vale, me vas contando.

Me mandó el emoji de un beso y le contesté con un pulgar hacia arriba.

Bloqueeé la pantalla. Ese retraso me dejaba unos cuatro meses y medio libres hasta que tuviera que viajar a Los Ángeles, porque no tenía previsto nada más.

Me recosté en el sofá y observé a mi amiga, que hablaba con Vega. Aproveché para escribir a Elia y contarle lo que acababa de decirme Roy. Dudé si pedirle que me buscara algún otro proyecto para rodar mientras tanto, pero concluí que unos meses de descanso me sentarían genial.

Al cabo de un rato, cuando mis amigas colgaron, Sofía se quedó mirando al infinito. Vega debía haberla tranquilizado, porque se la veía un poquito más calmada.

—Me ha dicho lo mismo que tú. —Sofía suspiró—. Es mejor que le dé a mi mujer un poco de espacio para que recapacite.

Me acerqué a ella y le pasé el brazo por los hombros.

—Todo va a estar bien, cariño, ya lo verás. —Le di un beso en la mejilla.

Mi amiga echó la cabeza hacia atrás y exhaló con fuerza.

—¿Me acompañas a casa de mis padres? —preguntó—. Tengo que recoger a las niñas y no sé ni cómo se lo voy a explicar...

—Claro, ve a vestirme —asentí. No quería dejarla sola con ese marrón.

Además, a pesar de las circunstancias, siempre era un buen momento para saludar a su padre.

Pasaron dos semanas y luego, otras tres, pero Alba no volvió. De Tailandia se fue a Camboya y, de ahí, a Vietnam. Mis amigas y yo seguíamos su viaje por redes sociales. Hacía varios años que Sofía y ella no actualizaban el blog y, en lugar de recuperarlo, Alba había abierto una nueva cuenta de Instagram donde colgaba sus propias publicaciones. En muy poco tiempo, los seguidores se le dispararon y se volvió muy popular.

Aunque intentara disimularlo, Sofía estaba destrozada. Cada cuatro o cinco días, su mujer le mandaba algún audio o un vídeo para las gemelas, donde les preguntaba cómo estaban y les decía cuánto las echaba de menos, pero no había querido hablar con Sofía desde que se había marchado. Durante el día, mi amiga mantenía el tipo, sobre todo delante de las niñas, que no paraban de preguntar que cuándo volvería mami a casa. Sin embargo, muchas noches, después de que se fueran a dormir, me llamaba por teléfono llorando porque necesitaba desahogarse.

—Blanca, ¿crees que lo he hecho todo mal? —me decía en cuanto descolgaba. Y a partir de ahí, venía la retahíla de autocríticas y reproches, los malditos «Y si» y los «No debería», que no cesaban de aparecer en cada recriminación.

Nos consolábamos mutuamente, porque yo también me hacía la misma pregunta. Después de vivir dos vidas, me había quedado sola. El silencio de mi casa vacía me lo recordaba a diario.

Al principio, le tenía mucho miedo a esa soledad. Ponía la tele según entraba para que el ruido de fondo acallara mis temores. Me costaba mucho hacerme a la idea de ser la única que dormía cada noche en aquella cama tan grande. Incluso echaba de menos a Jorge, a pesar de que estaba segura de que no quería volver con él.

Luego empecé a disfrutar de mi independencia. Me marcaba mis horarios para mis propias rutinas. Salía de noche si me apetecía, o me quedaba en casa, viendo una peli con una pizza en el sofá. Aprendí que estar sola no es lo mismo que sentirse sola. Vivía mi vida a mi antojo, sin poner a ninguna otra persona por delante de mí.

Retomé algunos de mis antiguos *hobbies*, en especial, la lectura. Siempre había sido mi pasatiempo favorito, pero hacía años que lo tenía aparcado. Volví a leer en la cama, como hacía cuando estaba con Martín.

Me apunté con mi madre a un curso de cocina los sábados por la mañana. Entre semana, iba un par de días con Vega al gimnasio o le echaba una mano a Sofía, quedándome con sus hijas si ella

tenía que salir a hacer recados. A veces David también iba a su casa. Les había regalado un telescopio a las gemelas y les explicaba cosas sobre el *big bang* y la formación de los planetas. Las niñas estaban fascinadas; en especial, Sofi, a quien había empezado a entusiasmarle todo lo relacionado con los fenómenos del universo.

Poco antes del puente del Día del Pilar, pasé por la puerta de Sofía y llamé al telefonillo. Había comido con mis padres y luego me había ido a dar un paseo. Después de muchos años viviendo fuera, era maravilloso estar de vuelta en mi ciudad, tan cerca de mi gente, e ir a visitarlos cada vez que me apetecía. Mi amiga contestó casi de inmediato y me invitó a subir.

Al salir del ascensor, su puerta estaba entreabierta. Pasé a la cocina, donde Sofía colocaba la compra.

—¿Te ayudo? —pregunté, dejando el abrigo y el bolso sobre la mesa.

—Saca las verduras de esa bolsa de ahí. —Señaló con la cabeza la encimera antes de ponerse a colocar las botellas de agua en uno de los armarios.

—¿Qué tal estás? —Abrí la nevera y metí las zanahorias y la lechuga en el cajón—. ¿Sabes algo de Alba? Lleva más de una semana sin publicar...

Sofía negó. Cuando iba a responder, sonó el timbre.

—Deben ser Vega y David, que se han llevado a las niñas al cine —me explicó—. ¿Puedes ir tú?

Cerré el frigorífico y fui hacia la puerta. Al abrir, me quedé pasmada.

—¡¿Quién es?! —preguntó Sofía.

—Tu mujer —respondí.

Mi amiga se asomó desde la cocina, tan perpleja como yo. Alba sonrió nerviosa. Me aparté para dejarla entrar.

—Hola, cariño. —Dejó la mochila en el suelo de la entrada y se acercó a Sofía—. Qué guapa estás....

Miré a mi amiga, que la observaba desde el quicio de la puerta, incapaz de reaccionar. Sabía que debía marcharme, pero las llaves del coche y las de mi casa estaban dentro del bolso, en la mesa de la cocina. No era el momento de interrumpirlas para pedirles pasar.

—He estado pensando mucho... y siento lo que te dije, no tenía ningún derecho a ponerme así... —Alba bajó la mirada al suelo—. Solo de imaginarte con David durante veinte años... —Suspiró—. Lo que me contaste aquella noche me superó por completo. Siempre he estado un poquito celosa de vuestra complicidad. No dejaba de pensar que, en tu otra vida, lo tenías todo.

—Tú no estabas en esa otra vida, Alba, no lo tenía todo —contestó mi amiga muy seria—. No sabes cuántas veces me lamenté de no haber sido más valiente.

—¿Por qué tardaste tanto en decírmelo, Sofi? Me dolió muchísimo que jamás me lo hubieras contado —susurró, con la voz entrecortada. Parecía que iba a ponerse a llorar.

—Nunca quise engañarte, te lo juro. —Sofía se cruzó de brazos—. No es fácil explicarle a tu mujer que eres una viajera del tiempo.

—Supongo que no. Me ha costado mucho asimilar que hayas podido ir hacia atrás... A decir verdad, ni siquiera sé si lo comprendo. —Alba se rio, nerviosa—. En el fondo, ¿qué importa cómo haya sucedido? Me he dado cuenta de que también ha sido un regalo para mí. Una segunda oportunidad para ambas. —Mi amiga le limpió una lágrima que le caía por la mejilla—. Sé que tenemos mucho que hablar, Sofi, pero ¿podrás perdonarme? Estoy segura de que podemos arregla...

—No vuelvas a irte nunca, por favor —la cortó Sofía, abrazándola con fuerza. Alba negó con la cabeza y rompió a llorar.

Apreté los labios, conmovida. Mis amigas se querían muchísimo y estaba segura de que superarían esa crisis. Empecé a pensar en cómo colarme en la cocina sin molestarlas, pero el sonido del interfono interrumpió su abrazo. Me sequé las lágrimas con disimulo antes de responder.

—Son Vega y David —anuncié—. Vienen a traer a las gemelas.

—Me muero por ver a mis niñas. —Alba se restregó la cara—. No sabes lo mucho que las he echado de menos.

Abrió la puerta y las esperó en el rellano con los brazos abiertos. En cuanto salieron del ascensor, su hija Sofi soltó un grito y corrió hacia ella. A Albita le costó un poco más, pero, al final, se les unió en el abrazo. Acabaron las tres en el suelo.

—Nosotros nos vamos. —Cogí mis cosas y les hice una seña a mis amigos—. Me alegro de que Alba ya esté aquí.

—Muchas gracias, Blanca, por haber estado tan pendiente de mí. —Sofía se acercó a darme un abrazo.

—Para eso están las amigas. —Le di un beso en la mejilla—. Hablamos mañana.

Las cuatro nos despidieron con la mano, sin parar de sonreír.

Diciembre llegó casi sin darme cuenta. Apenas había pasado Halloween cuando los villancicos comenzaron a sonar en las tiendas y las calles se llenaron de luces. En cada uno de mis paseos por la ciudad, descubría una iluminación nueva. Lo mismo sucedía en el gimnasio, que estaba lleno de campanitas y espumillón.

Esa tarde había bajado al centro a comprar algunos regalos de Navidad. Tras el regreso de Alba, me sobraba tiempo libre porque mi amiga ya no me necesitaba con tanta frecuencia.

Iba cargada de bolsas, pero no me pude resistir a entrar en mi librería favorita. Disfrutaba tanto leyendo que, a principios de ese mes, casi había terminado con mi lista de pendientes.

Lo primero que me encontré fue el último libro que Martín había publicado. Su novela sobre la pandemia estaba expuesta en la mesa de novedades y sentí un pinchazo en el estómago al leer su nombre en la portada. No nos habíamos visto desde que me había escabullido de su casa a principios de ese verano. Tampoco habíamos vuelto a hablar, ni siquiera por WhatsApp, más allá de su mensaje de felicitación. Cogí uno de los ejemplares y empecé a hojearlo.

—Me han dicho que ese libro está muy bien —dijo una voz masculina frente a mí. Al levantar la cabeza, me encontré con unos ojos azules que me sonreían.

—Eso me han dicho a mí también —respondí con otra sonrisa—. Me pregunto cómo se le habrá ocurrido al escritor una idea tan brillante.

Lo observé mientras se reía. Estaba muy guapo. Llevaba el pelo más largo y habría jurado que también estaba más delgado, porque ese jersey ceñido le sentaba demasiado bien. Rodeó la mesa y se acercó a darme dos besos. Percibí al instante su perfume.

—¿Cómo estás, Blanca? —Su mano me rozó la cintura y un escalofrío subió por mi espalda.

—Bien —contesté, encogiéndome de hombros. Estaba a punto de preguntarle por ese casco que llevaba en la mano cuando una voz femenina nos interrumpió.

—Vale, nene, ya he encontrado el que quería. —Una mujer pelirroja apareció detrás y Martín se giró hacia ella. Enseguida me percaté de que era Dafne—. Ay, perdona, no me había dado cuenta de que estabas hablando con alguien.

—¿Te acuerdas de Blanca? —Martín se echó hacia un lado para hacerle sitio y me fijé en que ella también llevaba otro casco en la mano. Apreté los labios en una sonrisa tensa.

—¡Claro! Soy Dafne, no sé si tú te acuerdas de mí —me saludó.

Le dije que sí, y hablamos durante un par de minutos de temas insustanciales. Mi voz interna no

hacía más que repetir lo felices que se les veía juntos y yo solo quería desaparecer. La situación me resultaba muy violenta, sobre todo después de las cosas tan íntimas que le había confesado a Martín la noche de mi borrachera.

—No quiero entreteneros —concluí, incómoda—, seguramente tendréis muchas cosas que hacer.

—Pues habíamos quedado a las ocho y media con Rober —Martín miró su móvil—, pero ya vamos tarde, para variar.

Se giró hacia Dafne, que se echó a reír.

—Pagamos el libro y estoy, te lo prometo —contestó ella, antes de explicarme—: Vamos a cenar con su hermano y su marido.

—Me alegro de veros, disfrutad de la cena —les dije—. Que paséis unas buenas fiestas.

Me despedí y me di la vuelta para irme. Y en ese instante, al igual que había ocurrido en la otra dimensión, nuestras manos se tocaron. Solo fue un roce casual, pero sentí otra vez ese hormigueo recorrer mi cuerpo.

Cuando me volví a mirarlo, Martín estaba haciendo lo mismo.

## 19. SIGUE JUGANDO

Jueves, 10 de enero de 2019

BLANCA

Las Navidades se pasaron muy deprisa, mucho más de lo que me habría gustado. Apenas paré en casa durante las fiestas. Ese año me había juntado con toda la gente a la que quería, porque quizá fuera la última vez que disfrutara con ellos en esa dimensión.

Al día siguiente, viajaría a Los Ángeles para los ensayos de la peli de Roy. Estaba previsto que comenzásemos a rodar a finales de febrero, pero, antes, debía tomar clases de dicción para mejorar mi acento americano, practicar esgrima y aprender a montar a caballo. Más que una película, aquello parecía una gincana.

Mientras revisaba el plan con Elia, me había dado cuenta de que el rodaje se prolongaría durante doce semanas, hasta principios de mayo. Eso significaba que me encontraría en Hollywood durante la noche de la tormenta.

—¿No vas a pasarla con nosotras? —me había preguntado Vega al llamarla para contárselo.

—Imposible, tengo que trabajar ese mismo día —me lamenté—. Y al siguiente también... Eso si no nos despertamos en cualquier otro año.

—No me lo puedo creer. —Vega hizo una pausa, como si tratara de asimilarlo. Durante más de veinte años, habíamos dado por hecho que esa noche nos reuniríamos las tres, y aquello cambiaba las cosas—. Oye, Blanqui... —añadió mi amiga, con algo de miedo en su voz—, ¿tú qué imaginas que pasará la mañana de después?

No tenía ni idea. La situación era tan surrealista que podía ocurrir cualquier cosa: desde que despertáramos otra vez en el pasado hasta que saltáramos de vuelta a la otra dimensión. Estaba acojonada, aunque intentaba seguir con mi vida, porque no había absolutamente nada que pudiéramos hacer. Quisiéramos o no, solo quedaban unos meses para alcanzar aquella fecha fatídica e iba a aprovecharlos de la mejor manera posible.

Esa tarde quedé con Rober para darle mis regalos de Reyes: para ellos, unas botellas de vino y un *panettone* de chocolate; como a su padre le encantaba el dulce, había comprado otro más para que se lo dieran el fin de semana, cuando fueran a verlos al pueblo, y también llevaba algunas cosas para la hija de Martín, a quien me daba muchísima pena no haber podido abrazar durante las Navidades.

—Hola, Blanca, adelante —me saludó Eloy al abrir la puerta—. ¡Qué cargada vienes! Dame algo, que te ayudo.

Le entregué las botellas y los regalos de la niña y pasé al interior, donde Rober me recibió con un abrazo.

—¡Cuidado con los *panettones*! —Estiré los brazos en cruz para evitar que los aplastara con su cuerpo. Al retirarse, se los entregué—. Uno es para vosotros; el otro, ya sabes para quién.

—Muchas gracias, Blanca, mi padre se va a alegrar mucho. —Rober sonrió—. Aún no entiendo por qué no quisiste llevárselo tú misma el domingo pasado.

—Compromisos familiares —mentí. Me quité el abrigo y lo colgué junto al bolso, en el perchero.

La semana anterior, Rober me había invitado a comer en Reyes con su familia, pero me había inventado una excusa para no asistir. La verdadera razón era que Martín también estaría,

probablemente acompañado, y me sentía incapaz de enfrentarme a esa situación.

Lo había estado evitando durante todas las fiestas desde que lo había visto con Dafne en la librería. Aunque sabía que llevaban unos meses juntos, aquel encuentro me había afectado. Martín había seguido adelante después de divorciarse de Gloria, y yo había perdido mi oportunidad.

—Entra y siéntate —Rober señaló la puerta del salón—. Voy a dejar esto en la cocina.

Me acomodé en el sofá. Enseguida llegaron con tres copas y una botella de vino. Eloy traía una bandeja con almendras, aceitunas y otras cosas de picar.

—Por el 2019. —Brindó Rober tras servir el vino—. Que no nos falte salud, trabajo ni amor.

Levanté mi copa y las entrechocamos. Le hice un hueco a Rober, que se sentó a mi lado en el sofá. Eloy acercó a nosotros una de las butacas.

—Bueno, cuñadita. —Rober me palmeó la pierna—. ¿Qué tal te va la vida?

—De salud y de trabajo, no me puedo quejar. —Me encogí de hombros y me incliné sobre la mesita de centro para tomar una aceituna—. El amor... ya es otra historia.

Mi excuñado miró a Eloy, que le sonrió con complicidad.

—Pues será porque no quieres —continuó Rober—, porque tengo un hermanito que también anda muy solo y desconsolado.

—Te equivocas —negué—. Martín ya está con alguien.

—¿Con quién, con la pelirroja? —Alzó las cejas, divertido—. Me parece que la que se equivoca eres tú.

Se agachó a coger unas almendras. Lo observé con suspicacia, tratando de adivinar algo más en su expresión. Esa sonrisilla en su cara me ponía algo nerviosa. Bebí de mi copa y me removí en el sofá.

—Vinieron a casa a cenar hace unas semanas —me explicó Eloy—. Habíamos dado por hecho que estaban saliendo, pero, cuando les preguntamos, ambos dejaron muy claro que su relación era solo de amistad.

—Eso no significa que no quieran intentarlo —insistí, pero Rober negó con la cabeza, chascando la lengua contra el paladar.

—Es mi hermano, lo conozco desde que nació. Sé de sobra cómo le brillan los ojos al hablar de quien está enamorado.

Fijó su mirada en la mía y el corazón me dio un vuelco. Noté cómo empezaba a sonrojarme.

—¿Y qué pretendes decir? —Me eché hacia atrás en el sofá.

—Que no entiendo por qué no estáis juntos cuando es obvio que los dos sentís algo muy fuerte. —Hizo una pausa antes de añadir—: Porque tú también lo quieres, ¿verdad?

Bajé la vista a mi copa. Claro que lo quería, lo quería muchísimo, aunque llevase meses convencida de que lo nuestro no podía ser. Aún resonaban en mi cabeza las dos palabras que Martín me había soltado la noche de mi borrachera, antes de marcharse a dormir a la otra habitación. Ese «Mañana hablamos» me había dejado las cosas muy claras. Fruncí los labios y bebí un buen trago de vino.

—Yo lo quiero mucho, aunque él a mí no... —empecé a decir. Eloy carraspeó para disimular una sonrisa—. En serio, para Martín ya no soy más que una amiga.

Y sin que pudieran replicar, les expliqué lo que había ocurrido aquella noche fatídica: desde la cobra con la que me respondió cuando intenté besarla hasta aquel chorro de agua helada que había dejado caer sobre nosotros. No omití nada, por muy humillante que fuera.

Al terminar, cruzaron la mirada y se echaron a reír.

—Vale, creo que ahora entendemos por qué le dejaste aquella nota al marcharte. —Eloy cogió

unas almendras y se las echó a la boca.

—¿Cómo sabéis eso? —Enarqué una ceja, extrañada. Mi relato había terminado con que Martín me había dejado sola en la cama de matrimonio.

Rober dejó su copa en la mesa.

—Mi hermano nos lo contó. Bueno, una versión mucho más escueta, sin esos detalles tan escabrosos.

—Se centró más en la mañana siguiente —añadió Eloy—. Nos explicó que aquella noche habías bebido muchísimo y que, aunque quería contarte lo que sentía por ti, prefirió esperar a que estuvieras sobria para decírtelo, pero te fuiste.

Se me cortó la respiración. «Así que era por eso —me dije, sintiéndome como una imbécil—. ¿Por qué había pensado que era al revés?». Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—Y cuando intentó hablar contigo, le colgaste. —Rober se encogió de hombros.

—¡No le colgué! —me justifiqué—. Iba a contestar, y justo se me acabó la batería.

—Entonces, está claro que ambos os habéis malinterpretado —contestó Eloy.

—Joder. —Me pasé la mano por la frente.

Lo había fastidiado todo con esa puñetera nota que escribí en un arranque de impulsividad. «¿Alguna vez dejarás de cagarla, Blanca?». Estaba claro que, aunque pasaran los años, seguía comportándome como una adolescente. «Así te será más fácil mimetizarte cuando llegue la tormenta y vuelvas a 1996».

Me bebí el vino de un trago. Rober agarró la botella y me sirvió un poco más.

—Mira, Blanca, no voy a volver a preguntarte por qué rompisteis, pero, después de tantos años, lo cierto es que aún no comprendo lo que os pasó. Solo sé que mi hermano estaba devastado. —Le echó más vino a Eloy y luego rellenó su propia copa—. Se pasaba aquí los fines de semana, tumbado en el sofá. No comía, no dormía, y solo abría la boca para hablar de ti. Nunca lo había visto tan jodido. —Dejó la botella en la mesa—. Bueno, quizá aquella vez en el instituto, cuando te enrollaste con un tal...

—¿Nacho? —pregunté.

Rober asintió.

—Le habían partido el labio de una hostia, pero era lo que menos le dolía. Se tiró todo el día en su cuarto escuchando la misma canción y, aunque el volumen estaba a tope, lo oíamos llorar. Ese día me di cuenta de que mi hermanito se había enamorado. Menos mal que luego lo arreglasteis, ¡no quiero imaginar si nunca hubierais vuelto a salir!

Me llevé la copa a los labios, sintiéndome muy culpable. No podía reparar el daño que le había causado a Martín en la otra dimensión, pero, a lo mejor, todavía tenía una oportunidad de solucionar las cosas con él antes de irme a Los Ángeles.

—¿Tú crees que aún siente algo por mí? —pregunté, esperanzada.

—Blanca, mi hermano está loco por ti, diga lo que diga. —Colocó una mano en mi hombro—. Sé de lo que hablo. Contigo tiene una conexión especial que no le he visto con nadie más. Eso que hay entre vosotros es muy difícil de conseguir. Si tú también lo quieres, tienes que decírselo.

—¿Y si... sale mal?

Rober me pellizcó la mejilla y sonrió.

—Como me dijo mi cuñadita una vez: «¿Qué harías si no tuvieras miedo?».

El taxi me dejó en la calle, frente a su puerta. Pagué la carrera y salí del coche, impaciente. No estaba segura de lo que iba a hacer, pero las dos copas de vino y las palabras de Rober me habían envalentonado.

Durante todo el trayecto, había sonado en la radio *Young and Beautiful*, de Lana del Rey, y me

sentía como si estuviera dentro de una de mis propias películas. Con la orquesta resonando en mi cabeza, inspiré hondo y avancé despacio hacia el portal.

Pulsé tres veces seguidas el botón de su piso en el panel del interfono. No podía esperar ni un minuto más para contarle lo que sentía por él. Moví mi pierna con nerviosismo. Estaba a punto de llamar otra vez cuando oí unos crujidos por el altavoz.

—¿Sí? —contestó una mujer.

Me quedé muda. Tardé un par de segundos en reaccionar.

—Perdón, creo que me he equivocado. Preguntaba por Martín.

—Espera.

Sonaron de nuevo esos ruiditos metálicos antes de escucharlo.

—¿Hola?

—Soy Blanca. He venido a... —El zumbido me indicó que Martín había abierto la puerta, pero no la empujé. Lo que tenía que decirle era demasiado íntimo y quería que estuviésemos a solas —. ¿Puedes bajar, por favor? Tengo que hablar contigo. Es importante.

—Dame un momento. Me visto y bajo.

Me restregué las manos, que me habían empezado a sudar. Había dado por hecho que era Dafne quien estaba en su casa, pero me descolocó que tuviera que vestirse. «¿Acaso están desnudos?». Un nudo de nervios se me formó en el estómago. «¿Y si es otra mujer?», dudé. Solo esperaba no haber llegado demasiado tarde.

Diez minutos después, Martín salió del portal con unos vaqueros y un jersey grueso. Tenía el pelo mojado, como si acabara de ducharse. Encogió los hombros al notar el aire frío.

—Tendría que haber cogido la chaqueta —murmuró mientras la puerta se cerraba tras él.

Se inclinó a darme dos besos. El olor de su champú me recordó a la noche de mi borrachera, cuando me colé en su ducha. Sentí una punzada de vergüenza al separarnos.

—Bueno, Blanca... —Martín se frotó las manos y las acercó a su boca. Sopló para calentarlas —. ¿Qué es eso tan importante?

Me retorcí los dedos, inquieta, porque no sabía ni por dónde empezar. Aquel ataque de romanticismo sonaba mucho mejor al imaginarlo en casa de Rober.

—Pues..., no sé si lo sabes, pero me voy a Los Ángeles, a rodar una película con Roy. Es la oportunidad que estaba esperando y le he dicho que sí. Me marcho mañana. —Inspiré hondo—. Y no quería coger ese avión sin antes decirte que...

—Perdón, ¿me permite?

Me giré, sobresaltada. Detrás de mí, un vecino hacía tintinear las llaves y señalaba el portal. Me costó un par de segundos entender que quería abrir la puerta.

—Sí, disculpe. —Martín me tomó del brazo y nos echamos hacia un lado para dejarlo pasar.

—Gracias, buenas tardes.

Lo miramos en silencio, hasta que la puerta se cerró y volvimos a quedarnos los dos solos.

—Te vas a Los Ángeles... —dijo Martín, invitándome a continuar.

—Sí, me voy a Los Ángeles para hacer una película —asentí, incapaz de retomar aquella frase. Tras la interrupción, había perdido el valor.

—Está bien, Blanca. Es lo que querías, me alegro mucho por ti. —Me palmeó el hombro y se acercó a mí, como si fuera a despedirse—. Que tengas buen via...

—No, espera. —Estiré el brazo para detenerlo y Martín dio un paso atrás—. Lo que quería decir es que siento mucho haber escrito aquella nota. Te entendí mal, pensé que habías dejado de quererme y me asusté muchísimo. Creía que lo había estropeado todo...

Cruzó los brazos sobre el pecho y encorvó los hombros. Su mirada se perdió en el suelo. Tomé

aire antes de continuar:

—Cuando me desperté en tu cama, sola, me moría de vergüenza. Improvisé una excusa y salí corriendo de allí, pero no pienso nada de lo que puse en ese papel. Es justo lo contrario. Yo... te quiero —dejé que aquellas dos palabras salieran sin filtro—. Te quiero, Martín, y no precisamente como amigo.

Levantó la vista hacia mí y enarcó las cejas, pero no contestó. Mi corazón empezó a latir acelerado. No entendía nada. Había esperado un beso, un abrazo o, al menos, una sonrisa... En cambio, Martín solo me observaba en silencio. A pesar del frío que hacía en la calle, empecé a sudar.

—¿Has bebido? —preguntó al final.

—¡No! —exclamé, abriendo mucho los ojos—. Bueno, me he tomado un par de vinos con tu hermano, pero eso no cuenta...

Exhaló una risa amarga y giró la cabeza hacia un lado.

—No me lo puedo creer —murmuró.

—Te juro que no estoy borracha, Martín. —Le puse las manos en la cara para que me mirase—. Te quiero. Te quiero muchísimo. Y tenía que decírtelo antes de que...

—¿Va a ser siempre así? —Cogió mis manos con las suyas y las retiró—. ¿Te vas a tomar dos copas y a decirme cosas de las que te arrepentirás después? ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? Dime, Blanca, ¿qué esperas que haga?

Lo miré, atónita. Esa no era, ni de lejos, la reacción que me había imaginado. Respiró hondo, se pasó la mano por el pelo.

—Vete a Hollywood, rueda tu película. Si cuando vuelvas aún sientes lo mismo, hablamos.

—¡No lo entiendes, Martín! —exclamé, nerviosa—. Me voy para muchos meses... ¡o quizás todavía más! Me va a pillar allí la noche de la tormenta y no sé lo que pasará conmigo. A lo mejor, al despertarme por la mañana, he vuelto a 1996...

—Entonces, sigue jugando. —Sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta—. Con suerte, nos saldrá mejor la próxima vez.

Entró en el portal. Ni siquiera se giró para despedirse.

Me estremecí al oír el portazo. Con la espalda apoyada en la pared, me tapé la cara con las manos y rompí a llorar.

Lo había hecho fatal. El universo me había regalado la oportunidad de cambiar mi vida y yo solita me había encargado de destruirla. Había estado ciega, aferrándome a una relación condenada a fracasar en todas las dimensiones mientras alejaba, una y otra vez, a la única persona que me había querido de verdad.

«Y, ahora, ya es tarde».

No podía creer que me hubiera quedado sin tiempo. Quizá Martín tenía razón y lo mejor sería volver a despertarme en el pasado y comenzar de nuevo, tomando decisiones muy distintas...

Mi móvil vibró dentro del bolso. Lo saqué, con la esperanza de que se hubiera arrepentido.

**Roy**

¿A qué hora llegas mañana, reina?

Tu habitación ya está preparada.

Estoy deseando verte.

Mi exmarido me había ofrecido quedarme en su casa de Los Ángeles durante el rodaje. De primeras, había rechazado su propuesta, pero él había insistido en que estaría muchísimo más cómoda que en un apartahotel. No podía alegrarme más de haberle dicho que sí. Además de mis amigas, él era el único que en realidad podía entenderme.

Me sequé los ojos con la mano. Al día siguiente, tomaría un avión, pasaría mis últimos meses en Hollywood con Roy y cruzaría los dedos para que la tormenta me devolviera a 1996.

En esa dimensión, ya no tenía nada más que perder.

## 20. UN AUTÉNTICO GILIPOLLAS

Jueves, 10 de enero de 2019

MARTÍN

Entré en casa y cerré de un portazo. Después de la tardecita que llevaba intentando reparar el dichoso grifo del fregadero, lo único que me faltaba era que Blanca viniera a reírse de mí.

—Nene, ¿qué ha pasado? —me preguntó Dafne según oyó la puerta.

—Nada. —Cogí la chaqueta del perchero—. ¿Nos vamos? La peli es a las ocho y vamos a llegar tarde.

Saqué los cascos del armario y le pasé uno. Lo rechazó, negando con la cabeza.

—No me muevo de aquí hasta que no me lo cuentes —insistió—. ¿La que ha venido era Blanca?

Miré hacia el techo y exhalé con desesperación. Dafne volvió a preguntar:

—¿Era ella?

—Sí, era Blanca, en otro de sus arranques ebrios de romanticismo. —Le tendí otra vez el casco—. ¿Podemos irnos ya?

—¿Qué le has dicho? No la habrás mandado a la mierda, ¿verdad? —Dafne cruzó los brazos y me observó—. ¿Verdad, Martín?

—No exactamente.

—Se te va la olla. —Se dio la vuelta y llevó las manos a su cabeza.

—¿Y qué querías que hiciera? —me defendí—. No puede presentarse en mi casa después de tanto tiempo sin hablarnos y decirme por las buenas que está loca por mí. Vamos, eso no se lo cree nadie. —Sujeté los dos cascos con una mano y me froté los ojos con la otra—. Se va a Los Ángeles, a un rodaje. Le he dicho que haga la película y que ya hablaríamos a su vuelta. No quiero hacerme ilusiones durante meses para que después me venga con el cuento de que somos solo amigos.

—Creo que la has cagado. —Dafne se giró hacia mí—. Espero que tengas suerte y que regrese. Los trenes no siempre vuelven a pasar.

Cogió su casco, abrió la puerta y llamó al ascensor. La seguí hasta el rellano y cerré.

—¿Por qué dices eso? —Eché la llave.

—¿Cuánto hace que somos amigos, Martín? ¿Seis meses? —preguntó Dafne—. Creo que no has pasado ni un solo día sin mencionar a Blanca... —Entramos en el ascensor y pulsé el botón del garaje—. Si no es de un recuerdo juntos, es porque alguien te ha contado algo de ella, o porque estás enfurruñado porque la has visto en algún anuncio... ¡Anda que no nos han dado la brasa en la tele esta Navidad con su dichoso perfume!

Se abrieron las puertas y la dejé pasar a ella primero. Fuimos hacia mi plaza.

—¿Y qué quieres decir? —Me agaché a quitar la cadena.

—Que no dejas de pensar en ella —respondió Dafne—. A lo mejor tú no te das cuenta, pero yo sí. Lo haces todo el rato. Menos mal que no estamos saliendo juntos, porque no lo soportaría.

Dafne se colocó el casco. Me subí a la moto y le hice una seña para que se montase detrás.

—Vamos, que aún llegamos a la última sesión. —Arranqué el motor.

Casi no me enteré de qué iba la puta peliculita. Era una comedia y debía de ser bastante buena. El público de la sala no paraba de reír. Yo me pasé la sesión dándole vueltas a lo que me había

dicho Dafne.

Era consciente de que no había dejado de pensar en Blanca, al menos, en el último mes, desde que nos la encontramos en la librería. En octubre y noviembre había estado desconectado del mundo, por la promoción de la novela nueva, y casi no había visto a mis amigos.

Me había sorprendido mucho encontrármela aquella tarde. Tal vez porque la hacía en Hollywood, con Roy. Por lo que me había dicho Vega, creía que el rodaje de esa película era mucho más inminente.

Estaba preciosa. Como siempre. Daba igual que llevase un vestido largo de alfombra roja o que fuera con una coleta y sin maquillar. Siempre me había parecido la chica más guapa del mundo. Y aquella tarde lo estaba. Distraída, hojeando mi libro. Habría jurado que incluso sonrió al mirar la portada.

—Me han dicho que ese libro está muy bien —le había dicho a modo de saludo.

Me había respondido con una sonrisa tan grande que me dejó fuera de juego. Daba por hecho que estaba enfadada conmigo por haberla bloqueado. A partir de ahí, no supe qué decir. Menos mal que llegó Dafne y le dio conversación.

La habría invitado a cenar con nosotros en casa de Rober. Sabía que a mi hermano no le importaría poner un cubierto más. Sin embargo, ella parecía tener mucha prisa por irse.

Al marcharnos, en direcciones opuestas, sentí cómo los dedos de su mano acariciaban los míos. Ese roce me quemó tanto que no pude evitar darme la vuelta para mirarla de nuevo. No imaginaba que Blanca hiciera lo mismo.

Y, en ese instante, había tenido un *dejà vú* tan intenso que habría jurado que eso ya lo habíamos vivido.

—¿Nos tomamos algo? —me propuso Dafne al salir del cine—. Podemos ir al *pub* donde trabaja una amiga, está aquí al lado.

Asentí y la seguí en silencio.

—¿No te ha gustado la peli? —preguntó—. Era buenísima, me lo he pasado genial, pero tú no te has reído nada.

—No sé, no me he enterado mucho. —Bajé la vista al suelo mientras caminábamos.

—Oye, nene. —Se agarró a mi brazo—. Perdona si antes me he pasado con lo de Blanca. A lo mejor soy yo, que solo veo las cosas desde fuera. Entiendo que tú también tienes tu punto de vis...

—¿Podemos hablar de otra cosa? —la corté. Necesitaba dejar el temita por un rato. Empezaba a dudar de si no me había equivocado al decirle a Blanca que ya hablaríamos. A lo mejor Dafne tenía razón y no volvía jamás.

—Claro. —Señaló con la cabeza el *pub* que había al final de la calle—. Mira, aquí es... Ahora mi amiga nos pone unas birras y te despejas.

Su amiga no trabajaba esa noche. Nos lo contó el camarero que estaba detrás de la barra, al que Dafne no conocía. El tío era majo, pero un poco cansino. No paraba de acercarse con alguna excusa. O con algún chupito nuevo al que nos invitaba. Le estaba tirando la caña a mi amiga de una manera más que evidente.

A Dafne no parecía importarle, respondía con una sonrisa cada vez que se acercaba. La notaba muy contenta. No sabía si era por ese tío o porque se había tomado ella sola todos los chupitos. Yo tenía que conducir.

—¿Nos vamos? —le dije después de una hora—. Mañana quiero acabar de arreglar el puto grifo y limpiar, que la semana que viene tengo a mi hija.

—Yo me quedo un ratito más. —Me devolvió el casco—. Llámame con lo que sea, ¿vale?

Nos despedimos con un abrazo.

El día siguiente lo pasé muy ocupado. Me tomó más de tres horas arreglar el dichoso grifo, pero logré que dejara de gotear. También le di un buen repaso a la casa. Quitó la decoración navideña. Dafne se había empeñado en que la colocara, pese a mis reticencias. La guardé en una caja en el trastero. Luego me tocó barrer los restos de confeti, espumillón y serpentinas que aparecían en cada rincón. No sabía cómo, pero había papelitos de colores hasta dentro de la ducha. Me vino genial tener tantas cosas que hacer. Conseguí no pensar demasiado en Blanca durante el día.

El sábado por la mañana, ya se encargó mi hermano de recordármela.

**Rober**

¿Puedo volver a llamar cuñadita a Blanca?

**Yo**

¿Alguna vez has dejado de llamarla así?

**Rober**

No, pero quiero saber si ya es oficial.

**Yo**

No te entiendo una mierda.

Mi hermano me llamó por teléfono directamente.

—A ver, chaval —dijo con ese tonito condescendiente que me daba tanta rabia—, que si ya estáis juntos otra vez, que hay que explicártelo todo.

—No, no estamos juntos —respondí con un soplo.

—¿Y eso? —preguntó con asombro—. ¿No fue el jueves a tu casa?

—Sí, a decirme que me quería mucho y que se iba a Los Ángeles. Le contesté que ya hablaríamos a su vuelta. —Caminé por el pasillo hacia la cocina—. Esta vez no me dejó ninguna nota, supongo que me lo mandará por *email*...

—Mira, porque eres mi hermano y te quiero, pero es para darte de hostias hasta en el carnet de identidad.

—Había estado contigo, bebiendo. —Saqué una taza del armario y me serví un poco más de café—. Espero que no fuera idea tuya lo de animarla a venir.

—Nos tomamos un vino; como mucho, dos... ¿De verdad le dijiste que se fuera porque creías que estaba borracha? —Rober resopló, exasperado—. No me jodas, Martín, me has dado el coñazo todas las puñeteras Navidades para que la invitara a comer en Reyes a casa de los papás... ¡¿y cuando se presenta en la tuya le pides que se largue?! —se rio con incredulidad—. Eres un gilipollas. Perdona que te lo diga así, hermanito, pero eres un auténtico gilipollas.

Dejé la cafetera italiana sobre la vitro y cogí el azucarero.

—No entiendo que Blanca no quisiera venir a comer al pueblo, pero, en cambio, se presentara aquí para decirme que...

—¡Porque pensaba que tenías novia, chaval! —me cortó—. Estaba hecha una mierda porque creía que estabas con Dafne. No sabes cómo le brillaron los ojos cuando le contamos que erais solo amigos.

Escuché a Eloy de fondo, preguntándole qué había pasado. Rober suspiró.

—Nada, cariño, que mi hermano es subnormal... —le contestó antes de dirigirse otra vez a mí —: Mira, Martín, tú sabrás, ya no eres un crío. Hace casi quince años que esperas que Blanca vuelva.... Pues bien, ya lo ha hecho. —Me colgó sin despedirse.

Durante unos segundos, me quedé mirando la pantalla. No podía verme, pero seguro que tenía una cara de imbécil descomunal. Llevé la taza a la mesa. Removí mi café y entré en mi cuenta de Instagram.

Unas ocho horas antes, Blanca había publicado una foto desde el aeropuerto. En el *post*, compartía lo ilusionada que estaba por empezar un nuevo proyecto en Los Ángeles. Prometía contar más cosas en cuanto pudiera.

Pulsé sobre el circulito alrededor de su perfil para mirar sus *stories*. Eran fotos aleatorias, de diferentes puntos de la ciudad. En la última, aparecían dos cócteles sobre la barra de un bar. Seguro que estaba con ese capullo.

Bloqueé la pantalla y dejé el teléfono. Inspiré hondo, intentando calmar mi ansiedad. Cada vez estaba más convencido de que había cometido un error al decirle que ya hablaríamos a su vuelta.

La semana siguiente tuve a mi hija. Lo de la custodia compartida lo llevábamos bastante bien. Gloria había alquilado un piso a unas pocas manzanas de casa y no habíamos tenido que cambiar a la niña de colegio.

Nuestra relación era bastante buena. Mejor incluso que de casados. Al estar tan cerca, si nos surgía un imprevisto y no teníamos con quién dejar a la cría, nos echábamos una mano. Había empezado a salir con Javier, aunque aún no tenían pensado irse a vivir juntos. Me lo contó antes de decírselo a la nena. Prefería que me enterase por ella y no porque a nuestra hija se le escapara.

—¿Tú tienes novia, papá? —me preguntó una noche mientras preparaba la cena. Negué—. ¿Por qué? Mamá tiene novio. Tú deberías tener una novia también.

A sus cinco años, empezaba a parecerse demasiado a mi madre. O a David. No sabía cuál de las dos opciones me preocupaba más.

—Bueno, pues ya me buscaré una novia. Ahora, a cenar.

Llevé los dos platos a la mesa. Mi hija se sentó y yo saqué la botella de agua de la nevera. Cogí también un par de vasos.

—Blanca podría ser tu novia —propuso, masticando un trozo de tortilla—. Es muy guapa.

El corazón me dio un vuelco. Solo me faltaba que la niña también me lo recordara. Apreté los labios, algo tenso. Dejé la botella y los vasos.

—Blanca ya fue mi novia hace muchos años. Antes de conocer a mamá.

—¿Erais novios? —Abrió los ojos como platos—. ¿Y os dabais besos?!

Estaba tan sorprendida que me eché a reír. Asentí con la cabeza. A mi hija se le escapó otra risita.

—¿Me pones agua? —me pidió.

Llené los dos vasos. Esperaba que me preguntase algo más, pero se puso a contarme una historia del colegio y cambiamos de tema.

Esa noche, en la cama, volví a meterme en Instagram para ver sus *stories*. Blanca había grabado un vídeo en unas caballerizas. Explicaba que aquel nuevo personaje le suponía un reto y que había empezado a tomar clases de equitación porque el guion así lo requería. También desvelaba quién era el culpable de que estuviera en Hollywood. Roy apareció a su lado y le pasó el brazo por los hombros.

—Estoy muy feliz de que sea la protagonista de mi primera película como director. No ha sido nada fácil convencerla —miró a Blanca, que se echó a reír—, pero, por suerte, ya la tengo

conmigo. Siento habérsela robado, pero, tranquilos, que la voy a cuidar muy bien.

Le guiñó un ojo a la cámara justo antes de cortar. Y, aunque hablaba en plural, dirigiéndose a sus seguidores, sentí que ese mensaje era solo para mí.

El viernes siguiente, me pasé por el *pub* irlandés para ver a Dafne. No habíamos quedado, pero sabía que esa semana trabajaba solo hasta las doce. Podíamos tomar una cerveza allí y luego darnos una vuelta juntos por el Barrio.

Al entrar, la descubrí en una esquina de la barra, charlando con un tío. Estaba de perfil, pero me pareció que era el camarero que habíamos conocido la otra noche. El que no había dejado de invitarla a chupitos en el *pub*. En cuanto me vio, Dafne le apretó el brazo y vino hacia mí.

—Hola, nene, no te esperaba hoy. —Se puso de puntillas y me dio dos besos desde el otro lado de la barra—. ¿Birra o copa?

—Birra.

Dafne sacó un tercio y le quitó la chapa. Lo empujó hacia mí.

—¿Es el del otro día? —Lo señalé con disimulo antes de beber.

—Sí, se llama Iván, hemos quedado tres o cuatro veces en estas semanas y... —Se mordió el labio mientras lo miraba.

—¿Y?

Dafne soltó una risita.

—Puedes contarme que te has acostado con él —me reí—, a estas alturas, no me voy a escandalizar.

—Bueno... —Se echó hacia delante, acercándose más a mí. Bajó la voz—: Es la primera vez que me acuesto con alguien y no pienso en Rubén.

—Te gusta —afirmé. Dafne asintió—. Me alegro mucho por ti.

Ella me frotó el brazo de manera cariñosa.

—No te pongas celoso —bromeó—. Te sigo queriendo igual.

Solté una carcajada y desvié la mirada hacia la tele. Al instante, apareció Blanca en su anuncio de perfume. Fruncí el ceño. Dafne se dio cuenta.

—¿Has hablado con ella? —preguntó.

Negué con la cabeza y volví a beber. No había hablado con ella, pero no había parado de ver sus *stories* en toda la semana. También había empezado a mirar las de Roy. Me había convertido en un *stalker* de puta madre.

Dafne se volvió hacia el chico, que le sonrió desde el otro lado de la barra. Ella le devolvió la sonrisa.

—Dime qué te debo de la cerveza, que me voy —le dije.

—Martín, lo siento, es que Iván y yo habíamos quedado hoy y...

—Tranquila, yo también te sigo queriendo igual.

Sonreí. Dafne apretó los labios, como si se sintiera fatal. Saqué un billete de diez. Lo rechazó con la mano.

—A esta te invito yo. —Volvió a ponerse de puntillas para despedirse—. Llámame mañana, ¿vale?

Asentí. Dejé el tercio vacío sobre la barra y me marché del *pub*.

Los tres meses siguientes se me hicieron larguísimos. Las semanas en las que no tenía a la niña me parecían interminables. Me sentaba a trabajar y me pasaba la mañana procrastinando en internet. O cerraba el Word y me iba al gimnasio.

Dafne había empezado a salir con Iván y estaba prácticamente desaparecida. Desde la última

vez que había estado en el *pub* irlandés, a finales de enero, no nos habíamos visto más de tres o cuatro veces. Me llamaba por teléfono casi todas las semanas, pero ya no me proponía planes improvisados. Ni se presentaba en mi casa por sorpresa. Supuse que esa espontaneidad ya solo le salía con su novio. Con el de verdad.

Algunas tardes, quedaba con David a tomar algo. Se había mosqueado un poco al enterarse de que lo mío con Dafne solo había ocurrido en su imaginación. Por suerte, se le pasó pronto. Mi amigo era muy pesado, pero nada rencoroso.

Su última fijación era prever qué pasaría la noche en que las chicas viajaron al pasado en su otra dimensión. Me mandaba unos audios larguísimos con un montón de cálculos matemáticos que yo escuchaba de fondo a doble velocidad. Al final, siempre terminaba con la misma pregunta:

—¿Te imaginas que esta vez seamos nosotros los que viajemos en el tiempo?

Lo había repetido tantas veces que me lo había llegado a creer. O tal vez no fuera más que mi miedo a no poder arreglar nunca las cosas con Blanca. Las fotos y vídeos que publicaba con Roy eran tan ambiguos que no tenía muy claro si aún eran amigos o si había pasado algo más. Había empezado a reaccionar a sus publicaciones, pero no sabía cómo comenzar una conversación. Cuanto más tiempo pasaba, más difícil se me hacía escribirle un mensaje casual.

Me tumbé en el sofá. Agarré mi móvil para ver si Blanca había publicado algo nuevo. O si yo conseguía reunir el valor para enviarle un «Hola». Según me había dicho David, la noche siguiente ocurriría todo. Solo quedaban algo más de veinticuatro horas. Y estábamos a miles de kilómetros de distancia.

Me metí en su perfil. No había ninguna novedad. Tampoco en el de Roy. Iba a volver a mirar sus últimas *stories* cuando la aplicación me avisó de que ese capullo había empezado un vídeo en directo. Me resistía a pinchar en el circulito rojo que enmarcaba su foto de perfil. Dejé el móvil en la mesa y me levanté.

Fui a la cocina a beber un vaso de agua. A lo mejor me habría ido mejor una tila. Estaba seguro de que Blanca aparecería también en ese directo y tenía miedo de lo que me pudiera encontrar.

Di un par de vueltas, me froté la cara. No ver qué estaba ocurriendo me ponía más nervioso. Era mejor enfrentarse a las cosas. Y que pasara lo que tuviera que pasar.

Regresé al salón en una carrera. Desbloquéé el móvil y apreté el botón.

Se los veía bailando en un bar, muy pegados el uno al otro. Roy la agarraba de la cintura mientras se movían al compás. Con los ojos cerrados, Blanca sonreía.

Noté una opresión en el pecho, como si me costara respirar. Salí de la aplicación. Solté el teléfono sobre el asiento y me llevé las manos a la cara. Me ardían las mejillas. Mis latidos retumbaban en mis sienes. Las masajeeé para aliviar la tensión.

Intenté poner la mente en blanco, no pensar en nada, pero esa imagen se había grabado a fuego en mi cabeza. Me costaba entender a qué cojones había venido ese vídeo. No tenía ninguna relación con la puta película.

Exhalé con fuerza y me dejé caer en el sofá. Necesitaba distraerme para no seguir pensando en lo que acababa de ver.

Puse la tele e hice *zapping*, cambiando los canales a toda velocidad. Al final, dejé el informativo y traté de concentrarme en las noticias. No habían pasado ni diez minutos cuando el presentador se despidió hasta el día siguiente y comenzó la publicidad. Tras el anuncio de un banco *online* y una marca de electrodomésticos que patrocinaba un programa de cocina, apareció la cara de Blanca junto a ese puñetero perfume. Apagué la tele con el mando y me levanté.

Me acerqué a la librería y miré los títulos de las baldas. Algunos los había leído hacía poco, otros me daban pereza. Examiné los que tenía en segunda fila. Agrupados en un lateral, había

algunos más antiguos, casi todos clásicos de la ciencia ficción. Mis ojos se fueron directos a *1984*, de George Orwell.

Lo saqué de la estantería. Había sido uno de mis libros favoritos de adolescente, pero no recordaba cuántos años llevaba sin leerlo. Lo abrí por la mitad y lo hojeé. Las páginas estaban amarillas. Un trocito de cartón se cayó al suelo y me agaché a recogerlo. Al darle la vuelta, mi corazón se saltó un latido.

Eran las fotos del cumpleaños de Blanca de hacía más de veinte años. Las dos imágenes que faltaban para completar la tira original. En la de arriba, ella soltaba una carcajada mientras yo la observaba perplejo. En la de abajo, nos comíamos la boca apasionadamente.

Apoyé el libro en la balda y evoqué ese momento. Blanca sentada sobre mi muslo. La presión de su cuerpo contra el mío, los dos abrazados dentro de aquel minúsculo fotomatón. Aún podía escuchar el sonido de su risa antes de callarla con un beso.

Volví a mirarnos. Habían pasado muchos años, pero seguía tan loco por ella como aquel día. Y había mandado a la mierda mi última oportunidad. Solo a un gilipollas se le ocurriría decirle que siguiera jugando.

Sin pensarlo, abrí WhatsApp y le envié una foto.

**Yo**  
Siempre estuvieron en casa.

Te echo mucho de menos, preciosa.

Los ojos empezaron a picarme. Miré hacia arriba y exhalé por la boca. Mi respiración salía entrecortada porque mi abdomen temblaba. Me restregué los párpados, apretándolos con fuerza, como si pudiera contener las lágrimas...

Mi hermano tenía razón.

Era un auténtico gilipollas.

## 21. LA NOCHE DE LA TORMENTA

Martes, 23 de abril de 2019

BLANCA

**Vega**

No me creo que no vayamos a estar las tres juntas esta noche.

Vega cambió el nombre del grupo a *Sayonara, baby*.

**Yo**

Tía, no me agobies. Sabes que esto no ha sido por mi culpa.

Vega cambió el nombre del grupo a *Si no hay Casera, nos vamos*.

**Sofía**

Al final, sobraré vino...

**Vega**

No te preocupes, Sofi, haré un esfuerzo.

Vega cambió el nombre del grupo a *Me piro, vampiro*.

**Sofía**

¿Quieres estarte quieta con los nombrecitos?

Vega cambió el nombre del grupo a *Chao, pescao*.

Vega cambió el nombre del grupo a *Nos vemos al otro lado*.

Vega cambió el nombre del grupo a *Eso es todo, amigas*.

**Vega**

¡No puedo parar!

Salí de WhatsApp y miré la hora: ya eran las seis y cuarto de la tarde. Tomé aire y lo solté por la boca mientras trataba de calcular cuánto tiempo me quedaba hasta que todo ocurriese. «¿A qué hora cambiaremos de año? —me pregunté—, ¿a medianoche como con las campanadas?».

No tenía pruebas, pero tampoco dudas, de que al día siguiente volveríamos a despertarnos en 1996. Yo, por lo menos. Tenía ese «Sigue jugando» de Martín grabado en la cabeza. Visto lo visto, parecía que era mi única opción de cambiar las cosas.

Estaba tan agobiada que decidí ponerme un poco de música para relajarme. Me coloqué los auriculares y *Súbeme la radio*, de Enrique Iglesias, comenzó a sonar:

*Ya no me importa nada, ni el día ni la hora, si lo he perdido todo...*

El día anterior, había bailado esa misma canción con Roy en la terraza de un bar de Los Ángeles. Solíamos ir a menudo al terminar la jornada, junto a varios compañeros del equipo. Ya éramos muy conocidos entre los empleados, desde los camareros hasta el DJ, quien no tardaba en poner música latina en cuanto cruzábamos la puerta.

Habíamos estado grabando las secuencias de la playa, que incluían un amanecer. El rodaje había comenzado a las cuatro de la madrugada y, a pesar de que no era mucho más de mediodía, estábamos agotados.

—Como algo y me voy —le había dicho a Roy tras sentarnos en una de las mesas.

—Relájate, Blan, que la tarde es joven —me había contestado él—. Hasta mañana a las ocho no tenemos que volver a rodar.

—Cómo se nota que no has tenido que ir a caballo por la orilla —me quejé—. Eres un cabrón, me has hecho repetir la secuencia cuatro veces...

—Pero has estado espectacular, reina. —Me dio un beso en la mejilla—. Y ahora te voy a invitar a un cóctel para celebrarlo.

Tomamos un par de copas y algunos sándwiches. Nos hicimos fotos y Roy las subió a sus redes sociales. Enseguida, Elia las compartió desde mi perfil. Todo el mundo estaba muy animado, pero a mí me costaba horrores integrarme en la conversación. Mi cabeza no paraba de pensar que solo quedaban veintiséis horas para que llegase la tormenta, y yo estaba a miles de kilómetros de mi ciudad. «¿Y si mañana te despiertas aquí pero en otro año? —me preguntó mi vocecita interna—. Sería imposible de justificar en casa».

—Y aquí tenemos a la estrella de la película. —Roy me pasó un brazo por los hombros y estiró el otro, apuntándonos con el teléfono, como si nos fuésemos a hacer un *selfie*.

Sonreí por inercia. Tardé un par de segundos en percatarme de que no se trataba de una foto.

—¿Estás grabando un *reel*? —le pregunté, confundida.

—Estamos en directo, reina —se carcajeó Roy—. Y ahora mismo somos más de cien mil.

Mandé un beso a sus seguidores y la pantalla no tardó en llenarse de corazoncitos rojos. Los comentarios aparecían a toda velocidad, era casi imposible leerlos.

—Llevamos despiertos desde las dos de la mañana y hemos terminado de rodar hace un rato —continuó explicando Roy—. Justo ahora, Blan me contaba lo mucho que ha disfrutado de montar por la playa...

Abrí la boca para protestar, pero el DJ pinchó *Súbeme la radio*, y algunos compañeros del equipo se levantaron para ir a la pista. Nos giramos hacia ellos.

—Baila conmigo. —Roy retiró el brazo de mi hombro y se puso en pie. Me tendió la mano.

Lo miré, manteniendo la sonrisa, aunque por dentro lo quisiera matar. No me apetecía nada que nos echáramos unos bailes, pero mi exmarido me había puesto en un compromiso en pleno directo. Retiré la silla y me levanté. Roy le pasó el móvil a su asistente.

Los compañeros nos corearon al llegar a la pista. Contoneé las caderas al ritmo de la canción mientras Roy imitaba mis pasos frente a mí. Alcé los brazos, llevé las manos a mi nuca. Él rodeó mi cintura y acompasó sus movimientos a los míos. Cerré los ojos e intenté poner la mente en blanco, dejándome llevar por la música.

Empecé a pensar en Martín, ni siquiera sabía por qué. Ese era el tipo de canción que nunca le había gustado escuchar, sobre todo, si la ponían en algún *pub* cuando estábamos de fiesta. Sonreí al recordar lo tenso que se ponía cada vez que bailábamos juntos. Lo echaba muchísimo de menos. Quizá, con suerte, ese mismo fin de semana estaríamos juntos, de botellón en los noventa, celebrando el cumpleaños de Sofía. A lo mejor, esa vez ni siquiera llegáramos a cortar.

Solo tenía que asegurarme de mantenerme muy lejos de Nacho...

Roy se pegó a mi espalda y me pasó un brazo por la cintura. Sus dedos acariciaron mi abdomen, ascendiendo con lentitud.

—La manita, Roy —susurré, antes de retirarla con disimulo. Di un giro, como si fuera parte del baile, y volví a quedarme frente a él. Roy se rio.

Cerca de nosotros, su asistente seguía grabando. Le hice un gesto con la mano para pedirle que enfocara a otro lugar, pero negó con la cabeza. Por suerte, se terminó la canción.

Roy mandó un beso a sus seguidores y recuperó su móvil de manos de su asistente. Le dije al oído que me iba.

—¿Estás bien, Blan? —preguntó, extrañado—. Siempre eres el alma de la fiesta, no sé qué te pasa hoy.

—Estoy cansada —respondí, pasándome una mano por la frente—. Me apetece darme una ducha y tumbarme un rato.

—Me voy contigo, reina, que, si no, al final, me liaré.

Nos despedimos de los compañeros y pedimos un Uber para volver a su casa.

Por el camino, saqué mi móvil y abrí mi cuenta de Instagram. Revisé las reacciones al *storie* que había compartido Elia y que ya tenía más de cinco mil visitas. Deslicé el dedo por la pantalla, esperando encontrar entre ellas alguna de Martín. Últimamente, le daba *like* a casi todas mis publicaciones, aunque nunca me escribía nada.

—Reina, creo que no te he pedido perdón suficientes veces por cómo me comporté cuando pasó lo de Jennifer.

Me giré hacia Roy, que miraba al techo, con la espalda recostada en el asiento.

—No, no lo has hecho. —Apoyé el móvil en mi regazo y me froté los ojos—. Disculpas aceptadas, aunque ya me da igual.

—Te lo digo en serio, Blan. —Estiró la mano para agarrar la mía—. Fui un idiota, tendría que haberme quedado contigo...

Noté vibrar el teléfono sobre mis piernas y bajé la cabeza para mirar la notificación. Era un mensaje de Martín. Solté a Roy para coger el teléfono con ambas manos.

Había encontrado su parte de la tira del fotomatón, la que pensaba que había perdido. Toqué la pantalla y agrandé la imagen, ahogando un gritito de felicidad.

«Me encanta en la que te estás riendo», me había dicho aquel día, cuando le pregunté cuál de las dos mitades quería que le regalase.

Miré a la Blanca de dieciocho años, que se reía despreocupada, ajena a todo lo que nos quedaba por vivir. Se nos veía tan relajados y felices que la nostalgia me invadió de una forma abrumadora. Acaricié su foto con el dedo y la imagen se redujo, regresando a la pantalla del chat.

## **Martín**

Siempre estuvieron en casa.

Te echo mucho de menos, preciosa.

Cerré los ojos. Yo también lo echaba muchísimo de menos. Me habría encantado darle un abrazo, pero me encontraba muy lejos, en la otra parte del mundo. «Ojalá pudiera teletransportarme y aparecer allí», deseé con todas mis fuerzas.

—Vaya, si es tu noviete, otra vez... —murmuró Roy. Parpadeé, de vuelta a la realidad—. Vamos, reina, ya hemos llegado.

Al salir del coche, me tomó por la cintura y avanzamos juntos hacia la entrada de su casa. Era la típica construcción de dos pisos de estilo mediterráneo, como las que salían en las películas.

Pasé yo primero y dejé el bolso sobre el mueble. Roy cerró la puerta y se pegó a mi espalda.

—¿Te he dicho alguna vez lo increíble que eres, Blan? —Retiró el pelo que me caía sobre los hombros y posó sus labios en mi cuello—. Divertida, con muchísimo talento... —Rodeó mi cintura con sus brazos—. Y tremendamente sexy. —Besó mi piel—. No sé ni cómo te dejé escapar...

—Para, Roy, esto es una mala idea —le pedí. Al instante, retiró sus manos y dio un paso atrás.

—Estás loca por él. —Bufó.

Me di la vuelta. Roy miraba al techo con los brazos en jarras.

—Tengo que irme hoy —le pedí en un susurro.

—No puede ser, Blan. Mañana tenemos rodaje. Espérate dos semanas y...

—No tengo dos semanas —lo corté—. Ni siquiera sé si me quedan dos días.

Roy bajó la mirada y me observó, extrañado. Inspiré hondo.

—Mañana es mi última noche —le dije—. Ya sabes, la tormenta.

No me hizo falta explicar nada más. Roy se pasó la mano por la cara con agobio.

—Joder, Blan, no puedes pedirme eso... Es una locura que te vayas así, en medio del rodaje.

—Lo sé. —Me apoyé en el mueble, bajando la vista—. Pero necesito irme, no puedo quedarme aquí.

Roy tomó aire y lo soltó de golpe por la boca. Movié la cabeza hacia ambos lados.

—Vale, reina, vete —dijo al final.

Levanté la mirada. No me lo podía creer.

—Vete —repitió—, ya me inventaré algo para retrasar el rodaje unos días. No sé, les contaré a los productores que necesito cambiar alguna localización, pediré que lo deduzcan de mis beneficios, yo qué sé... —Se mordió el labio antes de reírse con incredulidad—. El puto cabrón de tu noviete me va a salir carísimo.

—¿En serio? —pregunté con cautela.

—El lunes que viene, te quiero aquí. —Levantó un dedo en señal de advertencia—. Me la suda si vuelves a los noventa o a las pirámides de Egipto. Móntatelo como quieras, pero el lunes te quiero en el set a primera hora.

—¡Gracias, Roy! —Lo abracé con fuerza—. Gracias, gracias, gracias...

Le di un beso en la mejilla y corrí escaleras arriba. Cuando estaba a mitad de camino, me llamó:

—¡Blan! —gritó y me di la vuelta—. Me contarás lo que pasa después de la tormenta, ¿verdad?

—Ni lo dudes —le había contestado antes de ir a mi habitación para hacer la maleta.

Por megafonía anunciaron el número de mi vuelo. Abrí los ojos y detuve la música para prestar atención. Nos pedían disculpas por la demora e informaban que, en unos minutos, se abriría el embarque para el vuelo con destino a Alicante.

Me quité los auriculares y salí de Spotify. Eran las siete menos cinco en mi móvil, aunque, a causa del *jet lag*, me parecían casi las diez de la mañana.

Había llegado a Múnich hacía cuatro horas y media. El día anterior, mientras preparaba la maleta, había llamado a Elia y le había pedido que me consiguiera un billete de avión para viajar de inmediato, sin importar el precio. No había vuelos directos desde Los Ángeles, así que había tenido que hacer escala. Mis amigas estaban entusiasmadas, hasta que les había mandado un mensaje de que el segundo vuelo salía con retraso.

Volví a entrar en WhatsApp, donde Vega seguía cambiando de nombre el grupo. Debía llevar años preparándose para esa noche: era imposible que todos esos nombrecitos se le ocurrieran a la

vez.

**Yo**  
Creo que tengo suerte y voy a llegar.

¡Guardadme vino!

**Sofía**  
Sííííí.

**Vega**  
¡Menos mal!

Vega cambió el nombre del grupo a *¿Carreteras? A donde vamos no necesitamos carreteras.*

El taxi me dejó en casa de Vega pasadas las diez y media. Me habría encantado poder ver a Martín antes de la cena, pero el retraso en el aeropuerto de Múnich lo había complicado. Cuando mis amigas me abrieron la puerta, no se lo creían.

—¡Has venido, Blanqui! —Vega se lanzó sobre mí en un abrazo muy efusivo y, al momento, Sofía se nos unió. Saltamos como locas.

—¡Casi no llego! —exclamé en cuanto nos separamos para coger aire—. No sabéis lo mal que lo he pasado al retrasarse el segundo vuelo, ¡pensaba que esta noche dormía en un hotel!

—Lo importante es que ya estás aquí. —Sofía cogió mi maleta y aguantó la puerta para que entrásemos.

Vega me pasó el brazo por los hombros y fuimos al jardín trasero, donde habían puesto la mesa con tres cubiertos. Mi plato y mi copa seguían intactos; los suyos estaban llenos de cáscaras de marisco.

—Hemos decidido cenar fuera porque hace muy buena noche —dijo Sofía, que acababa de dejar mi maleta dentro de la casa.

—Me parece genial. ¿Dónde están los demás? —pregunté. Me quité la chaqueta y el bolso y los coloqué en el respaldo de la silla.

—David ha quedado con Martín; Ainhoa está con Alba y las gemelas —me explicó Vega—. Creíamos que era importante que estuviéramos un ratito las tres a solas... si conseguías llegar.

—Y mientras me esperabais, os habéis puesto hasta el culo de gambas. —Me senté a la mesa y cogí una loncha del plato de los embutidos—. Este jamón es del bueno, de Jabugo por lo menos.

—No hemos escatimado en nada —se rio Vega, que se sentó junto a mí.

—Ya veo, no cenamos cosas tan ricas en la otra dimensión. —Tomé otro par de lonchas y las metí entre dos trozos de pan—. Recuerdo que había un fuet y unas olivas, puede que también una de esas ensaladas con queso de cabra que solías preparar.

—Y el guacamole del Mercadona —añadió Sofía.

—Igualito que ahora. —Levanté con dos dedos una cigala—. Esto parece la cena de Nochevieja, debería de haberme puesto unas braguitas rojas.

Vega soltó una carcajada y rellenó su copa. Fue a echar en la mía, pero se dio cuenta de que la botella de vino se había acabado.

—Sofi, saca más vino que vamos a empezar con los deseos.

—Pero ¿aún queda vino? —preguntó Sofía y las tres nos echamos a reír.

Mientras mi amiga iba a la cocina, me puse en el plato los cinco langostinos que me habían dejado, un poco de queso y varias lonchas más de jamón. Estaba hambrienta. Apenas había comido nada desde que había salido de Los Ángeles porque tenía el estómago cerrado por los nervios.

—Blanqui, ¿tú qué crees que va a pasar? —preguntó Vega. Me encogí de hombros con la boca llena. Mi amiga miró al cielo—. A lo mejor no ocurre nada, el del tiempo ha dicho que esta noche no va a llover.

—Tampoco daban lluvias en la otra dimensión y mira dónde estamos —le contesté, antes de engullir otro langostino.

—En eso tienes razón —respondió.

Sofía regresó con la botella. La apoyó en la mesa y la abrió. Llenó su copa y la mía antes de sentarse.

—¿Os imagináis que regresamos al día siguiente de la otra dimensión? —nos dijo.

—¡Espero que no! —exclamó Vega—. A ver cómo le dices a David que ahora es mi marido.

Se les escapó a las dos una risita nerviosa, aunque se veía a la legua que a ninguna le hacía gracia.

—No podríais tener a Ainhoa. —Sofía frunció el ceño.

—Bueno, técnicamente, existe una posibilidad... —Vega volvió a beber y las dos la miramos expectantes—. Cuando me enteré de que te habías quedado embarazada en la otra dimensión, congelé mis óvulos.

—¡Eso no nos lo habías contado! —protesté, preparándome otra especie de minibocadillo.

—¡Me daba vergüenza! —Vega se tapó la cara con una mano—. Lo decidí en un arranque de locura porque pensaba que se me iba a pasar el arroz. Pero, mira, igual hice bien... Y, sí, ya sé que sería mucha casualidad que tuviéramos a Ainhoa, pero fíjate en esta con las gemelas. —Señaló con la copa a Sofía antes de beber otra vez—. Ya sabes, lo que tiene que pasar...

—Acaba pasando —respondí, y entrechocamos las copas.

—La Virgen —dijo Sofía, todavía perpleja, y le dio un trago tan largo a su vino que Vega y yo nos volvimos a reír.

—A mí me parece que vamos a volver a 1996. —Me limpié las manos y me eché hacia atrás—. Vosotras igual no, porque habéis aprendido la lección y tenéis lo que queríais, pero yo... —Moví mi copa en círculos—. Yo estoy exactamente igual que al principio, quizá incluso peor. —Suspiré—. Creo que viajar al pasado sería lo mejor que podría ocurrirme.

—¿Estás segura? —preguntó Sofía.

La miré, dubitativa. Recordé esa primera mañana en el instituto, cuando volví a encontrarme con Martín antes de entrar en clase, y asentí.

—Sí, esta vez lo haré bien.

—Quién sabe, chicas, tal vez mañana confluyan los universos paralelos y el mundo entero explote... —Vega se encogió de hombros—. Yo solo os pido que, si volvemos a despertarnos en 1996, no me dejéis acercarme a Rubén. —Alzó su copa con demasiado ímpetu y derramó la mitad del vino en la mesa—. ¡Por las buenas decisiones!

—¡Por las buenas decisiones! —repitió Sofía, levantando la suya.

Cerré los ojos, me concentré en todos los momentos felices que había vivido junto a Martín: la mañana en que nos fugamos de clase y acabamos en la playa. Nuestra primera vez, en su habitación. Cuando nos tatuamos juntos ese mismo círculo en la muñeca el día en el que Rober no se casó con Ana...

Aquellas imágenes se agolpaban en mi mente como si fueran fotogramas de una película larguísima.

Las tardes tumbados en su cama escuchando música. Las noches que estudiábamos para los exámenes en la biblioteca de la universidad. Los veranos en el pueblo, donde bailábamos siempre los mismos temas en la verbena. El viaje a Londres. El día que nos fuimos a vivir juntos y me cogió en brazos para cruzar la puerta...

«Eso es lo que quiero. Esta vez, no lo vamos a dejar».

Abrí los ojos, ilusionada, y levanté mi copa.

—¡Por las buenas decisiones! —grité.

Y, en aquel instante, recordé la sonrisa de Martín el día que cogió en brazos a su hija por primera vez.

«Espera..., no, no puedes volver —dijo mi voz interior—. Si lo haces, perderás esos momentos junto a Martín, porque nunca habrán ocurrido... Y, aunque intentes repetirlos, jamás será igual que vivirlos por primera vez».

El corazón me latió con fuerza, como si hubiera pulsado por error el botón de formatear. Si volvía al pasado, él ya no sería el mismo Martín que yo conocía. Habría perdido todos sus recuerdos, además de a su niña...

De pronto, una fuerte ráfaga de viento cruzó el jardín, volcó las botellas vacías de la mesa e hizo que las cáscaras de marisco se esparcieran por el césped.

—No me jodas —susurró Vega cuando el cielo se iluminó unos segundos, como si se hiciese de día.

Sofía se puso el dedo sobre los labios para que escuchásemos el silencio. Nos quedamos muy quietas, casi sin atrevernos a respirar. Negué con la cabeza, aterrada: aquello no podía estar pasando de nuevo.

Y, de repente, el brusco sonido de un trueno antes de ponerse a llover.

—¡Su puta madre! —exclamó Vega, y las dos corrieron hacia el interior de la casa para no mojarse.

Me quedé sentada en la mesa, en medio del jardín. Acababa de meter la pata hasta el fondo. Sin duda, esa era la mayor cagada de todas las de mi vida. Peor, incluso, que casarme con Roy. De un plumazo, había borrado las cosas buenas que habíamos vivido juntos Martín y yo. Levanté la cara y me eché hacia atrás, calándome con la lluvia.

—¡Vamos, Blanca! —me gritó Sofía.

Desde la puerta, mis amigas me hacían señas para que entrase con ellas. Moví la cabeza hacia los lados.

—¡No puedo, tengo que hacer una cosa! —Saqué el móvil del bolso—. ¿Sabéis dónde han quedado los chicos?!

—¡En el irlandés de la Rambla, creo! —contestó Vega.

—¡Gracias, os quiero! —Me levanté y corrí hacia la puerta del jardín—. ¡Nos vemos en los noventa!

Salí a la calle y marqué el número de Teletaxi. Como siempre, me dejaron en espera. Apreté el paso bajo la lluvia, en dirección a la parada que había al final de esa avenida, junto al hotel. Vega vivía en un chalet cerca del campo de Golf, y resultaba muy difícil encontrar uno que estuviera circulando por la zona.

Otro relámpago iluminó la noche y me percaté de que me había dejado la chaqueta y el bolso en su casa. «Menos mal que aún no he vuelto al pasado y puedo pagar con el móvil». Colgué a la empresa de taxis y marqué el número de Martín. Para mi sorpresa, comunicaba.

—¡Puto universo, no me jodas más! —grité, enfadada. El cielo me contestó con un trueno aterrador.

La lluvia cayó con más fuerza y eché a correr. A lo lejos, me pareció distinguir una lucecita verde en la parada. Volví a llamar a Martín. Esa vez, respondió al segundo tono.

—¡Blanca, te estaba llamando! —me dijo según descolgó—. David me acaba de decir que venías hoy.

—Sí, ha sido improvisa... —Otro trueno retumbó en el cielo y me sobresalté—. ¿Dónde estás? Necesito verte.

—En la Rambla, pero tengo la moto, voy a buscarte donde me di...

—No te preocupes, hay un taxi libre, enseguida voy.

Colgué. Recorrí los últimos metros en un esprint y me metí en el vehículo.

—Al irlandés de la Rambla, por favor.

Dejé el teléfono en el asiento y me abroché el cinturón.

—¿Blanca?

Levanté la mirada. A través del retrovisor, el conductor me observaba sorprendido. Solo sería alguien que me había visto en una película, pero sus ojos y su voz me resultaban demasiado familiares.

—¿Nos conocemos? —pregunté, despistada.

—Joder, rubita, ¿es que ya no te acuerdas de los amigos?

Al escuchar esa risa socarrona, supe de inmediato quién era.

—¿Nacho?

—Ese soy yo, no me gastes el nombre —me guiñó un ojo y arrancó.

Tomó la avenida a demasiada velocidad. Me agarré al asidero que había sobre la puerta.

—Vaya, no te hacía por la *terreta*, Blanquita. —Dio un volantazo para adelantar—. Ya no estás casada, ¿no? Lo leí en una de esas revistas de mierda que se compra mi mujer.

No hacía más que observarme por el retrovisor y me estaba poniendo nerviosa. No solo porque parecía querer desnudarme con la mirada, sino también porque conducía pegado al culo del coche que llevábamos delante.

Alcanzamos la carretera. Cada vez que llegábamos a una rotonda, tenía que cerrar los ojos porque se incorporaba sin mirar, como si tuviera preferencia sobre los demás vehículos. Me dolía el cuerpo de estar en tensión.

Había comenzado a rezar un padrenuestro cuando me llegó un mensaje.

**Martín**

En la Rambla hay muchísimo tráfico por la lluvia.

Te espero en la Puerta del Mar.

—Nacho, cambio de planes, déjame al final de la Explanada, junto a la casa Carbonell —le pedí mientras respondía a Martín con el emoji del pulgar.

—Eso será si este soplapollas me deja pasar... —Pitó varias veces al vehículo de delante y sacó la cabeza por la ventanilla—. ¡Quítate de en medio, *alelao*! ¡¿No ves que vas pisando huevos?!

Le echó las largas sin parar hasta que el conductor se cambió de carril. Al pasar por su lado, Nacho le dedicó una peineta. Me eché hacia abajo en el asiento, avergonzada. «¿En qué momento me gustó este imbécil?».

Pillamos una recta y Nacho aceleró. Debíamos ir a más de cien por hora. Por su propia seguridad, los coches se apartaban de nuestro camino, hasta que, al salir de un túnel, vimos un montón de vehículos parados con las luces de emergencia.

—¡Nacho, frena, que nos vamos a matar! —grité, a punto de arrancar el asidero.

Pegó tal frenazo que reboté contra el asiento de delante. Suerte que llevaba puesto el cinturón. Abrí los ojos despacio, asombrada de que estuviéramos ilesos.

—Te has cagado, ¿eh, rubita? Tú tranquila, que yo controlo.

Empezó a reírse como si hubiera dicho algo graciosísimo. Inspiré hondo y exhalé muy lentamente, tratando de regular mi respiración.

—Voy a ver qué ha pasado. —Nacho abrió su puerta para salir del coche—. Seguro que algún imbécil se ha metido una hostia porque no tiene ni puta idea de conducir...

Al oírlo, me temí lo peor. Busqué mi móvil por el suelo, al borde de un ataque.

«Por favor, que no le haya ocurrido nada a Martín».

Me contestó al primer tono.

—Blanca, ¿ya estás aquí?

En cuanto lo oí, exhalé con todo el alivio del mundo.

—No, estoy en el taxi cerca de... —Miré por la ventanilla intentando ubicarme—. Cerca del *scalextric*, pasado el centro comercial. Hay un montón de coches detenidos, creo que ha habido un acciden...

—No te muevas, voy enseguida —me colgó.

Cerré los ojos y me recosté en el asiento, concentrándome en el sonido de la lluvia contra el cristal. Para ser mi última noche en esa dimensión, estaba resultando muy completita.

—Parece que va para largo —dijo Nacho al entrar—. Si quieres, me paso al asiento de atrás y recordamos viejos tiempos...

Abrí los ojos con estupor. Oír eso era lo único que me faltaba.

—¿Qué me dices, rubita? —insistió Nacho. Me miró por el retrovisor con una sonrisilla repugnante.

—¡Que te vayas a la mierda, gilipollas!

Me quité el cinturón y salí del taxi, sin acordarme ni siquiera de pagar.

Caminé deprisa entre los vehículos, esquivando a la gente. Algunos conductores habían abierto las puertas y observaban la escena con curiosidad. Los dos coches siniestrados estaban cruzados en medio de la vía y bloqueaban el paso. El choque había sido muy aparatoso, pero, por suerte, no parecía que hubiese ningún herido.

Llegué al arcén y el teléfono me vibró en la mano. Era Martín, otra vez. Justo antes de descolgar, me fijé en que solo me quedaba un uno por ciento de batería.

—¡Blanca! Estoy parado en el...

No escuché nada más. Separé el teléfono de mi oreja y lo miré: la pantalla se había puesto en negro.

—¡No, no, no! —Pulsé los botones laterales, en un desesperado intento por que reviviera—. Por favor, no me hagas esto, tengo que saber dónde está.

Insistí tres o cuatro veces. No me podía creer que se me hubiera agotado la batería en ese preciso instante y no tuviera forma de localizar a Martín. Al darme cuenta de que mi esfuerzo era inútil, me dejé caer de cuclillas en el arcén, me tapé la cara y rompí a llorar.

Estaba agotada. En los últimos dos días, había viajado casi once mil kilómetros sin apenas dormir. Me había cruzado el mundo y, aun así, no iba a poder abrazarlo por última vez. Al día siguiente, cuando me lo encontrase de nuevo en el instituto, Martín ya no sería la misma persona.

Todos nuestros recuerdos de los últimos veinte años se habrían desvanecido.

—¿Blanca?!

Oí mi nombre a lo lejos y me levanté de un salto. Al otro lado de la carretera, unos metros más adelante, Martín estaba junto a su moto, gritándole a su móvil con desesperación. Se pasó la mano por la cabeza, visiblemente frustrado.

—¡Estoy aquí! —Agité los brazos.

Un relámpago cruzó el cielo y la lluvia empezó a caer con más intensidad. Se giró hacia ambos lados, sin localizar de dónde provenía mi voz. Guardé el móvil en el bolsillo y atravesé de prisa los tres primeros carriles.

—¡Martíín! —lo llamé al alcanzar la mediana que separaba ambos sentidos.

Se dio la vuelta y me vio. En un segundo, su cara pasó de la angustia a la sorpresa, para terminar en una enorme sonrisa de felicidad. Sin pensarlo, eché a correr hacia él.

—¡No, Blanca! —Extendió el brazo, alarmado.

Un coche venía directo hacia mí, a muchísima velocidad. Me frené en seco. Cerré los ojos, mi cuerpo se encogió por instinto, esperando el impacto.

«A tomar por culo en tres, dos, uno...».

El vehículo pasó rozándome justo delante de mis narices. No sabía cómo, pero había logrado esquivarme en el último segundo.

—¡Ahora! —gritó Martín, y un trueno retumbó sobre nuestras cabezas.

Crucé con rapidez los pocos metros que nos separaban y me abracé a su cintura con todas mis fuerzas. Martín me envolvió con sus brazos.

—¿Estás bien, preciosa? —Me estrechó contra su pecho mientras no paraba de temblar—. Dios, casi me muero cuando lo he visto venir.

Acaricié mi pelo y lo estrujé un poco más. La tormenta estalló violentamente sobre nosotros. El agua empapaba mi ropa, que se me pegaba al cuerpo. Estaba congelada y me estremecí. Hundí la cara en su cuello, buscando el calor de su piel.

—Estás tiritando, Blanca.

Se quitó la chaqueta y me la puso por encima de los hombros. Levanté la cabeza y lo miré, las gotas de lluvia resbalaban por mi cara.

—No quiero volver —dije, y me di cuenta de que jamás había estado más segura de nada en toda mi vida—. Sé que no lo he hecho bien, que me he equivocado muchísimas veces, pero no quiero volver. A pesar de que me encantaría corregir mis errores en el pasado, no quiero perder ni un solo momento de los que viví contigo...

Un rayo cayó muy cerca y di un respingo. Me llevé una mano al pecho. Martín la agarró con la suya y se la apreté.

—No tengo ni idea de lo que pasará esta noche —continué—, pero, si mañana amanezco en 1996, lo primero que haré será ir a buscarte, porque no quiero pasar ni un segundo lejos de ti. Eres lo mejor que me ha pasado, en cualquier dimensión posible.

Nos miramos a los ojos y volví a temblar, aunque ya no estaba segura de que fuese por el frío de la lluvia. Martín puso una mano sobre mi mejilla.

—Te quiero, Blanca. —Deslizó sus dedos entre mi pelo mojado—. Y te voy a querer siempre. Aunque siempre solo dure una noche en esta dimensión.

Se aproximó un poco más. Mis latidos retumbaban con tanta fuerza que me costaba hasta respirar. Entreabrí los labios, Martín bajó la mirada y se acercó a mi boca.

Nos besamos, con un roce lento en medio de la furia de la tormenta. Como si el tiempo se hubiera parado y pudiéramos recuperar todos los besos que nos habíamos perdido. Los que nos

habíamos guardado tantos años, los que nunca nos llegamos a dar.

Subí las manos por sus hombros hasta rodear su cuello. La suya acariciaba mi nuca, bajó la otra a mi cintura y me pegó su cuerpo.

No me podía creer que estuviera pasando. No escuchaba más que mis latidos y nuestra respiración. Como si alrededor de nosotros todo hubiera desaparecido. Ni siquiera oía el retumbar de los truenos sobre nuestras cabezas. Tardé unos segundos en percatarme de que había dejado de llover.

—Vamos, preciosa. —Martín me tendió uno de los cascos y señaló su moto.

Me subí detrás y me agarré a su cintura. Acarició mi brazo para comprobar que estaba bien sujeta y arrancó.

La carretera estaba prácticamente vacía. Avanzábamos deprisa, sorteábamos los charcos que se esparcían por el asfalto. Me pegué a su espalda. A través de la tela mojada, pude sentir su calor sobre mi pecho. Subí la mano por su abdomen y noté cómo se estremecía. Me abracé a él con más fuerza.

Aparcamos en el garaje. Retiré mi casco y me peiné con los dedos mientras Martín aseguraba la moto con la cadena. Al terminar, vino sonriendo hacia mí.

Me pasó una mano por la cintura y me estiré a besarlo, porque necesitaba confirmar que lo que había sucedido era real. Cuando me retiré despacio de su boca, él me atrajo hacia su cuerpo y me volvió a besar.

Avanzamos hacia el ascensor deteniéndonos cada pocos pasos. Pulsó el botón y las puertas no tardaron en abrirse. Entré y me miré por inercia en el espejo. «Menos mal que no me he maquillado, porque ahora parecería la prima del Joker». Martín se asomó por detrás. Apretó el botón en el panel, retiró mi pelo hacia un lado y besó mi cuello.

Me di la vuelta y me apoyó contra el cristal. Nos comimos la boca en un beso cada vez más ansioso. Su mano se coló por dentro de la chaqueta y subió por mi costado. Le acaricié la nuca y se apretujó contra mí.

Enseguida llegamos al tercer piso y las puertas se abrieron. Nos besamos durante unos segundos más, hasta que suspiró:

—Vamos, cariño.

Entramos en casa. Dejamos los cascos sobre el mueble y Martín fue hacia el armario del pasillo. Colgué su chaqueta en el perchero.

—Voy a por una toalla, que estás empapadísima —me avisó.

Solté una carcajada sin poder evitarlo, aunque sabía que no lo había dicho con ninguna segunda intención. Al escuchar mis risas, pilló el chiste y se echó a reír también. Sacó un juego de toallas, se restregó la cabeza con la más pequeña y la apoyó sobre su hombro. Desdobló la grande mientras venía hacia mí.

—Eres una malpensada. —Envolvió mi cuerpo con ella y me volví a reír.

Frotó suavemente mis brazos. Lo miré, muy quieta, dejándome hacer. Luego pasó la toalla por mi espalda y me secó el pelo. La bajó despacio hasta mis caderas y me restregó el trasero con insistencia, como si quisiera secarme hasta el pantalón. Me puse de puntillas para besarlo y le desabroché la camisa porque él tenía las manos muy ocupadas. Un leve gruñido se escapó de su boca cuando pasé las mías por su pecho, acariciando su piel.

—Tú también estás muy mojado... —bromeé.

Sonrió sobre mi boca y estiré de su camisa para sacarla del pantalón.

—Porque me vuelves loco, preciosidad.

Retiró la toalla de mis hombros y la dejó caer al suelo, junto a su camisa. Levanté los brazos

para que pudiera sacarme el jersey. Su boca mordisqueó mis labios y buscó mi lengua, impaciente. Después, la bajó por mi cuello. Ladeé la cabeza y suspiré, con los ojos cerrados, notando el calor de sus manos, que subían por mi espalda.

—¿Crees que podremos llegar hasta la cama? —le pregunté después de que desabrochase mi sujetador.

—No estoy seguro —lo retiró, besuqueando mi hombro—, pero vamos a intentarlo.

Rodeó mi cintura con un brazo y se agachó para pasar el otro por detrás de mis rodillas. Cuando quise darme cuenta, me había levantado en brazos. Me reí, agarrada a su cuello mientras me llevaba por el pasillo. Al llegar a nuestra antigua habitación, me depositó en el suelo con delicadeza.

—¿Pones un poco de música? —le pedí. Martín asintió, sacando su móvil del pantalón.

Empezó a buscar una *playlist*. Me coloqué a su espalda y lo abracé desde atrás, dejando que las yemas de mis dedos acariciaran su pecho. Martín bajó una mano y la pasó por el dorso de las mías. Entrelazamos los dedos. Enseguida murmuró un «Aquí está» y apoyó su teléfono en la mesita. En cuanto se giró hacia mí, comenzó a sonar ese tema de U2 que conocíamos tan bien. Se me escapó una sonrisa.

—Me resulta imposible escuchar *With or Without You* y no pensar en ti.

—A mí me pasa lo mismo, Blanca.

Rodeé su cuello con mis brazos, Martín colocó sus manos en mi cintura y las subió con lentitud, trazando el contorno de mi cuerpo con los pulgares. Al llegar a mi pecho, acarició mis pezones y se agachó a mordisquearlos con suavidad. Me arqueé, sujetándome a sus hombros. Él colocó una mano en mi espalda; con la otra, me desabrochó el pantalón.

—No puedo creerme la suerte que tengo de que hayas vuelto —susurró en mi boca, antes de besarme otra vez.

Cerré los ojos. «Yo también tengo muchísima suerte de vivir este momento, aunque, a partir de mañana, solo pueda recordarlo yo», pensé, dispuesta a disfrutar de cada segundo que pasáramos juntos. Suspiré en sus labios cuando su mano se coló dentro de mi ropa interior.

Movió sus dedos y me arrancó un par de gemidos. Me acariciaba despacio, con un increíble autocontrol, sobre todo teniendo en cuenta la manera en la que su boca había empezado a devorar la mía. Me pegué a su pecho y me froté contra él, al ritmo que marcaba su mano dentro de mis pantalones. Volví a gemir.

—Joder... Martín.

Desabroché con urgencia el botón de sus vaqueros y comprobé que estaba tan excitado como yo. Envolví su erección y se le escapó un gruñido. Acompasé mi mano a la suya.

Notaba su cuerpo ardiendo contra mi piel. Nos besábamos con ansia, como si ya no pudiéramos esperar ni un solo segundo. Martín tomó aire y lo soltó con fuerza. Pegó su frente a la mía.

—Necesito comerte entera.

Gemí, con la respiración entrecortada. Sacó su mano despacio y me besó una vez más. Se sentó en la cama para desatarse las botas. Me apoyé en su hombro, haciendo equilibrios para quitarme las mías, mientras Martín tiraba hacia abajo de mis pantalones. Cuando nos terminamos de desnudar, estiró de mi brazo y caímos los dos sobre el colchón.

Se subió encima de mí. Le pasé las manos por el pelo, que todavía estaba húmedo, y lo peiné hacia atrás. Martín acarició mi muñeca; la acercó a su boca para besar el círculo que los dos llevábamos tatuado.

—Siempre, Blanca —susurró.

—Siempre —repetí.

Mordisqueó mi cuello, desde el lóbulo de la oreja hacia la clavícula, y suspiré con fuerza. Me encantaba que me besara en aquella zona y parecía que él aún lo recordaba bien. Cerré los ojos. Sus labios descendían por mi cuerpo al tiempo que sus manos dibujaban mis caderas con naturalidad, como si nunca hubieran dejado de hacerlo. Gemí cuando su boca rebasó mi ombligo.

—Creo que estoy más nervioso que la primera vez... —Exhaló. Se incorporó para pasar su brazo por debajo de mi pierna.

Abrí los ojos y lo miré. Sonreí para tranquilizarlo.

—Esa noche estabas muy nervioso.

—Pues imagínate ahora.

Me besó en la cara interna del muslo y subió poco a poco, dejando sobre mi piel un pequeño reguero de lentos besos lentos. Pasé una mano por su nuca, mi corazón latía acelerado por lo que estaba a punto de pasar.

Arquee la espalda al notar su lengua entre mis piernas. La movía con suavidad, como si me acariciase con ella.

—No recuerdo... que hiciéramos esto... en nuestra primera vez... —suspiré.

Martín succionó despacio y deslizó sus dedos dentro de mí. Me mordí el labio, conteniendo un gemido. Enredé mi mano en su pelo, me agarré a la almohada con la otra.

Mis caderas le marcaban el ritmo, que se aceleraba poco a poco, al igual que mis jadeos. Mis músculos estaban cada vez más tensos. Me acordé del grito en la ducha, la última vez que había estado en su casa, y me di cuenta de que estaba a punto de repetirlo esa noche. Apreté la almohada, aumenté la cadencia de mis gemidos.

—Los vecinos me van a... —Eché la cabeza hacia atrás, retorciendo mi cuerpo—. ¡Dios, Martín! —grité al explotar en una sacudida.

Exhalé con fuerza para calmar mi respiración. Noté que mis músculos espasmaban un par de veces más. Martín retiró sus dedos muy lentamente.

—Estoy casi segura... —suspiré, temblando—, de que no pasó esto... en nuestra primera vez...

Él se rio y besó de nuevo mi muslo antes de incorporarse. Tiré con suavidad de su pelo para pedirle que se acercara. Lo besé cuando llegó a mi altura.

—No quiero que esta noche se acabe nunca —susurré.

—Yo tampoco quiero, Blanca —contestó en el mismo tono de voz.

Mordisqueé su boca con impaciencia, porque solo quería seguir. Lo deseaba con todas las ganas del mundo. Bajé mi mano, la deslicé entre sus piernas y lo acaricié. Gimió al sentir mi contacto.

—Dame un segundo, que coja un condón —me pidió.

Estiró el brazo hacia el cajón de la mesita y sacó una caja de preservativos. Abrió uno y se lo puso. Después volvió a besarme mientras se colocaba encima de mí.

Me acomodé en la cama, con los ojos fijos en los suyos. Martín acarició mi cadera, llevó una de mis piernas a su espalda para que rodease su cintura, y empujó con lentitud. Me arqueé con un gemido al sentirlo dentro de mí. Se quedó quieto, respirando en mi boca, antes de empezar a moverse.

Nos mecimos juntos, sin parar de acariciarnos, redescubriendo cada rincón de ese otro cuerpo que habíamos conocido tan bien. Nos besábamos entre jadeos. Disfrutábamos de la intimidad que habíamos recuperado esa noche.

Apreté con mis piernas su cintura y enterré la nariz en su cuello. Habían pasado los años, pero su piel olía como siempre. Martín agarró mi muslo y tiró de mí, haciéndonos rodar en la cama hasta colocarme sobre él. Con las manos apoyadas en su pecho, balanceé las caderas, marcando un ritmo que subía de intensidad.

Se incorporó, apoyó una mano en el colchón y me sujetó por la cintura con el otro brazo. Me agarré a sus hombros y pegué mi frente a la suya, moviéndome más deprisa. Nos alimentábamos de nuestros gemidos, jadeábamos en la boca del otro...

Eché la cabeza hacia atrás. Notaba la tensión de cada músculo luchando por liberarse en otro grito. Mis caderas se dispararon en un incontrolable balanceo, hasta que ese hormigueo se apoderó por completo de mí. Me abracé a Martín, gemí con fuerza al tiempo que mi cuerpo se contraía....

—Mírame, preciosa —me pidió.

Y justo antes de que el orgasmo nos sacudiese, busqué sus ojos y lo supe, con la certeza absoluta de quien ha dejado de dudar.

Era Martín, en todas las dimensiones.

Él y yo. Antes. Ahora.

Siempre.

Un rato más tarde me miraba en el espejo del baño. Nos habíamos duchado juntos, pero yo me había demorado un poco más para acabar de secarme el pelo. Guardé el secador en el armario y me volví a lavar la cara con agua fría antes de regresar con Martín. Me aterraba quedarme dormida y que, al despertar, ya no quedasen más que los recuerdos.

Volví a la habitación, donde ya me esperaba en la cama. Sonrió al verme aparecer. Conecté mi móvil a su cargador, apagué la luz y me tumbé a su lado. Nos cubrió a los dos con el edredón y me abrazó. Me acurruqué contra él, acariciando su pecho.

—Martín... —susurré cuando el sueño comenzaba a vencerme.

—¿Sí? —respondió con un gruñido ronco que me indicó que también estaba a punto de dormirse.

—Tengo miedo. —Me abracé a él con un poco más de fuerza—. No quiero volver.

—No tengo ninguna intención de soltarte en toda la noche. —Acarició mi espalda—. Ya no voy a perderte nunca más.

Me besó en el pelo y yo sonreí. Intenté mantener los ojos abiertos, pero mis párpados pesaban demasiado y supe que no podría evitar quedarme dormida.

## 22. EL DÍA DESPUÉS

Miércoles, 24 de abril de...

BLANCA

«¿Dónde estoy?», fue lo primero que pensé a la mañana siguiente, antes, incluso, de abrir los ojos. Tumbada de lado, con las piernas encogidas, no tenía muy claro cuál era esa cama. Por la firmeza del colchón, no parecía la de casa de mis padres, pero, a esas alturas de la historia, ya no ponía la mano en el fuego por nada. Era mejor comprobarlo.

«Si es mi habitación de adolescente, a mi espalda estará la pared».

Muy despacio, empecé a estirar el pie hacia atrás, hasta que mis dedos se tocaron con lo que parecía una pierna. Alguien se movió detrás de mí, y mi pie regresó a su posición original. Me quedé muy quieta. No me atrevía siquiera a respirar.

Aguardé unos segundos para constatar que, quienquiera que fuese, seguía dormido. «Tiene que ser Martín», sonreí. El corazón empezó a latirme muy deprisa. Estaba a punto de abrir los ojos cuando otra idea cruzó por mi mente.

«¿Y si es Jorge? ¿Y si he regresado a la otra dimensión un día antes de la tormenta?». Era lo último que me apetecía, pero tampoco me parecía descabellado. Durante mucho tiempo lo había deseado con todas mis fuerzas, y quizá el universo se había vuelto loco con mis peticiones. A decir verdad, había cometido tantos errores a lo largo de mis dos vidas que podía haber amanecido en cualquier año.

Respiré hondo. Aquello parecía la mañana de Reyes multidimensional. Lo mejor era enfrentarse a esa realidad cuanto antes, fuera la que fuese.

«Vamos, Blanca, ha llegado la hora de averiguar dónde te encuentras... y con quién».

Contuve la respiración. Abrí lentamente los ojos.

Estaba en la habitación del piso que había compartido con Martín hacía más de quince años, cuando nos habíamos ido a vivir juntos. Desde mi posición, distinguía la mesita de noche de madera wengué, que yo misma había elegido tiempo atrás, y una ventana con la persiana a medio subir por la que se divisaba el edificio de enfrente. No había ninguna duda: era la misma cama en la que me había quedado dormida la noche anterior.

Solo me faltaba confirmar que estaba en la dimensión correcta.

Saqué el brazo de debajo del edredón para comprobar si ese pequeño círculo todavía seguía en mi muñeca... Casi chillé de alegría al verlo.

«Si estoy en el mismo lugar y no he saltado a la otra dimensión, el que está durmiendo detrás no puede ser otro que...».

—¿Martín? —pregunté, nerviosa, porque no era capaz de darme la vuelta.

Escuché un gruñido. Me pasó el brazo por la cintura y me atrajo hacia su cuerpo. Aún debía estar dormido, lo notaba respirar de un modo pausado.

—¿Martín? —repetí un par de veces, cada vez más nerviosa.

Como no contestaba, agarré su mano bajo las sábanas y estiré de ella. Necesitaba ver el tatuaje de su muñeca y cerciorarme de que era él.

Ahí estaba: un delgado círculo negro, idéntico al mío. Lo acaricié despacio con el dedo antes de besarlo.

—Buenos días... —Martín ahogó un bostezo contra la almohada y me estrechó entre sus

brazos.

—Buenos días, cariño. —Cerré los ojos y sonreí. Al instante, volví a abrirlos—. ¿Qué día es hoy?

—Miércoles, creo.

—No, no. Me refiero a... ¿en qué año estamos?

Había resultado demasiado fácil superar aquella fecha nefasta. Seguro que el universo me tenía preparada alguna trampa y me había hecho despertar en el año que no era.

Martín se acercó a mi oído.

—En 2019. —Besó dulcemente mi cuello—. Bienvenida al futuro, preciosa mía.

Me embargó una absoluta sensación de felicidad. Estaba en el momento perfecto, abrazada a la persona de la que no quería separarme jamás. Lo había logrado. No sabía cómo, pero había conseguido quedarme en la dimensión correcta. Una carcajada brotó desde mi interior. Empecé a reírme sin poder evitarlo.

Martín tiró de mi cintura para que me tumbase boca arriba y aprovechó para colocarse encima de mí. Sonreía de esa manera tan especial que le iluminaba la cara. Le acaricié el pelo muy despacio.

—¿En serio estoy aquí, de verdad? —pregunté, porque todavía no era capaz de asimilarlo.

—Eso parece... —asintió, y se inclinó a besarme.

Le eché los brazos al cuello. Acaricié su nuca muy despacio y rodeé su cadera, apresándola entre mis piernas. Rodamos sobre la cama, sin dejar de comernos a besos, hasta que acabé tendida sobre él.

Habíamos dormido sin ropa y su cuerpo caliente se pegaba al mío. Sus manos recorrían mi piel con avidez. Me resultaba muy extraño estar desnuda con Martín, pero, a la vez, era de lo más normal. Como volver a casa después de haber estado mucho tiempo fuera.

Sin pretenderlo, recordé que había dejado el rodaje a medias.

—El domingo tengo que volar a Los Ángeles —le dije, entre beso y beso—. Me quedan dos semanas para acabar la película. ¿Te vienes conmigo?

—Claro —contestó sin dudar.

—¿Y tu hija?

—Hablaré con Gloria. —Bajó las manos por mi espalda y me agarró de las caderas con firmeza—. No creo que ponga problemas.

—Sabes que vamos a casa de Roy... —Sonreí mientras me incorporaba.

—¿Por qué? —se lamentó mirando al cielo—. ¿Es que no hay ningún otro sitio libre en todo Hollywood?

Solté una carcajada ante su cara de frustración.

—Te lo compensaré. —Me agaché para besarle en el cuello.

—Eso ya me gusta más. —Volvió a hacernos rodar hasta quedarse tumbado encima—. Lo mejor será que me lo cobre por adelantado. —Mordisqueó uno de mis costados y me eché a reír—. ¿Sigues teniendo cosquillas, preciosidad?

Asentí con la cabeza. Martín subió, dándome besitos por todo el cuerpo, hasta quedarse frente a mí.

—Blanca, no te haces una idea de lo feliz que soy ahora mismo —me sonrió.

—Me lo puedo imaginar. —Le acaricié la mejilla. Cubrió mi mano con la suya y se giró para besarla.

Mi teléfono vibró en la mesita. Traté de ignorarlo, pero volvió a reclamar mi atención al zumbir unas cuantas veces más.

—Dame un segundo —le pedí mientras estiraba el brazo para cogerlo—. A lo mejor son las chicas.

No me equivocaba.

¡Sigo aquí! ¡Sigo aquí!

O mi marido también ronca en alguna otra dimensión.

Vega cambió el nombre del grupo a *Llegó la hora de regresar al futuro*.

**Sofía**

¡¡Yo también!!

Cuando he visto la fecha en mi móvil, he soltado un grito.

No pensaba que fuera a alegrarme tanto de estar a punto de cumplir cuarenta.

**Vega**

¡Dos de tres!

¿Blanca?

**Yo**

¡Acabo de despertarme en el futuro!

**Sofía**

¡Oleeeeeeeeeee!

**Vega**

¡¿Qué pasó anoche?!

**Yo**

Ya os contaré, pero...

¡Estoy con Martín!

**Vega**

¡¿Y qué hostias haces hablando con nosotras?!

Ponte a recuperar el tiempo perdido... ¡YA!

Se me escapó la risa. Volví a dejar el teléfono en la mesita de noche.

—Todo en orden. —Sonreí, acomodándome de nuevo en la cama—. ¿Por dónde íbamos?

—Creo que por aquí...

Martín apartó mi pelo hacia un lado y mordisqueó mi hombro con delicadeza. Un escalofrío me

recorrió por completo. Subió lentamente, con su boca pegada a mi piel, y susurró en mi oído:  
—¿Molestamos un poquito a los vecinos?

Los vecinos me escucharon gritar. Varias veces. Al menos dos en la cama y otra en la ducha. Estaba convencida de que, tras esa mañana, alguno ya planeaba mudarse a otra urbanización.

Al salir del baño, volvimos al dormitorio. Martín consultó unos mensajes que tenía en el móvil. Yo fui a por mi ropa, que seguía tirada en un rincón. Si los secaba con el secador, los vaqueros tenían un pase, pero mi suéter estaba hecho una pena.

—Deberíamos ir a casa de Vega a por mi maleta —dije mientras los sacudía en el aire—. Luego podemos ir a comer, deben ser casi las dos.

—Mierda —murmuró Martín, sin dejar de mirar su teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunté, acercándome a él.

—No me acordaba de que hoy comía en el pueblo. —Se giró hacia mí.

—¿Un miércoles?

—Mi hermano y Eloy volvieron ayer de viaje y todavía les quedan unos días de vacaciones. —Dejó el móvil en la mesita y me rodeó la cintura con los brazos—. ¿Quieres venir? Mi madre no para de insistir con que a ver cuándo me echo novia.

Le eché los brazos al cuello y solté una carcajada.

—¿Qué crees que va a decir en cuanto se entere de que volvemos a estar juntos? Porque estamos juntos, ¿verdad?

Alzó las cejas, sorprendido.

—Creía que le había quedado claro a todo el barrio después de lo de esta mañana, pero, si te quedas más tranquila, puedes pedirme salir.

—¿Quiere... salir conmigo, señor Giner? —pregunté, aguantándome la risa.

Martín se inclinó hacia mí. Justo antes de besarme, susurró.

—Sí, quiero, preciosa.

A su madre casi le dio un ataque al enterarse. En el buen sentido. En todos los años que la conocía, nunca la había visto tan ilusionada.

—¡Muy buenas! —saludó Martín al abrir la puerta—. Perdonad el retraso, ha sido culpa de mi novia, que ha tardado mucho en arreglarse.

Le di un puñetazo en el brazo, haciéndome la ofendida. Como no nos había dado tiempo a ir a por la maleta, me había puesto mis vaqueros y una camisa azul claro que me había prestado Martín. Y, aunque me había probado unas cuantas antes de decidirme por esa, estaba segura de que no me había demorado más de diez minutos en elegirla. Quince como máximo.

—Ay, ¿cómo no me avisas de que venías con alguien? —Su madre salió de la cocina secándose las manos en el delantal. Al ver que se refería a mí, miró extrañada a su hijo—. ¿Qué dices de tu novia? Si has venido con Blanca.

Martín alzó las cejas y yo me mordí el labio para contener la risa. En cuanto la mujer unió los puntos, soltó un grito.

—¡Pero qué buenísima noticia! —Se llevó las manos a la cara—. Quién lo iba a imaginar, después de tantos años.

—¡Por fin! —Rober vino corriendo y me levantó en el aire—. ¡No sabes cuánto me alegro, cuñadita!

Me eché a reír. Por el rabillo del ojo vi que Eloy le susurraba algo a Martín, que asintió con la cabeza.

—Bienvenida de nuevo a la familia, Blanca. —Su padre se acercó a mí con los brazos abiertos y una enorme sonrisa de felicidad—. En el fondo, siempre fuiste una más, creo que nunca te dejamos ir.

Lo abracé, conmovida.

—Venga, chicos, a la mesa. —Su madre se limpió una lagrimita y dio un par de palmadas antes de volver a la cocina—. He hecho arroz, pero ya debe haberse pasado, con las horas que son.

—Estará buenísimo, como siempre —sonreí. Me senté en la silla que Martín colocó junto a él.

Pasamos una tarde estupenda. Rober y Eloy nos contaron los detalles de su viaje a Berlín. Habían pasado allí la Semana Santa y les había gustado tanto la ciudad que planeaban volver en el puente de diciembre. A lo mejor Martín y yo nos uníamos a ellos. Su padre me preguntó por el trabajo. Les expliqué que nos íbamos a Hollywood durante las próximas dos semanas, hasta que acabara el rodaje que había dejado a medias.

Mientras tanto, la madre de Martín no dejaba de mirarnos con emoción. Me pareció que era la primera vez que no la escuchaba decir ni una sola palabra.

—Creo que ya está planeando vuestra boda —me susurró Rober, que estaba sentado a mi otro lado—. En cuanto nos vayamos, seguro que se pone a planchar la mantilla.

Tuve que taparme la boca para no soltar una carcajada.

Al volver del pueblo, después de recoger mi maleta en casa de Vega, fuimos a por algunas cosas a mi piso y regresamos enseguida al de Martín. Prefería dormir en el suyo porque allí me sentía como en casa. En realidad, también era mi casa. Nuestra casa. La misma en la que habíamos roto mucho tiempo atrás y donde, años después, habíamos vuelto a ser pareja.

Durante las siguientes cuarenta y ocho horas, apenas salimos de la cama. No solo recuperamos una pequeña parte del tiempo perdido —como me había obligado Vega—, también preparamos el viaje a Los Ángeles, escuchamos música, leímos, vimos una peli, enviamos algunos *emails*...

Y hablamos.

Tuvimos conversaciones de todo tipo: algunas más emotivas, cargadas de recuerdos agradables y de sueños por cumplir. Otras más difíciles, en las que reconocimos nuestros errores con la intención de no volver a repetirlos jamás. Y otras eminentemente prácticas, sobre logística, custodias compartidas e hipotecas. Decidimos cómo íbamos a compaginar nuestras carreras y dónde íbamos a vivir. Hablábamos mientras nos acariciábamos, acostumbrándonos de nuevo al cuerpo del otro; a sentir el calor de nuestros labios en esos besos tan nuestros, lentos, interminables. Había pasado mucho tiempo y ya no éramos unos adolescentes, pero descubrimos que nos queríamos todavía con más ganas.

El viernes por la tarde, tras visitar a mis padres y a mi hermano, que se alegraron mucho de vernos juntos otra vez, fuimos a buscar a su hija para pasar con ella el fin de semana.

Martín subió a recogerla a casa de Gloria y yo los esperé en la calle, frente al portal. Habíamos quedado en que sería él quien le diría que estábamos juntos. Y aunque su hija y yo nos queríamos con locura, no pude evitar que el corazón me latiera muy deprisa cuando salieron por la puerta, cogidos de la mano.

En cuanto la niña me vio, se soltó de su padre y vino corriendo hacia mí. Me acuclillé para colocarme a su altura y la recibí con un abrazo.

—¿Eres la novia de papá?! —me preguntó al separarnos.

Asentí, tratando de ocultar mis nervios, y esperé su veredicto.

—Me gusta —contestó, feliz, con esa sonrisa que le llenaba la cara.

—Menos mal, ya no tengo que buscarme otra —bromeó Martín, que llegaba junto a nosotras cargado con una mochila de Barbie—. Vamos a casa, cariño.

La niña le cogió la mano. Con la otra, se agarró a la mía.

—¿Puede venir Blanca con nosotros?

—Vale, puede venir a casa con nosotros. —Martín me miró y se echó a reír.

—¿Y puede quedarse a dormir?

—Ya veremos —le respondió, muerto de risa.

Levanté la vista al cielo, con cara de desesperación. Su hija me estiró del brazo.

—No le hagas caso —me pidió, muy seria—. Se hace el gracioso porque le gustas mucho,

que me lo ha dicho antes.

—¡Serás chivata! —Martín se agachó a hacerle cosquillas.

La niña soltó un grito y se refugió detrás de mí. Acabamos las dos contra él mientras nos reíamos a carcajadas.

Pasamos la tarde jugando a juegos que nos inventábamos sobre la marcha. También preparamos una pizza para cenar y nos la comimos viendo una película de dibujos animados. Cuando terminó, nos pidió que volviéramos a ponerla desde el principio. Y así, otra vez más, en una especie de bucle infinito.

Sobre las diez de la noche, estaba segura de que podría haber interpretado cualquier personaje a la perfección, porque ya me había aprendido hasta los diálogos. Martín me acarició la mano y señaló con la cabeza a su hija, que se había quedado dormida sobre mis piernas.

—Voy a llevarla a la cama —dijo cogiéndola en brazos.

Apagué la tele, recogí los platos de la cena y los dejé en la cocina. Por el pasillo, camino del baño, los oí hablar en su habitación, aunque no los entendía. Supuse que le estaría leyendo algún cuento.

Después de mi ritual de cremas, que cada vez parecía llevarme más tiempo, miré a mi reflejo y sonreí. Había sido una tarde agotadora, pero estaba más feliz que nunca. Y me di cuenta de que ese era exactamente el futuro que quería, aunque no fuera el que había planeado. Cada una de mis decisiones, buenas o malas, me habían llevado hasta allí.

«A lo mejor, todo formaba parte de un plan perfecto del universo», dijo mi voz interior.

Me encogí de hombros. Lo que tenía que pasar, siempre acababa pasando, de una manera u otra, por mucho que nos empeñásemos en remar contracorriente. Había aprendido la lección.

Al salir del baño, me di de bruces con Martín, que estaba a punto de entrar. Se disculpó con un beso y me aparté hacia un lado.

—¿Sabes lo que me ha dicho la nena? —Apretó el tubo de pasta dental, que estaba medio vacío—. Que hoy se lo ha pasado muy bien y que si mañana vas a seguir siendo mi novia.

Nos echamos a reír. Me apoyé contra la puerta y lo observé a través del espejo mientras se cepillaba los dientes. En una especie de *dejà vú*, me acordé de aquella noche de hacía catorce años cuando, en ese mismo lugar, le había soltado la frase que precipitó nuestra ruptura.

Y, como si de algún modo pudiera compensar al karma, me acerqué a la espalda de Martín y lo abracé con fuerza.

Ese sábado era el cuarenta cumpleaños de Sofía y lo celebraba con una barbacoa multitudinaria, con su familia y sus amigos. Había invitado a tanta gente que Vega le había ofrecido que lo hiciera en su chalet para que cupiésemos todos.

—Yo llamo al timbre, ¿vale? —pidió nerviosa Blanquita cuando bajamos del coche.

—Vale —contestó Martín, y la niña echó a correr—. No sé para qué corre tanto, si no llega. La voy a tener que au-par.

Cerró el coche con el mando y caminamos tranquilamente hacia la puerta, donde su hija daba saltitos delante del interfono.

—¿Qué te he dicho? —La levantó en brazos para que pulsara el botón.

Me reí. Enseguida sonó el zumbido que indicaba la apertura y empujé la puerta. Martín dejó a la niña en el suelo y me besó.

—Mi papá y Blanca son novios... ¡Y se han dado un beso! —chilló su hija al entrar.

Todos se giraron hacia nosotros. Martín levantó las cejas, sorprendido, y noté que se sonrojaba. A mí me dio la risa.

—Vaya, si ya ha llegado la parejita feliz —dijo con retintín Vega, que se acercaba a saludarnos

—. Y me parece que han hecho alguna otra cosa más que darse un beso...

—¿En serio, tía? —le pregunté sin dejar de reír—. ¿No hemos cambiado nada desde el instituto?

Vega soltó una carcajada. Nos hizo una seña para que fuésemos con los demás.

—Menudas amigas tienes —bromeó Martín mientras me pasaba un brazo por los hombros.

—Lo sé. —Le hice una caricia en la espalda y sonreí—. Pensaba que ya estarías acostumbrado.

Felicitamos a la cumpleañera, que nos recibió con un abrazo, al igual que Alba. Las dos hablaban con Raquel y Santi, a quienes hacía un montón de años que no veía.

—No entiendo qué haces otra vez con este capullo —me dijo Santi—. Al final va a ser verdad eso de que Giner la tiene como una...

—¡No seas maleducado! —le gritó Raquel para que no terminara la frase.

—¡Eh, solo tengo curiosidad! —Santi se volvió hacia mí—. Blanca, por favor, confírmanos que solo es una leyenda urbana.

Hice el gesto de la cremallera y me eché a reír. Mi amigo me miró con estupor.

—Es mejor que no preguntes cosas que no quieres saber. —Martín le dio una colleja. Retrocedió para esquivar el golpe con el que Santi respondió.

—¿Alguien quiere echar una pachanga?

David llegó junto a nosotros, levantando un balón en el aire. Lo seguían todos los críos, que trataban de quitárselo, sin mucho éxito.

—Yo me apunto —dijo Martín.

—Y yo —se le sumó Santi. Se quitó las gafas de sol y se las pasó a Raquel, que las guardó en el bolso.

—Voy a por una cerveza —anuncié.

—Están allí, al fondo, en la nevera. ¿La ves? —Sofía señaló una mesa al otro lado del jardín, donde sus padres hablaban con sus tíos.

Por el camino, saludé con la cabeza a Olga, la antigua jefa de mis amigas en la asesoría, que había ido a la fiesta con un chico guapísimo, y a Paula, la prima de Sofía, que me miró con cara de odio. Aún no me había perdonado que me enrollase con Martín en el instituto, después de confesarme que a ella también le gustaba.

—Pásame otra —dijo Vega detrás de mí.

Saqué dos botellines de la neverita portátil y busqué el abridor. El padre de Sofía se giró hacia nosotras.

—¿Qué tal estáis, chicas? —nos preguntó. Las dos le sonreímos con cara de bobas—. Cómo pasa el tiempo, ¿verdad? No me creo que mi niña ya cumpla cuarenta.

—A nosotras nos cuesta creerlo también... —contesté con una risita tonta, y Vega me imitó.

Desde el otro lado del jardín, Sofía nos hizo una seña para que fuésemos al interior.

—Nos reclaman. —Agarré a Vega del brazo y nos despedimos.

—Lo que yo no me creo es que este hombre siga estando tan bueno a sus... ¿Cuántos debe tener ya? —me preguntó mi amiga cuando nos habíamos alejado un poco.

—Rondará los sesenta. —Me giré a mirarlo con disimulo.

—Pues no envejece el cabrón —contestó mi amiga—. Es como un buen vino... No, mejor aún: es como Brad Pitt.

Entramos riéndonos en la casa. Sofía nos esperaba en la cocina para darnos un abrazo.

—Chicas, aún no me creo que estemos aquí. —Levantó su cerveza y las tres brindamos.

—Yo tampoco —dije antes de beber.

Me volví hacia el ventanal, desde donde los veíamos jugar al fútbol. Corrían como posesos

detrás de la pelota, las niñas los perseguían chillando.

—¿Qué creéis que pasó en la otra dimensión? —preguntó Vega. Ante mi cara de desconcierto, intentó explicarse—: El día después de que viajásemos en el tiempo... ¿Qué creéis que ocurrió?

—¿Te refieres a si nunca hubiésemos viajado? —corroboró Sofía—. No tengo ni idea.

—Supongo que jamás lo sabremos.

Me encogí de hombros y miré a Martín, que acababa de pararse de espaldas a la ventana. Como si notase que lo observaba, se dio la vuelta y me sonrió.

Y, en ese instante, tuve la certeza de que en la otra dimensión, también habíamos encontrado la manera de ser igual de felices. Porque lo que tiene que pasar...

Siempre acaba pasando.

# ¿Y SI NUNCA HUBIÉRAMOS VIAJADO?

Miércoles, 24 de abril de 2019

## *La otra dimensión*

BLANCA

Me desperté con una terrible resaca. La luz que se colaba por la ventana me daba directamente en los ojos, tenía la boca seca y mi cabeza no dejaba de martillear. Mi garganta parecía hecha de esparto, necesitaba agua con urgencia.

Con los ojos aún cerrados, estiré la pierna para bajar de la cama y me di con el tobillo contra la pared. El dolor me hizo abrir los ojos de golpe.

—¡La madre que me parió! —maldije, desorientada, agarrándome el pie con las dos manos.

Me incorporé en el colchón y parpadeé unas cuantas veces. Me froté el tobillo, intentando mitigar el daño. Me había dado justo en ese pequeño sol que llevaba tatuado. Al menos, no parecía haberme roto nada.

Inspiré hondo y miré alrededor. La maleta junto a la cama me recordó lo que había ocurrido con Jorge un par de días atrás. La noche anterior, con el efecto de la borrachera, tenía muy claro que debíamos arreglar las cosas, pero esa mañana ya no estaba tan segura. Los últimos años de nuestra relación ya no se parecían en nada a cómo era al principio. Habíamos cambiado mucho. Quizá dejarlo era la mejor decisión. Alargué la mano hacia la mesita de noche y cogí el móvil, donde me esperaban dos mensajes suyos de WhatsApp.

«Agua primero», me pidió mi voz interior. Reuní todas las fuerzas posibles para levantarme de la cama, agarré el teléfono y caminé hacia la cocina como un zombi.

No había nadie en casa y deduje que mis padres se habrían ido a caminar. Desde que se habían jubilado, solían dar un buen paseo por las mañanas.

Saqué una botella de agua de la nevera y me bebí un par de vasos casi sin respirar. Pensé en hacerme un café, pero tenía el estómago revuelto por el vino de la noche anterior. Tuve que contener una arcada al recordar las tres botellas que nos habíamos pimplado en casa de Vega. «Joder, Blanca, que tenéis una edad —me reprendí—. Ya no sois adolescentes de botellón en Canalejas».

Guardé el agua en la nevera y bostecé. El reloj marcaba las nueve y media de la mañana y, por primera vez en mucho tiempo, no tenía, literalmente, nada que hacer. Decidí ducharme y salir a dar una vuelta. Me vendría bien despejarme un poco antes de encarar los dos mensajes de Jorge.

Una hora y media después, estaba sentada contemplando el mar en la playa del Cabo de Las Huertas. Había bastante gente porque hacía un día estupendo. Llevaba tantos años fuera que no recordaba esa zona tan masificada, pero estaba llena de urbanizaciones de chalets. «Esta es una ciudad estupenda para vivir, quizá nunca debería haberme marchado». Pasé la mano por la arena, agarré un puñadito y dejé que se escurriera poco a poco entre mis dedos.

Noté vibrar el móvil en mi bolso y el corazón se me aceleró. «Será otra vez Jorge». Cerré los ojos y estiré las piernas, me concentré en el murmullo de las olas.

Aún no había sido capaz de leer sus dos mensajes. Cada vez que miraba la pantalla, notaba un vértigo extraño en el estómago. Tenía la sensación de que lo nuestro estaba a punto de terminar definitivamente y una parte de mí estaba muy asustada.

Llevábamos doce años juntos. Antes de él, ninguno había pasado de los seis meses. Había sido mi relación más larga, con muchísima diferencia, aunque los días felices con Jorge ya no eran más que un recuerdo lejano al que no dejaba de aferrarme.

«Vamos, Blanca, échale valor. No puedes alargarlo más», me animó mi vocecita interna. Inspiré hondo y sacudí mis manos para limpiar la arena. Había llegado la hora de enfrentarme a la situación.

Saqué mi móvil y abrí nuestro chat de WhatsApp. Tenía dos mensajes de la noche anterior y otro que acababa de llegar.

**Jorge**

¿Estás despierta?

Llevo todo el día dándole vueltas y creo que tienes razón. Hace mucho tiempo que ninguno somos felices. Es mejor que lo dejemos.

**Jorge**

Lláname cuando puedas hablar.

Con el móvil en la mano, me puse de pie y busqué su nombre entre mis contactos. Marqué su número y eché a andar hacia la orilla.

Hablamos durante más de una hora. No fue una conversación fácil, pero, al menos, no hubo súplicas ni promesas que sabíamos que no íbamos a cumplir. Lo nuestro se había acabado, por mucho que me doliera. No tenía sentido intentar resucitar una relación que hacía meses que había muerto. Los dos lo sabíamos.

—Blanca, habría preferido hablarlo en persona, pero es mejor que lo asumamos cuanto antes.  
—Jorge suspiró al otro lado de la línea—. Te quiero mucho, pero ya no soy feliz. Y, en el fondo, agradezco que tú hayas tenido el valor de dejarlo. Hace mucho que esto dejó de funcionar.

Me limpié una lágrima. Al escucharlo, mi mente había volado sin pretenderlo a la noche en que lo conocí, en la despedida de Sofía, donde se había presentado de aquella manera tan original.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dije tras una pequeña pausa—. Cuando nos conocimos en La Posada, me dijiste una frase que me sorprendió. No la recuerdo muy bien, pero me dio la sensación de que me estabas esperando. Siempre me ha quedado esa incógnita.

—Es verdad... —suspiró—, ya no me acordaba.

Se hizo un silencio al otro lado, como si dudase de si debería contármelo. Estaba a punto de decirle que no hacía falta, que había sido una tontería, pero Jorge respondió:

—Me equivoqué de barra. Había quedado con una chica que conocí esa tarde en Badoo, pero acudí a la barra equivocada. Me di cuenta al decirme que te llamabas Blanca. Ya me habías gustado, así que salí del paso como pude.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Ella? Marta —respondió sin vacilar.

—Ni idea.

Nunca me había hablado de ninguna Marta y me sorprendió que recordase su nombre tantos años después, pero no sentí celos. Fue la señal para entender que había hecho lo correcto.

—No la volví a ver más, como puedes suponer. —Jorge resopló—. Mira, Blanca, sé que aún es

pronto, pero no sé si has pensado ya qué vas a hacer a partir de ahora. Tenemos varias cosas que solucionar, sobre todo con el piso y...

—Quédate tú en el piso. Me vuelvo a Alicante —decidí en ese momento—. Hace mucho tiempo que echo de menos a mi familia y a mis amigas. Creo que ya es hora de regresar.

—Te deseo lo mejor, cielo. —Sentí que hablaba con sinceridad—. Avísame cuando vengas a recoger las cosas y hablamos con tranquilidad.

Nos despedimos con cariño y colgué el teléfono. Tomé aire y lo solté despacio por la boca. Aunque tenía el corazón encogido, me sentía extrañamente calmada. Como si hubiera tomado la mejor decisión.

«Es el primer día del resto de mi vida».

Mi estómago rugió y me di cuenta de que todavía no había desayunado. Estaba muy cerca del centro comercial y me dirigí andando hacia allí. Seguro que encontraba una cafetería.

Al entrar, fui directa a la barra y me senté en un taburete. Aún no había avisado a la camarera cuando mi bolso volvió a vibrar. Era un mensaje de nuestro grupo de WhatsApp, al que Vega había cambiado el nombre por *Cuarentañeras con resaca*.

**Vega**

No vuelvo a beber.

**Sofía**

Eso no te lo crees ni *jarta* de vino.

**Vega**

¡No digas vino, que me dan arcadas!

**Yo**

Estamos a punto de cumplir cuarenta, pero no hemos madurado nada.

**Vega**

Sofía sí.

Y yo no he perdido la esperanza de encontrar un marido maravilloso como el suyo.

Ni de tener hijos tampoco, ¡que tengo los óvulos en el congelador!

**Yo**

¿Qué dices de los óvulos?

**Vega**

Otro día os lo cuento con un vin... Con una Fanta de limón.

Sofi, ¿seguro que David no tiene un hermano gemelo perdido del

que nunca nos hayáis hablado?

Si David no tiene, Hugo Silva también me hace el apaño.

**Sofía**

Que yo sepa, solo tengo un cuñado.

Ya sabes, el profe de Educación Física. El divorciado. El que te tiró los trastos una noche de borrachera... No sé si te acuerdas.

**Vega**

Hostia, sí.

Pero ese no me gusta.

**Sofía**

Pues no hay ninguno más.

Cambiando de tema, ¿os acordáis de Alba, la bloguera que iba al instituto?

Hemos hablado por Instagram y ha regresado a Alicante. Me ha dicho de tomar un café y...

**Yo**  
¿Y...?

**Sofí**

Ayer no me atreví, pero os tengo que contar muchas cosas.

¿Cuándo quedamos otra vez?

Estaba a punto de escribir que yo también tenía muchas cosas que contar, pero escuché a mi lado una voz masculina:

—Por favor, ¿me pones un cortado y una palmerita de chocolate de esas que tienes ahí?

Me giré a mirarlo. Sonreí, sorprendida, al encontrarme con mi antiguo novio del instituto.

La última vez que lo había visto había sido hacía un par de años, en una librería, comprando regalos de Navidad. Entonces iba con la que deduje que era su mujer y la hija de ambos, una niña rubia que tenía sus mismos ojos.

—¿Martín?

Se volvió hacia mí. En cuanto me reconoció, una sonrisa invadió su cara.

—¡Blanca! —exclamó, feliz, y se acercó a darme dos besos—. ¡Qué casualidad! Pensaba que vivías en Madrid.

—Sí, he estado muchos años allí, pero acabo de volver.

—¿Y eso? —preguntó—. ¿Por trabajo?

—Bueno... —Bajé la mirada al suelo y me encogí de hombros—. Lo he dejado con mi pareja.

—Vaya. —Frunció el ceño y me frotó el brazo—. Si te sirve de consuelo, ya somos dos...

La camarera dejó en la barra un cortado y una palmera de chocolate que tenía una pinta estupenda. Martín señaló con la cabeza una de las mesas del rincón.

—¿Nos sentamos allí y nos ponemos al día? —preguntó.

—Claro —Y, dirigiéndome a la camarera, añadí—: Yo quiero un café con leche.

Martín sacó un billete de veinte de la cartera.

—Cóbrate lo mío, el café con leche y... —Se giró hacia mí—. ¿Te gustan las palmeras de chocolate?

—¿A quién no le gustan las palmeras de chocolate? —me reí.

—Y otra palmera más —concluyó Martín.

—Sentaos si queréis —nos dijo la camarera—. Enseguida os lo llevo.

Por la radio del local, empezó a sonar *Despacito*, de Luis Fonsi. La tarareé, casi por inercia.

—Esta canción se te mete en el cerebro, ¿verdad? —sonrió Martín, camino de la mesa.

Estuvimos toda la mañana charlando. Los primeros minutos fueron un poco raros, pero enseguida noté una conexión. Me contó que hacía algo más de un año que se había divorciado, poco después de aquella Navidad que nos habíamos visto. Que seguía trabajando en la misma gestoría, pero que había aprovechado que tenía unos días de vacaciones para terminar su primera novela. Siempre había querido ser escritor y hacía unos meses que su hermano lo había animado a autopublicar.

—¿Y sobre qué escribes? —pregunté con interés.

—Ciencia ficción, no sé si te gusta ese género —confesó, algo cortado.

—¡Me encanta! —Apoyé mi mano sobre su brazo—. ¿Cuándo la voy a poder leer?

Martín levantó la mirada y sonrió, ilusionado. Sonreía con toda la cara, de una manera muy especial.

—Algo me dice que será muy pronto, Blanca.

Le devolví la sonrisa.

No sabía por qué, pero sentía que todo estaba a punto de comenzar.

Muchas gracias por dejar tu reseña  
en Amazon, Goodreads o en tu blog.

Te espero en redes sociales.  
[@aitanasanblanco](#)

## AGRADECIMIENTOS

Un tatuaje, dos *teams*, tres años, cuatro libros y cinco mil colores de marcapáginas después, pongo fin a un viaje que comenzó en 2021 y que nunca pensé que fuera a llevarme tan lejos.

Esta saga siempre será especial para mí: las viajeras me han acompañado en una época de muchos cambios en mi vida, al igual que toda la gente maravillosa que he conocido en estos últimos años y que se ha quedado conmigo.

La historia de este viaje en el tiempo acaba con el final que los personajes me pedían desde el inicio, aunque yo, al igual que Blanca, tampoco lo supe ver. Por eso, quiero darles las gracias a las personas que me animaron a seguir y que ya forman parte de este libro:

A mis padres y a mi hermano, que están orgullosos de mí. Muchas gracias por apoyarme siempre y por aguantar mis largas explicaciones sobre las tramas en las que estoy trabajando. En especial, a mi madre, que me escucha con paciencia y que nunca se olvida de darle un *like* a mis publicaciones. Os quiero mucho, a los tres.

A Tamara (@galernica), por acompañarme desde el primer borrador de *Si volviera a tener dieciséis*, por escuchar mis trescientas temporadas de *podcast*, leer fragmentos desordenados cuando ni siquiera tengo definidos los capítulos, y por estar al otro lado cada vez que te necesito, aunque no tenga nada que ver con la novela. Gracias, reina. Mis chicos y yo te debemos muchísimo.

A Marisa (@marisasefra), por estar dispuesta a procrastinar en compañía desde muy temprano por las mañanas. Gracias por escuchar mis disertaciones y por todas las buenas ideas que me han sacado de mis bloqueos. Es fantástico encontrar a otra autora con un proceso creativo tan parecido y con la que puedas reírte tanto de todo. (Si queréis volver a los noventa, no me cansaré de recomendar su serie *Crónicas de aquello*; además de la absenta, los cafres y las viajeras tienen muchas cosas en común).

A Teresa (@leerconthea), por haber aprendido a leer en puzle, por los audios larguísimos y por el análisis exhaustivo de cada capítulo (capturas de pantalla incluidas). Me fascina que conozcas la historia de las viajeras incluso mejor que yo.

A Elena, por sacrificar el factor sorpresa y comerse todos los *spoilers* del mundo acompañados de unos cuantos vermutos. La mitad de la historia ha surgido después de ponernos a divagar hasta las tantas en una terraza.

A un equipazo de lectoras cero de lujo: Adriana Freixa (@adriana\_freixa) y sus figuras retóricas en tendencia en la novela romántica actual (al padre de Sofía lo he sacado por ti, que lo sepas); Carmen Martín (@carmen.martin.escritora), por emocionarme con tus audios hasta ponerme la piel de gallina; Teresa (@loslibrosdetess), que aún no he publicado esta historia y ya me está pidiendo la siguiente (y como se me ocurra decirle que no me meta presión, me saca el dedito); Mari (@nimh78), que me odia un poquito cada vez que le mando un capítulo nuevo (en @booksnimh tiene unas funditas chulísimas con las portadas de las viajeras, echad un vistazo); Iralda (@lectorasonriente), por resistir siendo *#teamjorge* hasta el final (tu opinión discordante me ha venido muy bien); Anna (@annadrielbooks), que lo vive tanto que quiere meterse en el libro para abrazar a Martín; Lara (@lara\_blanc\_escritora), por todas las sugerencias y por ser mi Risto particular (sabemos que una buena crítica ayuda muchísimo); Toñi (@mecaienunlibro), por hacer que Martín volviera a montar en moto; Alba (@lunapurple\_diamonds) y Paloma (@dove.mmartin), por todos vuestros audios y comentarios hasta donde ha sido posible (la vida nos atropella a todas); y Paula (@paula\_lectora\_compulsiva) por leérselo casi del tirón en un tiempo récord. Gracias, chicas, por ser una parte tan importante de esta novela.

A L. M. Mateo (@lmmateorelatos), por hacer magia en cada corrección. He aprendido muchísimo contigo durante estos dos años y medio. Cada vez que repaso el manuscrito, escucho tu voz.

A Inés (@devoralibrosdemetroymedio) y a la Dra. Monika Kovacsne por resolver mis dudas a la hora de escribir el capítulo del parto. Vuestra ayuda ha sido de mucho valor (mis conocimientos médicos también se limitan a lo que sale en las películas). Gracias a Alba Rubio (@albarubio.autora) por compartirme su experiencia, y a Ana Cuenca: ese audio terrorífico sobre el nacimiento de tus gemelos es imposible de olvidar.

A Adela (@adela\_aragon\_art), por dibujar a mis chicos. Ha sido fantástico poder verles la cara después de tanto tiempo.

A Jonathan, por su aportación al dilema motero de Martín (al final, eligió otra moto, siempre ha ido por libre).

A lectores y *bookstagramers*, gracias por todas vuestras reseñas y vuestros *reels*, por compartir cada *post*, y por vuestros mensajes de ánimo *#sinpresión* (o con ella, qué más da). Mención especial a las chicas del *Club de lectura de Alicante*, *Secuestradoras de libros*, *Comunidad Romántica*, *Las Auténticas Devoralibros*; y a Isabel (@isalexia42): no todos los días sobornan a Megan Maxwell con una palmera de chocolate para que me pida que publique el cuarto libro.

A todos los que habéis esperado el desenlace de las viajeras con ansia y con una infinita paciencia.

Y a ti, que acabas de leer esta novela, muchas gracias por quedarte hasta el final.